BV
3625
G82A72

A
0005158126
UC SOUTHERN REGIONAL LIBRARY FACILITY

ia

P. Armengol

Segunda Memoria

DE LAS

MISIONES DE FERNANDO PÓO

Y SUS DEPENDENCIAS

THE LIBRARY
OF
THE UNIVERSITY
OF CALIFORNIA
LOS ANGELES

SEGUNDA MEMORIA

DE LAS

MISIONES DE FERNANDO PÓO

Y SUS DEPENDENCIAS

SEGUNDA MEMORIA

DE LAS

MISIONES DE FERNANDO PÓO

Y SUS DEPENDENCIAS

ESCRITA POR EL

RMO. PADRE ARMENGOL COLL

MISIONERO HIJO DEL INMACULADO CORAZÓN DE MARÍA

Y PREFECTO APOSTÓLICO DE AQUELLAS MISIONES

Con licencia de sus Superiores y aprobación del Ordinario.

MADRID

IMPRENTA DE SAN FRANCISCO DE SALES

Pasaje de la Alhambra, núm. 1.

1899

BV
3625
G82H5

PRÓLOGO

Accediendo á las repetidas instancias de personas dignas de toda consideración y respeto, y convencido de cuánto contribuiría á la mayor gloria de Dios y al desarrollo de las Misiones establecidas en Guinea, reseñar los trabajos apostólicos y los frutos de bendición obtenidos con el favor del cielo, publicó el Rdo. P. José Mata, nueve años atrás, una Memoria, donde, en el corto espacio de algunas páginas, logró condensar los hechos más salientes de las Misiones, recorrer á grandes rasgos sus vicisitudes, enumerar los frutos de las tareas apostólicas y poner en su punto los sacrificios que imponía á los Padres su misión evangelizadora. La obra del P. Mata contribuyó poderosamente á disipar ignorancias y corregir conceptos desfavorables sobre los trabajos de los Enviados de Dios en aquellos remotos países, y á lo menos desde aquella fecha no ocurrió el lamentable caso de omitirse la Prefectura de Fernando Póo en las reseñas de Vicariatos y Prefecturas Apostólicas que publicaban los periódicos; ya que con el opúsculo del Rdo. P. Procurador se extendió, como si dijésemos, la *fe de vida* de las Misiones encargadas á los Padres de nuestro amado Instituto.

Considerando ahora nosotros, puestos sobre el terreno, el desarrollo moral y material que va tomando la colonia, el poco conocimiento que se tiene en la Península y la necesidad en que se ven casi todos cuantos abordan á estas playas de reformar su juicio sobre muchos puntos trascendentales; conociendo y palpando los ocultos veneros de riqueza, que debidamente explotados, podrían resarcir considerablemente las últimas pérdidas de nuestra infortunada nación, nos ha parecido muy del caso dar á luz esta segunda Memoria sobre las Misiones africanas encargadas á los Hijos del Corazón de María. Que cierto no alcanzamos á comprender cómo personas que se precian de patriotismo aboguen con tanto

1206200

acaloramiento por la enajenación de la que podríamos llamar la *Perla de Guinea*. ¡Quién nos diera poder interesar á las personas influyentes para desvanecer hasta el último rumor de una venta tan inoportuna!

En la Introducción que va al frente de la Memoria háblase del descubrimiento de aquellas posesiones y del origen de nuestros derechos sobre las mismas, y se pone de manifiesto la mala fe de los franceses, al querer reducir, contra toda justicia, los límites de nuestros dominios. Previos estos detalles, dividimos nuestra obra en tres partes: *descriptiva, histórica* y *práctica*. La primera comprende datos geográficos, geológicos y etnológicos sobre Fernando Póo y sus dependencias, con la fauna y flora más ó menos sucinta del país. La parte *histórica*, una relación sobre los sucesos ocurridos en la instalación y durante el desarrollo de las Misiones allí establecidas. La parte *práctica* se ordena exclusivamente á favorecer la colonización, y así se trata de las dificultades que á ella se oponen, de los medios morales y materiales más oportunos para el desarrollo de la Colonia, de las enfermedades endémicas y del modo de prevenirlas y atajarlas.

No hemos escaseado detalles precisos sobre las condiciones que deben tener las quintas y sus dependencias; sobre el cultivo del cacao, café, tabaco y demás productos, que podrán constituir excelentes artículos de comercio; en fin, aleccionados por la experiencia, ponemos muchas reglas y observaciones que, ó mucho nos engañamos, ó han de ser de suma utilidad á cuantos emigren á estos países ya para secundar el movimiento comercial ya para asegurarse un honroso porvenir.

No halagamos el pensamiento de haber escrito una obra acabada ni mucho menos: bien sabemos nuestra insuficiencia; pero el ardiente anhelo de dar á conocer las maravillas de la gracia en estos pobres negritos, y las vivas ansias de contribuir, según nuestros alcances, al mayor bien de la Patria, abrumada por los desastres pasados y por un sinnúmero de calamidades que á diario se vienen sucediendo, nos ha impulsado á escribir la Memoria que ofrecemos al público. ¡Quiera el Señor bendecir nuestros afanes y hacernos algún día particioneros de su santa gloria, única recompensa que deseamos, y cuya dulce esperanza alivia las penas y sinsabores de nuestro ministerio apostólico! Así sea.

16 de Julio, festividad de nuestra Señora del Carmen y quincuagésimo aniversario de la fundación de nuestro Instituto.

INTRODUCCIÓN

La isla de Fernando Póo descubierta á mediados del siglo XV por el portugués del mismo nombre, recibió al principio el de *Formosa*, por alusión al exuberante verdor y lozanía con que se presenta á los ojos del navegante que la divisa en lontananza. Escasísima importancia debieron darle sus primeros poseedores, por cuanto no hay memoria de haber realizado proyecto alguno de colonización durante el largo plazo de su soberanía.

Nuestros derechos sobre la isla de Fernando Póo y dependencias, toman su origen del convenio celebrado entre España y Portugal el año de 1777; en su virtud, pasaron al dominio de los portugueses la isla de Santa Catalina y la colonia del Sacramento que poseíamos en la América meridional, cediéndonos en cambio nuestros vecinos las islas de Fernando Póo y Annobón, con el *derecho de libre comercio*, desde el cabo Formoso, en la desembocadura del río Níger, hasta el cabo Lope Gonzálvez, hacia la parte meridional del río Gabón.

Pero en aquellos tiempos el mencionado derecho equivalía al de disponer de aquellos territorios, por manera que el Gobierno portugués se apresuró á declarar que reservaba para sus vasallos el mismo derecho de libre comercio, declaración que sería abiertamente superflua, á no reconocer como cierto el derecho cedido á la nación española. De la cesión referida nunca en adelante reclamó Portugal; al contrario, un año más tarde, ratificaron ambas naciones el contrato, y á raíz de esta alianza organizóse una expedición española con rumbo á dichas islas, para tomar oficialmente posesión de ellas; aunque transcurridos tres años, sobre poco más ó menos, fué preciso á los expedicionarios desamparar aquellas regiones, por no poder hacer frente á la insalubridad del clima. Á esto obedecieron los horrores que comenzaron á inspirar aquellos remotos países, hasta el punto de ocasionar un completo abandono, que se prolongó por muchos años, tanto más, cuanto que se exageró no poco el salvajismo de los fernandianos y annoboneses.

Los ingleses, aprovechándose de este estado de cosas, establecieron un comercio en Fernando Póo, echaron los cimientos de la ciudad de Santa Isabel, que llamaron Clarence, y aun pensaron establecer en la isla el Tribunal mixto de justicia, que ahora tienen en Sierra-Leona, á cuyo fin propusieron al Gobierno español la venta de Fernando Póo, mediante la cantidad de 60.000 libras

esterlinas. Nada diremos del clamoreo que levantó en las Cortes semejante proyecto, ni de la rechifla de la prensa, y mil protestas por parte de las Sociedades científicas y económicas del país; el resultado fué, no sólo desechar una proposición degradante á la dignidad nacional, mas también una reacción favorable y tendencia decidida á colonizar aquellas regiones tan abandonadas.

Hoy día toda la costa, desde cabo Formoso hasta río Campo, está en poder de los ingleses y alemanes; hablar de este asunto, sobre ser muy largo, no traería utilidad alguna; también haremos caso omiso del derecho que por la referida cesión nos asiste, desde río Campo hasta el cabo López, únicamente apoyándonos en las bases sobre las que nuestros litigantes fundan sus pretensiones, á saber: toma de posesión y contratos con los Reyezuelos indígenas, pondremos en evidencia la razón, que nos sufraga, al pretender todo el territorio comprendido desde el mencionado río Campo hasta el cabo Santa Clara.

En 1843 organizóse nueva expedición al mando de D. Juan José de Llerena, que tomó puerto el 27 de Febrero del mismo año; al llegar, izó el pabellón español en la bahía de Clarence, reasumió la dominación á nombre de la Corona de España y acto continuo partió para Annobón y Corisco, haciendo escala en esta última isla, para cerciorarse del incendio de algunas factorías perpetrado por los ingleses, so pretexto de que se dedicaban á la trata de esclavos. Los corisqueños, que ya desde mucho tiempo no podían averiguarse con los pastores protestantes allí residentes, solicitaron con instancia la anexión á la Corona de España, gracia que se les concedió, y se solemnizó con escritura pública, fechada á los 17 de Marzo del año entonces corriente. Tomó parte en el acto, Bonkoro, jefe á la sazón de la tribu benga en Corisco, cuyo hijo sentó después sus reales en cabo San Juan y extendió su autoridad sobre los bengas de las costas africanas; asimismo intervinieron en el contrato, sujetándose libre y espontáneamente, los jefes de las otras tribus de las riberas del Muni, como Mbikos, Balengues y otras, los cuales en reconocimiento de su autoridad, solían exigir cierto tributo á todas las embarcaciones que navegaban por dicho río por causa de negociación. Y como quiera que los moradores de los dos Elobey eran también bengas procedentes de Corisco, y sujetos á la dominación de los injenjes, resulta que por el mismo hecho quedaron sometidos al pabellón español.

Cosas son estas claras, evidentes, y derechos tan legítimos, que nadie osaba poner en tela de juicio, hasta que los franceses vinieron á objetar fútiles pretextos algunos años después de la ocupación. Permítasenos referir con alguna detención estos motivos de discordia. Casi al mismo tiempo que los españoles, deseaban también nuestros vecinos establecer los cimientos de una colonia en el golfo de Guinea, y exploradas diligentemente las regiones de la costa africana, se decidieron por las riberas del río Gabón, y en 1839 obtenían autorización del jefe de cierta tribu para fijarse en la margen izquierda del citado río. Como tres años más tarde, compraron una parcela de terreno capaz para levantar un pequeño fuerte, con un establecimiento de comercio dependiente de él, aunque no tomaron posesión de su nuevo dominio hasta mediados del año 1843, ó sea tres meses después de la anexión de Corisco y sus dependencias á la Corona de España. En el mes de Agosto del mismo año, daban cima á la fortificación, tomando de aquí su origen la Colonia Libre, cuya capital, Libre-Ville, fué

fundada en 1849. Consta por documentos oficiales que esta soberanía estribaba únicamente en el convenio con una de las tribus más reducidas, y por esto en 1844 y siguientes se dieron buena maña en extender sus dominios, cerrando contratos con los jefes de otras varias tribus. Las anexiones de más monta datan del año 62 en la ribera izquierda del Gabón, hacia el cabo López y río Ogowe, donde levantaron otro pequeño fuerte.

Con el intento de echar en aquellas regiones los cimientos de una colonia española perpetua, salió á principios de 1845 una nueva expedición, dirigida por el capitán D. Nicolás Manterola y el cónsul D. Adolfo Guillemar de Aragón, la cual, aunque no dió grandes resultados, no obstante ratificó y afianzó más la nacionalidad española de los indígenas de Corisco y de sus dependencias, de todo lo cual D. Adolfo hizo sabedor al Gobernador de la colonia francesa establecida en el continente. Corría el año 1856, cuando algunos naturales de la tribu benga, moradores de la región llamada Bolokobue, entre la punta Santa Clara y el cabo Esteras, pidieron con instancia, que se los incorporase á la soberanía de España, y en testimonio de adhesión y sujeción espontánea, el jefe de la tribu entregó la vara ó bastón de mando al comisionado español para que lo enviara á la Reina, la cual efectivamente lo recibió al año siguiente. D. Carlos Chacón, Gobernador general de las posesiones del golfo de Guinea, renovó nuevamente la alianza con los corisqueños, concediendo á su jefe, Imunga, el título de Vicegobernador con autoridad sobre Corisco, los dos Elobey y regiones de la costa africana, y sobre esto, el derecho de exigir el impuesto de 50 francos de todas las embarcaciones que navegasen por el Muni, cualquiera que fuese su nacionalidad. El mismo Sr. Chacón dió por el mismo tiempo título ó carta de naturaleza á Bonkoro II, residente en cabo San Juan, quien aseguró que sus dominios se extendían hasta la desembocadura del río Campo, límite de la tribu benga, la más poderosa de todas. De las susodichas cesiones se levantaron actas con todas las solemnidades de derecho, que son otras tantas pruebas irrecusables de nuestra soberanía. Esta soberanía resultó nuevamente probada después de la publicación oficial hecha en 1859 por D. Joaquín Navarro, delegado al efecto por el Gobierno español, contra la cual no se levantó la menor protesta, ni por parte de la autoridad civil de Gabón, ni menos por el Gobierno de Francia; un año más tarde saltaron no sé con qué derechos y pretextos. De lo dicho se colige que la soberanía de España en las costas continentales debe extenderse, según toda razón, desde río Campo hasta el cabo Santa Clara. Veamos, por último, en qué se fundan los franceses para disputarnos dichos territorios.

Lo primero que ocurre es, que por Mayo de 1860, el Gobernador civil de Gabón protestó contra el nombramiento dado á Imunga de Vicegobernador de Corisco, Elobey y cabo San Juan, alegando que dichos terrenos pertenecían al protectorado francés, según convenioestablecido con uno de los jefes más influyentes de aquel país. En Agosto del mismo año el Gobierno de Francia confirmó lindamente la reclamación de la autoridad de la colonia francesa, aduciendo apoyos tan valederos como ciertos tratados antiguos, que no citaba, sino es el fechado en 1842, en virtud del cual asistía á los franceses el derecho de libre comercio por el Muni. Pero fuera de lo que más abajo diremos, se nos ocurre preguntar: ¿Por qué guardó Francia silencio sobre este tratado por más

de diecisiete años, sin divulgarlo y ni siquiera mentarlo para afianzar sus derechos?...

Poco tiempo más tarde, hallaron los franceses motivos de discordia en los impuestos que se cobraban en el río Moonda, alegando y (nótese bien la fuerza de esta razón), que el Moonda es un afluyente del Muni. Lo que tiene más miga en todo el caso es, que dicho río, si bien corre muy cercano al Muni, no desagua en él, y aunque así fuese, ¿por qué los franceses habían hecho tratados con los jefes del Muni, distante 60 millas del Gabón, cuando ni siquiera tenían noticias claras del Moonda, que corría tan cerca?

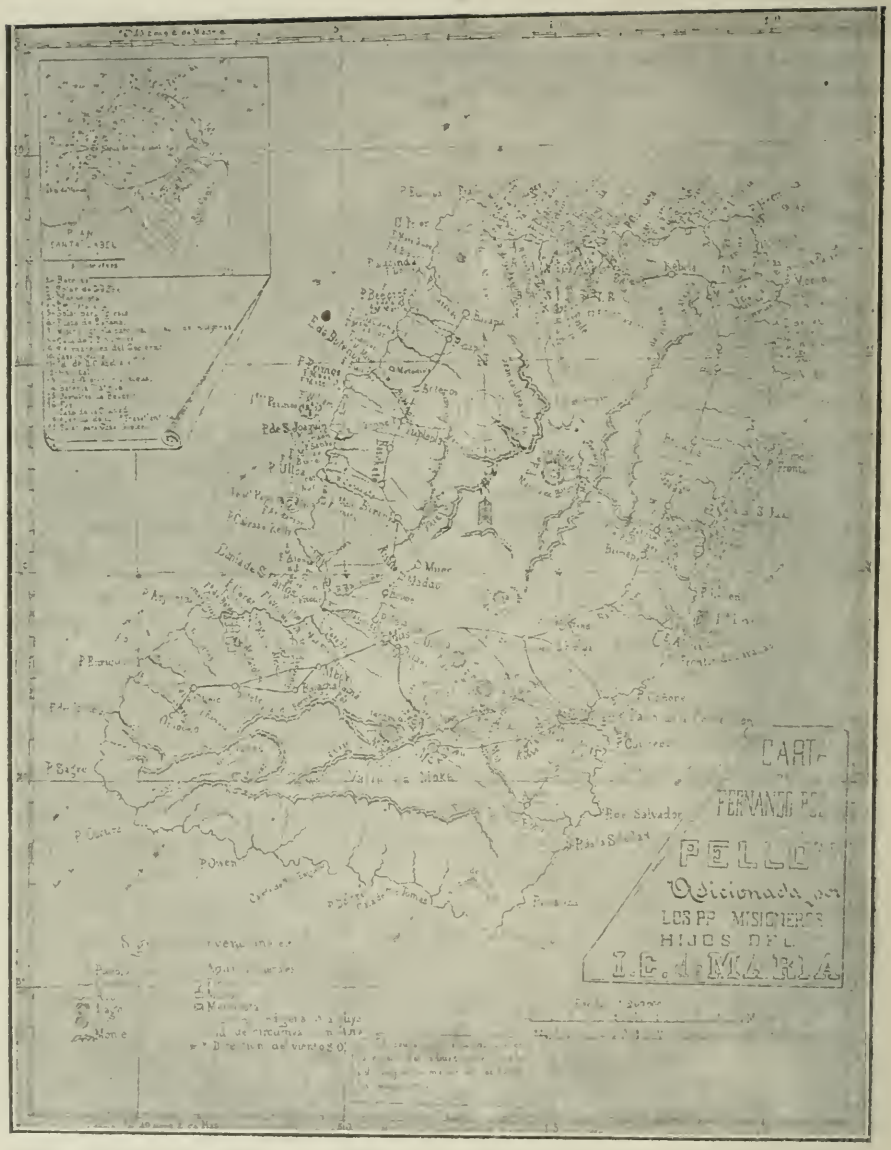
En 1861, nuevas reclamaciones, nuevas pretensiones. Ahora, alegaban derechos sobre Elobey Grande, fundándose en un convenio con el jefe de la isla, hecho en 1855, y añadían que también debía pertenecerles Elobey Chico, por depender del Grande.

En fin, tantas fueron las reclamaciones, que el Gobierno español ordenó se suspendiese el tributo impuesto á las naves que comerciaban por el Muni, hasta tanto que se aclarasen los tratados hechos por los franceses con los naturales, toda vez que ellos apoyaban sus pretensiones. Y aquí salió á pública vergüenza toda su mala fe: porque lo primero, no apareció el contrato que citaban, fechado en 1842; tampoco se pudo topar con el que suponían celebrado en 1845, aunque, á decir verdad, descubrióse una copia, que databa del 1860, ó sea sacada quince años más tarde, y para hacerla valer, alegaron que el original había sufrido un extravío lamentable; y como la copia ó escritura venía firmada por cinco jefes del país, se procedió á interrogarlos, de lo cual resultó en limpio, afirmar todos unánimemente, que no había existido el documento original. Y á la verdad, parece inverosímil que, después de quince años, no hubiese fenecido ninguno de los jefes que suscribieron el convenio de 1845.

Vengamos al tratado establecido con el jefe de Elobey Grande, fechado en Abril de 1855. Este documento parecía revestir todas las formalidades; pero por desgracia, ó mejor por dicha nuestra, vino á flaquear por donde menos se pensaba; porque el firmante no era en realidad jefe de Corisco, sino que el que de hecho tenía la jefatura, confesó ser súbdito de España. Aquí todo sobra menos la justicia y buena fe; pero volvamos á las quejas.

Hará sobre unos quince años que surgieron graves querellas por parte de los colonos franceses de Gabón, por motivo del contrabando que se ejercía en este río, so pretexto de que los contrabandistas se guarecían á mansalva ora en la isla de Elobey, ora en las riberas del Muni; por lo tanto, exigían de España, que tomase las medidas oportunas para atajar aquellas negociaciones ilegales, añadiendo que, si no se ponía pronto y eficaz remedio, estaban en la resolución de avanzar sus puestos militares en aquellos territorios. Esta propuesta, que fué rechazada por nuestro Gobierno, prueba contundentemente que los franceses reconocían por entonces los derechos de nuestra soberanía en las riberas del Muni y lugares próximos. En lo cual, no hacían sino conformarse con el parecer y práctica de las demás potencias, pues el tributo de 5.000 francos, pagados á la autoridad española de Elobey Chico por las factorías alemanas é inglesas que traficaban en los ríos Muni, Moonda, Benito, Campo, Utondo y Envic, era un formal reconocimiento de nuestros dominios sobre aquellas regiones.

Y no nos extenderemos más sobre esta enojosa cuestión, porque no creemos á propósito renovar la memoria de ciertos hechos, ni queremos dar pie á nadie para pensar que deseamos suscitar conflictos. Hemos expuesto imparcialmente los hechos referentes á este asunto, según venían relatados en las Memorias publicadas hasta la fecha, haciendo gracia á nuestros lectores de otros que, aunque verdaderos, en nada contribuirían al bien de nuestra colonia, ni de nuestras Misiones. Sin embargo, antes de poner fin á estas cuestiones, séanos permitido emitir nuestro parecer, valga lo que valiere. Si se mira bajo el prisma de la Religión (cuyos intereses son los más trascendentales), á la verdad, es apreciable y digno de toda estima un territorio cuyas tribus, por lo general, manifiestan excelentes disposiciones para abrazar el Evangelio. Pero considerándolo bajo el aspecto material, no vacilamos en afirmar, que más cuenta podría traer á España la isla de Fernando Póo, que todo el terreno comprendido en el Congo francés; y esto, por dos razones: lo primero, porque el suelo de la isla fernandiana se presta en su totalidad á llevar excelentes cosechas de artículos de precio muy subido; lo contrario sucede en el Continente, donde hay comarcas menos fecundas, y aún casi completamente estériles. Lo segundo, porque sin trabajo y á poca costa puede ser gobernada y administrada la isla de Fernando Póo; todo lo contrario sucedería en el Congo francés, el cual por su extensión exige considerables expensas, puesto caso que son necesarios muchos empleados si se quieren llevar los asuntos con alguna regularidad.



MAPA DE LA ISLA DE FERNANDO PÓO

PARTE PRIMERA.—DESCRIPTIVA

CAPITULO PRIMERO

ISLA DE FERNANDO PÓO

ARTÍCULO PRIMERO

Apuntes geográficos.

Situación y formación de la isla.—Constitución del suelo.—Lagos, montes y bahías.—Clima y estaciones.—Perniciosos influjos de la humedad.—Exuberante vegetación.

Fernando Póo, la mayor de las islas del Golfo de Guinea, hállase situada como á diecinueve millas del continente africano, entre los 3°,12′ y 3°,48′ latitud Norte y 14°,38′ y 15°,11′ longitud Este.

Á la más ligera investigación sobre la naturaleza del terreno de Fernando Póo, échase de ver que dicha isla debe su orígen á una erupción volcánica surgida del fondo de los mares en época muy remota: prueba fehaciente de ello son los cráteres perfectamente visibles, los cuales, á juzgar por su posición topográfica, constituyeron focos céntricos de ardiente lava, que fluyendo libremente á la redonda, dieron á la isla la figura que presenta. De la erupción de estos volcanes, resultaron, según parece, dos islotes que, ensanchando poco á poco sus contornos, vinieron á juntarse por la parte que une las opuestas bahías de San Carlos y Concepción.

En varias regiones, y sobre todas en el sitio últimamente mencionado, descúbrese un suelo constituído casi exclusivamente por lava, con alguna proporción mayor ó menor de hulla, antracita y varios minerales ferruginosos; á lo cual obedece el color negruzco que se nota en las arenas de las playas. Faltan por completo las calizas, hasta el punto de no hallarse mineral alguno que pueda utilizarse para la extracción de la cal. Sobre estas rocas, de suyo estériles, extiéndese una capa de humus ó tierra vegetal, resultado de la descomposición de hojas, hierbas y otros despojos de las plantas. No es muy espesa, y sin embargo, constituye la causa de la exuberante feracidad del suelo; merced á este

mantillo ostenta la isla magnífico verdor y la gigantesca vegetación de las zonas tropicales.

La particular naturaleza de las rocas comunica frecuentemente al agua un carácter ferruginoso, en razón de lo cual merecen todo el aprecio de las aguas minerales, toda vez que como ellas pueden prestar sus servicios para la curación de ciertas dolencias. Por toda la extensión de la isla brotan un sinnúmero de fuentes y riachuelos debidos á la filtración de las inmensas masas de agua, detenidas en los cráteres de los volcanes apagados, donde forman lagunas de no escaso perímetro. Tres son las que hasta la fecha se han podido reconocer: la primera y más extensa de todas hállase situada sobre los montes de Moka á la altura de 1.800 metros sobre el nivel del mar; la segunda sobre los de Balachalacha en la bahía de la Concepción, como á unos 1.200 metros de altitud, y por último, la tercera, sobre el pueblo de Basakato, al Oeste del Pico de Santa Isabel, á la altura de 800 metros. Todas ellas contienen agua potable, y en las dos últimas no se observa derrame alguno exterior, á lo menos gran parte del año. Fuera de esto, en diferentes puntos de la isla nótanse señales que indican la existencia de aguas minerales en los tiempos pasados, y aun ahora en los sitios de Mioko, no lejos de Moka, brota un venero de aguas gaseosas de propiedades excelentes.

Los montes más importantes de la isla fernandiana son los que á continuación se expresan: el Pico de Santa Isabel, que se eleva á 2.880 metros de altura, el de San Carlos á 1.900 y el de San Joaquín á 2.000 próximamente. Sobre las llanuras que se dilatan entre las dos vertientes de la isla, destácanse numerosos picos menos importantes, que la embellecen sobremanera.—Entre las bahías merecen mencionarse las siguientes, y en primer lugar la de San Carlos, que lleva á la de Santa Isabel muchas ventajas. Lo primero por su mayor extensión, ya que puede contener holgadamente muchas embarcaciones, cuando en esta última apenas pueden maniobrar tres libremente. Lo segundo porque ofrece á los barcos mayores garantías de seguridad contra los tornados, ora porque pueden anclar perfectamente, ora porque en las tormentas sopla el viento de tierra á mar. En tercer lugar las playas de San Carlos son más salubres merced á las brisas del mar que allí soplan directamente. Lo cuarto, es más céntrica, de manera que con mucha facilidad podrían los barcos hacer rumbo á ella desde cualquier punto de la isla, y aun por tierra tiene comunicación expedita con la bahía de Concepción, cosa imposible por cualquier otro sitio, por razón de la altura y escabrosidad de los montes. Agréguese á esto la mayor feracidad del suelo, la perspectiva y las mesetas cruzadas de ríos que á pocas leguas se extienden, muy aptas para llevar determinadas clases de hortalizas.

Viene en segundo término la bahía de Concepción al abrigo del viento Sudoeste allí reinante. Es mucho mayor que la de Santa Isabel, pero ofrece poca seguridad á las embarcaciones, que dan fondo á causa de que los tornados, soplando de frente, las empujan hacia la playa; es la llave de los montes de Moka y de varios pueblos enclavados en la cuenca de Río Grande. Si los ingleses escogieron la de Santa Isabel para construir el principal puerto, fué, sin duda, habida consideración á la calma de sus aguas, tanto más cuanto que se halla al abrigo de los tornados, gracias á la punta Fernanda. Viene á ser un

semicírculo cuyo diámetro medirá como medio kilómetro. Los contornos de la isla presentan otras varias ensenadas á propósito para amarrar los botes, pero insuficientes para la seguridad de barcos mayores.

Conocida como es de todos la proximidad al Ecuador de la isla que historiamos, ya supondrán nuestros lectores que su clima debe ser muy cálido. Así en realidad sucede, oscilando la temperatura entre los 28° y 35° centígrados, aunque á las veces, en tiempo de lluvia, desciende el termómetro á los 24°, lo cual constituye para los naturales de Santa Isabel verdaderos asomos de invierno. También parece excusado consignar aquí que la temperatura decrece á medida que los sitios están más elevados sobre el nivel del mar; por esta causa sobre la cumbre del Moka (1.200 metros) marca el termómetro 14° y sobre el Pico de Santa Isabel no pasa de 11°. Para formarse cabal idea del clima fernandiano, debe juntarse la humedad á este ambiente caluroso, la cual es tan considerable, que desde la puesta del sol hasta muy entrada la mañana del día siguiente, no puede uno marchar sin calarse por aquellos vericuetos. Sobre las montañas el humor acuoso es todavía más abundante, pues aun en pleno día se observan las hierbas rociadas, á menos que hayan recibido los rayos directos del sol. Por la razón arriba mencionada de la proximidad á la línea equinoccial, no se suceden en Fernando Póo las diferentes estaciones cual acaece en las zonas templadas: allí siempre es verano; siempre pueden los indígenas aspirar el perfume de las frescas rosas, lo mismo el día de la Inmaculada Concepción que el del Santísimo Cuerpo de Cristo. Sólo sí pueden distinguirse dos estaciones ó épocas: la una lluviosa, que comenzando en la segunda quincena de Mayo se prolonga hasta fines de Noviembre, y la otra de seca que dura lo restante del año. Durante la primera es raro el día en que las nubes no se resuelvan en copiosísima lluvia, al paso que en los meses restantes nada de esto acaece, á lo más una que otra vez las tormentas llamadas allí tornados. Vienen á ser impetuosos huracanes que levantan en el mar inmensas oleadas, poniendo las pequeñas embarcaciones á riesgo de naufragio: también por tierra dejan señales de su paso, pues ó arrancan de cuajo los árboles, ó derriban edificios, ó causan otros trastornos por el estilo. Suelen repetirse más á menudo en el tránsito de una estación á otra.

Estos factores principales del clima, el calor y la humedad, dejan sentir por todas partes su perniciosa influencia. Dan margen al paludismo, que tan desastrosos estragos viene haciendo; al reumatismo, que afectando á hombres y animales, acorta notablemente su existencia; oxidan rápidamente los metales, y de aquí que al poco tiempo se inutilicen relojes, máquinas de coser y demás objetos metálicos, aun supuesto el cuidado esmeradísimo que exige su conservación; gracias á esos agentes, es inevitable el rápido y total deterioro de los cereales, á menos que se depositen en receptáculos de vidrio cerrados herméticamente, medio, como se supone, nada económico; por la misma causa pululan por doquier comejenes, insectos pertinaces y fastidiosos, que roen y pulverizan las maderas, aceleran la fermentación de la carne, corrompen los medicamentos, apolillan los tejidos y acaban con todo objeto de procedencia orgánica. Toda diligencia es poca para exterminar estas hormigas y poner en cobro los muebles y demás efectos.

Y ¿cómo ponderaremos ahora la exuberante feracidad de aquel país? ¡Qué

bien le cuadra el nombre de *Formosa* con que primeramente la apellidaron! Cuando se contempla la isla desde el mar, semeja un amenísimo verjel, y al penetrar uno en aquellas selvas sombrías, se le ofrecen panoramas tan embelesadores, que dejan atrás las fecundas ficciones del poeta. Árboles seculares y gigantescos que, enlazando sus ramas, determinan arcos ojivales ó de medio punto; flexibles lianas que, encaramando sus vástagos volubles hasta las copas más erguidas, simulan grupos de serpientes enroscadas; arbustos caprichosos cuajados de áromáticas flores; tortuosas raigambres, que serpean por un suelo virgen, tapizado de verde y tupidísima hierba... Todo se presenta bajo un imponente punto de vista, y al presenciarlo por vez primera se comprende todo el alcance de las palabras del salmista: *Posuit prodigia super terram...* (Ha hecho Dios cosas prodigiosas sobre la tierra.)

ARTÍCULO II

Apuntes etnológicos.

Origen de la tribu bubi. - Extensión y poblaciones de Fernando Póo.—Régimen moderno. Costumbres de los bubis fernandianos.—Su dialecto.—Convite suntuoso.

Por lo que concierne á la etnología de estos isleños, cúmplenos consignar aquí las siguientes noticias sobre la tribu bubi, según lo que hemos oído referir de boca de los mismos indígenas. Procedentes de la costa y embarcados en cayucos, hicieron rumbo los primeros pobladores hacia Fernando Póo y tomaron tierra en Concepción, donde se establecieron, fijando su residencia en Moka. Desde allí fueron con el tiempo extendiéndose hacia las mesetas de San Carlos, ocupando los flancos de las montañas vecinas, hasta que, multiplicadas las familias, fué preciso distribuir la región en muchas comarcas, sirviendo casi siempre de aledaños los numerosos riachuelos, ó tal vez el camino real que da vuelta á la isla. No se mezclaron con otras tribus, pues la unidad de su lenguaje pone de manifiesto la identidad de su procedencia. Objeto de suma veneración y respeto era al principio la autoridad del Príncipe soberano de Moka; pero hoy día ha venido á menos, hasta el punto de que muchos subalternos se burlen de ella impunemente, tanto más, cuanto que no puede disponer de fuerza armada para subyugar á los levantiscos. El tatuaje (1) que

(1) Con esta palabra se designa la acción salvaje que se estila en aquellas tierras de picarse y pintorrotearse el cuerpo de diversas maneras, principalmente en la cara, pecho y espalda. El tatuaje (en bubi *biau)* se efectúa de ordinario por medio de sajaduras hechas á cuchillo y también con picaduras á punta de aguja, con que se acribillan la piel formando dibujos más ó menos artísticos, pero siempre bárbaros. La operación suele hacerse cuando el niño llega á los tres años de edad, para lo cual, amarran á la criatura convenientemente mientras los sajadores (que lo son de oficio y muy bien retribuídos) le aran la cara con las referidas incisiones en tan gran número que nunca bajan de cincuenta y á veces pasan de trescientas, sin hacer caso del pataleo y chillidos de la víctima. Á los quince días suelen cicacrizarse las heridas, con que quedan á veces horrorosamente desfigurados que su cara parece una carnicería.

Estas incisiones son forzosas, pero hay otras voluntarias que suelen hacerse en el pecho,

estilan los pueblos de estos contornos, es debido, según ellos, á la caza que les daban los europeos algunos siglos atrás; pues con el objeto de reconocerse en el destierro, y prodigarse mutuos socorros, adoptaron esta señal que los caracteriza entre las demás tribus. Parece, en efecto, muy probable, que entre los neófitos catequizados por San Pedro Claver, no faltaron oriundos de la tribu bubi, pues leemos en su vida que el Santo se servía como de intérprete de un negro procedente de Calabar, costa contigua á Fernando Póo, por el Noroeste y distante de esta isla algunas horas de vapor, de mediano andar. En el sendero que, arrancando de Concepción conduce á Riabba, señalan los bubis un sitio que servía de escondite á los blancos cuando trataban de arrebatarlos de su país natal, para reducirlos á la mísera esclavitud. De todos modos, el miedo, desconfianza y hasta horror tradicional que, á diferencia de las otras tribus, profesan los bubis á la raza blanca, parece ser testimonio fehaciente y á la par rencorosa venganza de las crueldades de que fueron víctimas en siglos anteriores por parte de los dedicados á tan infame tráfico.

Calcúlase la extensión de la isla que venimos historiando en 2.017 kilómetros cuadrados, que vienen á ser como 201.700 hectáreas. Los bubis se habían distribuído su suelo en treinta y siete distritos independientes, cuyos nombres ponemos á continuación:

Al Norte, *Basilé, Banapá, Basupú* y *Rebola;* al Este, *Bancy, Basuala, Basakato, Bariobe, Bakake, Bilélepa, Bantabari, Boloko, Balachalacha, Bolobe, Bepepe, Kutari, Riasaka, Kodda, Moka* y *Sas;* al Oeste, *Basupú, Botinós, Duplapla, Basakato, Risule, Boobe, Macri, Oloitia, Rilakó, Rilaja, Musola, Ombori, Balachalacha, Batete, Bualatokolo, Bokoko* y al Sur, *Ureka.*

No será fuera de propósito consignar aquí la división moderna, aunque aún no se halla bien definida. Hasta 1888, el Gobernador de Santa Isabel asumía sobre sí el gobierno general y particular de la isla, con la cooperación de dos Cuerpos consultivos, conviene, á saber: el de Autoridades, y el de Consejo de vecinos de dicha capital. Desde aquella fecha, hasta tres años más tarde, funcionaron otros dos, á saber: el de San Carlos, cuya acción se extendía sobre los pueblos de la bahía del mismo nombre, y el de Concepción, que ejercía su autoridad sobre los pueblos enclavados en la cuenca del Río Grande, que desagua en la opuesta bahía. Desde 1891, quedaron definitivamente suprimidos estos dos últimos Consejos, en cuyo lugar fueron nombrados dos policías para conservar el orden público: pero fallecido en 1894 el funcionario que prestaba sus servicios en Concepción, sólo resta el de San Carlos.

Según propósito del dignísimo actual Gobernador, este régimen sufrirá un notable arreglo, que probablemente se habrá ya implantado cuando estos renglones vean la luz pública.

Primero que reseñemos brevemente las costumbres de los indígenas fernandianos, fin principal del presente artículo, permítasenos una palabra sobre la población de la isla, que de un tiempo á esta parte ha sufrido considerable

---

vientre, muñecas, etc., á modo de adornos semejando cintas, cadenillas ó ramajes. Estas suelen hacerse á punzadas con que bordan el cutis variamente. Para cicatrizar las incisiones usan una confección extraída de un arbusto llamado *andola,* que para mayor comodidad lo suelen plantar alrededor de sus chozas, y sirve también para colorearse de rojo.

mengua; lo cual no es de extrañar, supuesto que, careciendo de los medios más rudimentarios para atajar los males, basta la enfermedad más liviana para llevarlos al sepulcro. Júzguese ahora la mortandad que ocasionarán las epidemias; difícil sería calcular, siquiera aproximadamente, las personas que en 1889 perecieron víctimas de las viruelas; en 1893 la tos ferina cortó el hilo de la existencia á centenares de criaturas, y á principios del 96, la disentería dejó casi desiertos varios pueblos de la bahía de Concepción y otros distritos; por manera que la población de hoy día difícilmente alcanzará la cifra de 15.000 habitantes.

Pasemos ahora á detallar los usos de nuestros indígenas, para que se puedan formar nuestros lectores una idea cabal del carácter de aquella raza.

Las costumbres de los isleños fernandianos revisten un carácter salvaje por todos conceptos: de buen grado presentaríamos á nuestros lectores una relación detallada de sus usos; pero ya que los estrechos límites de nuestro escrito otra cosa no consienten, nos ceñiremos á ligeras insinuaciones. Como allí no se conoce el invierno, andan casi por completo desnudos, cubiertos únicamente por un sencillo delantal. Las chozas donde moran son tan reducidas, que las paredes delanteras, construídas de helechos ó toscos tablones, no pasan de un metro de altura; con lo cual se concibe que para entrar, será fuerza agacharse mucho. Suelen tener de bambú la cubierta y carecen de ventanas y chimeneas. Excusado es buscar por allí sillas ú otros muebles parecidos; y la cama donde se acuestan consiste en unas tablas anchas colocadas junto al fuego, de manera que al poco rato la habitación queda bonitamente llena de humo. Así y todo duermen con gusto á trueque de ahuyentar los mosquitos importunos. Al tiempo de la siembra del ñame, ó sea durante la estación seca, trabajan siete horas en sus fincas. Mientras llueve, cuidan con esmero que las plantas del ñame no se arrastren por el suelo, y á este fin procuran que los zarcillos ó filamentos que tienen, semejantes á los de nuestras judías de enredadera, queden bien afianzados en las cuerdas que cruzan por las plantaciones. Por lo que concierne á la roturación de los terrenos, los trabajos menos pesados suelen correr á cuenta de la mujer; más eso de llevar bultos ó cargas es tarea obligada del sexo débil; de suerte que se ven á las veces cuatro ó cinco mujeres cargadas de leña, plátanos ó ñames, siguiendo detrás un hombre armado de machete ó escopeta para escoltarlas. Cuando algún Muchuku quiere darse tono, obliga á alguna de sus mujeres á sostener arrodillada el plato mientras dure la comida, y sobre esto le impone el deber de mirar siempre á otra parte. Si por ventura antes de comenzar sobreviene algún forastero, créese éste por el mero hecho convidado, y ya nadie se extraña de que se siente á la mesa y tome de la fuente cual si fuera de la familia. Comen con los dedos; con todo, tienen á mucha honra el servirse de cucharas y tenedores, que procuran adquirir á la primera oportunidad. El ñame, especie de tubérculo parecido á una patata de gran tamaño, constituye la base de la alimentación en todas las casas, y por lo demás, acostumbran mezclar salsas, pescado ó carne de caza. El Muchuku tiene separados para sí los mejores ñames. Fuera del ñame utilizan también otros tubérculos feculentos, como los que llaman *malangas,* y consumen grande cantidad de plátanos, fruto sano y delicioso del árbol del mismo nombre.

Para la guerra servíanse antiguamente de lanzas de madera que llamaban

mochika, con las cuales daban también caza á las fieras; pero de un tiempo á esta parte, han sido sustituídas por escopetas de chispa, existiendo prohibición absoluta de emplear la de pistón. Los bailes son inocentes sobremanera, y se verifican separadas las personas de diferente sexo. Al son de unos cantos fastidiosos por su monotonía y repeticiones, saltan, brincan ó marcan el paso con cierto arte, ejecutando diferentes evoluciones y rodeos, conforme son los cantares que bailan. Luego de nacer los niños son lavados con agua fría, operación que se repite diariamente, viéndose á cada paso mujeres encaminarse al río, llevando en brazos á sus chiculos para bañarse allí en aguas que mantienen una temperatura relativamente muy baja. Merced á esto se endurecen, haciéndose menos sensibles á la intemperie, hasta poder dormir completamente desabrigados, sin temer percance alguno. Usan un dialecto propio, derivado, según parece, del benga; es de prefijo, y se distingue por la riqueza de términos, y por la sencillez de su pronunciación. Hablan también mediante un silbo particular, con el cual, aunque no consta sino de dos notas ó sonidos, logran comunicarse cuanto quieren; á este mismo efecto, usan de los toques convencionales de su *muchuchu,* trompeta de guerra á manera de cuerno de buey. En cierta ocasión, mientras frasladábamos la Casa de San Carlos, echamos de menos una lima, una sierra y otros útiles por el estilo; entonces un muchacho pegó ciertos silbidos, y al poco rato nos acudieron otros jóvenes con lo que necesitábamos. Otra vez se presenta á la misma Misión un mozo, por nombre Pedro, y dice:—Padre, tenga á bien prestarme una bombilla, porque al otro lado del río están aguardando Mooko, la mujer de Topete con su hijuelo, que no se atreven á pasar el río sin luz.—Nadie esperaba aquel día á semejantes huéspedes, y así le preguntamos:—¿Cómo sabes tú eso? — Es que han llamado con silbidos. — Como una hora después llegaban los personajes nombrados por el muchacho.

Llegados al uso de razón, todos los hijos varones son muy dueños de emanciparse, sin que puedan los padres alegar derecho que valga para reclamarlos. No sucede otro tanto con las niñas; vénse éstas precisadas á permanecer en casa de su padre, quien podrá libremente venderlas al mejor postor, por más entrado en años que esté.

Para celebrar sus fiestas suelen juntarse muchos, y aparecen ataviados con sartas de conchitas en las piernas y muñecas, ceñido el cuello y la cintura con vértebras de serpiente ó hebras que desgarran de las plantas. Fuera de las fiestas religiosas, acostumbran los Muchukus celebrar otra cada año, que bien merece la consignemos aquí, pues no tiene otro motivo que hacer alarde de sus riquezas y *ostentar el esplendor de su gloria.* Convidan á los Muchukus de muchas leguas á la redonda, creyéndose tanto más honrados, cuanto mayor es la concurrencia. Y como quiera que corre á cuenta del invitante proporcionar alimento á cuantos comensales se presenten, acostumbra el Muchuku enviar, con algunos días de anticipación, á varios criados suyos, para que den caza á los antílopes, monos, venados, etc.; y fuera de esto, aquellos de sus amigos que blasonan de ricos, le regalan alguna cabra, gallinas, ovejas ú otras piezas de caza con que pueda soportar los gastos de aquel espléndido convite, que recuerda las bodas de Camacho. Notaremos, por último, la manera propia que tienen de cocer los ñames, que consiste en someterlos á la acción inmediata de los hervores que se levantan de una olla que tapan con hojas de plátano.

ARTÍCULO III

Producciones vegetales.

Maderas de construcción.—Árboles frutales.—Otros árboles de utilidad.—Plantas alimenticias y medicinales.

Echemos una rápida ojeada sobre la flora de aquel país, y por aquí podrá entenderse el partido que lograrían sacar los españoles de la explotación de las islas del Golfo de Guinea y primero citaremos algunos ejemplares utilísimos para maderas de construcción y ebanistería.

I. **Árboles de bosque para construcciones.**—*Ébanos negro y mulato:* Crecen juntos sobre los picos altos en grande abundancia; son de madera negra, durísima é inalterable á la humedad del clima. Apréciase menos la del mulato, á pesar de las aguas vistosísimas que la hermosean.—*Bokapí:* De leño rojo obscuro, que más tarde declina al del chocolate; es muy duro, finísimo é inatacable por el comején, si la tala ha tenido lugar al menguar de la luna y en baja marea.—*Teka de corazón:* Llámase así, porque el resto del tronco no resiste á la intemperie, cuando la parte céntrica es dura, compacta é inatacable; su color recuerda al bokapí.—*Palo de hierro:* Sólido, muy duradero, color del óxido del metal cuyo nombre lleva.—*Caoba blanca:* De estructura muy fibrosa, se decolora degenerando en cenicienta, y no cede á la acción destructora de las hormigas blancas: de esta madera construyen sus casas los bubis de varias regiones de la isla.—*Caoba gris:* De este color con aguas hermosísimas que semejan pelos rizados; barnizada podría servir perfectamente para muebles de lujo.—*Caobilla:* Se parece á la anterior; es menos fina y estimada. - *Doradillo:* De color amarillento, muy fácil de trabajar y de mucha duración. Es madera tan sonora, que los pamues acostumbran atravesar tablitas toscamente labradas entre dos troncos de plátano, y así reproducen los sonidos de la escala musical.—*Boj africano:* Semejante al nuestro; de él hacen los bubis su bastón tradicional.—*Cedro:* Árbol dioico; de los pies de flores femeninas apenas se puede sacar partido; en cambio los tallos del otro sexo se elevan á grande altura sin ramificarse y adquieren colosales dimensiones, con lo cual se consigue utilizar todo el tronco —*Calabó:* Comunísimo en el país; es de tal estructura, que con una sencilla cuña de hierro ó madera, se parte fácilmente en tablas de construcción; por este motivo es muy buscado por los indígenas, particularmente pobres para levantar sus rústicas chozas.—*Ijengue:* Así llaman los bengas á un árbol de madera floja, como el corcho de nuestros alcornoques. —*Ceiba:* Vegetal corpulentísimo; suministra madera de mucha duración, y aun podría su borra algodonosa traer alguna cuenta para tejidos.—*Bambú:* Este nombre dan á un árbol parecido á la palmera, apto para construcciones, en razón de tener la corteza muy dura; de las hojas tejen esteras con las que cubren sus cabañas.—*Caña de Indias, brava ó bambú:* Vegetal elegante y majestuoso que imprime un aire risueño á los paisajes de la zona tórrida; sus tallos

gigantescos, sin ser macizos, no carecen de resistencia para edificios, aunque los isleños los usan para tejados principalmente.

II. **Árboles frutales.**—De buen grado recorreríamos uno por uno los diferentes frutos, que pródigamente produce el suelo fernandiano; pero será fuerza restringir tan vasto campo á los árboles frutales del país, fuera del café y cacao, que por ser tan importantes artículos de comercio, bien se merecen tratado aparte. Sin embargo, no sabemos pasar por alto al bananero, mata arborescente de frutos delicadísimos; los ñames, tubérculos feculentos y nutritivos de una dioscórea, que constituyen la base de la alimentación del país; las malangas, tubérculos también de gran valor alimenticio; los tomates, hortalizas, etc. Y ya que hemos prometido ceñirnos á los árboles, observaremos ante todo que los principales pertenecen á las familias botánicas de las hesperídeas y palmeras.—*Guayabo:* Tiene por fruto un limón agridulce, excelente para conservas.—*Aguakate:* Rosácea que produce una drupa parecida á un membrillo con un cuesco en lo interior. Es insípida de suyo; pero se presta á toda clase de condimentos. Alguna vez se sirve como postre.—*Citrón:* Poco partido se saca si no es para conservas, y aun para esto se aprovecha poco en nuestra colonia. —*Naranjas:* Como las de la Península, aunque tienen una acidez más pronunciada.—*Limones:* Son pequeños y muy agrios; se utilizan para bebidas refrigerantes, y su zumo como vulnerario, antiescorbútico y contra la sarna.—*Árbol del pan:* Del género *artocarpus;* su fruto, tamaño como una cabeza humana, contiene una pulpa ó carne muy sana que puede guisarse y sustituir á las patatas. —*Anón:* De las anonáceas; sus piñas son bastante conocidas en España; contienen una manteca blanca, espesa, refrescante y sabrosa.

No alcanzaríamos nunca á ponderar las utilidades de la familia de las *palmeras:* los géneros más frecuentes son *elais, phoenix y cocos,* que suministran frutos sanísimos y muy dulces, como dátiles, cocos y bangás. Esta última fruta, debajo de un epicarpio rojo, contiene una pulpa oleosa, de la cual extraen los naturales el *aceite de palmera,* y aun la almendra suministra á los ingleses un aceite aromático para pomadas y otros cosméticos. Los loros apetecen mucho los bangás y dejando caer los huesos, son causa de que esta palmera se propague espontáneamente, lo cual no sucede con los cocoteros, que por lo mismo abundan menos, si bien que sazonan perfectamente sus frutos. Son, cierto, muy admirables las vías de la Providencia con respecto á la dispersión de las semillas. Y á propósito de palmeras, haremos mención de otro producto, que llaman *topé,* especie de bebida fermentada: recién extraída consiste en un jugo lechoso, fresco y almibarado, mas después de la fermentación se convierte en un licor espirituoso, insoportable para cuantos no están hechos á él; en cambio muchos naturales lo apetecen apasionadamente, aun á trueque de exponerse á los torpes efectos de las bebidas alcohólicas.—*Poma-rosa, manzana de África:* De las mirtáceas; tamaño y figura como nuestras granadas; tiene poca carne comestible, pero muy apetitosa y excelente para conservas.—*Mango:* De las terebintáceas; su fruto es una pera comestible y meridional. Crece en cualquier parte y con no ser alimento muy suave constituye la golosina favorita de la gente de color, que por esta causa se expone á enfermedades capaces de poner á riesgo la misma existencia.—*Chirimoya:* De las bromeliáceas; reina de las frutas, por razón de su sabor delicadísimo: presenta el aspecto de un melon-

cito más ó menos cónico de superficie anfractuosa. Para bebidas y conservas no tiene par.—*Papaya:* De las pasiflóreas; son frutos como melones, de gusto muy grato y propiedades estomacales. Sienta muy bien después de las comidas, y para postres las papayas no van en zaga á ninguna otra fruta. Hay también otros frutos, como ciruelas, grosellas, etc., deparados por el Señor para alimento de hombres y animales.

Muy lejos nos llevaría consignar las diferentes especies medicinales: sirvan de ejemplo el ricino, el arbusto del aceite de Crotón, empleado como purgante drástico; el culantrillo contra las fiebres; el te del país, excelente diaforético; el arbusto de la quina, tan celebrado por su corteza febrífuga. Hay también una planta conocida en Botánica con el nombre de *sterculia acuminata* y vulgarmente llamada *kola,* cuyas nueces ó almendras son de mucho uso en el país; tienen un sabor desapacible, que recuerda el de las bellotas; pero sirven maravillosamente para confortar, de tal manera que los indígenas no osarían emprender largas jornadas, sin llevar en sus zurrones provisión de las semillas de este árbol. Como remate de la flora haremos mención de las lianas ó bejucos: hay una especie que se desarrolla en las cuencas de los ríos y en los lugares altos, cuyo jugo podría rendir grandes utilidades para la extracción del caucho ó goma elástica. Otras lianas encierran en sus flexibles tallos notable cantidad de agua fresca y deliciosa, sirviendo de agradable refrigerio al cansado caminante. Existe también algún canelero, de cuya corteza se han aprovechado nuestros padres, calificándola de buen sabor y exquisito aroma.

ARTÍCULO IV

Animales que pueblan la isla.

Monos.—Animales carnívoros.—Rumiantes y otros mamíferos.—Aves del país.—Horrorosos reptiles —Peces que frecuentan las playas.—Insectos.—Instintos de la hormiga brava.—Arágnidos más notables.

Tarea no menos larga que engorrosa sería la de describir la fauna de aquella región: no entra esto en el plan de nuestra Memoria; bastará para nuestro propósito reseñar las especies, que revistan algún carácter extraordinario, y aun así recelamos ser sobradamente prolijos. Cierto, es grande mengua para nuestra España que se lleven hechas tan pocas investigaciones sobre una isla, cuya fauna podría competir con las más ricas y variadas del mundo: por esta causa nos hemos creído en el deber de dar á conocer á nuestros lectores los animales que más llamen la atención por su tamaño, ferocidad, veneno, utilidad ú otro carácter excepcional. Y para proceder con orden, iremos recorriendo rápidamente la clasificación, que suelen adoptar los autores modernos de Zoología. Comencemos por la clase de los mamíferos.

Mamiferos. — El orden de los *cuadrumanos* viene representado por muchas especies. Ya es sabido que los monos habitan por lo general las copas de los árboles, de cuyos frutos se sustentan; constituyen manadas presididas por un jefe, á cuyas insinuaciones obedecen ciegamente. Al percibirse algún ruido

siniestro todos se alarman, y á una señal del guía echan á huir, saltando de rama en rama y de árbol en árbol con una destreza sorprendente. En este caso los pequeñitos se agarran tan fuertemente á las espaldas de la madre, que sin servirles de estorbo y sin riesgo alguno de desprenderse logran ser puestos á salvo. Por lo general las especies pertenecen á los géneros *cynocephalus, cercopithecus* é *inuus.* Vamos á dar más detalladamente la descripción de algunos cuadrumanos. El *mandril* es un mono tamaño como un perro de presa, color negruzco, cola corta y cara pelada; es fornido y tan feroz que no se le puede dar caza, á menos de reunirse varios hombres y bien provistos de armas; de otra suerte siempre sale uno muy mal librado. Los *cercopithecos* son micos muy abundantes por aquella región; semejan lebreles de cola larga, pelo fino y de color intenso, facciones y meneos de mucha gracia. Suministran algunas pieles para manguitería. Los que llaman *macacos* son monos de varias especies: los hay grandes, fornidos, estúpidos y feroces, y otros menores, más graciosos é inteligentes; en realidad no pueden todos pertenecer al género *macacus* de Buffón, toda vez que la única especie africana es el *M. inuus.* El *maki negro,* mono del tamaño de un gato y como él vivo, juguetón y domesticable, tiene el pelo sedoso, color negro de azabache. Existen otros *makis* menores, de ojos muy expresivos y ligeros, como ardillas. La *nieva* ó mona perezosa: así llamada por la lentitud de sus movimientos; parece una especie no descrita del género *stenops,* familia de los *lemúridos;* vamos á describirla brevemente, ya que abunda tanto en aquella isla. Consiste en una rata de grande tamaño, de color gris, con una mancha blanca en el dorso; el pelo es finísimo y bastante espeso, carece absolutamente de cola, y como al andar apoya toda la palma en el suelo, semeja un plantígrado ú oso en miniatura. Por lo demás es pesado, nocturno y emite unos chillidos muy desagradables, que repite cada vez con mayor fuerza, hasta más no poder. Aseguran los naturales la presencia en la isla del *orangután* y *chimpancé,* y el Muchuku de Kutari exhibe un cráneo como prueba de su afirmación; aunque no nos parece del todo inverosímil la existencia de estos antropomorfos, sin embargo, nos guardaremos bien de confirmarla hasta adquirir pruebas más fehacientes.

Puesto que nada particular ocurre sobre los órdenes de quirópteros é insectívoros, pasaremos al de las *fieras,* si bien que, en hecho de verdad, poquísimas son las especies que tal nombre merecerían, á juzgar por los instintos feroces. *Perros:* los indígenas son medianos, caseros y excelentes para la caza; por este motivo son tan estimados por los bubís, que solemnizan la muerte de ellos con tantos disparos de escopeta cuantas fueron las piezas de caza obtenidas por sus servicios. Así tienen cuidado de llevar cuenta exacta de las mismas. Los perros del país no ladran, sino que emiten ciertos aullidos tan lastimeros, que alarman intempestivamente á los vecinos, sobre todo en las altas horas de la noche. *Gatos:* los hay domésticos y monteses; éstos en el tamaño casi alcanzan al leopardo, pero nada tienen de su ferocidad, antes bien traen alguna cuenta por exterminar muchos animales nocivos. Existe otra especie media, de piel muy manchada.—Entre los *roedores* mencionaremos á la *ardilla,* de color gris: causa estragos en las plantaciones de cacao, porque roe las piñas cuando apenas comienzan á sazonar: en cambio, con su carne guisada y arroz se preparan platos muy apetitosos. La *ardilla voladora,* tiene inserta en el dorso una expan-

sión membranosa, á favor de la cual puede volar poco trecho, y salvar así cortas distancias. Suministra pieles para manguitería. El que llaman *grompi* es una rata enorme que puebla los bosques y causa notables destrozos en las plantaciones de cacao, royendo las plantas tan luego como comienzan á romper. Los indígenas y krumanes gustan mucho de su carne, por lo cual lo persiguen activamente, ora destruyendo á machetazos sus madrigueras, ora hostigándolos y obligándolos á salir de ellas llenándolas de humo. Abunda el *puerco espín* y en nada difiere del europeo. El único representante, que sepamos, de los *desdentados* es el *pangolín*.

Fijemos ahora nuestra atención en los *rumiantes*, y el primero que se nos ocurre es el *venado*, perteneciente al género *cervus*, pero muy distinto de los ciervos que pueblan los bosques de Europa: mas bien podría considerársele como un corzo, atendido su tamaño algo menor que el de nuestra cabra, y sus cuernos, que apenas se ramifican. Es de color rojo uniforme, con una mancha blanca á lo largo del lomo. Entre los antílopes topamos con la *gacela*, que dista mucho de poseer el esbelto talle de las gacelas propiamente dichas, así como tampoco alcanza ni de lejos á tener sus dimensiones. No es mayor que un perro ordinario, con dos cuernecillos insertos en el frontal, y las pezuñas hendidas. Su piel está revestida de un pelo gris lustroso, y podría servir perfectamente para abrigos de lujo. La *oveja doméstica* es de talla inferior y de pelo fino, pero no lanoso. Cría dos veces al año, y frecuentemente del mismo parto nacen dos corderitos. La *cabra* es asimismo menor, de pelo corto, y cría también dos veces.

Por último, notaremos que de entre los *cetáceos* únicamente el delfín y la ballena se dejan ver en las playas fernandianas. El primero rarísima vez y á algunas millas de la ribera, sin que jamás hayamos oído referir desastre alguno personal ocasionado por este agilísimo cetáceo. Sus correrías deben ordenarse á perseguir á la ballena, de la cual es enemigo irreconciliable. Ésta acostumbra aproximarse mucho á las costas de la isla durante los meses más calurosos del año, siendo objeto de una pesca activa por parte de los annobonenses, quienes se apoderan de ella del modo ingenioso que más adelante referiremos.

Aves.—Por lo general ofrecen las aves pocos puntos de contacto con las de nuestra Península; para dar alguna idea más ó menos cabal, recorreremos los órdenes zoológicos.—*Prensoras:* los *jacos*, papagayos grises, de cola encarnada; poseen el instinto de reunirse á millares en parajes donde puedan pasar la noche sin ser molestados por las serpientes, y á bien que es música fastidiosa la confusa gritería que levantan hasta la salida del sol, hora de dispersarse y volver á sus propios domicilios. En la parte occidental de Fernando Póo el lugar de la cita es un reducido islote, llamado por eso de los Papagayos (1).

(1) Ya se sabe que educándolos de pequeñitos se consigue hacerles remedar el lenguaje humano, y en este sentido merece ser consignada la habilidad de un loro que poseyeron mucho tiempo nuestros Padres Misioneros. Repetía muy á menudo frases parecidas á éstas: —¡Viva España! ¡Viva el Papa-Rey!—Al entrar algún individuo en la galería de recreo, dejaba oir nuestro tradicional saludo:—Ave María purísima.—Algunas veces reñía reciamente á los muchachos por el ruido que metían al salir de la escuela; imitaba el pito de los policías, el sonido de la campanilla al tocar á *Sanctus*, refunfuñaba como el perro, reía á carcajadas, tosía y daba á los transeuntes un tierno adiós.

Rapaces.—Vienen representados por halcones; águilas, que se ceban en las aves de corral; buitres, que revolotean sobre los cadáveres insepultos ó mal sepultados de algunos indígenas, muertos en calidad de esclavos; buhos, lechuzas, etc. Estas aves no ofrecen diferencia notable con respecto á las de nuestra Península.

Trepadoras.—Existe el *pico,* igual al europeo; el *alción* ó martín-pescador, de colores más chillones que el de España; los *calaos,* de pico grueso, mandíbulas aserradas, y la superior presenta una protuberancia ó cuerno muy saliente; su canto semeja los sollozos de un niño que llora. Anidan en el tronco de los árboles altos, dejando un orificio longitudinal por donde se introducen; la hembra comienza por desplumarse antes de poner los huevos, á fin de preparar cama blanda para las crías; después permanece allí continuamente hasta que los pollitos pueden ya abandonar el nido. El proveer á la familia del necesario sustento corre á cargo del macho.

Pájaros.—Se parecen muy poco á las especies de las zonas templadas. *Cuervo;* algunas manchas blancas salpican su plumaje negro pavonado, por lo cual presenta más bien el aspecto de una urraca enorme; da no poco que hacer á las gallinas para defender á sus polluelos. Hay dos clases de *gorriones,* la una variegada, como el jilguero, y de canto agradable, ama la compañía del hombre, y por esto anida en los árboles próximos á poblado. La abertura del nido ocupa su parte inferior para poner las crías á resguardo de las serpientes y aves de rapiña. La otra es menor, color negro, salpicado de motas blancas, y canta como el de nuestras habitaciones. Por lo demás, los gorriones fernandianos, aunque de la familia de los fringílidos, no pueden pertener á la especie del doméstico. El *ruiseñor* indígena es sin comparación más vistoso que el de España, pero su canto recuerda más bien el del mirlo. Afina mucho y procede por los tonos y semitonos de la escala, por manera que sus gorjeos podrían trasladarse al papel. Rara vez aparecen las *golondrinas;* con más frecuencia se dejan ver los aviones y vencejos. Los *colibris* (1), *pájaro-moscas* y *picaflores* son pájaros menudísimos, adornados de colores metálicos muy puros; vuelan de flor en flor y se nutren de los insectos y jugos azucarados que en ellas se encuentran. En nuestro Museo de Cervera se conservan rarísimos ejemplares de este género de troquílidos. Las *viudas,* pájaros vistosísimos, cuyo cuerpo diminuto remata en una cola larga de reflejos hermosísimos. En fin, hay otras varias clases de pájaros, por lo general muy pintados, pero nada agradables por los gorjeos, siendo de notar una especie parecida al estornino tanto en la talla como en el plumaje, sino que debajo del pico ostenta una mancha de color rojo escarlata muy brillante. Fabrica sus nidos entre carrizales, y en la estructura se parecen á una media de tejido claro y trama muy ingeniosa (2).

Existen también muchas aves pertenecientes á las *gallináceas:* sirvan de

---

(1) Los colibrís propiamente dichos son americanos; los representantes suyos en África pertenecen al género *sui-manga* ú otros afines. Por lo demás la gracia y viveza de colores de estos pajaritos se queda atrás, si los comparamos con los verdaderos colibrís y pájaro-moscas.

(2) En el Museo de Ultramar, establecido en el Parque de Madrid, existe bajo fanal uno de estos nidos, enviado por los Misioneros.

ejemplo las *gallinas domésticas, las gallinas de Guinea,* más comunes en Annobón; al hablar sobre esta isla daremos más detalles. el *faisán,* ave magnífica, que ostenta galana vestidura color ceniciento, sobre la cual resaltan matices deslumbradores, tiene singular gracia en todos los meneos y movimientos; no faltan *palomas* ni *tórtolas,* éstas sobre todo, abundan en los bosques, siendo objeto de caza para los naturales y europeos. Entre las *zancudas* notaremos á los *frailecillos,* al *ibis* del tamaño de una gallina, longirostra, de plumaje obscuro, y cuyo alimento consiste en grillos, gusanos y otros bichos, que extrae de los terrenos húmedos; hay otras varias aves ribereñas.

No escasean las *palmipedas;* vense *patos* de todas clases: grandes y pequeños, blancos y negros, domésticos y salvajes, que se zambullen en los lagos de las alturas y se nutren de pececillos. La cría de patos requiere cuidados muy exquisitos; no faltan *pelícanos* de la talla del cisne, color blanquecino, pico largo con una bolsa inserta en la mandíbula inferior. Las *gaviotas* se ciernen sobre la inmensidad de los mares, revoloteando á millares en los islotes desiertos: sucede que al pararse en los buques después de haberse saciado de peces, se dejan coger fácilmente, siendo tal su sobresalto, que vomitan los pescados enteros. Hállanse asimismo los *cuervos marinos* ó *pelícanos negros* con otras varias especies, que sería nunca acabar si las hubiésemos de describir todas.

Reptiles.—Innumerables son las especies de reptiles que pueblan la isla fernandiana, de los cuales algunos no dejan de traer su utilidad en razón de ser comestibles, al paso que otros pueden resultar fatalísimos, ya por su veneno, ya por sus dimensiones. Sobre lo cual procede advertir, que aun las serpientes más monstruosas rarísima vez acometen al hombre, si no es hostigadas por el hambre ó en su propia defensa. En cuantas excursiones llevamos hechas, no hemos lamentado percance alguno por parte de estos animales.

Quelonios ó tortugas.—Las especies terrestres se parecen en todo á las europeas; pero las marítimas alcanzan magnitudes verdaderamente prodigiosas: algunas se han pescado, que no pesaban menos que un buey de tamaño regular. Son fecundísimas y ponen los huevos á docenas sobre las playas, cubriéndolos con arena, y como el calor solar basta para incubarlos, las madres no tienen ya ninguna cuenta con ellos. Al salir las tortuguillas se encaminan al agua, principal estación de tales quelonios. Los bengas acostumbran á pescarlas de dos maneras: ora tendiendo redes de mallas anchas en parajes donde crece cierta planta muy apetecida por estos reptiles, ora por medio de cayucos ó pequeñas embarcaciones, con las cuales se aproximan pausada y silenciosamente á las tortugas que nadan á flor de agua. Á poco trecho de distancia, se arrojan al mar, y agarrando la tortuga por la concha, la vuelcan de manera que quede peto arriba; en esta posición no puede ya zambullirse, y así se apoderan de ella y la traen viva en el cayuco. Una de las que más se propagan hacia el Sur de la isla, es la *quelone imbricata* ó tortuga carey, cuyo espaldar se emplea en la industria, con el nombre de *concha,* para pequeños objetos de lujo, por razón de ser susceptible de un hermoso pulimento.

Saurios.—Enumeraremos las especies principales: hay lagartijas, lagartos verdes, encarnados y matizados como el europeo; existe una especie de tamaño medio entre las dos dichas, y como ellas, abunda tanto, que salen á docenas, sobre todo en lugares poblados de árboles añosos. La *iguana* es un

saurio mayor que los lagartos y de lengua bífida ó partida: de ella cuentan los naturales de cabo San Juan, que al ser atacada por los leopardos, se les encara é introduce la lengua en sus narices, de manera que, obstruyéndoles las fosas nasales, perecen ahogados. Los pamues utilizan para vainas las pieles secas de este reptil. Habita también allí el *basilisco,* saurio inofensivo, pero temido por los bubis; vése al *camaleón* trepando por las ramas y papando aire; algunos individuos llevan sobre la frente tres cuernecillos, constituyendo una especie exclusiva del país, que distinguen los zoólogos con el nombre de *chamaeleo tricornis.* Faltan por completo los cocodrilos, así como todos los saurios de su familia.

Ofideos.— Los representantes de este orden son tan numerosos como variados; hay serpientes inofensivas, y las hay cuyo solo aspecto pone horror: sin embargo, rarísima vez embisten al hombre, cual si reconociesen algún resto del dominio primitivo. La *boa,* ó mejor, el *pitón,* serpiente horrible, alcanza cinco metros de largo, con el grosor del muslo de un hombre. Cuando los negros la descubren, procuran juntarse muchos armados de escopetas y machetes; si recelan salir mal librados; primero hacen fuego y luego la rodean estrechamente, y á machetazos, la parten en fragmentos cilíndricos que se distribuyen entre sí para comérselos con avidez. Los *balengues,* tribu de las riberas del Muni, no desesperan de cazarla viva y enjaularla; al efecto, una vez cerciorados de su proximidad, le arrojan una víctima apetitosa donde cebarse. Son voracísimas, hasta el punto de tragarse perros y aun cabras enteras, por lo cual, á no tardar, se engullen el cebo engañoso; pero después de hartas caen en un profundo letargo, durante el cual logran los cazadores meterla en alguna jaula. Mr. Abel, factor alemán residente en Elobey, compró una boa enjaulada mediante el procedimiento indicado. No faltan *víboras,* que difieren de las españolas, ya en los matices, ya en tener la cola como truncada, ya, y principalmente, en la mayor eficacia del veneno, por lo cual los krumanes y todos los indígenas temen extremadamente su mordedura. Tópanse *áspides* mortíferos de cabeza redonda y hocico remangado; *cerastes* ó vipéridos que tienen insertos cuernecillos en la cabeza: los naturales los juzgan muy venenosos; hay serpientes que llevan sobre la cabeza como un morrión ó capacete, por lo cual, vistas de lejos, semejan monstruos de dos cabezas; por último, existe la serpiente que llaman *voladora.* La serpiente de cascabel no se halla en Fernando Póo, pues es propia de la América. Como remate de los ofídeos, haremos mención de otra tan delgada, que no pasa de diez milímetros de diámetro, por medio metro de larga. Los naturales huyen de ella como de la muerte, y aseguran que saltando de los árboles sobre el inconsciente viajero, le hiere mortalmente.

No es nuestro ánimo tratar de la clase de los *anfibios,* por no ocurrir cosa que valga la pena. Abundan poco las ranas, sapos y salamandras; durante la época de las lluvias no cesa de oirse el monótono canto de la rana de San Antonio, oculta entre arbustos y malezas. Existe por fin un anfibio de figura muy caprichosa: tamaño como la salamandra, presenta dos cuernecillos carnosos sobre la cabeza, que remata en un hocico delgado. Los órganos de locomoción consisten en una esferita carnosa en el pecho, sobre la cual se apoya, y en dos extremidades truncadas á manera de brazos. Por lo demás, carece de miembros abdominales y tiene la cola muy desarrollada.

Peces. — Vense los voladores, objeto de pesca para los annoboneses; los *atunes,* que á bandadas costean aquellas riberas sin ser molestados de nadie; las *sardinas,* base importante de sustento para los krumanes, que sirven en calidad de braceros; los *abadejos,* muy numerosos en dos bancos situados junto á las rocas que llaman de los *Primos* y frente á la punta de Argelejos; hállanse numerosas *anguilas* ocultas en la playa durante la bajamar; existen *gimnotos,* especies de anguilas eléctricas, de carne nada inferior á la de las anguilas comunes: abundan en el río Cónsul, y como los indígenas conocen ya la fuerza de sus descargas, los matan de un machetazo antes de poner las manos sobre ellos. Alguna que otra vez aparece el *pez martillo* y siempre individuos jóvenes; no sucede lo propio con el *tiburón,* terror de la gente de mar; este enorme selacio causa horrorosas y frecuentes desgracias. Entre los varios casos que podríamos referir de fecha reciente escogemos los siguientes, que todavía recuerdan con horror los vecinos de Santa Isabel. Estando un krumán subiendo á bordo de una embarcación, distante como un tiro de piedra de la playa, le saltó de repente un tiburón, y asiéndole de la pierna se le llevó el pie y los músculos de la pantorrilla dejando desnuda la canilla y los nervios desgarrados. A otro, que á la sazón se estaba lavando, le agarró de la misma parte, causándole tal mutilación y espanto que feneció á las veinticuatro horas. Cierto palero de un barco, hombre de alguna edad, al subir la escalera erró el pie, y aun no había llegado al agua cuando fué arrebatado por uno de estos monstruos, sin que pudiese el infeliz ni siquiera dar un grito pidiendo socorro. Al naufragar los botes, no se descubren otros rastros de los desventurados tripulantes, que los vestidos desgarrados entre los dientes de este feroz animal.—Hacemos caso omiso de las rayas, meros, pez bonito, pez colorado, pez luna y otros innumerables tan frecuentes en las playas africanas como en las españolas.

Y toda vez que nuestros datos resultan sobrado prolijos, será fuerza pasar por alto á los *moluscos,* como pulpos, argonautas, caracoles, púrpuras, porcelanas, patellas, etc., etc., y omitiendo también los *crustáceos,* como cangrejos, langostas, langostines, etc., únicamente recorreremos los órdenes de insectos, con lo cual daremos por rematada la fauna de la isla que venimos historiando.

Insectos.—Aunque todas las clases de anillados pululan por doquiera en aquellos cálidos climas, es sin duda la de los insectos la que tiene mayor número de representantes.—*Coleópteros:* Los escarabajos difieren poco de los peninsulares; no faltan, por desgracia, carcomas y gorgojos. Las luciérnagas brillan más y los individuos que vuelan se sostienen mucho tiempo en el aire. Existen los cocuyos ó moscas de fuego, comunísimos en los países cálidos de América; al volar de noche semejan estrellas errantes perdidas entre las espesuras de los bosques.—*Ortópteros:* No abundan las tijeretas, en cambio lo invaden todo las cucarachas; el grillo real causa allí tantos destrozos en las hortalizas como los que se observan en los alrededores de Madrid; el grillo ordinario deja oir su penetrante chirrido y las langostas y saltamontes nada ofrecen de particular. *Neurópteros:* Hay caballitos del diablo y otras libélulas, pero sobre todo pulula por todas partes la térmite, comején ú hormiga blanca, de cuya acción destructora hemos hablado en otro lugar.

Himenópteros.—Existen hormigas de muchas clases ó especies; las hay casi microscópicas, tanto que traspasan fácilmente los tapones de corcho para

saborear las bebidas dulces ó aceitosas á que son muy aficionadas. Y es cosa digna de admirar ver un frasco completamente cerrado y lleno al propio tiempo de un sinnúmero de hormiguillas. Hay otras, algo menores que las de España, tan frecuentes que no bien muere una mosca ú otro insecto cuando ya han dado cuenta de él. Existe otra especie poco mayor, utilísima por destruir los huevos del comején; pero merece especialísima mención la *hormiga brava,* negruzca, tamaño regular y de instintos feroces. No hace provisiones en los hormigueros, al menos por muchos días, sino que al notar la falta de víveres salen á millones de la madriguera, invaden despensas, casas, gallineros y palomares, tiran todas por su lado, royendo ó chupando cuanto bien les parece. Las otras alimañas no les ofrecen la menor resistencia, por cuanto temen mucho su picadura, y así les dejan paso franco por todas partes; las ratas abandonan sus guaridas, las cucarachas echan á volar, corren las arañas, huyen los animales domésticos, y aun los mismos hombres no las tienen todas consigo, porque las picaduras no pueden soportarse. Ahitas ya, aguardan una seña de las capitanas y á seguida se ordenan en apretado y larguísimo batallón, y se meten en un agujero que en pocos momentos las engulle á todas. Conviene mucho tener en cuenta semejantes instintos al establecer gallineros, al poner las cluecas, deparar local para las polladas y construir cuadras para las bestias; porque procede dejar algún escapadero por donde puedan los animales ponerse á salvo. Es también curiosísima la manera que tienen de trasladar los huevos: mientras que las filas van adelantando con la preciosa carga, hay otras hormigas apostadas de centímetro en centímetro, atisbando, con las antenas abiertas, los peligros que podrían ocurrir. Si sospechan algún riesgo abandonan su puesto, recorren furiosas los contornos, y una vez cercioradas de que nada particular ocurre, vuelven otra vez á su apostadero. Desgraciado el bicho que se atreviese á curiosear el traslado; lo pagaría con la vida, y aunque inconscientemente pasase por aquel sitio, sin más examen sería condenado á la pena de decapitación. Hay otras hormigas, encarnadas, inofensivas y muy aficionadas á lo dulce; otras son grandes, negras, peludas y venenosas; establecen su domicilio en las ramas huecas de un arbusto parecido al cacao, el cual, sin embargo, nada pierde por eso de su vigor y lozanía, siendo así que todo otro árbol atacado por tales insectos muere de seguida, si hemos de dar crédito á lo que cuentan los indígenas.

Abejas.—Se reconoce en ellas cierto carácter silvestre, por manera que difícilmente se amoldan á vivir en colmenares. Los panales se cosechan en el país hacia los meses de Mayo y Junio.—*Lepidópteros:* Hay mariposas nocturnas y diurnas, grandes y pequeñas, de color uniforme y de cambiantes vistosísimos; así se ven revolotear á los pavones, mariposa blanca, las calaveras y otros esfingidos, el papilio Machaón, etc., etc.—*Hemípteros:* Alguna vez la chinche en las habitaciones del negro; sobre los ríos y arroyos el tejedor ó hidrómetra; en los árboles las cigarras, y sobre los ñames y otras plantas los pulgones.—*Dípteros:* El tábano da mucho que hacer á los indígenas, que andan desnudos, tanto que se juzga acto de deferencia el matarlos sobre las espaldas de otro, aun á costa de una fuerte palmada. Mucho más les molestan los mosquitos, que ni les dejan trabajar de día ni reposar de noche, á menos de llenar de humo sus cabañas. Abunda en los bosques otra especie que llaman *jején,* díptero microscópico, de cuya picadura resulta una ampolla no pequeña, causadora de grave mo-

lestia. Apenas se presentan las moscas domésticas, las azules, las doradas, las borriqueras y los moscones.—*Afanípteros:* No se propagan las pulgas ordinarias; en cambio la *nigua (pulex penetrans)* martiriza horriblemente á los pobres negros. Causa lástima observar personas que carecen de uno ó más dedos perdidos en la infancia por haber sido necesaria la amputación para atajar los efectos de la terrible nigua. Las madres tratan sin compasión á los hijuelos, extrayéndoles las niguas, á falta de alfileres, con navajas, espinas de pescado ó palitos de bambú.

Arañas.—Digamos á cuatro palabras acerca de los *Arágnidos.* Muchas de las especies españolas se encuentran allí también; otras viven junto á los estanques y acequias hilando una hebra amarilla, sedosa y tan resistente que algunos Misioneros de Oceanía han pretendido hacerla servir como artículo de comercio; las hay tan grandes, que prenden en sus telas á ciertas avecillas, particularmente colibríes; otras son muy venenosas, y ciertamente parece providencia de Dios que no ocurran desgracias más frecuentes. Entre ruinas y en orificios excavados en el suelo vive una araña peluda y sobremanera grande y de picadura fatal: nunca hila, y la hembra se distingue fácilmente por tener una bolsa, tamaña como un huevo de tórtola, donde deposita los suyos para trasladarlos siempre que se ve perseguida por las hormigas bravas.—Los escorpiones adquieren verdaderamente dimensiones excepcionales, siendo su veneno sin comparación más activo que el de nuestros alacranes; en nuestro Museo de Cervera (Lérida) se conserva un ejemplar de la especie *scorpio afer,* cuyo solo aspecto pone grima.

CAPITULO II

ISLA DE ANNOBÓN

ARTÍCULO PRIMERO

Apuntes geográficos y etnológicos.

Situación y formación de la isla. — Naturaleza del suelo.— Pico culminante. — Poblaciones. Cabañas de los indígenas.—Sus juegos y demás costumbres.

Más de trescientas millas de Fernando Póo en dirección Sudoeste, y á 1°,29' latitud Sur y 11°,51' longitud Este de Cádiz, hállase situada la isla de Annobón, de figura cónica y contornos irregulares, cuya superficie puede calcularse en 17 kilómetros cuadrados con 1.700 hectáreas. Su nombre *(anno bom)* hace referencia á la fecha en que fué avistada por los portugueses, 1.° de Enero de 1471.

Esta isla, según todas las probabilidades, reconoce un origen idéntico al de Fernando Póo, y su formación data de la misma época, sobre poco más ó menos. Pruébase lo primero por la constitucióndelas rocas, volcánicas en su totalidad; y es fácil persuadirse de lo segundo, considerando la posición topográfica de aquella apartada isla. En efecto: dirigiendo una ojeada sobre las islas esparcidas por el Atlántico, frente al golfo de Guinea, échase de ver que Annobón, Santo Thomé, Príncipe, Fernando Póo y el Monte Camerones, trazan sobre el mar una recta, que corre de Sur á Nordeste; de donde puede colegirse, que la aparición de todas estas tierras obedece á un mismo fenómeno de la naturaleza. La capa de humus que se extiende sobre el suelo estéril de Annobón es, por desgracia, demasiado tenue para llevar cosechas; por manera que, á excepción de las cuencas de algunos riachuelos, el terreno, por lo general, no se presta á ninguna clase de plantaciones. Apenas se halla otra capa arcillosa que la explotada por los indígenas cerca del poblado de San Juan; de esta tierra plástica se sirven para sus objetos de alfarería, y especialmente ollas que, si bien imperfectamente cocidas, pueden contener el agua más ó menos tiempo.

El pico más culminante de la isla se eleva á unos mil metros próximamente

sobre el nivel del mar, y constituyó, según parece, el cráter céntrico, al cual debe la isla su formación. Hoy día se extiende una laguna de agua potable, que tendrá 600 metros de largo por 400 de ancho, más que menos. Existe otro pico menos empinado, que llaman del *Fuego,* y se levanta hacia el Norte sobre unos seiscientos metros de altitud. El perímetro no ofrece bahía alguna que ponga las embarcaciones al abrigo de los tornados; sólo la parte Norte se halla sustraída á la impetuosidad del viento Sudoeste reinante en aquellas regiones.

Los moradores primitivos fueron importados del Continente en siglos anteriores; los descendientes conservan el nombre de *pretos,* esto es, libres ó emancipados, para distinguirse de los trabajadores á cuya cuenta corren las penosas faenas del campo, á que les obligan sus dueños en desquite de los servicios que como esclavos les prestaban, antes de abandonar las regiones continentales (1). Á este tenor se verificó un convenio entre los annoboneses y algunos hacendados de Portugal. La población de hoy día alcanza un contingente de 1.400 habitantes, residentes en su inmensa mayoría en el pueblo de Annobón ó San Antonio, colocado junto á la playa hacia la parte más septentrional.

No merecen ni siquiera el nombre de aldeas los pueblos de San Pedro y San Juan, que caen hacia el Sur; son más bien grupos de chozas, que sirven á los naturales, no precisamente de domicilios fijos, sino de lugares donde cobijarse durante las labores de sus fincas. Las costumbres del país no revisten el carácter salvaje y brutal de los bubis fernandianos, gracias á las doctrinas evangélicas que por allí cundieron, desde que en tiempos anteriores algunos celosos Misioneros predicaron la Ley de Jesucristo.

Con lo cual no queremos significar que la civilización annobonesa raye muy alto: por una parte, la índole de los isleños que no lleva de suyo muchas ventajas á la del bubi, y por otra, el aislamiento en que vivieron casi por media centuria, fueron las dos causas que de consuno precipitaron otra vez los isleños á las costumbres paganas, que á pesar de tantos desvelos todavía no hemos podido extirpar de una manera satisfactoria. Las habitaciones consisten en chozas cuadradas, construídas ó de madera ó de tejidos de cocotero hábilmente entrelazados y dispuestos; para techar usan la paja ú otra gramínea, que llaman *cambabu* y que se parece á nuestro centeno. La población de San Antonio viene á ser una calle ancha y tortuosa, donde convergen varios callejones de mala muerte, no ofreciendo el conjunto ningún plan determinado. La localidad es muy malsana por defecto de ventilación, de lo cual resulta, que á la semana hayan muerto casi un veinte por ciento de los nacidos, aparte de los contagios que diezman la vecindad. Hoy día los hombres visten pantalón y blusa á lo europeo; las mujeres andan también honestamente cubiertas, sino que han dado en la manía de raparse la cabeza.

Juego obligado de sus fiestas es la regata Á una señal de un viejo respetable, zarpan dos cayucos con rumbo á un lugar prefijado, siendo igual en uno y otro el número de tripulantes. La embarcación que se queda rezagada, debe volcarse en medio del mar y luego ser traída á nado por los vencidos remeros.

---

(1) La población de Annobón es relativamente moderna, y debe rechazarse como á todas luces inverosímil la opinión de los que juzgan ser ésta la isla donde Plinio descubrió un lago y cuyos habitantes le opusieron tanta resistencia, etc.

Harto gracioso era su Calendario: consistía en un prisma cuadrangular de palo, en cuyas caras estaban marcadas por medio de líneas los diferentes días de cada mes, y aun las mismas horas venían representadas por medio de una cruz. Los meses estaban separados entre sí por un espacio de dos centímetros. Ahora bien: corría á cuenta del maestre-escuela, sacristán y otros ancianos, el llevarla exacta de los días que iban transcurriendo y anunciar á los habitantes las fiestas, conforme se acercaban; y como sabían de fijo las principales que celebra la Iglesia, cumplían maravillosamente con su cargo. Por lo general, las fechas de sus solemnidades coincidían con las nuestras, sino que como no consideraban ningún año como bisiesto, sucedió que iban adelantándose cada vez más, de suerte que á la llegada de nuestros Misioneros nos llevaban ya trece días.

Su método de vida puede describirse en dos palabras: por la mañana trabajar de firme, los hombres en la pesca, las mujeres en el campo; por la tarde descanso absoluto.

ARTÍCULO II

Producciones.

Esterilidad del suelo.—Animales domésticos.—Gallinas guineas.—Caza de ballenatos. Odio al tiburón.

Siendo el terreno muy pedregoso y la capa de humus que lo recubre sobrado tenue, claramente se echa de ver, que las cosechas de ñames y plátanos nunca pecarán por abundantes; esto no obstante el cultivo del tabaco en grande escala, podría constituir un elemento de riqueza para los infelices annoboneses. También lograrían sacar notable partido de la crianza del ganado lanar, para surtir de carne á la capital de nuestra colonia, toda vez que se encuentran excelentes plantas forrajeras.

No intentamos recorrer las principales maderas de construcción, porque nos llevaría muy lejos; baste saber que las hay excelentes, y sirva de ejemplo la *quebracha*, sobremanera sólida y duradera. Sin embargo, en gracia de la verdad conviene consignar aquí, que para troncos rectos no aconsejaríamos los árboles de Annobón: el terreno es muy quebrado, y los tallos crecen nudosos él irregulares.

No existen animales feroces ni tenemos noticia de que haya cuadrumanos de ninguna especie; las fieras ó animales carnívoros que más perjuicios causan á los pobrecitos indígenas, son ciertos perros monteses, que, acosados por el hambre, hacen sus correrías junto á poblado y roban reses, aves de corral, etc., y siempre que los dueños no han tenido la cautela de cerrar perfectamente los apriscos y gallineros, sobre todo de noche. También se dedican á la crianza de cerdos, que forman un artículo importante de comercio con los barcos balleneros que costean la isla. Las aves que pueblan esta región vienen á ser las mismas de Fernando Póo, á excepción de los loros que no frecuentan aquellas comarcas.

Como abundan tanto las gallinas llamadas de Guinea, séanos lícito describirlas brevemente, por más que no falten lugares en España donde se crían con esmero y no menor utilidad. Son del tamaño de los faisanes que se ven en nuestra Península, carecen de cresta y en su lugar tienen como tres carúnculas carnosas y una prominencia ósea; andan como la perdiz y en el sabor de la carne no le van en zaga. Como la gallina doméstica, están también dotadas de admirables instintos; reconocen á la madre aunque sea de raza europea, y aun después de crecidas no saben apartarse de su lado; si se dirige á los nidos es para poner, todas la van siguiendo y cortejando, permanecen quietas á su alrededor durante la postura, y al salir desembarazada del huevo, le dan mil parabienes, contorneando y meneándose graciosamente. Si la gallina se prepara para una nueva generación, tampoco se apartan, ó á lo menos nunca la pierden de vista en las tres semanas que dura la empolladura; toman su alimento én torno del nido, y á intervalos dirigen á la madre miradas cariñosas. Más tarde no se tienen á menos de juntarse y vivir con los pollos recién salidos, sino que siguen por todas partes á la clueca, procuran no darle la menor ocasión de enfado, y si llega á encolerizarse alguna vez, la desarman rindiendo humildemente la cabeza y colocándola debajo del pecho de su madre. Nunca llegan á domesticarse por completo, pues no quieren dormir cerradas en gallineros, sino entre las espesuras de los árboles; sin embargo, si desde pequeñas se han criado en los corrales se dejan coger fácilmente, reconocen al dueño, y cuando le ven airado inclinan rendidas la cabeza.

Los peces que más frecuentan las costas de Annobón, son á no dudarlo los llamados *voladores,* que constituyen el principal objeto de pesca para los naturales. También apresan muchos pulpos, que á nado bajan á buscar á grandes profundidades en las aguas; pero lo que más distingue á los annoboneses, es la caza ó pesca de la ballena, pues los negros de las demás colonias no se atreven á habérselas con el monstruoso cetáceo. Excavando los troncos de ciertos árboles se preparan tres cayucos, en cada uno de los cuales tripulan cinco remeros, navegando las tres embarcaciones una detrás deotra, y la que rompe la marcha está provista de dos ó tres harpones para herir á la bestia Aproxímanse con mucha cautela, teniendo la osadía de tocar casi al animal, pues no distan de él más de cuatro metros; nótese, sin embargo, que para pescar aprovechan la ocasión de salir la ballena madre con sus crías, pues si trabasen luchas con individuos adultos, se expondrían á salir muy mal librados. Pues cuando el primer cayuco se halla ya junto al ballenato, uno de los tripulantes se pone de pie, y le clava con todas sus fuerzas el harpón, al cual viene sujeta una maroma tan larga, que establece comunicación entre los tres cayucos que van remando, mas otros doce y aun veinte, que zarpan tan luego como comienza á desangrarse el animal, el cuál enfurecido arrastra poderosamente la larga serie de cayucos, se zabulle en el agua, vuelve á flotar y hace mil contorsiones incomodado por la herida, que tanta sangre le cuesta. Sucede á las veces que comprendiendo la madre el peligro y apretura del ballenato, vuela á su socorro, revuelve con ímpetu las aguas y vuelca de un coletazo seis y aun más cayucos. No se arredran por esto los tripulantes; enderezan impertérritos las embarcaciones, persiguen á la presa con tenacidad y no ceden, hasta que, ó la ballena ha logrado escaparse, lo cual rara vez acaece, ó rendida por la pérdida de san-

gre y extenuada de cansancio muere. Entonces la arrastran á la ribera con suma algazara, y se distribuyen la carne, en cuya repartición entran todos los habitantes del pueblo; por lo demás ningún partido sacan de los otros restos del ballenato.

Del mismo harpón se sirven para dar caza á los tiburones y otros peces grandes; al arrastrarlos á la playa comienzan á cortar, sajar y trinchar con sus cuchillos, ensañándose contra ellos y en especial contra el tiburón á quien llaman enemigo del hombre. Es una verdadera fiesta en la cual se vengan del monstruo, que tantas víctimas les ha causado.

CAPITULO III

ISLAS DE CORISCO Y LOS DOS ELOBEY

ARTÍCULO PRIMERO

Apuntes geográficos y etnológicos.

Posición de la isla de Corisco. — Naturaleza del suelo. — La tribu benga. Población de Corisco.—Costumbres de los indígenas.—Elobey Chico.—Elobey Grande.

Como á unas trece millas de la costa hacia la parte Nordeste, que es la más cercana, y en medio de la bahía de Corisco, hállase situada una isla de figura oblonga y contorno irregular, que medirá sobre seis leguas, hallándose su mayor altura sobre el nivel del mar á unos veinticuatro metros ó poco más. Llámase *Mangi* en la lengua del país, nombre tomado de un árbol corpulentísimo que dominaba la isla hace algunos años; pero más tarde una descarga eléctrica le tronchó las ramas, no permaneciendo ya sino el tronco desmochado. Los portugueses al descubrirla se lo trocaron por el de *Corisco,* que en su lengua significa rayo ó relámpago, ora por la multitud de exhalaciones que en ella caen, ora porque, según cuentan, al poco rato del descubrimiento tuvo lugar uno de dichos meteoros. La posición geográfica es 0°,54′ lat. Norte y 13°,1′ long. Este del meridiano de Madrid.

No puede atribuirse á la isla de Corisco origen volcánico, según lo demuestra á las claras la constitución del terreno. Sobre rocas de caliza y arcilla extiéndese una gruesa capa de arena acarreada por las olas y corrientes del mar: ofrece el aspecto de sal finamente triturada, aunque á juzgar por los caracteres, no es sino una variedad de la sílice. Empotradas en la masa de las rocas pueden observarse figuras esféricas de minerales cristalizados, envueltas por una costra metálica, que remeda los reflejos del oro: en realidad son cristales de cuarzo con incrustaciones de sulfuro de hierro ú otro metal parecido. En el interior de la isla existe un gran pantano, el cual, por hallarse casi al mismo nivel del mar, no da origen sino á corrientes malsanas, que desembocan en la playa por diferentes puntos.

Por lo que se refiere al origen y constitución del terreno, puede afirmarse de los islotes Elobey Chico y Elobey Grande cuanto llevamos dicho sobre Corisco, si se exceptúa que la arena no presenta aquel color blanquísimo y lleva mezcladas conchitas de tamaño casi microscópico. En Elobey Chico no hay fuentes, debido, sin duda, ora á su poca extensión, ora á la escasa altura sobre el nivel del mar. Con respecto á Elobey Grande existen sí algunos pantanos, y aun junto á la playa y al Sur de la isla salta en marea baja un manantial de agua potable, que los indígenas utilizan para beber y preparar los alimentos. Fuera de esto, acaece en ambas islas que por algunos barrancos pululan á las veces fuentes potables, debidas al impedimento que ofrecen las capas arcillosas á la filtración del agua.

La población pertenece en su totalidad á la tribu benga. Esta tribu parece ser muy antigua, y tiempos atrás debía de ser bastante poderosa; sin embargo, ahora le lleva ventaja en dignidad la tribu Pongüe, supuesto que jamás consienten los de esta tribu dar sus hijas á los bengas, del propio modo que éstos las niegan á los pamues. No hay vestigios de su origen primitivo; pero en los tiempos de su mayor apogeo se extendió desde el Cabo Esteiras hasta Bata, ocupando la cuenca del Muni y afluentes.

Aunque la población de Corisco alcanzaba no hace mucho un contingente de 900 habitantes, el último censo sólo acusa 600, sin duda por haber emigrado muchos en busca de mejor fortuna. Para su gobierno existen dos jefes llamados Reyes en el país *(injenje)*, título heredado de sus mayores; pero hay además otros caciques que, sobre superarles en riquezas, casi les igualan en autoridad. La legislación estriba principalmente en las costumbres y tradiciones, que tienen toda la fuerza de leyes y son veneradas como sagrado depósito recibido de sus antepasados. Al tenerse noticia de algún crimen reúnense en venerable asamblea todos los prohombres de la isla, con el fin de administrar justicia una vez conocido el malhechor: todos son muy dueños en deponer en pro ó en contra del reo, y tiene la palabra el primero que la pide, á no ser que el jefe quiera inaugurar la sesión con algún breve discurso. Colocado el orador en medio de la junta con una varilla en la mano, se pone á declarar cuanto juzga oportuno, sin que sea lícito á nadie el interrumpirle, hasta haber soltado la varilla. Habla después otro, el cual, si opina como el primero, confirma acaloradamente lo que dijo, y lo corrobora con nuevos datos y aclaraciones; mas en caso contrario, deshace ó atenúa las pruebas, y para esto alega razones, saca á plaza ciertos hechos, interroga á los testigos si están presentes, y echa mano de comparaciones, alusiones y otras figuras retóricas que chocan tanto más cuanto que son más naturales. Preside los fallos la suprema ley del Talión, aplicando una pena análoga al delito. En la segunda parte de esta Memoria, puede leerse una causa de homicidio, de la cual resultó condenado á muerte cierto reo, por no haberse hecho cargo los jueces de que el agredido había muerto por descuido palpable en la cura, y quizá por haber sido cohechados por la familia del difunto. Nuestros Padres, recién llegados, llamaron la atención del Jurado sobre la injusticia, y lograron con sus diligencias se impidiera la ejecución. Dícese que tiempo atrás, dada la sentencia de muerte contra el procesado, se ejecutaba sin demora, para lo cual internaban al criminal mar adentro, y desde la playa le disparaban algunos tiros de escopeta. Hoy día las causas de alguna entidad se

reservan al Sr. Subgobernador de Elobey, á cuya jurisdicción inmediata está sujeta la isla de Corisco.

Existe entre ellos la poligamia, comprándose cada uno las mujeres á trueque de ropas, muebles, escopetas, reses y otros varios géneros: aparte de los convites y demás fiestas obligadas de los casamientos, tiene lugar en ellos una ceremonia que no carece de gracia. Los padres de los consortes soplan sobre sus palmas con dirección al rostro de los mismos desposados, dirigiéndoles al propio tiempo frases, en que significan la particular bendición que les desean.

En las defunciones suelen reunirse todos los amigos y los de la parentela en casa del finado, allí las mujeres sollozan, gimotean y lloran á gritos desaforados, en tanto que los hombres manifiestan su duelo poniendo la cara triste y haciendo entre sí sus reflexiones en voz baja y misteriosa. Á los naturales se les entierra con respeto dejando alguna señal en el sitio de la inhumación; si el difunto hubiese sido alguno de los jefes, entonces es costumbre levantar el pueblo del lugar del fallecimiento, y establecerse en otra parte; pero si se tratase de algún esclavo, acostumbran dejarlo á medio enterrar, siendo con frecuencia pasto de los buitres, que se ciernen sobre los cadáveres.

Los hombres se dedican ordinariamente al comercio, á la pesca, construcción y dirección de embarcaciones, para lo cual tienen los corisqueños singular disposición y habilidad. Las faenas que corren á cargo de las mujeres son abrir y cultivar las plantaciones de yuca y plátanos, preparar las comidas y cuidar los pequeñuelos. La base de la alimentación de los bengas viene constituída por la yuca, aunque los moniatos son también de excelente calidad.

Gracias al trato continuo con los europeos, la civilización va tomando auge en esta isla, de suerte que ya hombres y mujeres van honestamente vestidos; aquéllos estilan sombrero, camisa y una especie de calzoncillos, que los cubre desde la cintura hasta los pies; éstas usan un delantalillo ó taparrabos que se afianzan en los sobacos y les llega hasta los talones. Construyen las casas de bambú, y si no son tan duraderas como las de los bubis, son en cambio más elegantes. Por último, no se puede negar á esta raza bastante inteligencia, y aun gente hay en su línea sobrado diplomática.

Elobey Chico.—Es una pequeña isla distante 180 millas de la capital de nuestra colonia y 12 de Corisco. Mide sólo unos ochocientos metros en su parte más larga, por cuatrocientos en su mayor anchura. No hay habitantes que tengan allí domicilio fijo, pues no podrían hallar elementos de vida en un islote tan reducido, que puede ser costeado completamente en poco más de media hora.

La proximidad al río Muni, del cual dista sólo cuatro millas, y por otra parte el poder fondear los vapores junto á sus costas, son las razones que explican la importancia que tiene, por cuanto sirve de centro de operaciones á las factorías, tanto nacionales como extranjeras, que establecen sus negociaciones en el mencionado río Muni y las costas limítrofes. Además su distancia del continente la pone á resguardo de las agresiones de los pueblos salvajes, aunque no es tan considerable que impida á los indígenas llevar allá sus productos. Á no ser por esto, apenas merecería ninguna atención este islote.

Las estaciones de lluvia y seca se suceden como en Corisco y en épocas contrapuestas á las de Fernando Póo; por lo demás el clima es muy perjudicial á los colonos europeos por causa de soplar un viento procedente del río Moonda,

que sirve de vehículo á los miasmas y demás emanaciones originadas del fango corrompido, que las olas al refluir dejan en las márgenes del mencionado Moonda. Reina un paludismo semejante al de la isla Fernandiana, que acostumbra sobrevenir á la misma época, á pesar de que, según llevamos dicho, es contraria la alternativa de estaciones.

Elobey Grande.—Llámase así otro islote situado á corta distancia del Chico, del cual le separa una lengua de mar que medirá una milla ó poco menos, por donde parece que primitivamente formaron ambos una misma isla. Bien puede llamársele grande si se le considera con relación al islote anterior, toda vez que su área es ocho veces más extensa; pero al cabo no deja de ser un paraje de ninguna importancia, por no poder los buques dar fondo en sus costas. La población no pasará de un centenar de habitantes, pertenecientes todos á la tribu benga, como quiera que proceden de Corisco, con cuyos moradores están en continua relación. Su posición geográfica es á 0°, 58′ lat. Norte y 13°, 12′ long. Este del meridiano de Madrid.

ARTÍCULO II

Producciones.

Desmonte de Elobey.—Vegetales que allí crecen.—Excelentes maderas en Corisco. Fauna de esta isla.

Los árboles que pueblan las islas de Elobey Chico y Grande, y en general toda la flora, es exactamente igual á la de Corisco, sobre la cual daremos luego algunos detalles. Sin embargo, actualmente poquísima madera puede exportarse del menor de dichos islotes, gracias al desmonte que tuvo lugar hace algunos años para el saneamiento de aquella escala, que es la verdadera clave del Muni. Aunque el suelo de Corisco en razón de ser muy arenoso no se presta á determinadas cosechas, con todo, hay plantas que se desarrollan allí perfectísimamente. Hay yucas, ñames, judías de fruto encarnado y moniatos de excelente calidad; hubo planta de maíz que alcanzó cuatro metros de altura, y otra que rindió más de mil por uno; el precioso arbusto de la quina podía prestar allí excelentes servicios; dase el algodonero, la caña miel y otras muchas plantas que sería largo enumerar. No obstante, fuera de lo dicho, creemos conducente dar algunos ligerísimos detalles sobre las maderas características de aquel suelo, y ante todo no será fuera de propósito consignar aquí que en esta isla se suceden también las dos estaciones de lluvia y seca, según advertimos al hablar de Fernando Póo; sino que cuando en Corisco tiene lugar la época lluviosa, en Fernando Póo es tiempo de sequía y viceversa. Por lo demás el clima de ambas islas es muy parecido, exceptuando que en las playas corisqueñas se hallan sitios muy sanos é higiénicos.

Los árboles que pueden rendir mayor utilidad son: *El palo tinto* ó *campeche*, árbol hermosísimo, de madera fina, fácil de labrar, poco pesada, susceptible de pulimento y es incorruptible aunque permanezca largos años sumergido bajo las aguas del mar. Por varias experiencias nos consta que no hace en ella

mella alguna la acción destructora de las olas. El *bimo,* de estructura compacta, duro de labrar y muy pesado; acostumbra á usarse para postes y vigas de construcción; pero ofrece el inconveniente de resistir poco á la humedad. El *bokume,* para cayucos no tiene rival, pues vacío ó lleno de agua flota muy bien en el mar; produce una resina muy olorosa y no menos inflamable (1). El *bambú* es lo que más abunda; utilízase para tejidos, techados y persianas muy duraderas. Dase también por cierta la existencia de un vegetal, cuyas infusiones sirven á maravilla para devolver á las mujeres, durante la lactancia de sus infantes, la leche que por enfermedad ú otra causa les hubiese faltado. Nada diremos sobre los frutales, pues á corta diferencia son los mismos que quedan consignados en la flora de Fernando Póo. Uno de los frutos que podrían constituir importante artículo de comercio es el coco; pues si bien no abunda mucho esta clase de palmera, produce numerosos frutos y de excelente calidad. Entre los árboles medicinales notaremos uno, cuya corteza recuerda el olor del bálsamo de Sinhedan, con la cual pueden prepararse infusiones para calmar el dolor de estómago.

Nada particular ocurre sobre la fauna de Corisco, después de lo que llevamos dicho al describir los animales de la isla fernandiana.

---

(1) Los naturales se sirven de los ramos del *bokume* para prepararse hachones donde se quema la resina de dicho árbol, produciendo una vivísima luz acompañada de suavísima fragancia.

CAPITULO IV

CABO SAN JUAN

ARTÍCULO PRIMERO

Apuntes geográficos y etnológicos.

Situación del Cabo.—Naturaleza del suelo.—La tribu pamue.—Su carácter particular. Dialecto de los indígenas.—Costumbres de los mismos.

Entre las posesiones españolas en el golfo de Guinea, se cuenta una porción del Continente africano, conocida con el nombre de Cabo San Juan, cuya situación geográfica es á 1°, 10′ latitud Norte y 13°, 2′ longitud Este del meridiano de Madrid. La parte que allí nos ceden, ó mejor dicho, no nos disputan los franceses, todavía no está bien deslindada, á pesar de las fastidiosas gestiones llevadas á cabo para venir á un convenio razonable. Unas veces constituyen como límites de nuestros dominios el río Aye por la parte Norte y la punta Corona hacia el Sur; otras ensanchan más estos límites, concediéndonos hasta el río Muni. Veremos, por fin, en qué paran tantas desavenencias, aunque de suponer es que España ha de resultar la peor librada.

En el Continente desde Río-Campo hasta el cabo Santa Clara, á parte de algunos arenales del interior, el terreno en sus primeras capas es constantemente arcilloso. Á trechos y casi á flor de tierra descúbrense grandes cascos de hierro, con algún mineral lapídeo; además, abriendo excavaciones en el terreno, podrían explotarse en varios lugares pequeños yacimientos de carbón fósil. Tiénese por fin noticia de existir varias minas de cobre al Sur de la punta llamada Eloby.

Pocas regiones de Guinea habrá tan pobladas como la que nos pertenece, contándose muchas rancherías de gente de diversas tribus, como bengas, balengues, pamues, etc. Estos últimos, venidos del interior, son de una índole tan distinta de las otras tribus, que nuestros lectores nos dispensarán si nos extendemos un tanto sobre sus costumbres. El pamue, aunque de genio levantisco y propenso á la guerra y pillaje es, sin embargo, franco, forzudo, audaz y cons-

tante en los negocios en que pone las manos. Detesta la hipocresía y odia la traición; habla con franqueza lo que siente y no puede sufrir que se le falte á la palabra dada; no tolera sin vengarse los agravios, cuya memoria guarda por tiempo indefinido, y para obligar al agresor á indemnizarle todos los perjuicios, á la primera oportunidad que se le ofrece se apodera de algún miembro de la familia, que retiene hasta que se le reintegran todos los daños. Acaece con frecuencia en las playas ser apresados á deshora hombres, jóvenes y aun niños, sin que puedan atinar el motivo, y puede que no haya otro sino algún atropello cometido veinte ó treinta años atrás, sin existir más prueba ó documento de la fechoría que la memoria rencorosa de los ancianos.

Desgraciadamente hállase también establecida en cabo San Juan la poligamia, y por muerte del marido pasan las mujeres en herencia á los parientes más cercanos. Si se investiga la raíz de sus prácticas supersticiosas, conócese desde luego que no es otra sino un extraño afecto que profesan á sus mayores; cuéntase que las madres, al doctrinar á sus chicuelos, les obligan á decorar los nombres de sus padres, abuelos, etc., hasta la octava generación y más allá. Hablan un dialecto propio derivado del benga, ó á lo menos formado de muchas palabras de este idioma, que suelen truncar para acomodarlo al suyo, que es seco y enérgico. Tiene para ellos muchos atractivos la civilización europea, y por esta razón se desprenden con gusto de sus hijos para que aprendan en casa de los Misioneros las letras y el comercio de los blancos. Con respecto á las verdades de la Religión católica, se muestran bastante dóciles si se les catequiza con claridad y llaneza; sin preocupaciones de ningún género entran en la discusión, y si alcanzan las razones de los dogmas, los admiten de buen grado y doblan su entendimiento aun á las verdades de carácter práctico que más se oponen al desenfreno de las pasiones.

ARTÍCULO II

Producciones.

Cuadrumanos.—Caza de leopardos.—Idem de elefantes.—Otros mamíferos. Maderas del país.

Con respecto á la feracidad del suelo y á la fauna y flora del país, puede aplicarse á cabo San Juan todo lo que dejamos escrito sobre la isla de Fernando Póo, y aun le lleva ventajas en la variedad de especies animales y en la riqueza de minerales útiles. La diferencia principal consiste seguramente en la abundancia de fieras, que faltan casi absolutamente en todas las demás posesiones españolas de la costa occidental del África. Ponemos á continuación los animales característicos de esta región y más en particular mamíferos y aves.

Cuadrumanos. — Aunque no abundan, existen ciertamente el chimpancé y el gorila, corpulentísimo y ferocísimo entre los demás antropomorfos.

Fieras. — Las hay de gran tamaño y fuerza como el *tigre de África,* ó *leopardo,* la *pantera* y otras félidas parecidas. Según hemos tenido ocasión de experimentarlo varias veces, el leopardo embiste sin distinción á los animales;

pero recela mucho arremeter al hombre; diferentes veces ha sucedido á nuestros Hermanos topar con él sin ser molestados; mas si venían seguidos de algún perro, el pobre animal era al punto presa de su voracidad. Vamos á explicar brevemente las trampas que les disponía nuestro Rdo. P. Pujol para cazarlos; construía de estacas fuertes de madera del país una jaula de dos metros de largo por uno de ancho próximamente, con una división transversal que la dividía en dos departamentos; frente á esta división dejaba una puerta á un lado y á otro. En una de las partes encerraba un cabrito; la otra quedaba vacía con la puerta franca, suspendida de una barra de hierro que estaba en comunicación con un resorte; todo dispuesto de manera, que al pisar la bestia el resorte, cayese la puerta por su propio peso sin ceder ni hacia adelante ni hacia atrás. Cuando el Padre advertía que el animal había caído ya en el cepo, salía escopeta en mano é introducía el cañón por entre los barrotes de la jaula; el furioso leopardo poníase á morder de despecho el arma, y el Padre, impertérrito, aprovechaba esta ocasión para hacer fuego y dejarle en el sitio. Mas en cierto lance, la bestia arrancó el arma de manos del agresor, torciéndola entre sus garras, por lo cual fué menester ir por otra para dar muerte á un animal que, á tardar un poco más, acaba con el Padre y con los que le acompañaban; pues al reconocer el cepo, hallaron una estaca rota y algunos flejes de hierro tan mal parados, que al poco rato hubiera cedido la jaula á los esfuerzos desesperados de la bestia. Gracias á Dios no ocurrió otro percance que el inutilizarse el arma de fuego: con este ingenio lograron nuestros Padres exterminar varios leopardos y panteras. Por fin, á principios del pasado año de 1898, lograron apoderarse, por medio del cepo Weber, de un leopardo tan corpulento y audaz, que tenía aterrorizadas las gentes por las correrías importunas que de día y de noche iba haciendo en aquellos contornos.

Proboscideos. — Abunda el *elefante,* que causa muchos destrozos en las fincas de los pobres negros, por lo cual y para apoderarse de su marfil, procuran cazarlo del modo siguiente: suele esta monstruosa bestia abrirse paso entre los bosques, tronchando con su robusta trompa ramas, arbustos y aun árboles, dejando tras sí una senda bastante desahogada. Los negros le arman una treta en estos caminos, disponiendo verticalmente cuatro flechas que se disparan automáticamente al pasar los elefantes, merced á un resorte muy elástico, que deben necesariamente pisar las bestias. Entretanto están siempre de acecho dos hombres, ya para avisar á los incautos, ya para disparar sus armas, tan pronto como el elefante quede herido, por clavársele fuertemente las cuatro flechas. Acto continuo hacen correr la voz de que en tal trampa se hirió mortalmente á un elefante, para que queden á salvo los derechos del cazador por lo menos sobre uno de los colmillos. Semanas y aun meses transcurren sin que aparezca la víctima, la cual suele sucumbir á algunas leguas del sitio donde fué herida, y como hay á veces varias trampas dispuestas, allí es el disputar y acalorarse sobre la posesión del elefante muerto.

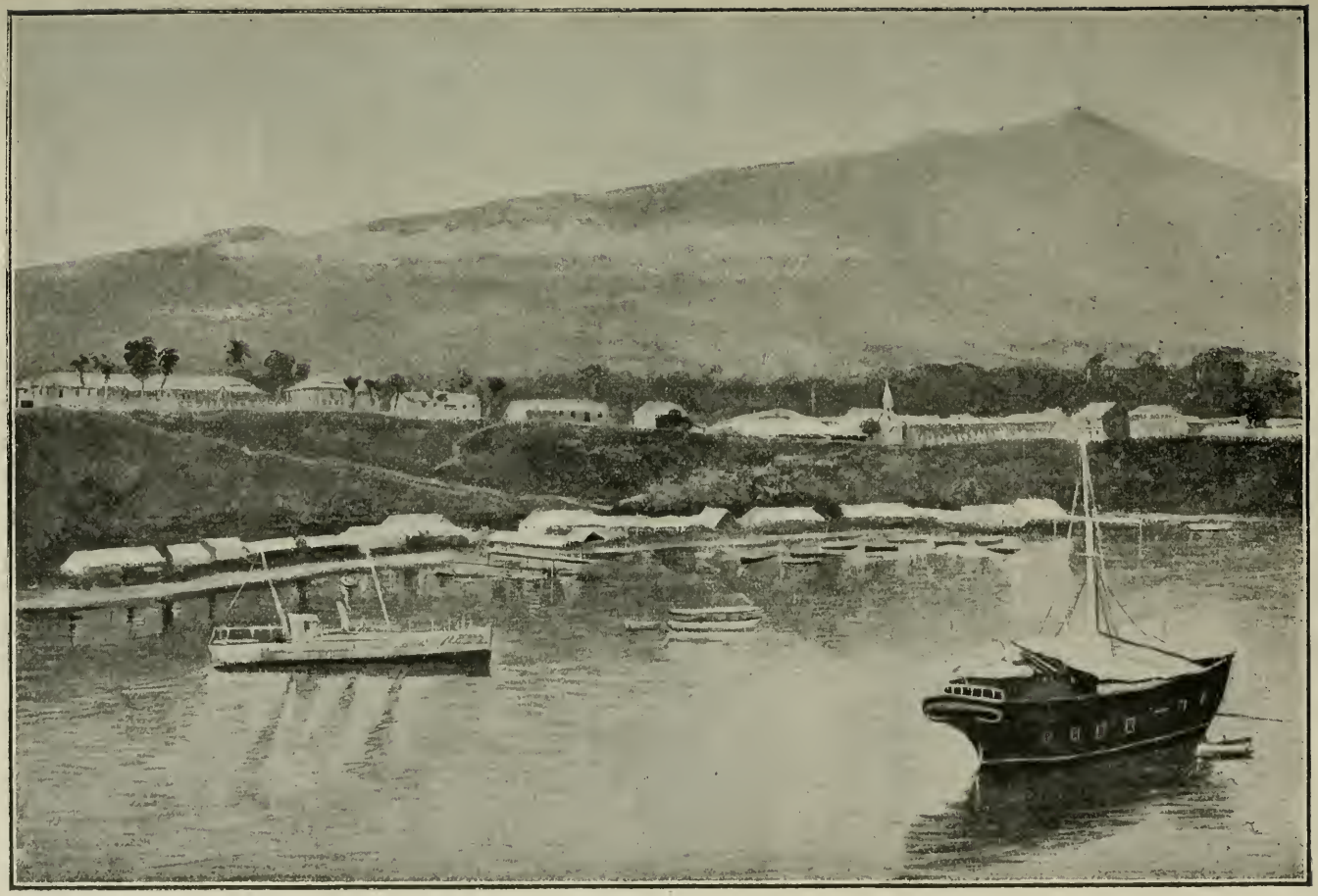
Entre los *paquidermos* es notabilísimo el hipopótamo, el cual causa graves sobresaltos á los que reman por los ríos Aye y Naño; sin embargo, no se han lamentado desgracias personales.

Mucho dudamos de la existencia del *rinoceronte,* aunque bien podría ser, supuesto que vive en las mismas regiones del elefante.

De los *rumiantes* hállanse los antílopes, cabras monteses y sobre todo numerosas manadas de *búfalos*.

Lo restante de la fauna es igual á la de Fernando Póo, añadiendo una especie de *loros,* color verde y tamaño menudo, y los *cocodrilos* de los pantanos; en cambio escasean ó faltan por completo los periquillos, gallinas de Guinea, etc. Terminaremos con algunos apuntes sobre la flora. La vegetación no es tan exuberante como en la isla fernandiana, lo cual obedece á que la capa de humus que cubre el terreno, es en muchas partes demasiado tenue; sin embargo, las cosechas del cacao, y aun mejor las del café, nada dejarían que desear, y por lo tanto aquellas costas podrian tener mucha cuenta para España. El *palo tinto* ó *campeche* adquiere colosales dimensiones; á cada paso se topa con un árbol que los indígenas llaman *Balebe,* especie de fresno, que crece recto á grande altura; todavía abunda más el *Bokume* de madera parecida á la caoba, muy ligera, fácil de trabajar y de mucha duración, por ser tan resinosa; el *ébano* escasea ya mucho á causa de la exportación que de algún tiempo á esta parte, vienen haciendo los barcos ingleses.

Estos son los datos geográficos y de Historia Natural que nos ha parecido consignar en nuestra Memoria para utilidad de nuestros paisanos; tenemos el vivísimo deseo de que se saque todo el partido posible de las posesiones del golfo de Guinea, hasta ahora tan olvidadas. Ya sabemos que su clima malsano viene haciendo el coco á los españoles; hay en ello mucho de exageración.



BAHÍA DE SANTA ISABEL

PARTE II.—HISTÓRICA

CAPITULO PRIMERO

INSTALACIÓN DE LAS MISIONES

ARTÍCULO PRIMERO

Necesidad que había de Misioneros y dificultades que se oponían á las Misiones.

Las inaugura el primer Prefecto Sr. Martínez.—Le sustituyen los Rdos. Padres Jesuítas. Estado de la colonia antes de establecerse los Misioneros del Corazón de María.—Razones que reclamaban su presencia.— Deseos de la Santa Sede.—Invitación del Gobierno de España.

Los juicios harto exagerados que generalmente se hacían sobre el clima de Fernando Póo, considerado (hasta en altas esferas) como insoportable para los europeos, con no ser, ni por mucho, tan insalubre como Cuba y Filipinas, contribuyeron por buena parte al estado de abandono en que yacían, siendo españoles, aquellos desventurados indígenas, con los cuales se hallaba casi totalmente incomunicada nuestra Península.

Llegó el año 1856 y un sacerdote muy ejemplar, D. Miguel Martínez y Sanz, animado del celo por la gloria de Dios y la salvación de los pobrecitos africanos, concibió el proyecto de iluminar con los esplendores de la fe aquellos bosques, poco menos que inaccesibles, y habiendo merecido los plácemes de la Santa Sede y del Gobierno español, revestido por la Sagrada Congregación de Propaganda Fide con el carácter de Prefecto apostólico, se embarcó en el puerto de Cádiz el 14 de Marzo, viernes de Dolores, de 1856, llevando como auxiliares algunos otros sacerdotes y catequistas, y una colonia de obreros; por junto 40 individuos, todos los cuales, habiendo hecho una escala de quince días en Tenerife, arribaron felizmente á la bahía de Santa Isabel de Fernando Póo el 14 de Mayo.

La estrechez del local en que se instalaron, el agotamiento de los recursos y la pérdida de la salud en muchos de los expedicionarios, engendraron un desaliento general en la Misión, fuera del celoso Prefecto Sr. Martínez, que no dudó emprender un viaje á Madrid para consolidar su incipiente obra.

Con todo, la divina Providencia que tenía dispuesto encomendar á un Instituto religioso las difíciles Misiones de Fernando Póo, enderezó las cosas de suerte que en 23 de Mayo de 1858 fueron confiadas á los Rdos. Padres de la Compañía de Jesús; los cuales, por de pronto, establecieron una respetable Comunidad en Santa Isabel, cuyos individuos, animados del celo de su glorioso Fundador, emprendieron activa campaña contra el protestantismo, que se había arraigado entre los pocos europeos residentes en aquella colonia; y sobre esto echaron los cimientos de la civilización cristiana en los pueblos bubis limítrofes á Santa Isabel, distinguiéndose muy particularmente en estas gloriosas tareas, el renombrado P. Campillo, de quien todavía se conservaba grata memoria, cuando fueron nuestros Misioneros. Posteriormente fundaron una residencia en la isla de Corisco; y entraba también en sus miras pasar á la de Annobón, como seguramente lo hubieran ejecutado, á no venir sobre España la infausta septembrina, que les obligó á levantar el campo, donde llevaban diez años de penalidades y sacrificios; precisamente cuando esperaban verlos recompensados con frutos de bendición harto consoladores.

El estado de nuestra colonia después de la partida de los Padres de la Compañía de Jesús era tal, que saltaba á la vista la imperiosa necesidad que había de Misiones. Durante su apostolado habían logrado aquellos Misioneros insinuar en el espíritu de los indígenas una favorable reacción, que en todo se traslucía desde las prácticas religiosas hasta el mismo desarrollo de los intereses materiales; pero faltando ellos comenzó insensiblemente á agostarse aquel vigor y lozanía, bien así como se marchitan las plantas y flores de una pradera si viene á secarse el manantial que les proporcionaba el fecundante riego. Perdidos los neófitos cual ovejas sin pastor, cada uno tiró por su camino, volviendo unos á las brutales costumbres del salvajismo y cayendo otros en las redes de la secta protestante. Decayó lastimosamente la moralidad pública, y el espíritu patrio, oculto en el pecho de los pocos españoles residentes en la colonia, apenas daba señales de vida en medio de aquella atmósfera inglesa que por todas partes se respiraba. Inglesa la lengua, inglés el comercio, ingleses los barcos que fondeaban en las bahías é inglesa también la moneda que circulaba, sólo se echaba de menos el pabellón inglés para tomar el aspecto de una colonia británica hecha y derecha. Como se ve, se imponía la necesidad de enviar allí Misioneros católicos que sacasen á salvo los fueros de la Religión y de la Patria.

No se nos oculta el celo de los dignísimos capellanes de la Armada en contribuir, según sus alcances, al mayor esplendor del culto y en contrarrestar la influencia protestante, ni desconocemos el empeño noble y decidido del elemento militar en secundar fines tan piadosos; bien sabemos que, puestos al lado de dichos capellanes, ó cantaban en el coro ó, á lo menos, realzaban con su presencia las solemnidades religiosas; sin embargo, es fuerza confesar que su acción se extendía únicamente á los colonos europeos ó poco más allá, sin alcanzar absolutamente á la gente de color. Los indígenas, á semejanza de los niños, necesitan quien les halague, atraiga, estimule y los lleve como de la mano á

todo lo que puede serles útil. Sin duda por esta causa, ya á raíz de la salida de los Misioneros, comenzaron á escasear los pedidos de parcelas de terreno para el cultivo, ni se abrieron ya nuevas fincas y, en fin, paralizóse toda la vida, actividad y movimiento. Se hacía indispensable la presencia del Misionero para confortar los ánimos y desterrar aquella natural indolencia.

Fuera de lo dicho, la población se componía de tres razas heterogéneas: la una importada de Sierra-Leona, traída la otra del Congo y, finalmente, la tercera de Cuba, por motivo de la guerra. Ahora bien: para fundir, por decirlo así, en un mismo moldelos tres elementos, para lograr unidad de ideas religiosas y miras patrióticas, para hacer prevalecer el espíritu español é imprimir hábitos laboriosos en aquellas gentes aferradas á sus tradiciones indolentes y supersticiosas, era necesario, absolutamente necesario, todo el esfuerzo, abnegación y paciencia de un hombre consagrado exclusivamente al servicio de Dios y al bien de sus semejantes. Tal es el Misionero.

Sube todavía de punto la necesidad que venimos declarando, si volvemos la consideración á los millares de negros que vivian como fieras, perdidos entre las espesuras del bosque, apartados de toda civilización y sin tener la menor noticia de Dios, ni de su bondad, ni del cielo para que fueron criados, ni de los sacrificios con que el Hijo de Dios había comprado sus almas. ¿Y podían quedar así las cosas tratándose de posesiones sometidas á la corona de España? ¿Y había de seguir el diablo cosechando allí á centenares almas redimidas con la Sangre de Cristo?... Por otra parte, para llevar á cabo tan ardua empresa no bastaban fuerzas cualesquiera; era forzoso el establecimiento de las Misiones, porque sólo el Misionero puede soportar el aspecto repugnante y el trato antipático del indígena. Sólo él contempla sin arredrarse cómo se desprecian sus favores, y nadie hace caso de los sacrificios que se impone, y todos huyen de él ó reciben sus enseñanzas con frialdad é indiferencia. ¡Pobrecitas almas que criadas para adorar y amar á Dios no le aman porque no le conocen, y no le conocen porque nadie les predica! ¡Pobrecitas almas de quienes Lucifer exige tributo de adoración é infame idolatría! ¡Infelices almas que, envueltas en las sombras de la infidelidad y del pecado, caen en el infierno sin haber oído nunca hablar de él! ¡Cuántos de los negritos que corren por aquí desnudos tienen un corazón hermosísimo que, cual tierra de exuberante fertilidad, produciría el ciento por uno, si hubiera quien esparciese la semilla de la palabra de Dios!

Harto conocidas y pesadas tenía estas razones, y harto lamentaba la Santa Sede el triste abandono de los pobres negritos de Guinea. El Emmo. Simeoni, Prefecto de la Congregación de Propaganda Fide, reiteraba una y otra vez sus instancias en razón de organizar Misiones para evangelizar á los negros fernandianos. Llevado de su ardiente celo y del afecto que, como todo el mundo sabe, profesaba á España desde que tuvo la honra de representar en ella á la Santa Sede en calidad de Nuncio Apostólico, puso en juego el difunto Purpurado todas sus energías hasta ver realizados sus deseos, que eran los mismos del Vicario de Cristo. Varias veces dirigió sus ruegos en el mismo sentido al Rmo. P. Superior General de nuestro amado Instituto; pero con harto sentimiento suyo no podía su Reverendísima disponer del personal necesario para emprender Misiones de aquella índole. No estaba todo el negocio en escoger algunos individuos y destinarlos al golfo de Guinea; era preciso tener á mano

quien pudiese reemplazarlos en caso de muerte ó enfermedad incurable, circunstancias probabilísimas dado el clima insalubre de aquellas regiones y el régimen de vida á que por precisión se habrían de sujetar.

Á pesar de todo no desesperaba nuestro Rmo. Padre de realizar ese proyecto tan propio de nuestro Instituto, al ver cómo crecían en nuestros Colegios jóvenes resueltos y animosos que cifraban todas sus ilusiones en extender por todas partes el Reino de Cristo. Pasaron algunos años, y á vueltas de ellos creció considerablemente el número de individuos que se hallaban en disposición de ejercer el sagrado ministerio á la primera insinuación de la obediencia, y desde entonces ya sólo se esperaba ocasión propicia para realizar decididamente los deseos del Sumo Pontífice.

Á la invitación que el Ministro de Ultramar hizo á las Órdenes religiosas, prometiendo eficaz cooperación á la que tomase á su cargo las Misiones del golfo de Guinea, contestó el Rmo. P. Xifré ofreciendo el personal necesario, y al mismo tiempo, con inmensa satisfacción de su alma, puso en conocimiento de la Congregación de Propaganda su determinada resolución para que se procediese á los efectos consiguientes. Esto sucedía en 1882.

ARTÍCULO II

Realización definitiva del proyecto.

Ofrecimiento de nuestro Instituto.—Real orden.—Nombramiento de Prefecto. Despedida en Gracia.—Recepción en Santa Isabel.

Ya pueden calcular nuestros lectores el efecto que produciría en el corazón del Cardenal Prefecto aquella noticia que venía á satisfacer su compasivo afán en favor de los salvajes de Guinea. Así también fué grande la satisfacción del Gobierno al hallar quien secundase su humanitario proyecto, tanto más cuanto que todas las otras Órdenes religiosas contestaron sí en términos muy corteses y que rebosaban patriótico sentimiento, pero ninguna ofreció positivamente su concurso, ora por falta de personal, ora por la necesidad de atender á las Misiones de Cuba y Filipinas. De todos modos, el Gobierno de S. M. apreció mucho el ofrecimiento de nuestro humilde Instituto, sin duda por estar en la plena convicción de que fuera de ser las Órdenes religiosas los principales factores de la civilización y del esplendor de las colonias, son al propio tiempo salvaguardia del orden y columnas fortísimas de la integridad territorial, y en su virtud nos encomendó la evangelización de los indígenas fernandianos, según es de ver por la Real orden cuyo texto ponemos á continuación:

"Ministerio de Ultramar.—*Dirección general de Administración y Fomento.*—Negociado 8.º—Con esta fecha se comunica al Gobernador de Fernando Póo la Real orden siguiente:—En vista de las diversas comunicaciones de ese Gobierno demostrando lo ineficaces que son los trabajos del Clero secular, por carecer de los medios necesarios para atraer á la Religión católica á los habitantes de la colonia, y la necesidad de que una de las Órdenes religiosas

existentes se encargue de la Misión en esa Isla, y en vista de la solicitud hecha por el Superior General de los Misioneros Hijos del Inmaculado Corazón de María manifestando su deseo de cooperar al establecimiento de la expresada Misión en esa Colonia: considerandoque la misma ha de contribuir poderosamente á enlazar con fuertes vínculos los intereses de la metrópoli con esa Colonia, cumpliendo así sus propósitos civilizadores y cristianos, S. M. el Rey (q. D. g.) ha tenido á bien se acceda á lo solicitado por el expresado Superior General, autorizándole para establecer en la isla una Misión con los mismos privilegios y obvenciones que las Comunidades religiosas tienen en Filipinas. Asimismo Su Majestad ha tenido á bien se ordene á V. S. la construcción de un edificio donde puedan tener decoroso alojamiento los doce Padres Misioneros, que estima necesarios si se ha de cumplir con fruto la citada Misión.—Lo que traslado á Vuestra Reverencia para su conocimiento y satisfacción, á fin de que á la mayor brevedad posible puedan los Hijos del Inmaculado Corazón de María ir á desempeñar su santa y civilizadora misión en aquella apartada colonia.—Dios guarde á Vuestra Reverencia muchos años.—Madrid, 9 de Agosto de 1882.—El Director general, *A. Merelles*.—Al Rdo. P. Superior General de Misioneros Hijos del Inmaculado Corazón de María.„

Á propuesta de nuestro Rmo. P. General extendióse sin demora el nombramiento de Prefecto Apostólico, que recayó en el Rmo. P. Ciriaco Ramírez, con jurisdicción eclesiástica sobre todos los territorios del golfo de Guinea sujetos á la Corona de España, y una vez firmada la Real orden autorizando el establecimiento de doce Misioneros en Santa Isabel de Fernando Póo, ya no hubo más demora en la partida de los elegidos sino la de pocos días que había de tardar en salir el vapor de Barcelona con rumbo á Canarias. Á imitación de los Apóstoles, que antes de desparramarse por el mundo para predicar el Evangelio se recogieron algunos días en el Cenáculo de Sión para recibir los dones y gracias del Espíritu divino, así nuestros Hermanos, bien persuadidos del esfuerzo sobrenatural que necesitaban para arremeter tan arduas tareas, se retiraron á la soledad de los santos Ejercicios, y con el fuego de la oración caldearon sus corazones para encender por todas partes las llamas del santo amor de Dios, sin arredrarse por el clima, ni por la enfermedad, ni por la misma muerte.

"Renunciamos—dice el Rdo. P. Mata en su Memoria,—renunciamos á describir la tierna y muy edificante escena de despedida que tuvo lugar en el Colegio de Misioneros de Gracia, punto de partida de los Misioneros, y á sintetizar los patéticos discursos y arrebatadoras poesías que allí se pronunciaron, después de haber encomendado á Dios nuestro Señor y al Inmaculado Corazón de María el éxito de las Misiones de Fernando Póo. Es lo cierto que al salir de Gracia los enviados de Dios arrebataron los ojos y los corazones de sus Hermanos de Religión, que de todas veras les envidiaban la suerte que les había cabido. He aquí los nombres de los destinados á la gloriosa obra de la evangelización entre los negros de Guinea: Rvmo. Padre Ramírez; Rdos. Padres Frigola, Coma, Pujol, Pagés y Burgués: Hermanos Miguel, Tonijuán, Puy, Prats, Cuadra y Turonell.

Sería como el 5 de Octubre del 83 cuando zarpó del puerto de Barcelona el vapor *Coruña*, á bordo del cual viajaban nuestros Misioneros, y después de una semana de feliz navegación, fondeó en Las Palmas. Ni fué menos favorable

el trayecto hasta Fernando Póo, donde desembarcaron el 13 de Noviembre entre las aclamaciones de los colonos españoles residentes en Santa Isabel. Porque habiéndose sabido con anticipación la llegada de los Hijos del Inmaculado Corazón de María, todos, sin distinción de clases ni profesiones, acudieron al puerto para recibirlos con entusiasmo febril, pues no dudaban que desde aquella fecha se abría para la Colonia una nueva época de vida y prosperidad. El Gobernador general, D. Antonio Cano, se esforzó en dar al acto toda la importancia que se merecía.

Profundamente emocionados y rebosando sus pechos de indecibles consuelos, sólo pensaron nuestros Padres en dirigirse á dar gracias á Dios mediante un solemne *Te Deum* que se cantó en la iglesia levantada años antes por los Padres Jesuítas, y que estaba entonces bajo el cuidado del capellán castrense D. Manuel Robles. Cumplido ya este sagrado deber y después de agradecer á los circunstantes la cordial acogida con que acababan de obligarles, pasaron á ocupar la casa que les había convenientemente aparejado el dignísimo señor Gobernador.

Lo que sobraba á los Misioneros ya desde el momento que tomaron posesión de su nuevo destino, eran ganas de extender el Reino de Dios y consagrarse al bien de los prójimos; pero al principio debían reprimir sus ardores y estudiar primero el terreno, y luego ir aplicando con prudencia ya un medio, ya otro, según lo exigían las circunstancias. Así, en efecto, lo hicieron, como vamos á verlo detalladamente en el capítulo que sigue.

Iglesias antigua y moderna de Santa Isabel. — Vistas de la ciudad.

CAPITULO II

DESARROLLO DE LAS MISIONES

ARTICULO PRIMERO

Su desarrollo en la capital.

Imitando á San Francisco Javier.—Instrucción primaria.—Colegio de internos.—Exámenes brillantes.—Muertes de edificación.—Músicas y cultos.—Estado actual.

La capital de Fernando Póo debía constituir el centro de operaciones para la civilización de los africanos sometidos á la dominación de España. No hay terreno tan preparado para recibir la palabra de Dios, como el tierno corazón de los niños: la semilla que se deposita en aquella tierra virgen echa tan hondas raíces, que aun después de muchos años consagrados al desenfreno de las pasiones, todavía dan señales ciertas de su existencia. Por este motivo la catequesis de los niños fué la primera ocupación á que consagraron sus esfuerzos. Imitando la ingeniosa práctica de San Francisco Javier en Goa, salían por las calles de Santa Isabel llamando á los niños al son de una campanilla, y para dar más atractivo á las instrucciones catequísticas, acostumbraban intercalar cánticos sencillos y piadosos. Al poco tiempo de residir en la ciudad se les encargó por el Ministerio de Ultramar la dirección de las escuelas de primera enseñanza, que aceptaron de buen grado, toda vez que con ello se les ensanchaba el campo de su misión bienhechora. Ya pueden suponer nuestros lectores que nuestros Padres darían á la enseñanza un sesgo eminentemente religioso, de suerte que no sólo instruían las jóvenes inteligencias de los alumnos con los primeros rudimentos de las letras, sino también formaban sus corazones según los documentos y prácticas de nuestra santa Religión. De todo tenían los pobrecitos harta necesidad.

Poderoso obstáculo para la concurrencia á las escuelas era cierta predilección en favor de la lengua inglesa y desprecio de nuestro idioma nativo, que obedecía á la predicación de los pastores protestantes. Para exterminar esta

perniciosa semilla, fué preciso recurrir á una Real Orden que estableciese como obligatoria la enseñanza en español, cuyos excelentes resultados no se hicieron esperar: por una parte, aumentó considerablemente el número de alumnos, y por otra, resonaron luego en las calles públicas los sonoros acentos de la lengua castellana en lugar de las obscuras y entrecortadas cadencias del inglés. Esto dió pie á un ilustre marino y decidido patriota á exclamar: "Ahora sí que puede llamarse verdaderamente española esta población.„

Está fuera de toda duda que para completar y afianzar la educación de los jóvenes, no hay medio más eficaz que sujetarlos al régimen de vida que se sigue en los colegios de internos bien organizados. La vigilancia de los superiores ó encargados, las prudentes amonestaciones, la falta de ocasiones y peligros, las horas reglamentarias, en fin, todo el horario, contribuye poderosamente á formar el espíritu del joven alumno y á cohibir su natural ligereza y desaplicación. Esto pensaría el malogrado P. Ramírez cuando determinó establecer un Colegio, donde los alumnos en calidad de internos recibiesen esmerada educación en las letras y en las artes industriales. Á costa de no pequeños sacrificios personales y pecuniarios, logró fundar talleres de carpintería, sastrería y zapatería, al frente de los cuales puso maestros escogidos de entre los Hermanos Coadjutores; dispuso se les enseñase nuestro patrio idioma, y en una palabra, quiso que no les faltara cuanto pudiera contribuir á la instrucción que les correspondía, según su condición. Pretendía nuestro Padre sacar oficiales modelos que animasen con su ejemplo á los demás de la ciudad. No quedaron fallidas sus esperanzas ni resultaron estériles sus trabajos: claramente se echó de ver con las gallardas muestras que dieron de sí en los públicos exámenes, por las cuales merecieron oir mil honrosas expresiones por parte de cuantos á ellos concurrían. Y cierto era cosa de admirar ver tanta instrucción moral y material en jóvenes recién salidos del bosque. Es claro que no pretendemos colocarlos al igual con los obreros peninsulares, convenientemente educados; pero todavía nos ha servido varias veces de inefable consuelo observar la marcadísima diferencia entre los niños del bosque y los colegiales de la Misión. Desaparece poco á poco el miedo al europeo; sustitúyense aquellos modales rudos y agrestes por otros más finos y educados; pierden aquel trato grosero y salvaje y aprenden á respetar á las personas autorizadas: esto fuera del caudal de conocimientos que logran adquirir.

Permítasenos á este propósito la descripción de unos exámenes verificados en 1894, siendo Gobernador interino D. Agustín Cuesta, toda vez que por ellos podrán nuestros lectores apreciar mejor lo que acabamos de consignar.

Convenientemente colocados los alumnos en sus respectivos lugares, aguardaban en silencio al Sr. Gobernador y á las demás autoridades que debían presidir el acto: á su entrada rompió el armonio en una marcha de marciales acordes, durante la cual se acomodó el Sr. Cuesta en su correspondiente asiento, declarando en breves frases abierta la velada. De seguida se adelantó uno de los alumnos para recitar una composición breve y correcta, en la cual comenzó por excusarse delicadamente exponiendo sus recelos, al comparecer ante aquella distinguida concurrencia. Enumeró varias causas que dificultan á los niños imponerse bien en las primeras letras, y escudado con ellas, suplicaba á los circunstantes tuviesen á bien disimular los desaciertos y faltas de soltura que sin

duda notarían tanto en él como en sus compañeros. Por último, aduló finamente la indulgencia del Sr. Gobernador, y con esto fingió despreciar en absoluto los temores y zozobras. Raimundo Evita se llamaba el autor del discurso y acertó á pronunciarlo con tal corrección y sentimiento, que causó vivísima emoción en los circunstantes: no faltaron caballeros que se pusieron á llorar de ternura, y tal hubo que colocó de contado en la mano del niño una moneda de plata. Siguiéronse luego varias preguntas sobre Catecismo, lectura y escritura, á las cuales contestaron de manera que los examinadores no pudieron desear más. Intercalóse luego un ingenioso diálogo sobre Geografía, en el cual debían tomar cartas todos los cursantes, y estaba de tal manera ordenado, que venía á ser un resumen cabal de dicha asignatura. Tocó luego el turno á la Aritmética, y era de ver cómo sabían desentenderse de algunos problemas más ó menos complicados, según los progresos de cada uno. Los concurrentes salieron haciéndose lenguas y no acababan de explicarse los adelantos de aquellas criaturas.

Para comprender todo el alcance de la educación moral de nuestros indígenas, creemos conducente registrar aquí algunas muertes edificantes que hemos tenido ocasión de presenciar y que más de una vez hemos envidiado, según era grande la serenidad y alegría de espíritu de los moribundos. Luis Masongo, niño de doce años sobre poco más ó menos, sufrió sin exhalar la menor queja dos meses de agudísima enfermedad, siendo su único sentimiento la molestia que causaba á los que le servían. Otro niño, Emilio Nkogo, próximo á morir, pidió agua bendita con la cual roció un rincón del cuarto, increpando al demonio y diciendo:—Ya se va. ¡Victoria! ¡Viva la Virgen santísima!—Otro, por nombre Santiago Melau, que murió á poco de estar bautizado, como estuviese próximo á la agonía, confesó ingenuamente que había visto una Señora blanca en todo parecida á la que estaba sobre el altar en la iglesia, la cual le había preservado del demonio, que quería embestirle. Y aunque no somos fáciles en creer visiones ó cosas análogas, todavía se nos hace más difícil explicarnos ciertas expresiones que se les escapaban en aquel trance, dada su poca instrucción.

No se ceñían á los niños y jóvenes los trabajos de nuestros Padres, sino que alcanzaban también á los demás vecinos de la ciudad, y como por lo general son aficionados á la música y al esplendor de las funciones, se valieron de estos médios para levantar el espíritu religioso de aquella población. Organizaron una pequeña charanga, hiciéronse con un repertorio de piadosos y escogidos cánticos con que amenizaban las Novenas y el Mes de las Flores, instalaron dos asociaciones, una de hombres y otra de mujeres, y desde entonces ya nada dejó que desear la concurrencia al templo.

Pero con ocasión de las procesiones, rayaba en delirio el entusiasmo de los naturales. El Viernes Santo, el día de *Corpus* y el de la Concepción formaban época en Santa Isabel, y eran esperados como agua de Mayo. Al contemplar uno aquellas públicas y solemnes manifestaciones del culto católico, al ver tanto orden, modestia y compostura al observar el fervor de aquella gente sencilla; creía uno trasladarse á las calles y plazas de nuestra religiosa Nación. Es lo cierto que gracias á estas solemnidades externas ha aumentado extraordinariamente el número de católicos en la ciudad, y fuera de esto, son también de grande provecho á los indígenas las visitas que se les hace á domicilio; en ellas se les instruye, consuela, avisa y reprende según la necesidad, y como ellos no

lo toman á mal, puede uno cantarles las verdades claras y bajar, como dicen, á las inmediatas. Las Misas rezadas de los días festivos son bastante concurridas; pero si se celebra Oficio solemne, entonces la muchedumbre no cabe en el templo, y todos se lamentan de que no sea más capaz.

Por lo que se refiere á la recepción de Sacramentos, los datos son también bastante consoladores: sin tomar en cuenta á los colegios, cuyos alumnos nunca dejan pasar más de un mes sin acercarse á recibirlos, los otros indígenas, fuera del día de su santo Patrón, que solemnizan, según costumbre establecida, confesando y comulgando, suelen presentarse á la sagrada Mesa cinco ó seis veces al año, ó con mayor frecuencia, según la devoción.

Hoy día es cada vez más marcada la tendencia al cristianismo y cada vez más entera la confianza que depositan en los Misioneros, no solamente los católicos, sino aun los mismos protestantes, que los hay y por desgracia muchos, por tener desde 1829 abierta capilla pública. Quien hubiese contemplado la ciudad en 1880 y la viese ahora, no la conocería. Esperamos que la construcción de la nueva iglesia contribuirá poderosamente á fomentar el espíritu cristiano de estos fieles. Quiéralo el cielo. Por lo demás, el corazón del Misionero se llena de santa alegría al contemplar esos frutos de bendición.

ARTÍCULO II

Primeras excursiones á las tribus salvajes.

Excursión á Banapá.—Ridículas supersticiones.—Excursión á San Carlos.—Viaje á Gabón. Conferencia con el Rmo. P. General.—Nuevos expedicionarios.

Luego que el celoso P. Ramírez hubo echado los cimientos de la regeneración religiosa en Santa Isabel, y determinado á sus súbditos el ministerio á que debían consagrar sus fuerzas, resolvió internarse en la isla á fin de enterarse del estado, carácter y costumbres de la tribu bubi para trazar su plan de campaña. Comenzó sus excursiones por Banapá, lugar muy cercano á la capital, y escoltado por dos jóvenes prácticos del país, fué recorriendo las rancherías diseminadas por el bosque, caminando por senderos estrechos y resbaladizos, sin comer otra cosa que ñames y durmiendo sobre cuatro tablas, si ya no se veía en la precisión de acostarse sobre el mismo suelo. Pasó luego á Basilé, y bien pronto se hizo cargo del estado infeliz de aquellas gentes, degradadas y supersticiosas más de lo que se puede imaginar. Al buen P. Ramírez se le caía el alma á los pies al contemplar á los negros con un sencillo delantal por todo vestido, si ya no iban completamente desnudos, y su corazón se llenaba de celo al topar por todas partes monumentos de la más ridícula superstición: aquí fetiches de semillas raras, cráneos de antílope ó conchas de moluscos; allí un tronco de helecho y sobre él una piedra guarnecida de pequeños mariscos, que los bubis se aplicaban al pecho con fanático fervor; más allá casuchas destinadas á ofrecer al demonio libaciones de aceite de palmera, ó finalmente, chozas donde, llevados de su creencia en la transmigración de las almas, depositan

comidas y bebidas para los finados. Enteróse también el Rmo. Padre de los sacrificios de cabras y gallinas que ofrecen al Morimó, no porque le amen, sino por el temor que les inspira de que con su maléfico influjo les eche á perder las plantaciones. Todo esto conmovió profundamente al P. Ramírez, y determinó redoblar sus esfuerzos para que la luz del Evangelio penetrase en aquella tenebrosa región. Cuando llegaba á algún pueblo todos echaban á huir, aunque á las voces de los indígenas que le acompaban volvían de nuevo, y ya sólo faltaba algún regalillo para que le mostrasen afecto, tomándole la mano y aplicándosela al pecho, según costumbre. Luego les preguntaba si llevarían á bien tener cerca de sí al Misionero para curarlos en sus enfermedades y enseñar á sus hijos. Los bubis contestaban significando la satisfacción que les causaban aquellas propuestas.

Terminada su primera excursión, emprendió otra hacia la bahía de San Carlos, verificando el trayecto en una pequeña embarcación del propietario Vivour, que poseía allí una hermosa finca. Acompañado de dicho señor, que ya ninguna aversión infundía á los negros, visitó un pueblo de aquella comarca y penetró en la choza del Rey ó Muchuku. Y como pidiese el Padre de beber, presentáronle agua en una descomunal calabaza y un vaso de vidrio, que le llamó poderosamente la atención. Quiso hacerles besar el Crucifijo; pero todos se horrorizaron creyendo ver un arma de fuego; mas como el Padre les convidase á examinarlo de cerca, depusieron muy luego sus temores. De seguida les propuso sus intenciones bienhechoras, y desde entonces ya logró captarse las simpatías del Muchuku y de las gentes de San Carlos.

Mientras esperaba el Rmo. Prefecto favorable coyuntura para realizar sus planes, emprendió un viaje de mucha importancia para la Misión, encaminado á tomar nuevos datos é informes en orden á la conversión de los infieles. Habiendo oído hablar de los Padres del Espíritu Santo y del Corazón de María residentes en Gabón, colonia francesa, cuyo Obispo, Mons. Leberre, llevaba ya muchos años de permanencia por aquellas regiones, creyó muy conducente trabar relaciones con ellos y sacar todo el partido posible de sus luces y experiencias. Al efecto, embarcóse en un buque inglés con rumbo á Libreville, y tantas fueron las escalas que hubo de hacer en la costa, que emplearon diez días en un trayecto que puede recorrerse en dos. Sólo esto le faltaba al pobre Padre; ya al primer día de su navegación sintió iniciársele una fiebre que poco á poco le debilitaba: por otra parte el mareo le producía un continuo malestar, hasta el punto de no poder abandonar el camarote, debiendo permanecer en un ambiente bochornoso y abrumador. La fiebre iba subiendo por grados, de suerte que al llegar á Gabón no podía ya valerse, y de prolongarse poco más la travesía, hubiera sin duda sucumbido. Llevólo el Ilmo. Leberre á su casa (que allí no hay palacios ni para los Obispos), tomólo por su cuenta y como por fortuna era bastante entendido en el tratamiento de las fiebres, logró hacerle entrar muy luego en franca mejoría (1).

---

(1) Grandes utilidades reportó el P. Ramírez de su viaje á Gabón; allí pudo conferenciar con el Sr. Obispo y con los Religiosos sobre el modo más eficaz de convertir y civilizar á los negros; examinó el Colegio y visitó los talleres allí establecidos, y en fin, volvió con un

Á la vuelta de Libreville, detúvose en Corisco con el intento de sondear las disposiciones de los habitantes en orden á la recepción de los Misioneros, y fuera de la cordial acogida con que fué recibido, pudo observar, sobre todo en las personas autorizadas, vivísimos deseos de que cuanto antes se estableciese la Misión. Análoga fué la disposición de ánimo que descubrieron en los annoboneses los Padres Pagés y Frigola en la excursión á dicha isla, hecha á bordo del vapor *San Francisco*. Por manera que el Rmo. Prefecto quedó decididamente resuelto á pedir nuevos operarios para cultivar aquellas tierras que tan dispuestas se hallaban á recibir la palabra de Dios.

Embarcóse al efecto con rumbo á la Península; mas al llegar á Sierra-Leona, supo que el Rmo. P. General acababa de pasar por allí en dirección á Fernando Póo, y por este motivo regresó sin demora á la isla. En las prolijas conferencias que tuvo con nuestro Superior General dióle cuenta detallada de los trabajos llevados á feliz remate, de las excursiones hechas al interior y á las otras posesiones, ponderándole muy de propósito la excelente preparación de ánimo que mostraban los indígenas, y rogándole encarecidamente le enviase nuevo personal para el completo desarrollo de sus planes evangelizadores. Hízose cargo de todo el Rmo. P. Xifré y trató desde luego de acceder á su demanda; mas he aquí que al regresar á España, le acomete una enfermedad tan maligna que le pone á un pie del sepulcro. Consideradas todas las circunstancias de dicho accidente, podemos fundadamente creer, que recelando los espíritus rebeldes los resultados de aquella obra, trataban de oponerse á ella con todas sus mañas y artimañas. Pero gracias á la protección del cielo, la enfermedad cedió, se disipó el peligro, y salieron los nuevos Padres tan luego como se sentaron con el Gobierno las bases de las otras fundaciones. En efecto; á 5 de Noviembre del mismo año 1884, se embarcaban en la corbeta *Ferrolana*, comandada por el Gobernador general, D. José Montes de Oca, con rumbo á las posesiones de Guinea, nueve sacerdotes, otros tantos hermanos coadjutores y cinco religiosas Concepcionistas, que iban á Santa Isabel para fundar un Colegio de niñas.

Mucho nos alargaríamos si quisiéramos describir aquí los detalles de su prolija navegación, las penalidades que sufrieron por las calmas bochornosas y escasez de agua, el inminente riesgo que corrieron á causa de una deshecha tempestad que se desencadenó; mas todos estos percances sólo eran preludios de lo que les aguardaba en el lugar de su destino. Así y todo, no faltaron episodios que les proporcionaron ratos de buen humor é inocente alegría, aun en medio de sus trabajos; las algazaras de Nochebuena, la Misa del Gallo que se celebró ante un pesebre arreglado por las Hermanas, la bendición de los animales el día de San Antón, contribuyeron notablemente á hacer más llevaderas las penas de los tripulantes. Ni quiero pasar por alto un gracioso accidente que ocurrió el día de San Antón, después de bendecir á los animales; porque asomándose al portalón el P. Vila, pronunció estas palabras: —¿Y por qué no han de participar también los peces de la bendición del cielo? Yo les quiero dar mi

---

caudal de conocimientos de suma trascendencia. Agradeció profundamente los paternales desvelos del Sr. Obispo, y á nosotros se nos ha ofrecido ocasión de pagárselos, cuidando en Elobey de sus Misioneros que carecían de médico y medicinas.

bendición. — A estas frases asomaron en el mar tanta multitud de peces grandes y chicos, que puso asombro con mezcla de hilaridad á los viajeros, que no sabían si reirse ó admirarse de un fenómeno de esta índole.

Tres meses duró la navegación, al cabo de los cuales tocaron tierra en Santa Isabel, donde los recibió el Rmo. P. Ramírez con transportes de alegría. Era el 27 de Enero del 85 (1).

ARTÍCULO III

Fundación y vicisitudes de las Hermanas Concepcionistas.

Lamentable vacío.—Colegio de niñas.—Un contratiempo. — Exámenes. —Educacion moral. Resultados.

Un lamentable vacío se dejaba sentir en la capital de la colonia; faltaba un asilo donde pudieran las niñas recibir una educación proporcionada á su sexo. Todas las sociedades han reconocido la suma trascendencia de los Colegios destinados á este fin; porque andando los años, las niñas vienen á ser madres, y en una buena madre está librada la felicidad de la familia. Por este motivo fué oportunísima la idea del Rmo. P. Prefecto al pedir con tanto ahinco Religiosas dedicadas á la instrucción de la niñez.

No hubo más demora en establecer el Colegio de niñas, que la de algunos días en que se acabaron las reformas del local señalado á este efecto, y ya desde el principio nada dejó que desear la concurrencia de las alumnas, algunas de las cuales se pusieron bajo la dirección de las Hermanas en calidad de internas.

Por su parte las Religiosas consagraron todos sus esfuerzos á la enseñanza, viendo coronada su obra con adelantos muy superiores á los que podían prometerse de aquellas infelices criaturas. Al poco tiempo hablaban correctamente nuestro idioma; leían y escribían con relativa facilidad y soltura; manejaban hábilmente las agujas de coser, y en una palabra, estaban ya suficientemente impuestas en las labores y faenas del hogar.

No veía con buenos ojos el diablo la obra que llevaban á cabo las beneméritas Religiosas, y así procuró excitar los odios y la contradicción de las sectas, en lo cual se dió tan buena maña, que en breve tiempo abandonaron el Colegio todas las pensionistas. Poco perdieron en esto, porque al cabo de algunas semanas, vinieron las niñas bubis á ocupar los sitios abandonados por las de la ciudad, ni se quedaron en zaga en lo de aprovechar en los diferentes ramos de la instrucción que allí recibían.

---

(1) He aquí los nombres de los nuevos expedicionarios: Rdos. Padres Francisco Salvadó, Luis Sáenz, Antonio Moratona, con los Hermanos Mateo Rodrigo, Salvador Puig y Romualdo González, destinados todos ellos á Corisco; los Padres Joaquín Juanola, Isidro Vila y José Ribas, con los Hermanos Raimundo Ginestá, Ramón Creu y Melitón Huici, destinados á la Casa de Annobón; y finalmente, los Padres Agustín Soler, Antonio Busqué y Miguel Valls, con los Hermanos Roque Antón, Ramón Garcés y José Codina, con destino á la Misión de cabo San Juan.

Comunidad y Colegio de Religiosas Concepcionistas de Santa Isabel.—Una neófita y su madrina.

Buen testimonio dieron de ello personas de voto autorizado en la materia al presenciar sus brillantes exámenes, no menos que ciertas señoras á quienes, como prueba de gratitud por algún beneficio, se les remitieron labores ejecutadas por las negritas del Colegio. Confesamos también ingenuamente que muchas veces nos han puesto admiración aquellos primores, y á no verlo con nuestros propios ojos, no acertáramos á creer que llegara á tanto su destreza y habilidad. Mucho fué el prestigio que con esto cobraron las Hermanas Concepcionistas hasta el punto de que varias señoras protestantes, deseosas de perfeccionarse en el bordar y otras labores parecidas, se sometieron sin reparo á la instrucción de las buenas Religiosas. Así todos los habitantes de Santa Isabel consideran al Colegio de las Hermanas como el elemento más indispensable para la educación de sus niñas, y cierto sería profundo el dolor de todos, si por cualquier causa se hubiese de levantar el establecimiento.

Hasta aquí hemos hablado únicamente de la instrucción literaria y artística; mas esto es lo de menos. La misión de las Religiosas se ordena principalmente á formar el corazón de las niñas según las máximas de nuestra Religión, sembrando en sus inocentes almas el germen de las virtudes cristianas, y en este sentido los frutos alcanzados con el favor del cielo, superan en mucho cuanto se podía esperar. Nada queremos decir de la modestia con que asisten á las clases ni del fervor con que se acercan á recibir los Sacramentos; pasaremos por alto los ejemplos de virtud y edificación que se vienen observando en aquellas niñas tan negras en el cuerpo y tan hermosas en el alma; aquí sólo nos proponemos relatar algunas muertes edificantes ocurridas en el Colegio, de las cuales puede deducirse la esmerada educación que allí reciben. En 1885 estando una niña á punto de expirar, se fué despidiendo de todas con tanta serenidad y alegría, como si fuese llamada á bodas. Hará como cinco años que falleció María de Montserrat Mesabó, cuya historia no consignaremos en este lugar por haberse ya publicado en *El Iris de Paz;* bien podrán recordar los suscriptores, cómo se incorporó en su camita para rezar tres *Avemarías* y las frases de tierna despedida que dirigió á sus compañeras, y cómo aseguró que la Virgen había bajado á buscarla y, por último, cómo exhaló su postrer aliento abrazada con el Crucifijo. Murió también otra, por nombre Carmen Buelá, que próxima á expirar llamó á sus amigas y les dijo:—Acaba de venir la Virgen acompañada de Mesabó y otras dos, y Mesabó ha dicho:—Nuestra amiga quiere venirse ya con nosotras al cielo.—Estas y otras muchas escenas que podríamos referir, llenan de inefable consuelo el corazón de las Hermanas y les ayudan á sobrellevar los trabajos, penalidades y dolencias, efectos principalmente del clima y de la especial condición de las alumnas.

Nunca olvidarán los pueblos de San Carlos y Concepción los beneficios que de ellas tienen recibidos, de los cuales son pruebas irrefragables las madres de familia allí residentes, que forman la felicidad de aquella región, gracias á la educación que deben á las Religiosas Concepcionistas de Santa Isabel.

ARTÍCULO IV

Dificultades que ofrecía el desarrollo de las Misiones fuera de la capital.

Triste aislamiento. — Perniciosos influjos del clima. — Recorriendo aldeas. — La torpe poligamia. — Rayos de esperanza.

Al referir el viaje de los nuevos Misioneros á la Colonia, aseveramos que las penalidades de su prolija navegación, fueron sólo preludios de las que les aguardaban en el lugar de su destino. Para poner de manifiesto nuestra afirmación bastará indicar brevemente las numerosas y serias dificultades que se oponen y neutralizan la acción del Misionero, y por aquí podrá colegirse cuántos sacrificios lleva inherentes el apostolado en aquellas remotas tierras.

Y sea la primera el aislamiento á que se veían reducidos por falta de comunicaciones: en los casos de grave necesidad, en los contratiempos y demás suertes adversas, procede ponerlo en conocimiento de los Superiores principales, ó á lo menos, de las otras Casas más próximas, para que pueda aplicarse el conveniente remedio. Sin embargo, los primeros Padres difícilmente podían comunicarse entre sí, cuanto menos con el Gobierno General de nuestro Instituto; por este motivo, una vez apurados los recursos del país, les era preciso abandonarse en manos de la Providencia. Fácilmente se concibe que en un ministerio de tal naturaleza deberían surgir dificultades gravísimas y que requerían pronta solución; con todo, las cartas de consulta llegaban muy tarde á su destino. He aquí las palabras que escribía desde San Juan á nuestro Procurador, el Rdo. P. Miguel Valls: "Observo que algunas veces llegan las cartas antes á la Península que á Fernando Póo. „Y ¿qué diremos de la isla de Annobón? Ocasión hubo en que los Padres allí residentes permanecieron incomunicados con el resto del mundo nueve meses enteros, y otra vez les acaeció no tener noticia del fallecimiento del Rmo. Prefecto, hasta que abordó á sus playas el que le había sucedido en el cargo.

Entre los obstáculos que dificultaban el desarrollo de las Misiones, pondremos en segundo lugar la influencia del clima. Sucedía frecuentemente que un Misionero, á vuelta de algunos años de residencia en algún lugar, y mediante largos estudios y observaciones, lograba aprender su idioma, conocer la índole de los naturales, bienquistarse con ellos y, en fin, poseer la verdadera clave de su civilización; mas he aquí que á deshora le sobrevenía una enfermedad que precisaba su traslado á lugares más sanos, y gracias que la fortuna dejase siquiera esta puerta abierta. De todos modos era incalculable el detrimento que á la Misión resultaba de semejantes traslaciones, pues venían á salir estériles los conocimientos, las observaciones, y sobre todo, el prestigio del enfermo. Sabe Dios el retraso que por esta causa han sufrido las Misiones.[3]

Servía también de rémora al progreso de la acción evangelizadora el modo particular de vivir que tienen estos indígenas. Cada jefe de familia quiere gozar

de propia independencia, y así constituye su pueblo ó ranchería á la distancia que cree oportuno para poner sus derechos á salvo. Por manera que rara vez puede el Misionero dirigir á muchos su palabra, sino que debe ir recorriendo los pueblos uno á uno, con mucha fatiga propia y no menor mengua del fruto; sobre todo, que los vericuetos de estos países podrán servir para fieras, pero para hombres con mucha dificultad.

Pasando á otro género de dificultades, observaremos que la secta protestante oponía á la evangelización de los indígenas una barrera tan difícil de salvar, que sin una protección especial del cielo, no llevaba camino la obra de nuestra misión salvadora. Pero á decir verdad, la poligamia es el terrible obstáculo que neutraliza los golpes de la gracia divina y la impresión de las palabras del Padre Misionero. El indígena tiene librada su dignidad, su bienestar, su codicia y todas sus ilusiones en el número de mujeres; desde luego ya les costó un dineral el adquirirlas, y lo que mucho cuesta también suele apreciarse mucho: por otra parte, es condición obligada de la mujer, obedecer al dueño en todo lo que se le antojare mandar, sin poder alegar derecho que valga contra sus atropellos. Por lo mismo, aunque el afecto que profesan á sus mujeres sea brutal y grosero, constituye un apretado nudo muy difícil de romper, y así por regla general proponer al negro el repudiar á sus mujeres y vivir con la legítima en santo matrimonio, es, como decimos vulgarmente, pedir peras al olmo. Y aquí hallamos la explicación de las hondas raíces que tiene echadas allí el protestantismo. ¿Es que sus dogmas son más fáciles de creer? No por cierto; sino que los negros discurren más ó menos como muchos blancos protestantes: quieren ir al cielo por un camino cómodo y así escogen el protestantismo que les permite vivir á sus anchas. ¡Cuántos nos han dicho que se avendrían á contraer matrimonio católico si fuera disoluble como el que contraen en la iglesia protestante!

Para evitar prolijidades omitimos otros estorbos que podríamos enumerar, y terminaremos este artículo dando gracias á Dios por habernos allanado mucho el camino. El reinado de Jesucristo se abre paso entre las tribus de estos bosques, y el ángel de las tinieblas abandona el trono donde tantos siglos recibiera culto y adoración.

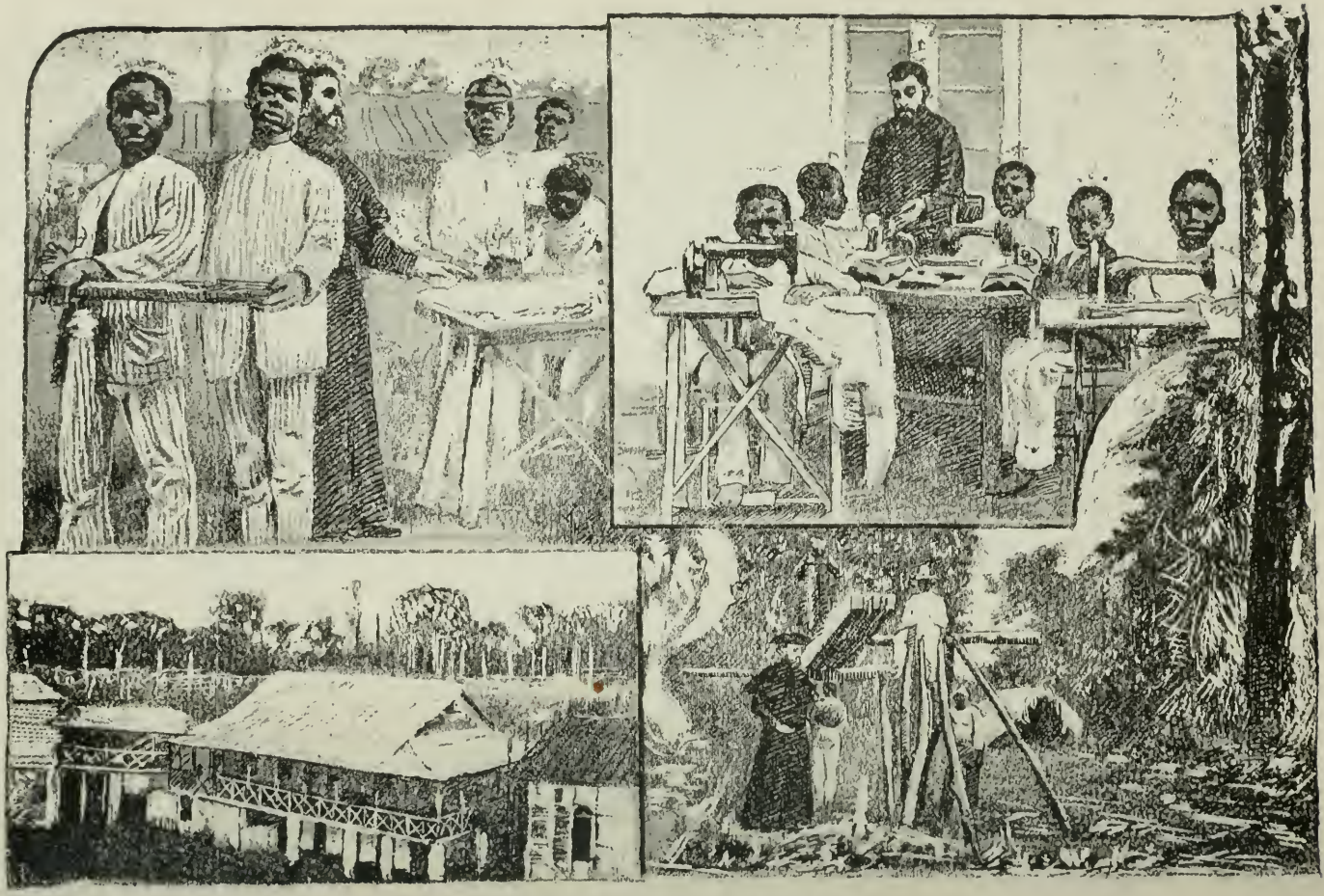
ARTÍCULO V

Fundación é historia de Banapá.

Construyese la casa de madera. — Un Gobernador enseñando el alfabeto. — Granja modelo. Para evitar conflictos. — Frutos de bendición. — Pamues que emigran. — Carácter de esta raza. — Devoción á la Virgen del Pilar.

Es Banapá la comarca bubi menos distante de Santa Isabel, y la primera que tuvo el honor de ser visitada por el Rmo. P. Prefecto, y como por otra parte difícilmente se hallaría un sitio más á propósito para entablar relaciones con los indígenas de aquella raza, determinaron nuestros Padres establecer allí una fundación, que fué la primera después de la de Santa Isabel.

"Apenas se logró montar el edificio de madera construído por nuestros



Escuela de Artes y Oficios de Banapá.

Hermanos carpinteros,—dice el Rdo. P. Mata,—auxiliados de los aserradores del Acra (costa africana), destinaron los Misioneros para escuela un ala del edificio y avisados los bubis del contorno, se inauguraron las clases á presencia del Gobernador, Sr. Montes de Oca.

„Todavía recordamos los principales detalles que de este acto nos comunicó el P. Ramírez (q. e. e. g.). Parécenos estar viendo al mencionado Sr. Gobernador, que no cedía á los demás en entusiasmo, constituído en pedagogo de los pobrecitos bubis, á quienes mostraba con un largo puntero las letras tamañas del alfabeto, que aparecían en un cartelón pendiente de uno de los muros pronunciándolas él con vigorosa entonación y estimulando á los nuevos alumnos á que las repitieran.

„Por este tiempo (1886) dos caballeros muy afectos á nuestro Instituto y especialmente á las Misiones del Golfo de Guinea, concibieron el proyecto de pedir al Gobierno de España algunas hectáreas de terreno contiguas á Santa María de Banapá y destinar las sumas necesarias al desmonte, para establecer allí una granja modelo donde pudieran instruirse prácticamente los alumnos en el cultivo de las plantas más apropiadas á las regiones ecuatoriales. No se mostraron indiferentes los Padres á tan excelente idea, tanto más, cuanto que algunos jóvenes, imbuídos ya en las primeras letras en el Colegio de Santa Isabel, ninguna habilidad manifestaban para las artes industriales que allí se enseñaban; por lo mismo, comprados ya los terrenos al tipo marcado por la ley, y firmada la escritura de cesión, procedióse á la plantación del cacao, café y tabaco, sin perjuicio de las palmeras que, gracias al cultivo, mejoraron notablemente su rico fruto. Indígenas y europeos al ver en lontananza los felices resultados de la finca de Banapá, determináronse á abrir plantaciones análogas.

„Como la Casa-Misión fué montada en terrenos de propiedad particular, y sufragados los gastos por el Gobierno, ocurriósenos que podría surgir algún conflicto con los dueños de la finca; para prevenirlo, resolvió la Dirección General de nuestro Instituto pedir se dejara sin efecto la creación de la Casa-escuela de Banapá, renunciar á los haberes y consignaciones devengados por el personal de dicha Casa y ofrecer como reintegro las sumas entregadas para la construcción del edificio y en calidad de haberes personales. Al propio tiempo, el P. Procurador de las Misiones, en su instancia de 18 de Mayo de 1887, hizo constar el propósito de la Congregación de obligarse á continuar desempeñando por su propia iniciativa el ministerio que ejercía la Misión de Banapá. El Ministerio de Ultramar acogió con aplausos esta medida, y de Real orden dierónse á la Congregación expresivas gracias por su generoso desprendimiento.

„Son para alabar á Dios los frutos obtenidos en la Misión de Banapá: las excursiones á los pueblos limítrofes que desde allí se han hecho para la conversión de los bubis, la educación de los jóvenes consagrados á las labores del campo, los crecidos intereses, resultado de la explotación material de la finca, y, sobre todo, la formación de un pueblo donde crece una raza vigorosa de pamues, que venidos del Muni y establecidos en Fernando Póo, promete excelente disposición para oficios que no pueden, sin perjuicio de la salud, correr á cargo de los europeos.

„Permítasenos consignar aquí algunos detalles concernientes á la emigración de los pamues al fundarse el pueblo de Santa María de Banapá. Cierto niño, por

nombre Isidro Ncogo, estudiados los primeros rudimentos en Santa Isabel, lleno de conocimientos industriales adquiridos en los talleres de Banapá, y no menos impuesto en las cosas de Religión, regresó al seno de su familia, domiciliada en Amenchi, pueblo situado á las márgenes del Noya, afluente del Muni. Según costumbre de los compañeros, púsose á predicar á sus paisanos las verdades del cristianismo, aprendidas en los Colegios de la Misión. Con la libertad de un apóstol exhortaba, increpaba y argüía, y sobre todo, al ver sus cultos idolátricos, consumíale las entrañas el celo de la gloria de Dios, y tomando la palabra les pintaba á grandes rasgos las penas del infierno á que se hacían acreedores. La gracia del Señor comunicaba tal virtud á las palabras del joven, que cierto día se le presentaron muchos de sus oyentes, y le preguntaron con resolución:—¿Qué hemos, pues, de hacer para evitar ese infierno con que nos amenazas y conseguir la gloria que nos prometes?A esto respondió el buen Isidro: —"Es necesario que vayáis á vivir con los Padres Misioneros de Santa María de Banapá: ellos os predicarán y administrarán los Sacramentos, y cuando llegue la hora de vuestra muerte os abrirán las puertas del cielo.

Aunque el pamue es de genio belicoso y de índole feroz, no carece, sin embargo, de lealtad y franqueza para abrazar la verdad donde la descubre, aun á costa de cualquier sacrificio. Pesaron por una parte las dificultades que habían de superar hasta domiciliarse junto á la Misión; por otra, reflexionaron seriamente sobre los dogmas trascendentales que Isidro les declaraba, y á la luz de aquellas consideraciones, unos resolvieron establecerse á todo trance en Banapá y otros esperar el buen ó mal resultado de los primeros para tomar el partido más favorable. Hablaron, pues, los más decididos sobre este asunto con los Superiores de Elobey y Corisco, quienes, como puede suponerse, no sólo aprobaron el proyecto, sino también prometieron favorecerles con su protección.

Á mediados de Octubre de 1894 salieron de su tierra en un balandro, propiedad de los Misioneros, varias familias en número de cuarenta individuos, que llegaron en el mes de Noviembre inmediato á Fernando Póo tras larga y penosa navegación. Al principio de su estancia, debían los Padres suministrarles albergue, manutención, útiles de labranza, y todo lo necesario para la vida; todo lo dieron los Misioneros por bien empleado, pues al mudar de religión aquellos pobres salvajes, renunciaron decididamente á los vicios y supersticiones del paganismo.

Y diéronse tan buena maña en llevar adelante sus intereses materiales, que al año próximamente de su instalación, vestían ya á la europea y disfrutaban de las comodidades de los pueblos de la Península, hasta el punto que pusieron admiración y espanto á los habitantes de Santa Isabel, cuando se presentaron á recibir el Sacramento de la Confirmación. Son cristianos fervorosos y profesan al Misionero obediencia y respeto filial, de manera que no se atreven á resolver nada sin su venia; por esto le consultan al emprender un viaje ó al ofrecérseles cualquier asunto de importancia, y si alguien se desmanda en algo, no hay medio más eficaz para reducirle, que amenazarle con que se hará sabedor de ello al Padre.

Celebran como á Patrona á la Virgen del Pilar, á quien llaman Santa María de Pamue, en cuya fiesta todo el pueblo confiesa, comulga y oye Misa. Mucho nos chocó una vieja, que para celebrar dicha fiesta presentóse á la Misión pi-

Pueblo de Banapá.

diendo una ración de carne; luego, por la tarde, apareció otra vez y rogó al Hermano portero abriese la puerta de la iglesia, porque quería rezar el Rosario ante la Virgen.

Otro indígena llamado Domingo compareció en casa y dijo al portero:—Mañana Santa María de Pamue.—Fingió el Hermano no hacerle caso, pero él insistió con más fuerza:—Mañana Santa María de Pamue.—Al fin le preguntó el portero:—¿por qué celebráis con tanto entusiasmo esta fiesta?—Y Domingo con ademán muy serio y dando entonación á sus palabras, contestó:—Mañana hace fiesta pamue, porque él sale del río para sentar aquí.—En otra ocasión presentóse el mismo joven y dijo al portero:—Hermano, abra Ud. por amor de Dios, la puerta de la iglesia, porque voy á rezar á la Virgen del Pilar. — Condescendió el Hermano y al entrar en el templo, oyó que le decía:—Hermano, yo no tengo padre, ni madre, ni mujer; sólo me queda un hermano que se está muriendo.—Arrodillóse luego ante el cuadro de la Virgen y rezó tres *Avemarias* con la jaculatoria "Bendita y alabada...„ etc. por la salud del enfermo. Salió éste de peligro y el buen Domingo no se olvidó de volver al portero para decirle: —¡Cuántas gracias hace yo á Santa María del Pilar, porque mi hermano Pablo no muere!

Estos rasgos manifiestan cuán arraigada está la fe en el corazón de estos sencillos pamues.

Por lo demás, tienen los pamues sus plantaciones de cacao y se dedican á las industrias propias de su país, con lo cual logran ganar lo necesario, y su ambición no se extiende más allá. Fuera de los pamues, reúnense también en nuestra iglesia de Banapá varias familias de trabajadores, que, convertidos mientras servían de braceros en la finca, abrieron junto á ella sus pequeñas plantaciones y se constituyeron después en familia, trayéndose mujeres de su país, con quienes se unieron en santo matrimonio después de regeneradas con las aguas del Bautismo.

De lo dicho puede colegirse que el pueblo de Banapá promete contribuir poderosamente á la conversión y civilización de los bubis fernandianos: por este motivo los Padres no escasean sus cuidados y afanes, á trueque de formar un pueblo que en la caridad y en la pureza de costumbres recuerde el fervor de los primitivos cristianos.

ARTÍCULO VI

Fundación é historia de la Casa-Misión de Corisco.

Cristianos y paganos.—Privaciones de los Misioneros.—Serenata original.—La primera víctima.—Los primeros frutos. — Un reo librado de la muerte. — Carácter del benga.—Conversión del jefe.—El pastor Ibía.—Disputas con el Misionero.—Hermanas Concepcionistas.—Educación material.—Trabajos de catequesis.—A rezar el Rosario.—¡Ay de los obstinados!—Por remate.

La isla de Corisco, llamada *Mangi* por los naturales, alcanzaba un contingente de mil almas, sobre poco más ó menos, cuando en 3 de Marzo de 1885 llegaron á ella los Padres de nuestra amada Congregación. Muchos de los habitantes habían recibido ya las aguas del Bautismo durante la Misión de los Padres

de la Compañía de Jesús; pero privados de sus pastores en 1868, volvieron á sus malas costumbres, según acaeció también en los bubis de Fernando Póo, de suerte que si no es la del carácter sacramental, ninguna diferencia mediaba entre cristianos y gentiles. Tanto más cuanto que el protestantismo había producido allí, como en todas partes, tales frutos de indiferencia y libertinaje, que eran para hacer desmayar al Misionero católico. Nada menos que tres capillas tenían abiertas al público, aunque después desaparecieron, corriendo el cuidado de la secta á cargo de un tal Ibía, corisqueño, instruído por los pastores en sus doctrinas ó farsas. Por lo demás, los sectarios profesaban, como los gentiles, la poligamia y los demás desórdenes: sólo se les podía distinguir por esa urbanidad afectada, herencia menos mala del protestantismo.

Tal era el estado de Corisco cuando nuestros Misioneros abordaron á aquellas playas. Tarea prolija sería describir aquí las privaciones que tuvieron de soportar á los principios: no les faltó albergue, pues ya al saltar á tierra el jefe Otimbo les ofreció de buen grado cuatro de sus habitaciones, pero tan ruines, que para acostarse debían de extender la ropa y demás jarcia que habían traído. Á esto se añadió la primera noche un suceso que les llenó de sobresalto y les impidió conciliar el sueño; luego que se recogieron en sus cochitriles, que no merecen otro nombre aquellas viviendas, vieron aparecer confusa muchedumbre de gente, gritando con tan infernal algarabía, que nuestros Hermanos creyeron se los iban á tragar. Y al informarse á la mañana siguiente sobre el motivo de aquella desaforada gritería, supieron que se les había querido obsequiar con una serenata, según regla. Si todo fuera el susto recibido, menos mal; pero como los Padres ignoraban la costumbre de regalar á los asistentes con aguardiente de caña, pasaron por alto dicha ceremonia: esto bastó para malquistarse con ellos y para que se retrajesen de la Misión, ni quisiesen venderles un huevo para el pobre P. Moratona, que enfermó desde el primer día, atacado de una fiebre alarmante. Muy luego les faltó el pan, por carecer de horno donde cocerlo; los cereales comenzaron á pudrírseles, y para colmo de desdicha, cierta mañana amanecieron todos con vómito, si no es el Hermano Rodrigo, que era el más joven. Á los once días de permanencia en la isla falleció el P. Moratona, dejando consternados á sus Hermanos de Religión. Murió como héroe de la caridad y obediencia, y desde las bochornosas playas de Corisco subiría su alma á las plácidas mansiones de la región feliz.

Pasada la primera prueba, renacieron los primeros bríos; uno echó mano de una olla de hierro y logró cocer el pan; otro fué en busca de moniatos y otras producciones del país con que alimentarse; desaparecieron ya los accesos de fiebre y por lo mismo creyeron llegada la ocasión de poner manos á la obra. El Señor bendijo sus sudores: á los pocos meses llevaban ya bautizados muchos indígenas y tenían en ciernes un Colegio de alumnos. He aquí las palabras con que lo refiere el Hermano Puy en una de sus cartas:

"El Señor ha querido consolarnos de la pérdida de nuestro inolvidable Padre Moratona, pues al poco tiempo teníamos bautizados doce párvulos y varios adultos próximos ya á morir; fuera de éstos, tenemos seis ú ocho alumnos que se están disponiendo para recibirlo dentro de poco. Todos los domingos asisten á nuestro oratorio á la plática y Misa, que se celebra á las nueve, más de treinta personas entre hombres y mujeres, y me parece que cuando tengamos la

iglesia mayor, vendrá mucha más gente, sobre todo cuando podamos recoger niños y mantenerlos en casa, que creo será pronto, pues dicen que pronto traerán los materiales de la casa que se están preparando en Fernando Póo, de madera muy fuerte, propia de aquella isla...„

Por aquellos días ocurrió un suceso que vino á granjearles la estimación de muchos indígenas. Surgió entre dos isleños cierta contienda, resultando herido uno de ellos con arma blanca, el cual falleció al poco tiempo. Sometida la causa al fallo de los jueces y practicadas las indagaciones y diligencias oportunas, dictaron éstos sentencia de muerte contra el agresor, el cual debía ser ejecutado en breves días. Noticiosos de esto los Misioneros y movidos á compasión por el reo, se informaron minuciosamente del suceso, y sin gran trabajo, pudieron convencerse de que la familia de la víctima, más poderosa é influyente que la del reo, había logrado inclinar á su favor el ánimo de los jueces: los cuales no habían tenido en cuenta la circunstancia atenuante y probada de haberse inferido la herida en un acceso violento de cólera, y sobre todo, que dicha herida no era mortal, sino que sobrevino la muerte por descuido palpable en la curación.

Fundados en esto los Misioneros, hicieron ver al Jurado que no procedía la ejecución, y más aún, que no estaban en el derecho de castigar tales delitos, desde que se sometieron al Gobierno español y á sus leyes; que suspendieran, pues, el fatal castigo, ínterin se daba cuenta del proceso al Subgobernador de Elobey.

Avisado dicho Sr. Subgobernador, D. Antonio Espinosa, vino inmediatamente, en compañía del médico de la Armada y del explorador Osorio. Oyeron los alegatos de las partes, y convinieron en que la pena de muerte se conmutara por la de destierro á Fernando Póo, con lo cual todos quedaron satisfechos y conformes.

Desde entonces los Misioneros fueron mirados por aquellos indígenas con amor y respeto, considerando que sedebió á su mediación el no derramarse la sangre de Masongo, que éste era el nombre del agresor, cerrando así la puerta á las colisiones y venganzas que indudablemente se hubieran suscitado entre los dos bandos que se formaron con tal motivo. Pero no se limitaron los Misioneros á librar á Masongo de la muerte temporal, sino que le pusieron en camino de la vida eterna; porque en previsión de que no pudieran librarle de la muerte, hiciéronle conocer la necesidad de salvar su alma abrazando la verdadera Religión, y recibiendo el Bautismo, después de ser convenientemente instruído en los dogmas fundamentales, á lo cual accedió gustosísimo el infortunado reo.

Entretanto, establecidos ya dos pequeños edificios de bambú, uno para capilla y otro para escuela, acudieron algunos niños, que pronto aprendieron las oraciones del Catecismo y mostraban gusto particular en el rezo del Santísimo Rosario. Estos fueron los principios del Colegio de Corisco, que más tarde fué de internos, y vióse muy concurrido de niños, por punto general más vivos y despejados que los de las otras tribus. Vaya por prueba la chocante ocurrencia que tuvieron cuando por primera vez les visitó el Rdo. P. Soler, Superior de Cabo San Juan. Era dicho Padre míope y usaba anteojos, lo cual les cayó tan en gracia, que al día siguiente comparecieron todos con gafas hechas de cristales redondos á golpe de piedra y afianzados en armazones de paja.

Iglesia, Casa-misión y Colegios de Corisco.

Así como se traslucen en el pamue las inclinaciones belicosas, por los juegos á que de niño se entrega, que suelen ser de disparar saetas al blanco, así en el niño benga se descubre marcada afición á la marina, pues su favorito entretenimiento consiste en construir, de madera floja, botes con sus velas y jarcia, y luego ensayar en las playas sus primeras maniobras. Ni les falta ánimo observador para evadir los peligros de la ruta, pues fijan y sondean la profundidad, los lugares de escollos, los bancos de arena, etc., etc., y guardan de todo fiel memoria, por valerse de algún objeto fijo y conocido para señalar los parajes. Este talento práctico va tomando nuevo auge con la edad, y vienen después á prestar excelentes servicios para los viajes de las embarcaciones por aquellas playas.

Como la pronunciación de su dialecto benga se adapta perfectamente á la del español, logran aprender nuestro idioma mucho antes que los pamues, bubis ó annoboneses. Impónense fácilmente en la lectura, escritura, Aritmérica y Geografía, hasta el punto de admirarse sobremanera, al presenciar sus exámenes, ciertas personas que fueron instruídas en primera enseñanza por los Padres de la Compañía, y que luego ampliaron sus conocimientos con la práctica del comercio. Son agudos y de entendimiento claro y perspicaz: unos doce años tendría cierto joven á quien improperaba un protestante por su fe en el escapulario; mas he aquí la respuesta del muchacho:— ¿ Cuándo has visto tú que un trozo de taparrabos tenga la virtud para detener las balas y otros milagros que yo me sé del escapulario?—En otra ocasión otro sectario objetaba á un alumno, educado en nuestro Colegio, que la Virgen había tenido otros hijos fuera de Jesús, y que por lo mismo no había sido virgen después del parto.—Si esto es así—repuso el joven,—¿por qué cuando murió Jesucristo no encomendó su Madre á alguno de sus hijos más bien que al Evangelista San Juan?—Quedóse el protestante atajado y no supo qué replicar.

Al año de instalada la Misión de Corisco tuvo lugar otro acontecimiento, que le dió mucho realce: la conversión del jefe de la isla, que se llamaba Otimbo. Comenzó por asistir á las funciones de nuestra iglesia, las cuales le parecían animadas de espíritu muy diferente del de las capillas protestantes. Pedía la explicación de las ceremonias para conocer á fondo los dogmas de nuestra fe, y las funciones de la Semana Mayor le conmovían tan hondamente, que se le veía salir del templo derramando lágrimas. Era la gracia de Dios que abría brecha en su pecho, tal vez por los singulares favores que dispensó á los Misioneros, á los cuales prestó valiosos servicios en calidad de intérprete.

No obstante, mil dificultades estorbaban su pública conversión, siendo necesario un año de lucha por parte de los Misioneros para reducirle. ¿Qué dirían sus paisanos, sus parientes y las personas de autoridad en la isla? ¿Qué polvareda no había de levantar entre los protestantes, que con tanto empeño querían retenerle en la secta? ¿Cómo iba á repudiar siete mujeres de las ocho que tenía, si en ellas estribaba su poder, prestigio y el decoro de su dignidad real? Al fin venció la gracia: recibió el Bautismo, trocó el nombre de Otimbo por el de Fernando, abrazó de lleno las prácticas cristianas, y propuso sujetarse á cualquier sacrificio, á trueque de salvar su alma.

Harto consoladoras fueron las consecuencias de la conversión del jefe, pues una vez menospreciadas las sátiras y burlas de sus émulos, prestó declarada-

mente su valiosa cooperación para atajar los pasos á la secta protestante, y neutralizar la influencia de ciertas personas empeñadas en corromper la pública moralidad. Por otra parte, derribado por el suelo el espantajo del qué dirán, gracias á la noble decisión de Otimbo ó Fernando, se determinaron muchos á seguir su ejemplo, de modo que el año 1889 figuraban ya en la estadística de Corisco 266 católicos.

No veía con buenos ojos el pastor Ibía, de quien ya hicimos mención, los progresos del catolicismo por la isla; así procuró tomar sus medidas de propaganda anticatólica, cuyos resultados le satisfacían bien poco. Cuando el Misionero salía de instruir á los catecúmenos, solía personarse nuestro Ibía y trataba de persuadirles que no hicieran el menor caso del Misionero católico, pues todos eran unos herejotes taimados, ignorantes de siete suelas, papistas y qué se yo cuántas cosas más; y sobre esto, aducía sus razones para rebatir el dogma católico. Tono de autoridad no le faltaba, mas parece que sus palabras se perdían en el aire sin producir ningún resultado, y determinó dar el golpe de gracia.

Escribió al P. Salvadó una carta en inglés, donde procuró condenar todas sus razones ó argumentos contra la verdad católica, cargando mucho la mano en el desprecio que hacían los Misioneros papistas de la Santas Escrituras. Antes de remitirla á nuestro Padre, parecióle bien leerla entre sus camaradas, saboreando de antemano los placeres de la victoria, pues se lisonjeaba que su escrito iba á tapar la boca á todos los Misioneros del mundo. Estaba formulada en frases de tanta autoridad é insolencia, que al leerla, el P. Salvadó pensó sería hacerle demasiada honra el dar á sus bravatas una formal contestación; pero reflexionando después que el pastor acabaría con esto de persuadirse que sus razones no tenían vuelta de hoja y proclamaría á voz en grito su victoria, le dirigió un escrito, redactado en inglés muy correcto, donde desvanecía uno por uno los reparos del presuntuoso Ibía. Y para probar su respeto á la Biblia insertó agudamente tantos textos que no había más que desear. No sabemos qué impresión produjo la carta á nuestro héroe: es lo cierto que desde entonces no se atrevió á chistar, sobre todo, mientras permaneció allí el terrible Misionero. Más tarde, por motivo de salud, fué preciso al P. Salvadó trasladarse á Canarias, con lo cual iba á quedar huérfana la Misión, á no haber ido á llenar su cargo el P. Eudaldo Orriols, hombre de espíritu verdaderamente apostólico, que en poco tiempo logró captarse la estimación y respeto de todos, sin distinción de clases ni cultos. Gracias á los incesantes trabajos del P. Orriols, acentuóse mucho más el movimiento favorable hacia el catolicismo, lo cual dió muy mala espina al pastor de marras. Sin más preámbulos, retó al nuevo Superior á una disputa en su casa y en presencia de sus amigos correligionarios: y como el Padre creyó que de dicha entrevista podría resultar la conversión de muchos, que no estaban tan aferrados á sus ideas como el infeliz Ibía, contestó que por su parte no había dificultad alguna. Celebróse, en efecto, la disputa, en la cual el pobre Pastor fué saltando de herejía en herejía y de absurdo en absurdo, buscando salidas tontas á las apremiantes razones del P. Orriols, hasta venir á parar al culto de las imágenes, que constituía su principal trinchera. —Venga Ud. aquí — dijo al Misionero, mostrándole la palabras del Éxodo:— "No te harás figura alguna, ni semejanza„, etc., venga Ud. y lea con sus propios

ojos la prohibición, formal y terminante, del culto que los católicos dan á las esculturas y demás imágenes.— Como no valiesen las razones y observaciones que le ofrecía el P. Orriols para sacarle de sus trece, pues, atrincherado en la Biblia, contestaba que las palabras no podían ser más explícitas, hubo el Misionero de recurrir á las mismas Sagradas Escrituras, y le dijo:—Si la prohibición es tan absoluta, como suponéis, ¿por qué mandó el mismo Dios tallar dos querubines para el propiciatorio del Arca?—Nada pudo responder Ibía, si no es una frase que se le escapó entre dientes: — No todos los católicos saben tanto como ese diablo de P. Orriols.

No pensó ya en bajar de nuevo á la palestra; pero tampoco cejó en su afán de hacer guerra á nuestra Religión, en lo cual podemos notar de paso la prudencia y tesón de los hijos de las tinieblas. Proyectó, pues, levantar una capilla protestante y celebrar allí sus *meetings*, creyendo desviar así á los naturales de nuestras funciones religiosas. Por fortuna, el solar que trató de adquirir era propiedad del convertido Fernando, el cual, por consejo del P. Orriols, no sólo no se lo quiso vender, pero se propuso también frustrar sus intentonas. Aquí fué el coraje de Ibía; lleno de rabia escribe dos cartas: una al P. Orriols y otra al Sr. Gobernador de Fernando Póo, en las cuales, á vuelta de frases evidentemente apasionadas, se desataba en mil calumnias contra los Misioneros. Y el Sr. Ibarra, ¿hizo, por ventura, caso de las bravatas del pastor protestante? Y tanto que hizo: pues le mandó salir al punto de Corisco é ir con la música á otra parte.

Ya desde mucho tiempo venía deseando el Rdo. P. Orriols se instalase en Corisco una Comunidad de Hermanas Concepcionistas que se encargase de educar á las niñas, pues sin esto difícilmente podrían asegurarse los frutos de la Misión evangelizadora; estos deseos se realizaron á raíz de la salida del protestante Ibía. No sin superar gravísimas dificultades se instalaron allí tres Hermanas, ocupando interinamente la casa que les cedió el jefe Fernando, entre tanto que se construía el Colegio con todas las dependencias necesarias.

Haremos caso omiso de las múltiples privaciones é incomodidades á que se hubieron de sujetar á principios de su llegada y de los ejemplos de paciencia, humildad y fervor que dieron á los corisqueños, por ser cosas que ya pueden suponerse. Construída ya la Casa-Colegio, desembarcaron otras tres religiosas y con ellas se completó el número de Hermanas que eran indispensables para el recto desempeño de todos los cargos. Abrieron sin demora las puertas á las niñas, donde en calidad de internas recibían una educación excelente por todos conceptos, compitiendo con las jóvenes del Colegio de Santa Isabel, de cuyas habilidades hicimos ya mención en otro capítulo. Incalculable es el fruto que con esto han logrado las Hermanas Concepcionistas, pues su Colegio viene á ser un semillero de donde salen excelentes madres y esposas. Tanto es esto así, que los mozos del Muni, antes de tomar estado, llevan sus esposas á los Colegios, donde permanecen uno ó dos años y de donde salen hablando español, instruidas en las labores de su sexo, imbuídas en las verdades y dogmas del Catecismo y sabiendo, quién más quién menos, leer y escribir. No obstante, es fuerza confesar que, gran parte de tan felices resultados, viene á desaparecer con ocasión de una pésima costumbre establecida entre les bengas: tal es la de prostituir sus mujeres cuando llegan á cierta edad, entregándolas á euro-

peos, con derecho de percibir seis pesos mensuales como precio de tan infame repudio. Gracias á Dios, conforme se convierten al catolicismo los cabezas de familia, va también desapareciendo este escándalo, que tantas lágrimas ha causado á las Religiosas y tantos sudores á los Misioneros.

No era tan sólo la educación religiosa de la niñez lo que llamaba la atención de nuestros Misioneros, sino también procuraban aficionarlos al trabajo y adiestrarlos en las labores propias de aquellos países; algunos de los jóvenes pasaron á Santa Isabel para aprender diferentes oficios en los talleres de aquella capital, y los demás se dedicaron al cultivo de las plantas propias de aquellos climas, tales como el café, cacao, coco, hortalizas, ó á la crianza del ganado lanar, obteniendo excelentes resultados, excepción hecha del café y cacao cuyas plantaciones vienen á salir estériles, ya porque la tierra por ser excesivamente arenosa no puede conservar bien la humedad, ya, y principalmente, por carecer del humus ó mantillo necesario.

Lo que se les hacía muy cuesta arriba á los jóvenes bengas era el chapeo, y eso no por flojedad ó indolencia que tuviesen, sino por considerar este trabajo en desdoro de la propia dignidad, pues lo creen tarea obligada del sexo débil; de suerte que la dificultad desapareció tan luego como se encargaron de ello las niñas, á quienes parecía la cosa más natural del mundo ir cortando malezas, machete en mano. Fuera de esto se llevan hechos varios ensayos en las industrias: obtiénense ladrillos muy sólidos; prepárase cal de excelente calidad, y explótase una capa de arcilla mezclada con arena, que sirve á maravilla para el revoque interior de las paredes, ofreciendo las ventajas de nuestra cal hidráulica. Existe en Elobey una capa de la misma naturaleza que suministró al señor Subgobernador, D. Antonio Mezquidas, material para construir en aquel islote una fortificación que, en caso necesario, puede ofrecer segura defensa contra las invasiones de los indígenas.

Empero la principal ocupación de los Misioneros era la catequesis de los naturales, para lo cual no perdonaban sacrificio de ningún género, ni dejaban piedra por mover. Á los principios iban á enseñar la doctrina á domicilio, dando casi todos los días la vuelta á la isla, á fin de ahorrarles el trabajo de ir á la Misión; más tarde los reunían en días determinados y les facilitaban la inteligencia de nuestros dogmas por medio de un Catecismo en su lengua nativa. Ofrecíase también el inconveniente de que muchos, por vivir en lugares apartados, no llegaban á tiempo á Misa; por este motivo construyeron nuestros Padres á costa propia ciertas casas de trecho en trecho y las entregaron á varias familias cristianas, para que sirvieran de albergue en la noche del sábado á los fieles que venían para cumplir el domingo con sus deberes religiosos. Fuera de obviarse con esto el inconveniente arriba dicho, facilitóse también la frecuencia de Sacramentos á varios devotos á quienes no hubiera sido posible, por residir á dos horas de la iglesia.

Con ocasión de las Encíclicas de León XIII, despertóse en el país visible devoción al santísimo Rosario, introduciéndose la costumbre de rezarlo en familia, hasta el punto de poder servir como modelos á las familias de España. No deja de ser esto un presagio consolador y prenda segura del incremento que tomarán en el país la fe y las buenas costumbres. Vayan por muestra los siguientes rasgos: Preguntó el Rdo. P. Guíu á un tierno niño si amaba á Dios, y

él, alzando sus manitas y con visible emoción, exclamó: — Mucho, Padre, mucho.—José Detuma, gracias á la bondad de su vida, logró captarse el amor de los corisqueños, á pesar de ser pamue, lo cual hubiera bastado y sobrado para indisponerse con ellos: cuando falleció, el sentimiento fué general y espontaneo. Lázaro se llamaba, y por cierto que el nombre le cuadraba perfectamente, un corisqueño que durante mucho tiempo sufrió con paciencia verdaderamente heroica una llaga horrorosa en los piés: la carne se le caía á pedazos, pero el paciente no exhaló la menor queja hasta que expiró. Sólo sentía no poder ir a templo, y su principal alegría era la visita que los Padres se complacían en hacerle. Recibió con fervor edificante los últimos Sacramentos, y cuando se hallaba próximo á la agonía, y observaba faltarle las fuerzas, daba señales de tanto alborozo, que bien se echaba de ver la dulcísima esperanza que inundaba su corazón. Murió nuestro pobrecito Lázaro y, según puede humanamente hablarse, su alma fué recibida entre los coros de los espíritus celestiales.

En cambio dejóse sentir bien pesada la mano de Dios sobre algunos obstinados. Á pesar de los avisos de nuestros Padres, se empeñaba cierta persona en vivir mal y en prostituir á sus hijas, después de educadas en el cristianismo. Para hacerle entrar en sí privóle el Señor de la salud del cuerpo; pero el miserable, lejos de reconocerse, acudió al fetichero en busca de remedio á su mal. Imaginóse á los pocos días estar ya perfectamente restablecido y presentándose al P. Superior con cierto aire de triunfo, le dijo:—Padre, estoy perfectamente bien; el demonio me ha curado —Todo podría ser,—le replicó el Misionero;— pero por nada del mundo recibiría yo la salud por mano de este médico infernal.—A las pocas horas llegaron á la Misión estos rumores:—Fulano ha muerto repentinamente.

Ya llevamos dicho que los ensayos de cerámica y ladrillería nos dejaron bastante satisfechos: ahora nos resta añadir que, gracias á tales industrias, emprendimos la construcción de una iglesia, á cuya obra contribuyeron poderosamente los indígenas, por cuyas instancias se decidieron los Padres á levantarla. Hoy día están las obras muy adelantadas y confiamos que, una vez abierta al culto, servirá para arraigar y conservar los piadosos sentimientos de aquellos pobrecitos indígenas.

Aquí terminamos la reseña de los trabajos llevados á cabo en Corisco con el favor del cielo. ¡Quiera el Señor y su benditísima Madre, que dentro de breve plazo podamos exclamar:—¡Uno solo es el Pastor y el rebaño de todos los bengas residentes en Corisco!

ARTÍCULO VII

Cabo San Juan.

Motivos de esta fundación. — Amenidad engañosa. — Muere el P. Soler. — Triste aislamiento. — Colegio de pamues. — Carácter de esta raza. — Leopardo en la trampa. — Á caza de un ciervo. — Heroico arrojo de un niño. — Antes morir que idolatrar. — Traslado de la Misión.—Temple del P. Pujol.—El pleito del elefante.—Señálanse á los alumnos parcelas de terreno.—Mujeres dadas á interés.—Colonia de pamues en Uloba.—Refriega entre dos tribus.—Un pueblo cristiano.

Una de las principales causas que motivaron la fundación de la Misión de Cabo San Juan en Marzo de 1885, fué asegurar los derechos de nuestra soberanía sobre los territorios de la costa occidental del continente africano. El señor Montes de Oca, á la sazón Gobernador general de nuestras posesiones de Guinea, para ajustarse estrictamente á las órdenes recibidas del Gobierno, deseaba situar la Misión en el mismo cabo; pero como esto no fuese posible porque los rompientes de la playa no permiten atracar las embarcaciones, determinó colocarla en el punto más cercano que ofreciese mayor seguridad. Al parecer, ningún sitio tan á propósito para este efecto, como las márgenes del río Naño, ora por ser paraje de mucho abrigo, ora por tener á cuatro pasos de distancia el pueblo de Satome, residencia de Bonkoro, descendiente de los antiguos Reyes bengas. Por otra parte, el sitio no podía ser más pintoresco: árboles frondosos y de perenne verdor, aves raras y variegadas de mil colores, el mar que se perdía en el lejano horizonte con los innumerables cayucos que surcaban las olas, y las mismas márgenes del río, que fuera de su exuberante lozanía, indicaban á los Misioneros un medio fácil para hacer sus excursiones al interior sin peligro de las fieras; en fin, todo parecía convidar á los Misioneros á fijar allí su morada, como en efecto lo verificaron. Mas por desdicha faltaba una circunstancia indispensable para conservar la vida en estos países: tal es la brisa del mar. Las tres puntas que forman el cabo, coronadas de árboles de tupidísimo follaje, interceptaban hasta el más leve soplo, por manera que los rayos del sol, cayendo perpendiculares sobre aquel sitio desde las diez de la mañana hasta las cuatro de la tarde, caldeaban el terreno y hacían la temperatura tan bochornosa, que no se podía aguantar. Con la paciencia y tesón de verdaderos héroes sufrían nuestros Padres aquellos sofocantes ardores, dedicándose con afán á sus respectivos ministerios, persuadidos de que, por molesto que fuese el bochorno, no tendría funestas consecuencias para la salud. Aún no habían transcurrido cinco meses, cuando un triste desengaño vino á sacarles de su error: tal fué la muerte del Rdo. P. Soler, Superior de aquella Comunidad.

Para que comprendan nuestros lectores todo el alcance de dicha defunción y el sentimiento que embargó á nuestros Padres, vamos á trasladar la carta que escribió el P. Valls á raíz del fallecimiento: "Modelo de virtudes era nuestro Rdo. Padre, como lo pudimos notar, tanto durante nuestra larga navegación, como en el tiempo que llevamos de residencia en Cabo San Juan; pero estas virtudes brillaron mucho más en la hora de su muerte. La noche ante-

rior, impulsado de su ardiente caridad, se levantó del lecho y vino á mi cuarto, para observar si se colaba por algún resquicio el relente de la noche: creía el buen Padre que yo me hallaba peor que él. Al día siguiente después de celebrar, fuíme á su cuarto y con todo el conocimiento, que conservó hasta el postrer suspiro, me dijo: — Padre, pronto voy á morir; ya que no puedo recibir el Viático (1), apresúrese á reconciliarme, administrarme la santa Unción y aplicarme la indulgencia plenaria. — Hice lo que me ordenaba, y luego añadió: —Advierta que tengo rotas las cintas del escapulario y desearía renovarlas para ganar con más seguridad las indulgencias.—Cumplidos sus deseos, le pregunté si le faltaba algo más, y después de reflexionar un poco, me contestó: —Me parece que ya nada me falta para ir al cielo.

„La proximidad de su fin no había amortiguado un punto en su corazón el fuego de la caridad de Cristo que le devoraba, y por lo mismo, á semejanza del divino Maestro, nos daba por despedida excelentes consejos para nuestro bienestar espiritual y corporal; todo con la serenidad de espíritu como si se tratara de un viaje de pocos días. La virtud que singularmente resplandecía en nuestro Rdo. Padre (q. s. g. h.) era una paz inalterable y una franca jovialidad que nunca le abandonaba aun en medio de las fatigas y cuidados inherentes al cargo de Superior en una Misión naciente: ni aun los mismos dolores de su aguda enfermedad lograron trocar el temple de su sosegada alma; antes podemos asegurar que el día de su muerte fué el de su mayor alegría. Á él, después de Dios y de la Virgen, debimos el no amilanarnos ni decaer de ánimo, cual era de temer con motivo de aquella prueba tan terrible como inesperada.„

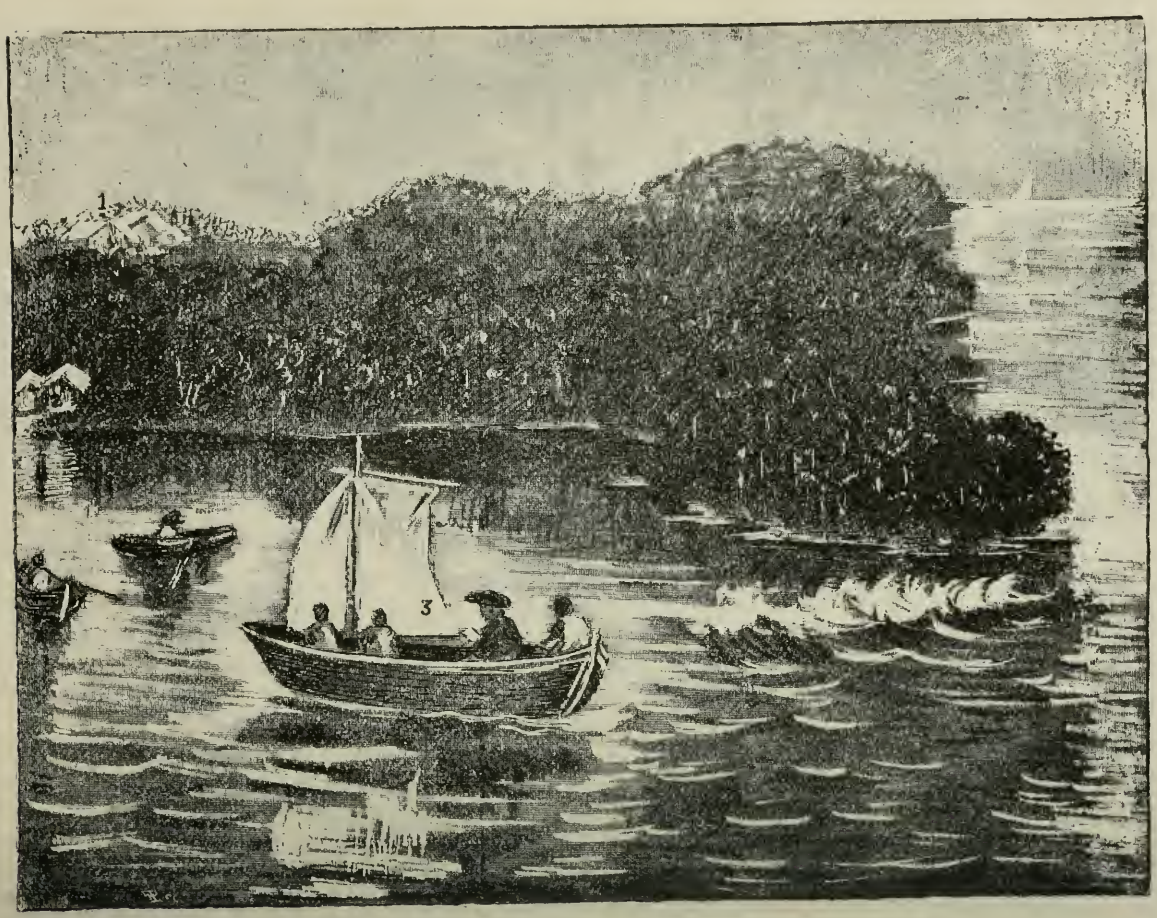
Por esta sencilla relación puede colegirse que, lejos de arredrarse los Padres Valls y Busqué por la pérdida de su amado Superior, jamás pensaron en abandonar su sitio, aunque les hubiese de costar la vida, como en efecto sucedió después de algunos años, acabando el primero sus días en Annobón y el segundo en Santa Isabel.

Otra de las pruebas que más torturaba el espíritu de los Padres de Cabo San Juan era la dificultad de comunicarse no sólo con la Península, sino aun con las demás Casas del golfo de Guinea; tanto, que según se lamentaba el P. Valls, muchas veces llegaban antes las cartas á España que á Fernando Póo. Era también para desalentar á cualquiera la falta de alimentos, la indiferencia de los indígenas al oir las exhortaciones de los Enviados de Dios y mil otras causas contra las cuales hubieron de luchar. Al año siguiente, siendo Superior el Rdo. P. Llambés, se pudo organizar una bonita procesión el día del Corpus, en la cual nuestro Dios, oculto bajo las especies sacramentales, recorrió por vez primera aquellos bosques en medio de las aclamaciones de muchos indígenas, algunos de ellos todavía idólatras. Á falta de hachas de cera con que alumbrar al Santísimo, usaban otras, fabricadas con la aromática resina del bokume.

Pero los Padres cifraban sus más lisonjeras esperanzas en el Colegio de niños, en su mayor parte pamues, cuyo carácter enérgico y excelentes disposiciones contrastaban con la glacial indiferencia de las tribus vecinas. Referire-

---

(1) Por no tener el Santísimo reservado y haber celebrado ya todos los Padres.



Promontorio y Casa-misión de Cabo San Juan.

mos dos ó tres rasgos en que se retrató el genio decidido y audaz de su raza. Vagaba por los contornos de aquella comarca un leopardo, que tenía á los habitantes en continua alarma, pues no pasaba noche sin arrebatar algún animal doméstico de los corrales. Había salido de casa el Hermano Puig, acompañado de un leal podenco que teníamos, cuando les salió al encuentro la terrible fiera, la cual arremetió al perro dándole alcance á las mismas puertas de la Misión. Desde la galería de casa se dispararon tres tiros al bulto, pues como sucedió esto á boca de noche, no era posible dirigir bien la puntería: no bastaron los tiros para que el leopardo soltase su presa, ya que al amanecer del día siguiente sólo quedaban algunos restos de la desgraciada víctima. Persuadidos de que no tardaría en visitarles de nuevo el feroz digitígrado, resolvieron armarle una trampa con gruesos barrotes, y la dispusieron con tan ingenioso ardid que tardó poco la bestia en caer en el cepo. Horribles eran las convulsiones con que el animal se revolvía, y arremetió á la jaula con tal furor que todos temían la iba á hacer pedazos y consiguientemente ocasionar lamentables desgracias en los concurrentes. Cuando el pánico era general, tomó su fusil un joven pamue y aproximándose á la jaula medio destrozada, descerrajó con la mayor sangre fría un tiro al leopardo, dejándolo derribado por el suelo, con grande algazara de todos los muchachos.

Otro día, estando en la escuela, divisó uno de ellos un ciervo próximo á las orillas del mar: llamar la atención de los otros, y echar todos á correr fué cosa de un momento; desplegados en guerrillas se dirigieron hacia el animal, y viéndose éste acosado por tierra, lanzóse veloz al agua; los muchachos, tomando un cayuco, con esa especial habilidad con que manejan el remo, persiguen á la bestia hasta darle alcance. Dos veces la tuvieron entre las manos y otras tantas logró escurrirse de ellas. Por fin, uno de los más temerarios salta del cayuco y se pone de horcajadas sobre el ciervo, viniendo uno y otro á quedar zabullidos en el agua. Échanse también al mar otros jóvenes en auxilio del compañero, y á poco rato salen todos á flote con la codiciada presa, llevándola en triunfo al cayuco, sin otro percance que una ligera contusión que sufrió el valeroso Elang al arrojarse sobre el fugitivo ciervo.

En otra ocasión, un niño de once años, á los pocos días de estar en la Misión, pidió con mucha instancia la escopeta al P. Superior, diciendo que iba á matar *una culebra*. Rehusaba el Padre acceder á su demanda, hasta que el jovencito le aseguró que ya varias veces había manejado armas de fuego. Desapareció el niño por entre unos matorrales camino de la playa; oyóse á los pocos minutos un disparo, y luego volvió á presentarse con todo el garbo de un General vencedor, llevando enroscado, á guisa de banda, un descomunal pitón, cuya cabeza acababa de aplastar. Después de esto ya nadie extrañará que en sus guerras contra las otras tribus jamás vuelvan los pamues las espaldas.

Pero el lance que más admiró á nuestros Misioneros por la tierna edad del protagonista, fué el que presenciaron en una de las excursiones al Muni. Retirábanse los Padres muy satisfechos con cuatro niños que les habían entregado los pamues; contemplábanlos desde la playa varias familias, entre ellas algunos niños muy apesadumbrados por no poder seguir á los Padres y á sus cuatro compañeritos, cuando de improviso lanzóse al mar un niño de ocho años con dirección al bote. Tras él arrojóse también al punto una vejezuela, que debía

ser abuela suya, y forcejó y luchó con el niño, tratando de llevárselo; pero el chico se le escurrió de entre las manos, no parando hasta meterse en el bote. La pobrecilla anciana se dió por vencida, y transigió por fin de buen grado á que fuera su nieto á la Misión. Por su docilidad, aplicación y firmeza hacen concebir los niños pamues del Colegio las esperanzas más lisonjeras, y gracias á Dios nuestros felices augurios se van realizando; pues no son fáciles en abandonar ni sus creencias ni sus costumbres piadosas, aun á vista de la vida brutal y salvaje de sus compaisanos idólatras.

Después de haber pasado algunos años en el Colegio, volvió cierto joven al hogar doméstico, y como muchos de sus paisanos apenas habían oído palabra sobre nuestra Religión, comenzaron á apretarle para que, abandonadas sus creencias, ofreciese sacrificio al ídolo Biera. Negóse resueltamente el muchacho, que tendría entonces como diez y ocho años de edad, alegando que la Religión que profesaba prohibía terminantemente todo culto idolátrico. Insistieron los principales del pueblo, y se hizo tan general la persecución contra el joven, que apiñada la gente á las puertas de su casa, quería obligarle por fuerza al infame sacrificio. Echó mano el joven de una navaja, y encarándose á todos, dijo con resolución: — Si alguno tiene valor para habérselas conmigo, que se acerque.—No sé qué hubiera resultado, si un hermano de nuestro héroe, tomando la palabra, no les hubiera dado á entender que el mozo había aprendido en la Misión muchas cosas que ellos ignoraban, y así que le dejasen obrar según su parecer. Aquietáronse con esto, aunque al pobre negro le duró varios días el sobresalto, no por el peligro de muerte, sino por el riesgo á que se viera expuesto de negar su fe adorando al demonio.

Poco tiempo pudo desempeñar el P. Llambés el cargo de Superior, porque, según eran los progresos de la enfermedad que minaba su existencia, no hubiera tardado en sucumbir bajo la perniciosa influencia de aquel malsano clima; por esto recibió orden de los Superiores de trasladarse á la Península, sustituyéndole en el cargo el Rdo. P. Pujol, á quien tampoco respetaron las importunas fiebres. En vista de esto, resolvió el Rmo. P. Prefecto trasladar la Misión á otro lugar más higiénico. Para llevar á cabo esta obra, era necesario un hombre del temple del P. Pujol: no le arredraban trabajos, enfermedades, peligros de fieras, ni falta de elementos; todo le parecía fácil y hacedero. Por lo mismo secundó con todas sus fuerzas la resolución del Rmo. P. Prefecto, internóse por la espesura de los bosques topando con culebras y mil sabandijas venenosas, y después de mil vueltas y revueltas llegó á un montecillo cubierto de árboles seculares, que le pareció de excelentes condiciones para el objeto apetecido. La brisa debía soplar muy desahogada, pues la cumbre de la montaña dominaba sobre las copas de los árboles vecinos, y por otra parte, la perspectiva era tan pintoresca como podría desearse. Atinadísimo anduvo el P. Pujol en la elección del sitio, pues una vez roturado el bosque, comenzó á circular libremente una corriente de aire fresco y halagador. Constituyóse provisionalmente una casa con las dependencias indispensables, entretanto que el P. Pujol se ocupaba con empeño en levantar otra de mampostería que pudiera resistir á la acción destructora de los tiempos. Á consultar su proyecto con los europeos establecidos en el país, de seguro que hubieran atribuído á temeridad é imprudencia emprender una obra semejante con los escasos elementos de que se podía disponer; mas el

P. Pujol no opinó así, sino que se empeñó, con el favor del cielo, en construir casa, colegio é iglesia, todo de material sólido y duradero. Después de algunos ensayos logró cocer excelentes ladrillos de arcilla, industrióse para sacar cal de madréporas y reclutó algunos indígenas para que cortasen en el bosque madera de construcción, y en fin, dióse tan buena maña, que hoy día tenemos ya acabadas las obras de la iglesia y de la casa.

Por lo demás, el ascendiente de que gozaba el P. Pujol sobre los naturales no tenía rival; era el árbitro obligado para zanjar sus contiendas y el paño de lágrimas en sus aflicciones y adversidades.

Una vez hallaron en el bosque ciertos balengues (tribu de los contornos de Cabo San Juan), un elefante muerto á consecuencia de las lanzas que se le clavaron al pisar una trampa dispuesta por el jefe pamue de Uloba, por lo cual en fuerza de una costumbre ya muy autorizada, le pertenecía uno de los colmillos. Resistíanse los balengues á entregárselo, objetando que los colmillos en cuestión pertenecían á otro elefante muerto seis meses antes en una trampa que ellos mismos habían preparado, y en prueba de su aserto, presentaban el cráneo del animal enteramente mondo. No se aquietaban con esto los pamues que tomaban cartas en la contienda, alegando que bien podrían haber mondado los huesos para pretextar que el animal estaba muerto desde mucho tiempo atrás; y como después de dadas y tomadas muchas réplicas, no lograran avenirse, determinaron someter el pleito al fallo del P. Pujol. Señalóse día para tener lugar la *palabra* (juicio oral), y en presencia del Padre volvieron las partes litigantes á redoblar sus razones, sacando á plaza lo del cráneo seco, etc. Al oir esto, ordenó el Padre fuesen traídos los huesos á su presencia, tal como entonces estaban, lo cual dió tan mala espina á los balengues, que no supieron disimular su disgusto, por donde coligió el juez que obraban de mala fe, tanto más cuanto que al ver los huesos conoció de contado que eran bastante recientes. Pero ¿cómo probarlo de manera que no se diera lugar á ninguna réplica? Murmuró un niño la palabra *dentro,* y esto le dió la clave de una solución fácil y que no tenía vuelta. El cráneo está entero—pensó dentro de sí—y evidentemente no le han podido extraer el cerebro; si la muerte data de pocas semanas, la podredumbre de dentro dará señales bien notorias de la verdad. — Expuso su parecer delante de todos y ordenó se partiese el cráneo con una destral; á los pocos golpes apareció la carne hirviendo en gusanos y exhalando un olor tan fétido, que terminó la contienda á favor de los pamues. Con esto logró conjurar el P. Pujol las riñas y homicidios á que hubiera dado margen el incidente que acabamos de referir.

Huyendo de los malos tratos que recibía en casa de su amo, á quien en calidad de esclavo servía, escapóse cierto niño á la Misión con ánimo de bautizarse, si los Misioneros no le negaban esta gracia, de la cual se consideraba indigno. Recibiósele en el Colegio como interno; pero su dueño, no cabiendo en sí de cólera, fué por él y amenazó terriblemente con vengarse, si no se lo devolvían. El P. Pujol no quiso ceder; se empeñó en que el niño se quedaría en casa, como sucedió, siendo ahora ya por dicha suya miembro de la Iglesia católica.

Nguasa se llamaba el jefe pamue á quien se había adjudicado el colmillo del elefante, y aunque ni él ni los principales del pueblo eran cristianos, pidióle un día el P. Pujol, que le entregase los ídolos que allí adoraban. Aunque Nguasa

no tenía por su parte dificultad alguna para entregárselos, receló lo llevarían muy á mal los demás prohombres, y así se excusó de hacerlo. El Padre, que conocía bien el ascendiente del jefe sobre sus súbditos, así como las disposiciones de éstos en favor del catolicismo, dirigió á Nguasa una mirada desdeñosa, y marchóse del pueblo, simulando manifiestas señales de disgusto. Esto fué para el jefe una agudísima espina que se le clavó tan adentro, que no pudo sosegar hasta poner sus idolillos en manos del P. Pujol, que le correspondió con suma afabilidad y benevolencia.

En una palabra: el P. Pujol con su prudencia, tino, constancia, prestigio y demás dotes, era dueño de todas las voluntades, y sacaba de todo el partido que podía para procurar la gloria de Dios, trabajando sin tregua á pesar de las enfermedades que tanto le consumían.

Una vez instalada la Misión en el monte y mejorada notablemente la salud de los Misioneros, pensóse en formar allí un nuevo pueblo, siguiendo el mismo plan de las fundaciones establecidas en San Carlos y Concepción. Señalóse á los muchachos parcelas de terreno para el cultivo del cacao; proveyóseles de semillas é instrumentos de labranza; levantáronse modestas habitaciones para los primeros que se constituyesen en familia, y se procuró atraer á todos cuantos de niños habían sido educados en el Colegio. Á vuelta de algunos meses, veíanse junto al monte de la Misión bastantes casitas, y abiertas numerosas plantaciones que, cultivadas con ardor juvenil, hacían presagiar años de riqueza y abundancia para los pueblos de aquella región.

Poderosísimo obstáculo que venía á neutralizar nuestros afanes, era una costumbre usada en aquellas tribus y que todavía permanece en vigor, por no querer renunciar á ella los viejos idólatras. Cuando un postor, mediante el pago de una considerable suma, ha comprado por mujer la hija, hermana ó parienta de algún indígena, está en la obligación de entregar al vendedor un vestido, escopeta, pólvora ú otros objetos, siempre y cuando se le antojase pedírselos; por manera que á esta cuenta puede considerarse la mujer como un capital puesto á interés; tanto más, cuanto que si el comprador ó por pobreza ó por cualquiera otra causa, siquiera sea la más racional del mundo, no puede satisfacer los caprichos del suegro ó cuñado, pueden éstos quitarle la mujer, retenerla en casa, ó entregarla á otro, según les pareciere. Para librarse de esta carga no hay sino una salida, que consiste en marcharse á países lejanos, como por ejemplo, si un habitante del Muni pasase su domicilio á Fernando Póo. Ahora bien; cuando nuestros neófitos comenzaron á establecerse en familia, junto á la Misión de Cabo San Juan, fueron muy luego molestados con las importunas visitas de los que venían á exigirles el tributo arriba dicho, y con tanta más instancia, cuanto que confiaban que correría todo á cargo de los Misioneros. De buen grado hubiéramos nosotros satisfecho semejantes caprichos, si de una vez quedara concluído el asunto. Pero como estas enojosas gestiones eran tan frecuentes y cada vez más pesadas, fué preciso echar mano del único remedio, que consistía en trasladarlos á Fernando Póo.

Como se ve, esta maldita práctica era un obstáculo insuperable para fundar un pueblo junto á la Misión, por cuyo motivo, sin descuidar el Colegio, consagraron nuestros Padres sus fuerzas á evangelizar los pueblos comarcanos, ensanchando así su esfera de acción. Uno de los que manifestaron mejores dispo-

siciones para recibir el santo Evangelio, fué sin duda el pueblo de cuyo jefe hicimos arriba mención con motivo del pleito sobre los colmillos del elefante. Vamos á reseñar los sucesos que tuvieron lugar con motivo de la traslación de dicho pueblo á la Misión de Cabo San Juan.

Un pamue, por nombre Nguasa, trabajaba á las órdenes de un tal Ukabo, cacique de un pueblo perteneciente á la tribu de los bakupus, que comerciaba por las márgenes del Muni, aunque tenía su pueblo en Uloba á pocas leguas de Cabo San Juan, pues en la cercanía de este cabo no había entonces pueblo alguno. Nguasa, ó por amistad, ó tal vez atraído por la fertilidad y hermosura de aquella región, pidió permiso á Ukabo para establecerse allí con su familia: accedió el jefe bakupu á los deseos del pamue, juzgando que de este modo tendría más á mano los servicios de un criado fiel, que tan útiles le habían sido para su comercio del Muni. Mas los parientes de Ukabo, que conocían el genio belicoso y la natural altivez de la tribu pamue, recelaron que, andando los tiempos, llegarían á ser sus señores, que les obligarían á levantar el campo en caso de conflicto. Surgió de aquí una gran disputa, á la cual asistió como árbitro el Rdo. P. Pujol: quién más, quién menos, todos exponían sus razones, sus recelos ó esperanzas, resultando en limpio que algunos pamues querían domiciliarse junto al pueblo de Ukabo, y firmes los bakupus en que no había de ser así. Mostróse en todo muy imparcial el P. Pujol, aconsejándoles únicamente la paz y la buena inteligencia, porque ningún provecho se saca de reñir y disputar. De todos modos los pamues acabaron por establecerse en Uloba con mucho contento por parte del jefe, aunque con no menor desagrado por parte de los muchos quisquillosos, que no las tenían todas consigo. Transcurrido el breve plazo que duró la paz, quisieron los bakupus aniquilar á la colonia de pamues, para lo cual se juntaron en número de doscientos para entrar y saquear sus casas. Veinte serían los pamues de armas tomar, y lograron defenderse con tal denuedo que pusieron en precipitada fuga á sus enemigos. Luego entraron en uno de sus pueblos y volvieron á sus casas cargados con un rico botín de alhajas y muebles.

Enterado del hecho el Subgobernador de Elobey, D. Carlos Latorre, personóse en Uloba á raíz de la refriega y para aniquilar todo germen de discordias ulteriores, ordenó á los pamues devolver todas las prendas arrebatadas á sus adversarios. Á esta orden terminante contestó el jefe de los pamues con estas ó parecidas razones:—Señor, si estuviéramos en nuestro país, hubiéramos entrado todos los pueblos enemigos á saco, enriqueciéndonos con todas sus alhajas en premio de nuestro valor y arrojo; pero como somos españoles, obedeceremos á la autoridad, por mucho que nos repugne la orden que nos habéis intimado.— Y diciendo y haciendo mandó á los suyos devolver el botín, sin defraudar nada. Esta actitud del jefe admiró al Sr. Latorre y llenó de consuelo á los Padres, pues veían á la mano el fruto que producía en sus corazones la Palabra de Dios que ellos habían sembrado.

Después de la lucha que acabamos de referir disfrutaron los pamues de una paz tanto más segura, cuanto que se hacían apreciar aun de sus mismos adversarios. Nguasa aprovechó esta ocasión favorable para recabar de los Misioneros levantasen allí una capilla, ya que no podía ser una Residencia como él deseaba; "para que—como él decía—se pudiera enseñar á sus súbditos el camino

del cielo„. Fueron para alabar á Dios los frutos de bendición que se reportaron, pues al poco tiempo eran ya 48 entre párvulos y adultos los que habían recibido el Bautismo en la capilla, y aun este crecido número aumentó después considerablemente. Por fin, convirtióse también el mismo Nguasa: abandonó á nueve de las mujeres que tenía, quedándose con la legítima, y con grande alegría de su alma fué regenerado en las aguas bautismales por manos del reverendo P. Alfredo Bolados con el nombre de Pedro Claver. Su conducta posterior nada ha desmerecido, y en varias ocasiones hemos admirado su suavidad en el manejo de los asuntos, cuando antes se habría portado con crueldad y despotismo.

En suma, el pueblo de Uloba fué creciendo en religión: los pamues se han ido extendiendo y forman actualmente varios núcleos de población bastante nutridos. Continúe el Señor derramando sus favores sobre cristianos y gentiles para que los pueblos de Cabo San Juan vengan á ser modelos de piedad y honradez. Algo contribuirá á ello, según confiamos, el nuevo templo en construcción, mediante el cual podremos celebrar nuestras funciones con mayor pompa y solemnidad.

Con respecto á lo material hemos experimentado visiblemente la bendición del cielo: desde 1894 no ha ocurrido en Cabo San Juan defunción alguna, y las enfermedades de carácter peligroso han sido, gracias á Dios, poquísimas: por lo demás nuestra salud y enfermedad, nuestras alegrías y tristezas, nuestras adversidades y prosperidades cedan todas á la mayor gloria de Dios nuestro Señor.

ARTÍCULO VIII

Casa-Misión de Elobey.

Importancia de este Islote.—Fundación de la Casa.—Cosecha de privaciones.—Enfermedad del P. Frigola.—Sin agua potable.—Horribles culebrones.—Constrúyese la nueva Casa. El Hermano Puy.—Primeros frutos.—Colegio de niños.—Rescate de niñas.—Antes morir que pecar.—Otro héroe.—Nueva iglesia.

Establecidos ya los Misioneros en Corisco y Cabo San Juan, palparon la necesidad de fundar una sucursal en Elobey Chico para el objeto que aquí diré. Siendo Elobey el único islote de aquellos contornos que contiene factorías para proveerse de víveres y demás artículos necesarios, y el lugar de escala de los buques mercantes, debían nuestros Padres emprender muchos viajes á dicho punto, y permanecer allí varios días. Por este motivo era muy oportuno levantar una Casa, donde pudieran alojarse durante su permanencia en Elobey. Por otra parte, por ser dicha isla la clave del Muni, situada muy cerca de la costa africana, venía á constituir un centro de reunión y concurrencia para los indígenas del continente, lo cual ofrecía excelente oportunidad para procurar su conversión. Añádase á esto la importancia de dicho islote en razón de ser la residencia del Subgobernador y de un destacamento de soldados encargados de mantener el orden y defender la soberanía de España.

Aprobado el proyecto por el Gobierno general de nuestro Instituto y acep-

CASA MISIÓN DE ELOBEY

tado por el Ministerio de Ultramar, en vista de las razones arriba indicadas, ordenó el Rmo. P. Ramírez que se trasladasen á Elobey el P. Pedro Frigola y el Hermano Salvador Puig. Corría el mes de Agosto de 1886. Para su habitación compraron provisionalmente una casa de bambú, y vivieron algún tiempo faltos absolutamente de toda comodidad. Los espesos árboles y las malezas enmarañadas que crecían alrededor interceptaban completamente el soplo de la brisa, por donde el calor resultaba asfixiante y el aire corrompido por falta de ventilación. Carecían de ajuar: las tablas de los cajones de embalaje eran los únicos muebles, sirviendo unas de sillas, otras de mesa, otras de cama. La casa ó choza no tenía pisos y ni siquiera suelo enjuto, pues en tiempo de lluvia cruzaba por dentro un reguero de agua. En una palabra, si de propósito se hubieran propuesto los Padres escoger la habitación mejor para practicar la paciencia y mortificar las comodidades del sentido, difícilmente hubieran hallado lugar más oportuno. Fortuna que sólo permanecían allí de noche ó cuando más algunos ratos que necesitaban entre día para observar los Ejercicios de Regla, pues lo restante del tiempo lo empleaban en dirigir y vigilar á los trabajadores. Así y todo, amaneció un día en que el P. Frigola sintió al despertar desacostumbrada modorra que le obligó á quedarse en cama, si tal podemos llamar al mueblucho donde dormía. Completamente inexpertos en las enfermedades del país, no dieron importancia al incidente: el Hermano salió á sus tareas ordinarias, dejando al Padre dormido, y juzgando que no era sino un poco de fatiga, tanto más cuanto que al visitarle pocas horas después, hallóle también entregado á un sueño apacible y volvióse sin decirle palabra. Á eso de mediodía la modorra era profundísimo letargo: por eso el Hermano entró en sospechas de si revestía el incidente carácter de gravedad. Llamó al médico, el cual diagnosticó de grave la enfermedad, pues se trataba nada menos que de una perniciosa.

Grande hubiera sido el apuro de nuestros Hermanos, á no disponer de más recursos que los propios; mas la divina Providencia que vela paternalmente por los suyos, deparó al enfermo un amigo y bienhechor desinteresado en la persona del Subgobernador, D. Dionisio Shelly. Este tomó á su cargo la asistencia del doliente, trasladólo á su casa y le prodigó no menores cuidados que si se tratara de un hermano suyo. Varias veces hemos tenido ocasión de admirar y agradecer rasgos generosos de caridad al mencionado Sr. Shelly, y gracias á sus afanes y desvelos, pudo el Hermano Puy proseguir sus trabajos, y el P. Frigola entró muy luego en franca convalecencia.

Parece que todas las dificultades se dan cita cuando se trata de los principios de cualquier negocio, pues á la calamidad referida añadióse la falta de agua potable, pues no hay en Elobey Chicò fuente ni manantial alguno que pueda suministrarla. Para procurársela en la época de seca, debían nuestros Padres emprender viajes de siete millas en pequeñas y mal seguras embarcaciones. Esto, fuera de ser una rémora para las tareas ordinarias, importaba un trabajo ímprobo y ocasionaba gastos notables á la Misión. Y para colmo de desgracias, apenas había en el país alimento que les sentase bien.

Tampoco se hizo esperar mucho el favor del cielo: porque abriendo un pozo de poca profundidad, salió un venero de agua fresca y deliciosa, tan abundante, que no sólo satisfizo por entonces la necesidad de la Misión y de los trabajado-

res, sino que más tarde abasteció también al Colegio de niños, que llegó á ser muy numeroso. Por lo que concierne á los alimentos, supieron adiestrarse en la crianza de algunas aves de corral y conejuelos de Indias, de forma que nunca les faltó lo necesario.

Con ocasión de la cría de dichos conejuelos tuvo el Hermano Puig dos encuentros que, gracias á Dios, no pasaron de sustos, pero que podían haber tenido funestas consecuencias. Abundan en Elobey serpientes de toda especie, algunas de las cuales alcanzan descomunales dimensiones. Fué el caso, que dirigiéndose al corral para dar á las gallinas su ración ordinaria, observó que una de ellas estaba colgada.—¡Buena ocurrencia ha tenido—pensó el Hermano para sí,—buena ocurrencia ha tenido el que ha colgado aquí esta pobre gallina! Pero observándolo con más atención, notó con sorpresa que se movía, cual si alguno le hiciese fuerza: era nada menos que un enorme culebrón que, asiendo al volátil por la cabeza, trabajaba por engullírselo todo. Echó el Hermano á huir despavorido, y contando á los demás su terrible encuentro, acudieron varios á matar al horroroso reptil. Después tapió el Hermano todas las grietas y agujeros por donde pudieran colarse tan inoportunos huéspedes.

Otra vez al entrar á ver los conejuelos, encarósele una serpiente de cabeza descomunal: escapóse el Hermano á toda prisa, cerró la puerta, avisó á los trabajadores y bajó, escopeta en mano, para matar al deforme culebrón. Después observaron que la razón de presentar la cabeza monstruosa, era tener un conejillo á medio engullir.

Por Enero de 1887 llegó el material para la nueva casa, y preparado ya el solar, púsose manos á la obra bajo la dirección del Hermano Francisco Puy, bastante entendido en las labores de carpintería; mas desgraciadamente, cuando apenas llevaba mes y medio de trabajo, sobrecogióle inesperada muerte. El Señor quiso premiar los muchos méritos que tenía contraídos. Distinguíase el Hermano Puy por su afición á las cosas espirituales y por su trato filial é íntimo con Dios nuestro Señor: su recogimiento no tenía treguas; en los viajes por mar no se le caía el rosario de las manos. Fuera de esto, poseía notables conocimientos en varios ramos, y á juzgar únicamente por sus conversaciones, cualquiera le hubiese tomado por un hombre de letras. Parece que el Señor acostumbraba escogerse una víctima á los principios de las fundaciones: así murieron en Corisco el P. Moratona y el P. Soler en Cabo San Juan, á raíz de establecerse las respectivas casas.

Con el fallecimiento del Hermano carpintero, aunque no se paralizaron totalmente las obras, no pudieron adelantar sino muy despacio, por manera que desde el desmonte del terreno hasta quedar levantada un ala del edificio, transcurrieron como unos once meses.

Á mediados del mismo año (1887) fué trasladado á Canarias el P. Frigola, en razón de que las fiebres minaban poco á poco su existencia, lo cual hacía presagiar un funesto desenlace. Sucedióle en el cargo de Superior el reverendo P. Llambés. Construída la casa, edificóse también una capilla que bendijo é inauguró el Rmo. P. Ramírez, día del glorioso Santiago.

Tan pronto como se pudo disponer del local necesario, fueron á reforzar la Comunidad de Elobey nuevos Misioneros para que consagrasen sus fuerzas á la conversión de los indígenas, sin descuidar los fines materiales que motivaron

en parte dicha fundación. Emprendieron algunas excursiones por el interior del Muni, no menos para conocer los pueblos de las riberas, que para ser de ellos conocidos. Procuraron, pues, enterarse detalladamente del carácter, usos, costumbres y demás datos concernientes á la propagación del Evangelio por aquellas tribus, y después de reflexionarlo maduramente, tomaron los medios que creyeron más adecuados á dicho fin. Al poco tiempo comenzaron los Misioneros á recibir de los pamues instancias y más instancias en el sentido de que se encargasen de educarles los niños, y de aquí tomaron pie nuestros Padres para levantar un Colegio, que algunos años más tarde llegó á cobijar más de noventa alumnos, que fueron como la semilla del cristianismo por las riberas del Muni.

Allí ocurrió también el hermoso episodio que vamos á referir: una niña educada en el Colegio de Santa Isabel se puso á instruir, como mejor sabía, á varias compañeras suyas en número de diez y siete, lográndoles infundir vehementes deseos de recibir el Bautismo; pero como no lo pudiesen lograr por estar ya vendidas, acudieron al Rmo. Prefecto, el cual llamó á las puertas de la caridad de los españoles á fin de que contribuyesen con sus limosnas para recaudar las sumas necesarias para su redención ó rescate. Grande fué el alborozo de las niñas al recobrar su libertad, y mayor todavía cuando lograron la dicha de ser regeneradas en la fuente bautismal. Hoy día viven casi todas unidas en santo Matrimonio con jóvenes también cristianos, siendo la esperanza más segura del fruto de nuestras Misiones.

Allí recibió también el Bautismo otro niño, por nombre Mayu, al cual, á pesar de hallarse enfermo, quisieron los suyos llevárselo y obligarle por fuerza á prestar adoración á los ídolos. El muchacho, sacando fuerzas de flaqueza, echó á huir al bosque, donde le hallaron al cabo de tres días casi exánime, y con la voluntad decidida de morir primero que contaminar su alma.

Otro negro, de unos catorce años de edad, veíase imposibilitado de ir á la Misión, según eran sus deseos, por carecer de medios para atravesar las imponentes olas del Océano. Falto, pues, de embarcación, como por una parte no juzgaba prudente comunicar su proyecto á los paisanos, y por otra ignoraba la llegada de los Padres al pueblo, entre el tropel de imaginaciones que le pasaban por la cabeza, ocurrióle una idea que resolvió llevarla á cabo á todo trance. Como por vía de entretenimiento, comenzó á labrar un tosco leño, arrastrólo como pudo á la playa, y consiguió excavarlo de manera que pudiera acomodarse en él bien ó mal. Á media noche, á fin de evitar la terrible persecución de que hubiera sido objeto por parte de sus compatriotas, echó al mar su cayuco, subió á bordo, asió una paleta de madera que le sirviese á la vez de remo y timón, y emprendió la travesía de dos ó tres leguas, llevando consigo toda su fortuna, consistente en un paño con que cubrir su desnudez.

Llegó el intrépido y valeroso marino sin novedad á Elobey, refirió al Padre Misionero la resolución que había formado, los medios de que se había valido y las peripecias de su arriesgada navegación. Al terminar su relato exclamó:—Ahora ya estoy contento: deseo vivir en la Misión hasta la muerte.

El buen comportamiento de este prodigioso muchacho, así como su constante alegría, nos dan evidentes indicios de su fidelidad á la vocación, con que el Dios de las misericordias, para quien no hay acepción de personas, se dignó

llamarle por vías tan desacostumbradas. Sucedió el hecho á últimos de 1893.

Los días festivos acudían á Elobey numerosas embarcaciones cuajadas de cristianos del Muni, que venían para cumplir con sus deberes religiosos, haciéndose necesaria la construcción de una Iglesia más capaz, que se abrió al culto público, año de 1897.

Posteriormente, más de doscientos cristianos bautizados en la Misión de Elobey han pasado á la jurisdicción del Ilmo. Sr. Obispo de Gabón, por causa de la nueva demarcación de límites, hecha provisionalmente por orden de la Congregación de Propaganda Fide (1). También han contribuido los neófitos de Elobey á llevar el conocimiento de nuestro idioma por las costas desde Batanga hasta el cabo Esteras, siendo muy raro el pueblo donde no se hallen dos ó tres muchachos que pueden prestar excelentes servicios en calidad de intérpretes.

¡Ceda todo á mayor gloria de Dios nuestro Señor y de su benditísima Madre!

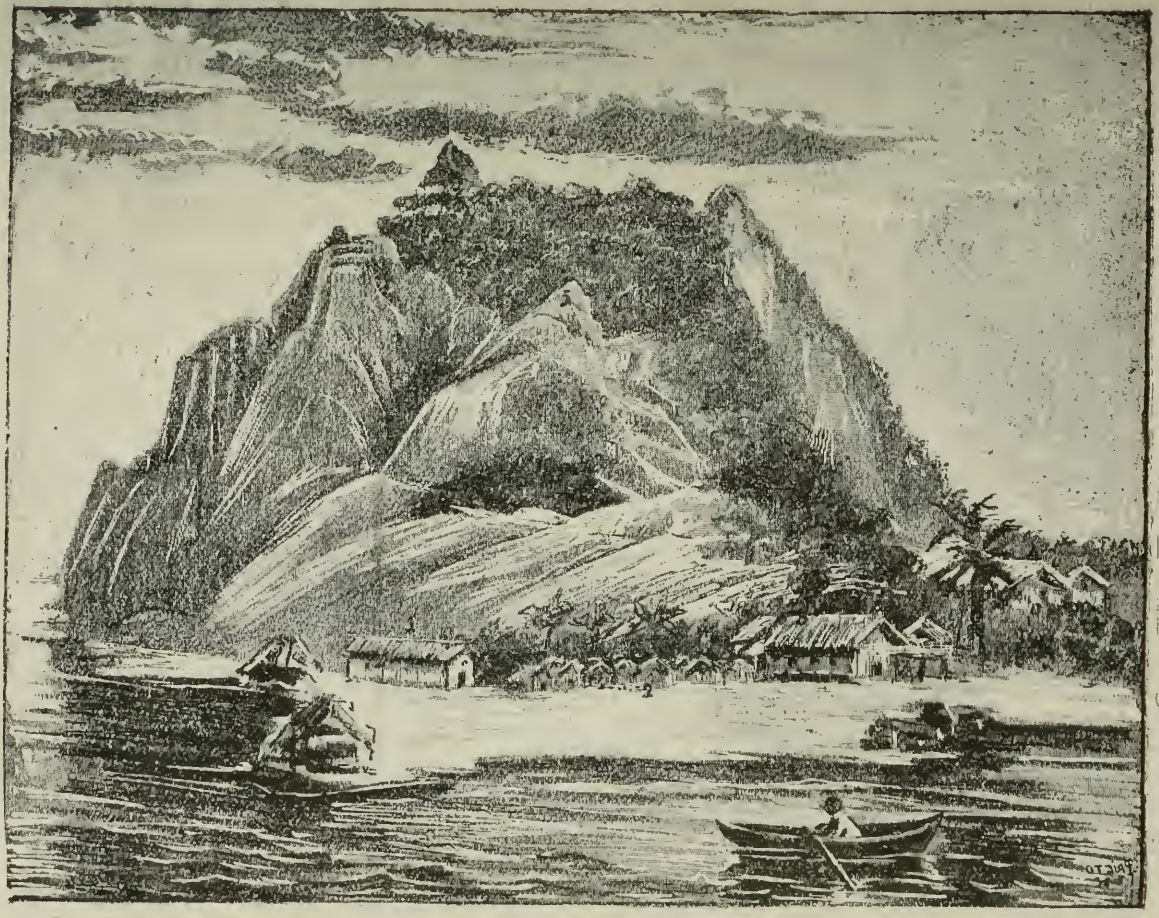
ARTÍCULO IX

Casa-Misión de Annobón.

Defensa de la integridad territorial. — Á vivir entre muertos.—Un niño mimado. —Prevenciones contra el Misionero. -Cómo se lograron desvanecer. — Cristianos hechos, pero no derechos.—Calendario original.—Errores trascendentales. — Remedios oportunos.—Nuevo personal.—Prestigio del P. Vila.- Su incansable celo.—Viejos testarudos.—Una víctima de la caridad — Sencillez del P. Vila.— Nuevo Superior.— Toma á pechos el traslado de la población.— Razones poderosas que le movieron. — Obstáculos que hubo de vencer. El Sr. Gobernador le echa por tierra sus planes humanitarios.—Estado actual.

La misma causa que impulsó al Gobierno de España á extender las Misiones hasta el continente africano, que fué la de asegurar nuestra soberanía sobre dicho territorio, influyó también poderosamente para establecerlas en la apartada isla de Annobón, lo cual se verificó por Agosto de 1885. Á los pocos meses de residir allí nuestros Misioneros, pudo palparse la suma trascendencia de esta medida; pues cuando los alemanes, á raíz de la conferencia de Berlín, hicieron rumbo hacia Annobón, con ánimo de ocuparla, persuadidos de que no tenía allí España representante alguno, izaron nuestros Padres la bandera, y el P. Juanola intimó la retirada al comandante del barco *Cíclope*. Este servicio, por insignificante que parezca, evitó serios disgustos á nuestra patria, pues

(1) Esta demarcación provisional fué hecha por la Santa Sede en vista de los datos y derechos alegados por los franceses, ya que instado el Gobierno español para que propusiese legitimidad de su soberanía, nada contestó en tiempo oportuno. Nos consta que no fué por desatención, sino por la excesiva demora en consultar á uno y otro Ministerio y á nuestro representante en Portugal en averiguación de títulos y documentos que no parecían. El hecho fué que la Sagrada Congregación de Propaganda, viendo cómo pasaban los meses sin resolver un punto de suma trascencencia, cual era la jurisdicción espiritual sobre el territorio en cuestión, lo verificó en el sentido antedicho, sin que obste una modificación favorable á España, cuando ésta exponga sus derechos en contra de Francia (si es que no lo ha verificado ya) presentando la copia del Tratado con Portugal y demás datos necesarios.



Pico de Annobón.—Casa misión y pueblo de San Antonio.

como lo reconoció el mismo Gobierno, se hubieran tal vez suscitado conflictos análogos á los de la cuestión de las Carolinas.

Mas dejando esto, pasemos á describir los trabajos de nuestros Hermanos y las múltiples privaciones á que les sujetó la residencia en aquel remoto peñón. Consisten las moradas de los annoboneses en simples chozas, de muy poca capacidad y sin más pisos que el suelo; una de ellas, algo mayor, que presentaba la forma de un cubierto bastante holgado, era designado con el nombre de *iglesia parroquial,* que les servía á la vez de cementerio. Aquí hubieron de alojarse nuestros Padres al llegar á su destino; siendo su único consuelo, los trabajos que padeció el Hijo de Dios para redimir nuestras almas del cautiverio del demonio y conquistarnos la eterna felicidad. Allí hubieron de permanecer los enviados de Dios continuamente sitiados por una plaga de importunos mosquitos, molestados por asquerosos ratones y durmiendo sobre las tristes tumbas de los finados, mientras se construía la nueva casa, la cual, hallándose á medio construir, fué derribada de cuajo por la violencia de un tornado que sobrevino en lo más crítico de las obras. Pero lo que á los Padres les llegaba al alma, era el singular retraímiento que notaban en los vecinos, tanto más chocante, cuanto que al llegar no habían escaseado las manifestaciones de entusiasmo y alborozo. Averiguada la raíz del mal, súpose que procedía de ciertos rumores propalados por algunos viejos, que recelaban que la venida de los Padres daría al través con su autoridad y prestigio. Merced á esta artimaña de los prohombres del pueblo, permanecieron nuestros Hermanos cosa de tres meses sin trabar la menor comunicación con los indígenas.

Transcurrido este plazo, que era para hacer desmayar al más animoso, vieron comparecer un niño, que á hurtadillas, y entre mil zozobras, se acercó á la Misión. Hiciéronle los Padres mil caricias, regaláronle con algunas golosinas y le dieron un elegante vestido, en la persuasión de que podría servirles el chico de excelente reclamo. José, que así se llamaba el niño, menudeaba las visitas; pero siempre solo, pues para encubrir su trato con los Padres, solía desnudarse el vestido, escondíalo entre matorrales, y sólo se lo volvía á poner, momentos antes de su visita á la Misión.

Al fin, ó por la natural confianza que inspiran las madres, ó por recelar que se sospechaba su conducta, descubrióse José en su casa, y la mujer, tal vez halagada por esperar algún donecillo, presentóse á la Misión, anunciándose como madre del niño. Complaciéronse los Padres en tratarla con generosidad, y por fin le regalaron un traje que fué usando sin que nadie le molestase lo más mínimo. El chico convidó á sus compañeros, haciéndose lenguas en alabar á los Padres, y así, menospreciando las prevenciones del vulgo, comenzaron á frecuentar nuestra Casa, y por ellos se pudo tener noticia del genio, costumbres y prácticas de los pobladores de Annobón.

Á fin de extirpar de raíz tan desfavorables prevenciones, resolvió el Superior, Rdo. P. Juanola, amoldarse á todos sus gustos y costumbres, salvas las Leyes de Dios y de la Iglesia. Organizó pues un Consejo compuesto de las personas más autorizadas, á quienes daba expresivas señales de veneración y respeto, pidiéndoles el parecer y tomando sus informaciones en los negocios que se ofrecían. Los ancianos, con tales muestras de aprecio, acabaron por persuadirse de que con el concurso de los Padres, lejos de venir á menos su autoridad,

todavía crecía y se afianzaba, y así quedó el camino expedito para entrar de lleno en la conversión y civilización de aquellas gentes.

Supieron luego cómo mientras Annobón formaba parte de las colonias portuguesas hubo Misioneros que implantaron la Religión católica en el país. Á la sazón aún vivía un hombre muy entrado en años, y á quien llamaban Maestre-escuela, que aseguraba haberles conocido. Al abandonar la isla los Padres, debieron seguir el ejemplo y práctica del Apóstol de las Indias, que al salir de los pueblos solía dejar un cristiano lleno de celo é instrucción para que, según su posibilidad y alcances, tomase á su cargo los intereses de la Religión, y en los casos necesarios instruyese al pueblo, bautizase á los niños, anunciase las fiestas, etc., etc. Es lo cierto que, al estudiar las costumbres de los annoboneses, toparon nuestros Padres con un indígena llamado el *Cura* que tomaba á su cargo el cuidado del culto religioso en la Iglesia, rezando en determinados días las Letanías de los Santos, que varios sabían de memoria. Por toda Epacta ó Calendario tenía una vara de forma prismática, descrita en la primera parte de esta Memoria, y con ella llevaba cuenta exacta de los tiempos y anunciaba al público las festividades que sabía perfectamente de memoria. Sólo que, como no consideraban los años bisiestos como tales, iban cada cuatro años añadiendo un día de diferencia según nuestro cómputo, de suerte que al llegar los Padres de nuestro Instituto, celebraban el 13 de Diciembre la fiesta de la Natividad del Señor.

Fácilmente se concibe que todas ó la mayor parte de las prácticas cristianas habían degenerado en ridículas supersticiones; pero lo que llamó poderosamente la atención de los Misioneros, por la trascendencia que podía tener, fué la noticia de que el mencionado *Cura* administraba el Bautismo á todos los recién nacidos. Examinósele con toda detención sobre la intención, forma y materia que usaba, y aunque juzgaron al principio que sería una de tantas ridiculeces, averiguado el caso y pesados el pro y el contra, vinieron á persuadirse de que el Sacramento era realmente válido. Sin embargo, como el *Cura* intercalaba algunas palabras en la forma sacramental, y el caso no era para menos, elevóse la cuestión al fallo supremo de la Sede Apostólica; en Roma se resolvió en conformidad al parecer de nuestros Padres, resultando hallarse entre un pueblo de cristianos hechos y derechos. Aunque digo mal *derechos,* pues eran tan ignorantes en las verdades más rudimentarias de nuestra fe, y tan dados á toda clase de vicios y supersticiones, que, salvo el Bautismo, ninguna diferencia había entre ellos y los bubis fernandianos.

No sé por qué malas artes del demonio había cundido el pernicioso error de que no podían las mujeres contraer segundas nupcias; y así, quedar la mujer viuda, se consideraba la mayor calamidad. Por esto, recelosas de que tal desgracia les ocurriese en la flor de sus años, no querían contraer matrimonio hasta ser de edad avanzada, viviendo entretanto en criminal contubernio. Tampoco dejaban de oponer serias dificultades á la celebración del Matrimonio canónico las excesivas fiestas y solemnidades, de que en fuerza de la costumbre, debía ir acompañado. Por espacio de ocho días tenían comilonas, cuyos gastos corrían todos á cuenta del esposo, y gracias que, á fuerza de ahorrar muchos años antes, lograse adquirir el caudal suficiente.

Averiguados ya los males de que adolecía aquella pequeña cristiandad, tra-

taron los Misioneros de poner el remedio más oportuno. Luchar de frente contra los vicios y corregir paladinamente á viejos y adultos hubiera sido tarea peligrosa, pues se exponían á exasperarlos malamente; por dicho motivo resolvieron mancomunar sus esfuerzos á la educación de los niños, ya que, cual plantas tiernas, pueden fácilmente enderezarse. Abrieron, pues, escuelas para los niños varones, y para las niñas inauguraron instrucciones de catequesis. Gracias á los regalillos con que remuneraban la asistencia y aplicación de las pobres criaturas, nada dejó que desear la concurrencia á la Misión; por su parte nuestros Hermanos, al paso que desterraban la ignorancia de sus entendimientos, esparcían la semilla de la virtud en sus infantiles almas, preparando una generación verdaderamente católica.

Aquí se limitaron por mucho tiempo las tareas de nuestros Padres, hasta que después de algunos años tuvo que cambiarse el personal, ya por muerte de unos, ya por enfermedad de otros, ya también por exigirlo así el mayor bien de los mismos annoboneses. Víctimas de la insalubridad del clima perecieron los Padres Valls y Causada, y hubieron de ser trasladados á la península por idéntica causa, el Hermano Caraltó y el P. Isidro Vila. Éste último, una vez repuesto de sus achaques, fué destinado por la obediencia al mismo punto, donde desempeñó el cargo de Superior hasta que sucumbió al peso de los rudos trabajos que le inspiraba su celo de verdadero apóstol. Habíase hecho tan popular á sus queridos *pretiños,* como él los llamaba, que no había persona en Annobón que no le quisiese y apreciase; los buenos se hacían lenguas en alabanza suya, y los malos no hallaban donde asirse para murmurar de él. Aunque pudo contribuir al prestigio del P. Vila, el haber sido maestro de los primeros niños que concurrieron á las escuelas, los cuales llegados ya á edad de casarse siguieron conservándole la misma veneración, lo que más afianzaba el crédito del Padre, era sin duda su sencillez, amabilidad y celo por el bien de los indígenas. Y como las costumbres de los naturales, por inveteradas que fuesen, herían directamente la santa Ley de Dios y de la Iglesia, valiéronse los Misioneros de toda su autoridad para extirpar tamaños desórdenes. Comenzó el P. Vila, previo permiso de los Superiores, por componer un Catecismo en su dialecto nativo para hacerles más asequibles los sagrados dogmas de nuestra Religión. Obtuvo además la venia competente para sufragar á los jóvenes los gastos de las bodas, supuesto que limitasen á uno ó dos días las solemnidades del desposorio, y además que contrajesen su unión una vez llegados á la edad madura. Los más animosos y fieles, en vista de tales ofrecimientos, se determinaron á casarse, aunque hubieron de oir mil recriminaciones por parte de algunos viejos testarudos, que escudados con las costumbres de los mayores, querían hacerles retroceder. Mayormente cuando vieron levantarse para los recién desposados casas más anchas y autorizadas que las suyas, no cabían dentro de sí con la rabia y furor que padecían y se desataron en un diluvio de maldiciones é invectivas contra los contrayentes. Esforzábase el P. Vila en conservar las buenas disposiciones de los mozos, y en celebrar los tres primeros matrimonios, de manera que sirviesen de estímulo á los demás jóvenes. Proveyólos en abundancia de arroz y carne, y regaló á los novios un elegante vestido; siendo tal el entusiasmo de los que podían prometerse igual dicha, que al cabo de un año habíanse ya autorizado cincuenta y ocho uniones matrimoniales. Con esto cambió notablemente la faz de aque-

lla isla y comenzaron muchos á mirar con horror el concubinato, cuando antes les parecía la cosa más natural del mundo. A pesar de todo, empeñáronse algunos en rechazar aquellas innovaciones, creyéndolas hijas de los gustos caprichosos del Misionero, tanto más, cuanto que favorecían la dignidad de los jóvenes en perjuicio del crédito de los ancianos. Cerróse, pues, una lucha á brazo partido entre el P. Vila y los hombres más autorizados del pueblo; éstos que nada se había de inmutar; aquél que debía corregirse todo lo que se opusiese á la Ley de Dios ó á los preceptos de la Iglesia. El celoso Misionero se desvelaba en procurar el bien á los dóciles; asistíales y proporcionábales medicinas en sus enfermedades; consolábales en sus aflicciones ó desventuras; prestábales socorro en sus apuros, y en una palabra, hacíase todo para todos, á fin de ganarlos á todos. Gracias al favor del cielo, la victoria quedó decididamente ganada, y los enemigos de Dios llenos de confusión y vergüenza.

Entretanto íbase acercando la hora en que quería el Señor remunerar los merecimientos del P. Vila, cuya muerte ocurrió en las circunstancias que aquí diré.

Propagóse por Annobón una especie de epidemia de cuyas resultas enfermaban muchos y venían á morir no pocos; el P. Vila, sin acordarse para nada de sí, é impulsado por la viva compasión que las víctimas le inspiraban, consagraba enteramente sus fuerzas al remedio espiritual y corporal de los pobres enfermos. Visitábalos muy á menudo, prodigábales medicinas con maternal afán, administrábales los últimos sacramentos, enterraba á los finados y asentaba en el registro las partidas de defunción. Al peso de tantas emociones y de tanta fatiga, rindióse nuestro Padre y cayó enfermo de gravedad, cosa que llenó de tristezas y zozobras á los annoboneses; apretada muchedumbre de gente sitiaba la Misión pidiendo con instancia verle y despedirse por última vez, y como no podían dar mejor alivio y consuelo al doliente, que permitir la entrada á sus queridas ovejuelas, condescendieron nuestros Hermanos. Entraban unos ansiosos de oir los últimos consejos del Padre, y salían todos derramando copiosas lágrimas. Por fin, el 6 de Febrero de 1893 dejó el triste valle de nuestro destierro, para recibir el premio de los trabajos y fatigas, que con tan buena voluntad había abrazado á favor de sus queridos *pretiños*. Las entrañas de nuestro Padre eran todo compasión; hubiera sido para él un tormento presenciar la muerte violenta de cualquier animal. Ya llevamos referido en otra parte la bendición que dió á los peces á bordo de la *Ferrolana*.

Lleváronse de nuestra casa de Annobón una ovejuela, con el intento de formar en otra parte de la isla un pequeño ganado para surtir de carne á los Misioneros. Sintió mucho el animalito de Dios dejar la casa del P. Vila y, cual si conociese su compasión, acudía á él cuando temía que lo iban á castigar. Cuando salía el Padre á visitar los enfermos iba la oveja delante de él saltando, y brincando con tales ademanes, que parecía volverse loca. Una cosa análoga ocurría con las gallinas de Guinea: ordinariamente dormían en los árboles cercanos á la Misión sin moverse poco ni mucho, hasta que el Padre, celebrada ya la Misa, se les acercaba con un puñado de arroz. Y era mucho de ver el ademán festivo y caricioso, con que aquellas avecillas, después de dar tres ó cuatro vueltas, se le echaban juntitas á los pies, implorando su correspondiente ración. Según esto, ¿qué hay de admirar en que se ganase la voluntad de los

hombres, quien así lograba atraer á estos animalillos, cuyo instinto propende más bien á vivir lejos de poblado?

Para suceder en el cargo al P. Vila fué elegido el P. Juan Serrallonga cuyo primer intento al encargarse de la Misión, fué trasladar el pueblo á otro lugar, que reuniese mejores condiciones higienicas. He aquí las razones que le indujeron á tomar semejante medida. El caserío de Annobón está situado en un arenal de la playa hacia el Norte de la isla, siendo las paredes de las chozas de tablas ó esteras y el techo de paja con una elevación de metro y medio ó á lo más dos. No merecen las calles nombre de tal, formando más bien, las chozas un pelotón confuso y sin ninguna simetría. Dada la estrechez de aquellos cochitriles, y la costumbre de admitir en sus viviendas á los puercos y gallinas, dicho se está que no se ven allí ni asomos de limpieza. Por otra parte, dos veces al año cae el sol perfectamente á plomo sobre el pueblo, y como no sopla apenas la brisa, prodúcese tan intolerable bochorno, que el diez por ciento de los indígenas se halla ordinariamente enfermo; esto aparte de las frecuentes epidemias que diezman la población de una manera horrorosa. Deben además añadirse los niños que mueren antes de cumplir ocho días, que según datos tomados de los registros, vienen á resultar un 20 por 100 (1).

Con ser estas razones de tanto peso, hay otras de no escaso valor: estando las chozas tan apiñadas, y más si se añade el poco recato de los naturales, corre continuo riesgo la inocencia de los niños, y en casos de incendio es facilísima la propagación de casa en casa. Por todos estos motivos había ya el P. Vila tratado seriamente de la mencionada traslación, aunque no pudo realizar su proyecto, por más que quiso aprovechar la ocasión en que muchos, de resultas de un incendio, habían quedado sin hogar. Los indígenas se hicieron provisionalmente sus cabañas de ramaje, y luego tuvieron pereza de levantarse otras nuevas. El Padre no quiso malquistarse con ellos, y así les dejó vivir donde se hallaban tan á su gusto, aunque tan á costa de la salud pública.

Mas el P. Serrallonga que palpaba las inmensas ventajas que resultaron en orden á la salud de los Misioneros, de trasladar la casa á parajes mejor acondicionados, y tenía bien pesadas las razones arriba dichas, resolvió tomar á pechos la empresa y no cejar por nada del mundo. Ya sospechó que con esto iba á dar mala espina á muchos de los viejos quisquillosos; pero confió también en que una vez hubiesen experimentado las comodidades del nuevo pueblo, irían á darle las gracias por su resolución.

Procedía, sin embargo, obrar con prudencia para no exasperarlos, y así comenzó por persuadir á los trabajadores de la Misión como más afectos á ella y consiguió sin mucha dificultad lo que deseaba; luego trató de obligar á otros con toda la suavidad posible, y por más repugnancia que manifestasen, no cejaba el P. Serrallonga en su propósito, convencido de que los negros son verdaderamente niños, que se exponen á un sinnúmero de molestias venideras, á trueque de evitar un dolor presente, siquiera sea momentáneo. Fija su mirada en la mayor gloria de Dios y en el mayor bien de los indígenas, no levantó

(1) No habiendo mudado el pueblo de lugar, tampoco han variado hoy las circunstancias. En el primer semestre del pasado 1898 nacieron 35 criaturas, de las cuales murieron 21 antes de cumplir los diez días

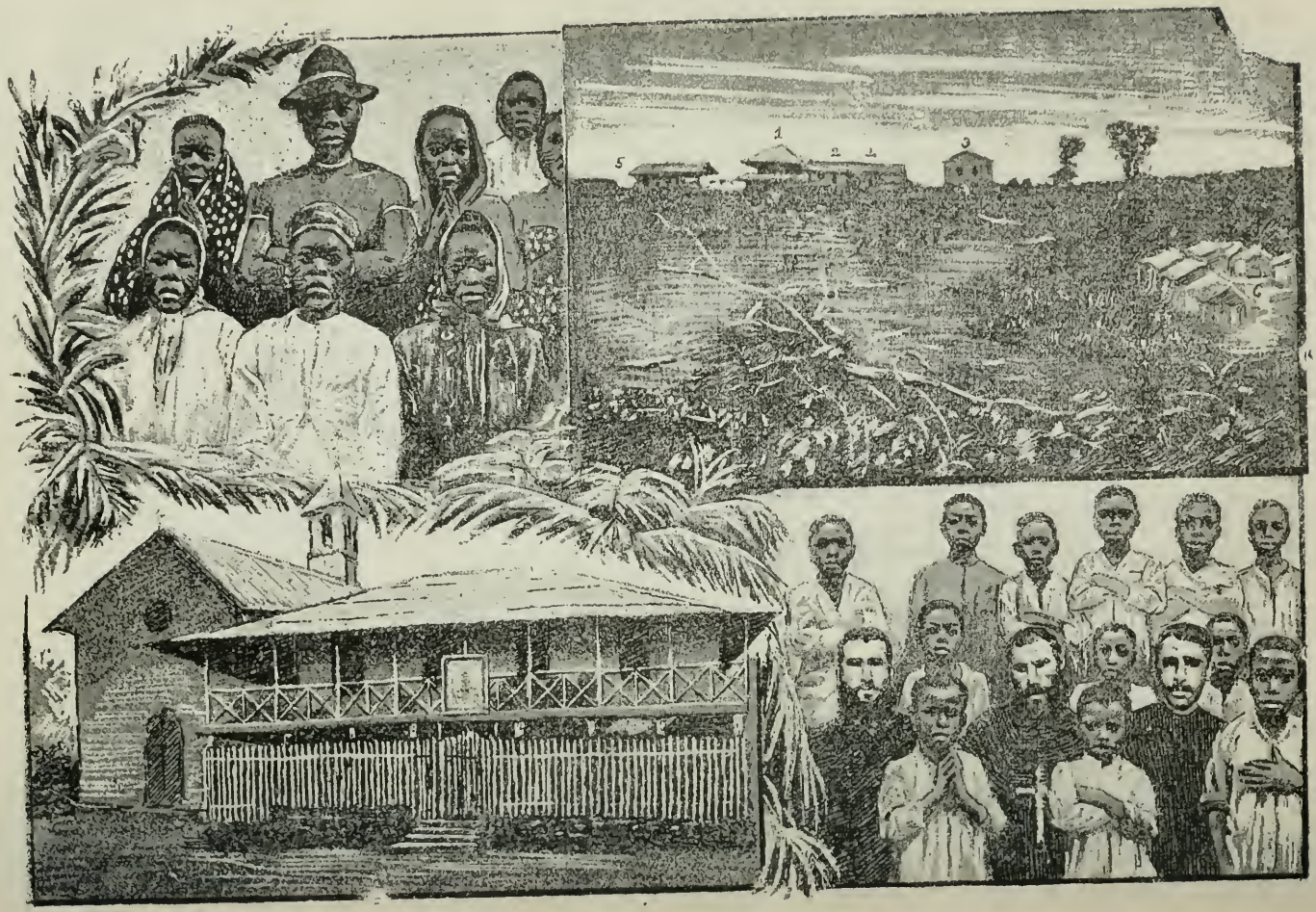
manos de la obra, hasta haber trasladado todas las casas á un lugar de tan excelentes condiciones, que en cinco meses de residencia, sólo falleció un párvulo, cuando antes morían la mayor parte, según queda consignado.

Así y todo no faltaron viejos rehacios y testarudos, tan aferrados á sus tradiciones, que no se podía hacer carrera con ellos. Se desataban en mil murmuraciones contra el Misionero, alegando por todo argumento que allí habían nacido y muerto sus mayores, y que allí querían á todo trance vivir y morir. Llegando las cosas á este punto, coincidió la visita á Annobón del Gobernador Sr. Puente, el cual, haciéndose cargo de las razones de higiene, moralidad, etc., aducidas por los Padres Misioneros, intimó á los annoboneses á que permanecieran tranquilos en las nuevas viviendas, donde tan palpablemente experimentaban las influencias de una constante y sana ventilación; pero en el momento de reembarcarse dicha Autoridad recibió en la playa una comisión de ancianos que, aferrados á su idea de volver al primitivo lugar, con serles tan dañino, le rogaron é instaron á que revocara la orden de permanencia en el nuevo pueblo. Á esto se agregaron de parte del aludido Gobernador otras consideraciones, cuya índole reservada no permite consignar en esta Memoria: el hecho fué que se revocó á las breves horas una orden oportunísima y salvadora; que las casas nuevas y bien orientadas, construídas á expensas de los Misioneros quedaron vacías, y que sus moradores se volvieron á la playa insana, donde improvisaron unas miserabilísimas chozas. Consideraron los viejos el resultado de sus gestiones como un verdadero triunfo obtenido sobre la Misión, quedando tan envalentonados que ya ningún aprecio les merecían los Padres. Desgraciadamente las consecuencias de su actitud fueron funestísimas: muchos dieron de mano á todas las prácticas de Religión, entregándose de lleno á la vida que llevaban antes de establecerse los Misioneros. Hubo necesidad de algunos años de continuos trabajos y sudores, para volver á encarrilar las costumbres de aquella gente floja y mal aconsejada.

Hoy día cuenta la escuela con 120 niños, y asisten á la instrucción catequística sobre 130 niñas, pronunciándose en los jóvenes tan vivas ansias de instruirse, que se ha hecho necesario abrir escuelas nocturnas para los que no tienen de día horas disponibles.

En la solemnidad que damos al culto religioso cifranos también halagüeñas esperanzas en orden á la regeneración de estos indígenas: tenemos en construcción una iglesia que mide 30 metros de largo, por 13 de ancho: es de mampostería, y aunque no hay en Annobón piedras calcáreas, conseguimos preparar cal para las obras, con mariscos recogidos en la playa. Hasta esta fecha hanse visto nuestros Padres en la precisión de celebrar los divinos Misterios en capillas, que sólo tenían el nombre de tales, siendo en realidad chozas pobrísimas. ¿Qué más podían ofrecer á Dios aquellos miserables indígenas que apenas cuentan con lo indispensable para vivir?

¡Quiera Dios confortar nuestros ánimos y bendecir nuestros desvelos, para que á la vuelta de pocos años pueda reinar en el corazón de los pobres annoboneses el amor de Dios y de su benditísima Madre!



Casa-misión de San Carlos.—Grupos de indígenas y alumnos.

ARTÍCULO X

Casa-Misión de San Carlos.

Causas que motivaron la fundación.—Aventura marítima.—Enojosa curiosidad de los bubis. Residencia provisional.—Cimientos del Colegio.—La niña Mesabó.—Desarrollo del Colegio.—Dificultades para fundar un pueblo cristiano.—Santa sagacidad del P. Pinosa.—Primeras familias.—Niñas á Santa Isabel.—Gastos que ocasiona la colocación de los alumnos.—Necesidad de ensanchar la iglesia.—Beneficios prodigados por los Misioneros. Estado actual.

Ya dejamos anotado que en una de las excursiones que hizo el reverendísimo P. Ramírez hacia la bahía de San Carlos, pudo observar en los habitantes vivísimas ansias de tener cerca de sí á los Misioneros. La comunicación de la bahía con la Misión de Santa Isabel, ofrecía tamañas dificultades, que ninguna cosa de provecho se hubiera llevado á cabo en orden á la evangelización de los habitantes de San Carlos, á menos de establecer allí una fundación. Emprender por tierra las excursiones, sobre ser peligroso, se hubiera hecho casi imposible por falta de caminos y de cualquier otro medio de comunicación; todavía, si cabe, ofrecía más inminente riesgo hacer el viaje por mar, pues la distancia era nada menos que de 30 millas, y para el trayecto sólo podía uno servirse de mal seguras embarcaciones. Sentadas, pues, las bases, de acuerdo con el Gobierno de S. M., organizóse nueva expedición de Misioneros que abordaron en Santa Isabel á 8 de Enero de 1887. Hechos los preparativos del viaje, partieron para la nueva fundación, el Rmo. Prefecto con el P. Pinosa, nombrado Superior de la naciente Comunidad, acompañados de D. Francisco Romera y el factor Vivour que sirviera de intérprete al P. Ramírez en su primera excursión.

Ocurrióles en el trayecto una aventura que, afortunadamente, no tuvo consecuencias: para descansar de las fatigas del viaje, bajaron á tierra en la bahía Botinós, cuando ya cerraba la noche. Quedáronse en el bote, para custodiarlo, dos Hermanos y otros tantos krumanes, uno de los cuales quiso fondear la embarcación, como lo hizo, aunque con tan poca maña, que al subir la marea se la llevó mar adentro. Sumidos como estaban todos en el primer sueño, nadie cayó en la cuenta; mas al rayar el alba del día siguiente, llenáronse de congojas y ansiedades por ignorar el paradero del bote y de sus tripulantes, cuya sorpresa no fué menor al despertar en altar mar, sin saber dónde estaban y dónde orientarse, pues era la primera vez que viajaban por aquellas playas. No sabían los pobres qué partido tomar, porque, por una parte, los remeros no tenían mucha habilidad en el manejo del remo, y, por otra, las olas agitaban peligrosamente la frágil barquilla; decidiéronse, por fin, á navegar con rumbo á la playa más próxima; pero, al acercarse, notaron que las rompientes no permitían absolutamente atracar. Intrépido el Hermano Lacunza, lanzóse al mar, y nadando con toda la ligereza que podía, logró tomar tierra, y al topar con un negro, preguntóle hacia dónde caía Botinós; dióle el negro las señas y, vuelto al bote, se volvieron todos hacia atrás, logrando por fin abordar en la pequeña

bahía. Después de cuatro horas de congojosas angustias, pudieron los viajeros proseguir su ruta hasta San Carlos, donde, después de prolijas observaciones, consiguieron colocar la Misión en la comarca de Batete Grande, ya por las garantías de salubridad que ofrecía su altura sobre el nivel de la playa, ya también por hallarse en los contornos bastantes poblaciones.

Biabeta se llamaba el Rey ó *muchuku*, el cual destinó para los recién venidos dos casas que servían de posada, las cuales, si bien más capaces que las otras, al cabo no pasaban de verdaderas chozas, por donde todo bicho viviente tenía derecho á entrar y salir, para curiosear todas las acciones y modales del Misionero. Excusado era buscar allí puertas y ventanas, cuanto menos cómodas y armarios para custodiar los objetos; las mismas provisiones de boca estaban á vista de todo el mundo. El buen Ullem, padre de Mariano Cristino Pela, para dar una prueba de la franqueza y confianza que tenía para con los Misioneros, solía á las veces acercarse al tonel de la galleta y repartir á su talante entre sus camaradas. En fin, aquel modo de vivir se hacía por demás engorroso; los indígenas se metían de rondón en casa de los Padres, y, fuera de curiosearlo todo, les impedían el recogimiento necesario para hacer con fruto los actos de Comunidad. Por otra parte, reprenderlos ó echarlos á cajas destempladas, hubiera sido malquistarse con ellos y frustar, tal vez, por completo los fines de la Misión. No quiso el P. Pinosa que siguiesen así las cosas, y determinó, entretanto que iban acumulando materiales para levantar la morada definitiva, construir, provisionalmente, una casita con techado de bambú, donde pudieran librarse de las importunas visitas de los naturales, y vivir más á lo religioso. Cinco metros en cuadro tenía dicha choza; pero les servía mejor que las del muchuku, siquiera porque no les molestaban los bubis, si no es algunos chicos, que se acercaban atraídos por un cuadro colgado de la pared.

Reforzada la Comunidad con la venida del P. Puente, se dedicaron de lleno á las tareas apostólicas. Sumamente interesado por el bien de aquellas gentes, el P. Puente se desentrañaba por catequizarlas é instruirlas. Del estipes de una palmera colgaba un cartelón, y los niños, atraídos por la novedad, acudían á deletrear las primeras sílabas de nuestro hermoso idioma.

Con esto se aficionaron tanto á los Padres aquellas inocentes criaturas, que dos llegaron al extremo de pedirles tuviesen á bien educarlos en su compañía. ¡Lástima que la estrechez del local no permitiese acceder á su demanda! Sin embargo, prendado el buen P. Pinosa del candor de los postulantes, admitiólos por entonces, como si dijéramos, á media pensión, y dióles palabra de que los recogería tan luego como fuese posible. Y como lo dijo, así lo cumplió, dando con esto principio al Colegio de San Carlos, que, andando el tiempo, tan felices resultados había de producir.

Mayores dificultades ofrecía el acceder á una petición análoga que les hizo una niña llamada Mesabó. Como viese despachada favorablemente la demanda de los muchachos, llenóse de santa envidia, y expresó su determinación diciendo:—*Ñaha pena ilo. también yo quiero quedarme aquí.*—Esto no podía ser, como salta á la vista; pero tratábase evidentemente de un llamamiento de la gracia, que no convenía sofocar. Para salir del paso, contestóle el P. Pinosa: —Eres todavía muy pequeña; cuando seas mayor, veremos.—No se dijo ciertamente á tonta ni á boba, pues recibió las palabras con tales manifestaciones de

alegría, que no cabía en sí, y procuró conservarlas en su corazón de tal manera, que ni todas las contrariedades del mundo se las pudieron hacer olvidar. Menudeaba sus visitas á la Misión, sólo para preguntar al Padre si había ya llegado la hora. Las cosas dieron muchas vueltas; el P. Pinosa fué destinado á otra parte por orden de sus Superiores, los Misioneros hubieron de trasladar la Misión á otro paraje más acomodado; y la niña Mesabó fué vendida por su padre al sacerdote de los ídolos; sin embargo, no perdió nuestra inocente niña los deseos ni las esperanzas de vivir junto á la Misión, instruirse, bautizarse y vivir y morir como buena cristiana. Al fin lo consiguió más tarde, con motivo de lo que ahora diré.

Á vuelta de pocos años creció considerablemente el número de alumnos, y para muchos de ellos se iba acercando la edad de tomar estado y constituirse en familia. Este asunto llamaba poderosamente la atención de los Padres; porque, permitirles el volver á la vida salvaje del bosque era exponerles á inminente riesgo de prevaricar, y por consiguiente, de perder en un punto los trabajos y sudores de muchos años. Se imponía, pues, la necesidad de fundar en los contornos de la Misión un pueblo cristiano, aunque, fuera de las expensas que exigía un proyecto de esta índole, surgieron por de pronto tres dificultades, que se oponían á su realización: la falta de agua, que en la época de seca era preciso ir á buscar á dos kilómetros de distancia; la escasez de tierras laborables que se pudieran distribuir entre las familias recién constituídas, cosa, sin embargo, indispensable para afianzar su bienestar temporal; y por último, la dificultad de hallar consortes para los alumnos, pues los *muchukus* y demás gente granada, como aferrados á la torpe poligamia, adquirían tantas mujeres cuantas podían comprar.

Las dos primeras dificultades quedaron orilladas, con el mero hecho de trasladar la Misión y el Colegio junto á las márgenes de un río, que nos puede surtir todo el año de agua potable, y donde el bosque, todavía virgen, ofrecía tierra buena y abundante para abrir fincas de explotación. Pero el tercer obstáculo era más difícil de remover; según costumbre del país, los niños, después de llegados al uso de razón, son muy dueños en domiciliarse donde mejor les parezca, sin tener compromisos que restrinjan su libertad. Todo al contrario las niñas; ellas están obligadas á permanecer en casa de su padre, quien puede darlas ó venderlas al mejor postor, según se le antojare; no pueden disfrutar de libertad alguna, á menos que se escapen muy lejos, y aun entonces, ¡desgraciadas de ellas si llegan á ser cogidas! sobre todo, si no hay persona de influencia que tome á su cargo el ampararlas. Por este motivo, la dificultad de adquirir buenas consortes para los colegiales parecía un obstáculo poco menos que imposible de superar.

Por fortuna volvió el Rdo. P. Pinosa á ser destinado á la Casa de San Carlos con el cargo de Superior; ninguno como él hubiera sabido darse tan buena maña para arreglar este asunto. Llamó á Ullem, antiguo amigo de la Misión; y le recibió con toda suerte de agasajos y ceremonias para ganarle la voluntad, y luego, como quien trataba de pedirle consejo sobre aquel punto, le expuso la dificultad que se atravesaba de por medio, y preguntóle si veía alguna solución. Contestóle que el asunto no tenía arreglo.—Y bien—le replicó entonces el sagaz Misionero,—¿no podrías tú ceder una ó dos mujeres, las que menos

quieras, para los fines que te acabo de indicar? Ya ves que siempre te hemos considerado como al mejor de nuestros amigos, guardándote toda suerte de consideraciones. Por otra parte, nos comprometemos á reintegrarte todos los gastos que te ocasionaron. ¿Qué más quieres?—No puede ser—contestó Ullem, —no puede ser de ninguna manera.—Hízole entonces el Padre mil cargos, pintándole al vivo los beneficios que tan desinteresadamente le habían hecho los Misioneros, y luego le puso de relieve su ingratitud al portarse con tanta tacañería. El indígena no pudo menos de doblarse á tan justas acriminaciones y cedió dos de sus mujeres, las que le parecieron de menos valer, exigiendo en cambio una notable suma de sombreros y demás cosas que se le antojaron. El P. Pinosa no le quiso regatear nada, teniendo por seguro que no tardarían en presentarse varias jóvenes escapadas de sus viejos polígamos.

Las dos muchachas recogidas, después de recibir la instrucción competente, fueron regeneradas en las aguas del santo Bautismo y luego unidas en santo matrimonio con dos jóvenes de la Misión: celebróse este acontecimiento con una solemne fiesta, cuyo eco resonó por todo el contorno. La felicidad de las recién desposadas estimuló vivamente á varias de sus amigas que, escapándose furtivamente ó de casa de sus padres ó de sus torpes poseedores, acudieron á la Misión en busca de mejor fortuna. Precisamente sucedía esto cuando había quedado vacío de alumnas el Colegio de las Hermanas de Santa Isabel, por los motivos que en otro lugar consignamos, y así parece que el Señor, en su admirable Providencia, quiso proporcionar medios de conversión y educación conveniente á las jóvenes bubis, que tan excelentes disposiciones manifestaban.

Aprovechando la misma coyuntura presentóse á la Misión la niña Mesabó, preguntando al P. Pinosa cuándo cumpliría la palabra que tenía comprometida. Respondióle el Padre que ya era tiempo y así que se diese prisa en escaparse de su dueño, como lo hizo á los pocos días, poniéndose bajo la tutela de los Misioneros. Mientras se esperaba oportunidad para enviarla á Santa Isabel, compareció á la Misión el fetichero á quien Mesabó había pertenecido, empeñándose en llevársela de nuevo, para lo cual ofrecía dos cabras al P. Pinosa; y como no pudiese salir con su intento, armó cierto día una emboscada y, cuando menos lo esperábamos, la arrebató, arrastrándola hacia su casa, y allí la amenazó con que la mataría como intentase huir por segunda vez. Mas para que se vea el valor que infunde la gracia de Dios en los corazones dóciles, el mismo día en que la robaron volvió por la tarde á la Misión, corriendo por caminos llenos de asperezas y abriéndose paso por entre enmarañados zarzales, siendo tal su alegría, que ni siquiera cayó en la cuenta de la mucha sangre que salía de los rasguños que terriblemente la afeaban. Para evitar un segundo robo que podía costar la vida á nuestra Mesabó, que no había cometido otro crimen sino el de desear ser cristiana, envióla sin pérdida de tiempo al Colegio de Santa Isabel. Aún de allí trató de arrebatarla el sacerdote del diablo, acudiendo á la autoridad para hacer valer sus derechos; mas la niña supo defenderse con tal destreza y manifestó tales deseos de ser cristiana, que el juez se creyó en el deber de dejarla en sus buenos propósitos. Se instruyó, recibió el Bautismo con inmenso júbilo de su alma, y después de dos años de una vida edificante y sin tacha, tuvo una muerte envidiable, según llevamos referido en otro lugar.

Los cimientos del pueblo estaban ya echados y prometía crecer y desarro-

llarse con notable rapidez; ya varios jóvenes tenían señaladas sus parcelas de terreno, si bien todavía no se hallaban las fincas en estado de producir; porque aunque los Padres, al trasladar la Misión, tomaron la prudente medida de plantar semilleros de cacao, para proporcionar á los indígenas simiente de buena calidad, no habían podido adquirir hasta entonces el suficiente desarrollo.

Siempre que se formaba nuevo matrimonio, era preciso construir una vivienda, proveer á los consortes de ajuar y batería de cocina, darles ropa, abrigo y costear los gastos de las bodas, que aunque modestas, convenía, sin embargo, celebrarlas con bastante aparato. Fuera de esto, á los principios, antes que sus correspondientes fincas comenzasen á producir, era indispensable contribuir al sustento de la familia con una ración diaria de arroz ó ñame y un poco de pescado. Á estos considerables gastos hay que sumar los que ocasionaban la manutención, vestuario, educación, etc., de cincuenta ó sesenta alumnos, mas el coste de las dependencias necesarias para llevarlo todo con regularidad. No dejaremos pasar esta ocasión sin manifestar á nuestros bienhechores los sentimientos de la más sincera gratitud, pues sin su eficaz cooperación, nos hubiera sido imposible cubrir las necesidades de aquel pueblo incipiente. ¡Quiera el Señor galardonárselo, pagándoles el ciento por uno!

Fácilmente se colige, que no permitiendo la estrechez de la capilla provisional, levantada á raíz del traslado de la Misión, celebrar con desahogo las funciones religiosas, á los pocos meses se impuso la necesidad de construir otra más capaz, aunque también resultó pequeña al poco tiempo, según era grande el desarrollo de nuestra Religión. Pensábamos que con una iglesia de siete metros de ancha por 22 de larga tendríamos local suficiente siquiera por algunos años; mas plugo al Señor bendecir de tal modo nuestras apostólicas tareas, que los frutos superaron en mucho nuestras esperanzas, y nos puso en la precisión de levantar una tercera capilla. Ya hemos consignado el retraimiento que á los principios hacía caer el alma á los pies, pues sólo los niños se atrevían á tratar con los Misioneros; mas poco á poco fueron presentándose jóvenes y adultos, hasta el punto de no transcurrir día alguno sin que se ofreciese alguien á engrosar nuestras filas.

Y aunque la causa principal de este movimiento favorable era la gracia del Señor, que toca los corazones, sin embargo, contribuyó poderosamente el desvelo con que los Padres procuraban, cuanto se lo permitían sus pocos haberes, prodigar á los indígenas toda suerte de beneficios morales y materiales: ellos los socorrían en las necesidades; ellos terciaban en sus contiendas, conjurando con su actitud conciliadora muertes y otros efectos desastrosos; el botiquín de los Misioneros estaba á disposición de cuantos necesitaban medicinas á cualquier hora del día que fuese, y por último, fué incalculable el beneficio que les hizo en 1889 el Rdo. P. Pinosa, arrebatando innumerables víctimas á una epidemia variolosa que había comenzado á cebarse en el pueblo, y que logró atajar nuestro Padre inoculando la vacuna con singular habilidad.

Bien podríamos también hacer mérito de los muchos enfermos á quienes pasaba la visita el P. Sala una ó dos veces por semana, emprendiendo viajes de una legua de camino, durante años enteros, para curarles llagas cancerosas ó aliviarles en sus enfermedades crónicas. Tampoco nos detendremos en ponderar los sacrificios que se impusieron los Padres, á trueque de librar del ham-

bre á pueblos enteros, concediendo completa libertad para coger á discreción plátanos y demás frutos destinados á sustentar los alumnos de nuestro Colegio. Estos beneficios eran demasiado grandes para que no llegasen á comprenderlos aun los viejos más estúpidos, los cuales, ya que no se convertían por tener hechos callos en el culto abominable de sus ídolos, ó por no comprometer el respeto á sus años, á lo menos no osaban poner su boca en los Padres, y joven hubo que se atrevió á reprender al mismo *muchuku* por habérsele escapado palabras menos decorosas contra el Misionero.

He aquí en pocas palabras el actual estado de la Misión: más de cincuenta matrimonios, canónicamente constituídos, forman alrededor de la residencia de los Padres un pueblo cristiano de muy buen aspecto, cuyos moradores se complacen en obedecer y acatar al Misionero, único jefe que inmediatamente los gobierna. Por su parte, convencido el Superior de que un trato afable y paternal es el mejor, y aun el único medio de sacar partido de estas pobres gentes, les prodiga toda suerte de bondades y beneficios sin cuento.

Gracias á Dios las plantaciones de cacao comienzan á producir, y el pueblo agrícola que se desarrolla con tanto vigor y lozanía, resultará, á no dudarlo, de mucha utilidad para el desarrollo de la riqueza material en esta isla fernandiana.

ARTÍCULO XI

Concepción.

Causas que motivaron la fundación.—Recelos contra los Padres.—Diligencias practicadas por los bubis.—En busca de sitio para levantar la Casa.—Enfermedad del P. Juanola. Instálase la Misión en Bolove.—Visita de los Muchukus.—Calumnias propaladas.—Colegio de niños.—Un pueblo cristiano.—Primicias á la Iglesia de Dios.—Horario edificante. Muertes dignas de envidia.—Estado actual.

Si dificultad había en procurar á los bubis de San Carlos instrucción religiosa sin establecer entre ellos una Casa-Misión, mayor la había en procurar el mismo beneficio á los indígenas que pueblan la parte oriental de la isla en la bahía de Concepción, pues la distancia de la capital es todavía más notable. Esta razón, el ser aquel sitio la clave para subir á las alturas del Moka y las esperanzas de abrir, andando el tiempo, un camino que uniese las dos opuestas bahías eran motivo sobrado suficientes, para inclinar al Gobierno español á desear y pedir á la Dirección general de nuestro Instituto una Residencia en el punto arriba indicado.

Determinóse, pues, llevar á cabo dicho proyecto y dióse orden al reverendísimo P. Ramírez para que procediese á los efectos consiguientes. El reverendísimo Prefecto echó mano del P. Juanola que había venido días antes de Annobón y le comisionó para que buscase solar á propósito donde levantar la Casa. Indicóle las condiciones que debía tener el sitio, y eran las siguientes, sobre poco más ó menos: 1.ª Altura suficiente sobre el nivel del mar, principal factor de salubridad en aquellos climas.—2.ª La proximidad de algún pueblo indígena, para ejercitar con más fruto y menos fatiga el sagrado ministerio. 3.ª Abundancia de agua potable, elemento necesario en toda fundación.

Casa-misión de Concepción.—Grupos de indígenas y alumnos.

Recibidas estas instrucciones embarcóse el P. Juanola con sus compañeros, y una vez llegado á su destino, escribió una carta del tenor siguiente: "El lunes de Pentecostés (30 de Mayo de 1887), á eso de las cuatro de la tarde, nos embarcamos en la bahía de Santa Isabel, tomando un bote, á bordo del cual nos tocaba recorrer dos millas de costa en dirección SE., con un mar bastante alborotado por ser la estación de las lluvias. Sin embargo, pudimos hacer la travesía en veintidós horas, llegando sin percance á la bahía de Concepción. Luego de saltar á tierra fuimos recibidos por el rico factor Vivour, quien nos ofreció en su casa cariñoso hospedaje. Á poco pasamos recado al delegado del Gobierno en esta bahía, y con él se convino en mandar peatones á todos los jefes bubis de la comarca de Biapa, dándoles aviso de la llegada del Misionero y del objeto de su viaje.

„Esta noticia produjo en un principio recelos, desconfianzas y prevenciones, persuadiéndose de que con el *blanco* venían todos los espíritus malignos y todas las calamidades. No tardó en divisarse á lo lejos una avanzada de seis bubis armados, y considerando que sería muy oportuno ganarlos con algunos regalillos, que llevábamos á prevención, entregué al factor varias prendas y otros objetos muy codiciados por estos indígenas, para que los distribuyera entre ellos. Con sólo esto cesaron ya los recelos y temores; acercáronse en actitud pacífica y me alargaban la mano, poniéndosela antes sobre el pecho en señal de amistad. Mis luengas barbas excitaron vivamente su atención, y con la vista fija en ellas, exclamaban repetidas veces: —*Sese àle, sese àle... ¡Bonito, Bonito!...*

„Con la buena nueva que llevó á los demás la escolta de avanzada, se llegaron por centenares á visitar al Padre con esperanza de algún regalo...„ Sigue después describiendo la alegría de los bubis al tener noticia de cómo pensaban los Padres establecerse entre ellos. Sobre todo, el Muchuku de Boloko pequeño suplicó con instancias al Misionero que colocase su residencia junto al pueblo de su jurisdicción. Examinó el terreno nuestro P. Juanola y como faltase por los alrededores agua potable, no quiso acceder á su demanda por no contravenir á las órdenes recibidas. Veintidós días anduvo recorriendo pueblos, montes y collados en busca de sitio á propósito, y en medio de sus penosas excursiones le sobrevino tan ardorosa fiebre, que imaginó había llegado su última hora. Su único compañero en aquel apretado trance era un alumno de la escuela de Santa Isabel, quien sufrió más de lo que puede uno imaginarse al observar los progresos de la terrible calentura. Al fin cedió la fiebre, pero dejándole en tal estado de postración que no tenía humor ni fuerzas para nada; en esta ocasión pudieron notar palpablemente la Providencia de Dios, que siempre deja alguna puerta abierta, pues sin avisar á nadie, porque á nadie conocían, presentóse una anciana que sirvió un par de huevos al convaleciente, con lo cual recobró fuerzas suficientes para bajar á la playa, donde tenía su residencia el factor Vivour.

Estaba tan mal parada la vivienda de nuestro factor, que al soplar los tornados, cosa frecuentísima en los meses de Octubre y Noviembre, parecía que la iban á arrancar de cuajo, según eran la violencia de los sacudimientos. Por este motivo, cuando arreciaba la fuerza del huracán, habían de salir afuera y cobijarse bajo un tinglado de bambú que se hallaba á corta distancia.

Por fin, después de muchas excursiones, se fijaron en el pueblo de Bolove, á la altura de trescientos metros, y situado en un sitio por demás pintoresco, de suerte que con respecto á las dos primeras condiciones que se deseaban no había más qué pedir. Pero por más vueltas que dieron en busca de agua potable, no descubrieron ningún río ni manantial. Desconfiados ya de encontrar por allí lugar á propósito, y cuando ya se ponían en marcha para otra excursión, para la cual habían tomado ya sus informes, el Hermano Lacunza, que se había quedado en las afueras, observó un niño y detrás una mujer, ambos provistos de su bastón con una grande calabaza. Sospechó que irían por agua, y así, aunque juzgó peligroso, dado el carácter de aquella gente, cruzarles ni siquiera una palabra, procuró, sin embargo, ocultarse en un cañaveral, y atisbar desde allí adónde encaminaban sus pasos. Dentro de poco volvieron con las calabazas llenas de agua y tapadas con verde hierba. Apenas los perdió de vista salió el Hermano de su escondrijo y registró los lugares por donde se habían escabullido aquellos indígenas, logrando descubrir un estrecho precipicio, de cuyo fondo brotaba un abundoso manantial de agua cristalina. Lleno de alborozo se vuelve á los Padres y les cuenta su feliz hallazgo; dirigiéronse todos juntos al sitio del agua, y al ver lo que con tantas ansias habían buscado no pudieron menos de elevar al cielo sentimientos de afectuosa gratitud.

A pesar de esto y de los deseos que tenían de establecerse en Bolove sin perder tiempo, viéronse precisados á demorarlo algunos meses por las dificultades que se ofrecían para el traslado de la casa de madera que, por cuenta del Gobierno, se había costruído en Banapá. Afortunadamente, la Compañía Trasatlántica inició sus viajes trimestrales á estas tierras, zarpando el buque de Cádiz á 30 de Diciembre de 1887, y arribando á Fernando Póo el 22 de Enero del año siguiente.

El capitán del vapor *San Francisco* se portó con extremada deferencia con los Padres Misioneros, y se ofreció á conducir á la bahía de la Concepción el edificio y todo el personal que fuese necesario. A fines de Enero del mismo año fué ya un hecho la instalación definitiva de nuestra Casa de Concepción.

A poco de haberse instalado recibieron los Padres varias visitas de los Reyes comarcanos, ofreciéndoles el de Cutari veinte gallinas y cien ñames. El poderoso Rey Moka (1), por boca de su hijo, les intimó con toda formalidad estas proposiciones:—Si hacéis bien me tendréis al lado como al mejor de vuestros amigos, y os defenderé contra los atropellos de mis súbditos; pero si obráis mal, os castigaré, porque autoridad tengo hasta para quitar la vida á cualquiera que lo merezca.

Devolvieron nuestros Padres la visita á los Muchukus, y de paso se daban á conocer á los pueblos, de manera que al cabo de pocos días comenzaron á presentarse en la Misión varios niños con ánimo de permanecer en ella. Cuando los Reyezuelos cayeron en la cuenta de la actitud que tomaban los niños en favor de los Misioneros, se llenaron de sobresalto, y para conjurar el peligro de que todos se escapasen del pueblo, comenzaron á esparcir los más horrorosos rumores, murmurando que los Padres se los comían vivos, ó á lo menos los trasla-

(1) En Marzo del año que corre, murió este famoso reyezuelo á una edad tan avanzada, que si hemos de dar crédito á los bubis, llevaba ya 105 años de reinado.

daban á España para no volver más. Por infundadas que fuesen las calumnias de estas malas lenguas, no dejaron de producir su resultado en orden á disminuir y aun neutralizar por completo la afición que mostraban los pequeñitos hacia nuestros Hermanos. Según contaron después de algún tiempo dos de nuestros alumnos, ellos mismos, á pesar de que lo deseaban vivamente, no se atrevieron á presentarse en la Misión, recelosos de si habría alguna realidad en lo que propalaban los Muchukus. Para descubrir la verdad del caso fuéronse acercando á la Misión por si topaban con alguno de sus compañeritos educados en Casa, del cual podrían tomar su información sobre el trato que recibían de los Padres. Dió la casualidad que el mismo día salieron del Colegio para un pueblo vecino los ocho niños educandos, acompañados de su P. Maestro, por cuyo motivo los dos astutos espías, que se hallaban ocultos en un cañaveral, no vieron asomar por ninguna parte á sus pequeños camaradas, por donde comenzaban ya á dar crédito á las hablillas que corrían por el vulgo. Resolvieron ya volverse á casa: mas cuando menos lo esperaban oyeron acercarse los rumores de sus compañeritos, y al verlos tan rollizos y sanos, y rebosando de alegría, se juntaron con ellos para formar parte de los colegiales. ¡Cuántos otros se hubieran presentado á no haberles hecho el coco las calumnias propaladas! Al fin y al cabo el Colegio fué desarrollándose progresivamente, y hacia mediados de 1890 contaba ya dieciséis niños, algunos de ellos de no escasa disposición.

Al mismo tiempo que en San Carlos sobre poco más ó menos se echaron los cimientos de la población cristiana, aunque los gastos y sacrificios no fueron ni de mucho tan considerables como en la fundación de la opuesta bahía. Porque varios alumnos del Colegio acordaron entre sí atraer á la Misión alguna de sus hermanas, valiéndose de cuantos medios estuviesen á su alcance. Estas jóvenes eran convenientemente instruídas en los dogmas de nuestra Religión, y recibidos los primeros Sacramentos, contraían matrimonio con los alumnos, salvas las leyes de consanguinidad y afinidad. De este modo, sin gran trabajo, se pudo formar un pequeño pueblo en torno de la Misión.

Como cada alumno tenía señalada su correspondiente parcela, que procuraba cultivar con notable ahinco, es claro que ya á los primeros años del casamiento podían cosechar el producto de cacao, con lo cual, sin más subvenciones, podían las familias cubrir todas las necesidades, acaudalar algún dinerillo y disfrutar de un bienestar envidiable para cuantos se habían quedado en el bosque. Con ocasión de la primera cosecha ocurrió un caso, que no queremos omitir porque revela el carácter de los alumnos educados en el Colegio.

Pedro se llamaba el protagonista, y ora fuese por haber oído hablar de los sacrificios de Abel, ó tal vez teniendo presentes las primicias que ofrecían á Dios los patriarcas de la antigua Ley, cuando vió madura la primera piña de su cacao, la arrancó, fuese á la iglesia, arrodillóse ante el altar, y creyendo que nadie le observaba, hizo ademán de ofrecerla al Señor con las palabras que le inspiraba su candorosa sencillez, sin ocurrirle siquiera de que, á buena razón, la ofrenda debía ponerse en manos del sacerdote para que él la ofreciese á la divina Majestad. Es lo cierto, que desde la fecha quedó como tradición inviolable entre los indígenas de Concepción ofrecer al Señor la primera piña que entregan al Misionero, quien la sustituye por una vela que se consume sobre el altar.

Encantador sobre manera es el espectáculo que ofrecen estos neófitos aun después de casados, pues se empeñan en no apartarse poco ni mucho del régimen que llevaban en el Colegio. Levántanse por la mañana al toque de *Angelus*, que es á las cinco y media, cuando ya comienzan los primeros fulgores de la mañana; después oyen el santo Sacrificio de la Misa, y luego ponen sin demora manos al trabajo.

A las ocho hácese señal con la campana para tomar el desayuno, después del cual, los pequeños se quedan en la escuela y los mayores vuelven á sus faenas diarias hasta las once. Un cuarto de hora antes de mediodía rézanse ciertas preces obligatorias para los colegiales y libres para los demás, que terminan con el rezo del *Angelus*. A la una vuelven los mayores á reanudar sus trabajos, y los pequeños esperan que suenen las dos de la tarde, hora de dar comienzo á las clases, que duran hasta las cuatro. Apenas han salido del estudio, cogen un plátano ó galleta en una mano, agarran el machete (instrumento de labranza) con la otra, y se ocupan en el chapeo hasta las seis menos cuarto en que se retiran, descansan un poco y después asisten al santísimo Rosario, que no tarda en comenzar. Acabado el rezo se les explica el Catecismo cosa de un cuarto de hora ó veinte minutos; vanse después á cenar, tienen un rato de recreación, y al sonar las nueve, hacen en común el Ejercicio del cristiano, retirándose en seguida á tomar el descanso indispensable.

Conocido ya este régimen de vida, que más parece de religioso que de negros recién convertidos, nadie extrañará que con tanta frecuencia presenciemos muertes que nos llenan de admiración y santa envidia. Habíase convertido un krumán, bracero, el cual, en vez de volverse como los camaradas al pueblo de su origen, quiso quedarse en la Misión, llevando una vida verdaderamente edificante, aun en medio de las pruebas con que plugo al Señor probar su virtud. Llegó su última hora, y lleno de fervor y alegría recibió los santos Sacramentos, no cayéndosele de los labios fervientes jaculatorias en tanto que conservó el uso del habla; cuando ya no podía hablar, accidente que le sobrevino sin menoscabo de sus potencias mentales, acercósele un compañero infiel, y le dirigió no sé qué frases en su lengua nativa. Al punto hizo el enfermo tal ademán de desagrado, que el otro se marchó entre indignado y confuso. Avisado de todo el P. Superior, entró á visitar al enfermo, y las palabras afectuosas que le dirigía le impresionaron tan hondamente, que se puso á derramar lágrimas de suavísima devoción, y entre estas dulcísimas emociones entregó placidamente su espíritu en manos del Criador.—A otro joven, por nombre José, se le abrieron en su última enfermedad llagas tan horribles, que no le permitían un momento de reposo; sin embargo, nadie le oyó exhalar la menor queja, ni le pudo observar el menor indicio de poca resignación. Hubo otro llamado Serafín, que, como le notificasen que ya había llegado la hora de recibir el sacramento de la Extremaunción, se puso á exclamar con alborozo: ¡Qué bien! ¡Qué bien!

Tenemos construída en Concepción una hermosa Iglesia, y establecido un Colegio hecho con madèras del país; al dirigir una mirada sobre la elegante fábrica y al observar las considerables subvenciones con que podemos acudir al socorro del pueblo, espontáneamente se caen de nuestros labios palabras de gratitud hacia los bienhechores, que con tanto desinterés ofrecen sus limosnas

para las Misiones del Golfo de Guinea. El pueblo de Concepción, compuesto de diecinueve familias cuando esto escribimos, no olvidará jamás en sus oraciones á las personas de España que se sacrifican para proporcionarles alimento y vestidos con que remediar su pobreza y desnudez. Por lo demás, ¡haga el cielo que todo vaya prosperando para mayor gloria de Dios y para el bien espiritual y temporal de estos sencillos bubis!...

ARTÍCULO XII

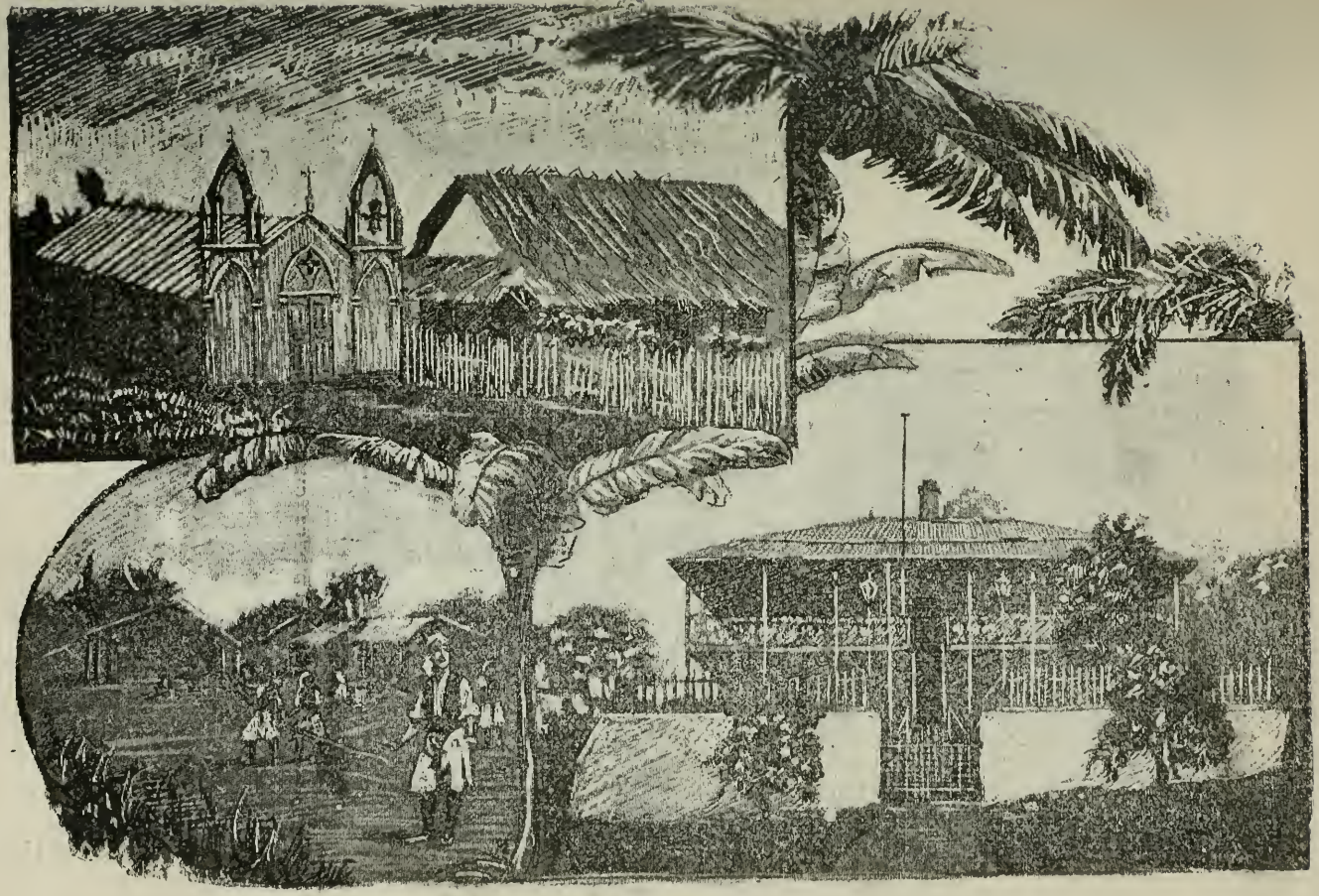
Basilé

Proyectos de un Sanatorio.—Colonia de españoles.—Falta de Ministros del Señor.—Primeras medidas.—Fundación de Basilé.—Para prevenir gastos.—Nueva iglesia.—Colocación de la primera piedra.—Traslado de las Hermanas Concepcionistas á Basilé.—Frutos y esperanzas.

Una pequeña choza, situada como á quinientos metros sobre el nivel del mar, en la comarca de Basilé, fué el principio del pueblo que hoy día allí se levanta constituído por colonos españoles. Llamó mucho la atención de todos la excelente salud que se disfrutaba en aquellos sitios elevados, y de aquí surgió la idea de utilizar el lugar para construir una casa que sirviese de Sanatorio. Si se prescinde de la excesiva humedad y espesas nieblas que obscurecen el ambiente durante la época lluviosa, difícilmente se podría hallar paraje mejor acondicionado para el destino que se le dió. Bañado por dos riachuelos de agua ferruginosa, rodeado de exuberante vegetación, oreado casi todo el año por una brisa fresca y halagadora y presentando magnífico golpe de vista, con el mar delante, el imponente Pico de Santa Isabel al Oeste y la Punta de Camerones al Este, parece brindar al europeo con el delicioso bienestar de las zonas templadas, transportándole como por encanto á las frescas alamedas de su país natal.

Por estas condiciones, no menos que por la experiencia que se tenía de la salubridad de este paraje, cuando en 1892 se reunió el consejo de autoridades para deliberar sobre los sitios donde debían levantarse las casas destinadas á los nuevos colonos que iban á inmigrar, la mayoría de los vocales se inclinó á que fuese Basilé el lugar preferido. Tomado este acuerdo, procedióse sin demora á levantar los edificios, que fueron inmediatamente ocupados por los españoles recién venidos de la Península.

Estableciéronse diez familias, con un total de cincuenta y dos personas, las cuales, como puede fácilmente colegirse, no tardaron en echar de menos la presencia de un sacerdote católico que les administrase los Sacramentos y les favoreciese con los demás auxilios de nuestra santa Madre la Iglesia. Desde luego, los Padres Misioneros, que comprendían toda la fuerza de aquella necesidad, ofreciéronse á subir todos los días festivos para celebrarles el santo Sacrificio, función que tenía lugar en casa del Alcalde, á falta de otro sitio más decente. Más tarde construyeron una casa de madera con techado de bambú, donde, además de celebrarse la santa Misa, se daba escuela á los niños de la población. Perseveró este estado de cosas poco menos de un año, durante el



Casa-misión de Basilée.—Casa del Gobernador.—Colonia de Alicantinos.

cual no fué posible practicar nuevas diligencias ni tomar otras medidas; por una parte los Padres no podían disponer de personal suficiente, y por otra tampoco procedía cargar el presupuesto con nuevas peticiones. Por este motivo no podía llevarse con rapidez la construcción de los edificios cuya cuenta corría siempre á cargo de los Misioneros. ¡Harto trabajo costaba el sostener las nueve Misiones que hasta aquella fecha llevábamos establecidas!

En Abril de 1893 emprendió nuestro Rmo. Padre General un viaje á estas colonias para ponerse al tanto del desarrollo de las Misiones encargadas á nuestro Instituto, y haciéndose cargo de la situación de este pueblo, de los deseos de los colonos y del Sr. Gobernador, resolvió mandar nuevos operarios, como lo realizó apenas vuelto á la Península. Desde entonces dedicáronse dos Padres al socorro espiritual de los españoles residentes en Basilé; el uno se encargó de la enseñanza de los niños, y el otro del desempeño de las funciones religiosas. Lamentando nuestro Rmo. Superior General las frecuentes enfermedades que tanto comprometían la salud de los Misioneros residentes en Santa Isabel, determinó levantar en Basilé una casa que sirviese de Sanatorio.

Y como podrían tomar tal incremento nuestras Misiones, que como sucede en los demás Vicariatos de Misiones de infieles, ocurriese la necesidad de levantar Seminario, no le pareció fuera de propósito construir dos cuerpos de edificio, que pudiesen servir para dicho efecto cuando las circunstancias lo reclamasen. Con esto se excusaban de antemano los gastos de la nueva construcción, sin que dejen de prestar actualmente excelentes servicios los edificios levantados.

Uno de estos cuerpos se utilizó para capilla pública, que si bien al principio bastaba y sobraba para que cupiese todo el pueblo, mas tarde resultó incapaz, según fué el aumento que tomó la población, ya por la venida de nuevos colonos, ya por haberse establecido allí un cuartel de soldados peninsulares y trasladado el Colegio de las Hermanas Concepcionistas. Impúsose, pues, la necesidad de levantar nueva iglesia. Si se ponen á calcular nuestros lectores los gastos que representan estas fábricas, y más si se atiende que simultaneamente se vienen adelantando las obras en Corisco, Annobón y Cabo San Juan, comprenderán fácilmente el destino que damos á los haberes con que contribuye el Gobierno á sufragar los gastos de estas Misiones, no menos que el uso que hacemos de las limosnas recaudadas.

Difícilmente se borrará de la memoria de los habitantes de Basilé la ceremonia de colocar la primera piedra, que tuvo lugar el 1.º de Enero del año 1898. Llegada la hora convenida, celebróse con la solemnidad posible el santo Sacrificio, y después se organizó una procesión hacia el solar donde se abrían los cimientos, presidida por el Rmo. Prefecto, que ostentaba los mejores ornamentos de que allí se podía disponer. Al pararse todos junto á las obras, dirigió á los circunstantes el Rmo. Padre una alocución alusiva al acto, y bendijo la piedra fundamental, que colocó inmediatamente el Ilmo. Sr. Gobernador, D. José Rodríguez de Vera, dando en esta, como en varias otras ocasiones, gallardas muestras de su acendrado catolicismo.

Levantóse acta de dicha ceremonia, en la cual se hicieron constar los nombres de las autoridades religiosas y civiles, y de todos los cabezas de familia. La escritura, junto con algunas monedas, fué encerrada en una botella, que se depositó en un hueco excavado en la misma piedra fundamental.

Colegio de las Hermanas Concepcionistas en Basilea.

Seis meses después verificóse también la bendición de la primera piedra del edificio que había de servir para Casa y escuela de las Hermanas Concepcionistas. Ante la eventualidad de que atacasen á Santa Isabel los norteamericanos durante los sucesos de nuestra última y desastrada guerra, dispuso el señor Gobernador que se activasen las obras de Basilé para poder proporcionar alojamiento á las Concepcionistas, y á sus educandas, cuya suerte hubiera sido desdichadísima en Santa Isabel en caso de bombardeo ú ocupación. Disipados los temores, consideró el mismo Sr. Gobernador las inmensas ventajas que se reportarían en orden á la salud, si fijaban las Religiosas su residencia definitiva en Basilé, fuera de que esto contribuiría también poderosamente á la instrucción de las hijas de los colonos; por estas y otras poderosas razones resolvió comenzar y proseguir con toda rapidez la construcción de un edificio para el Colegio de las Hermanas, de manera que sin volver ya á su residencia de Santa Isabel pudieran pasar de sus alojamientos provisionales á sus habitaciones definitivas.

Gran importancia y desarrollo va adquiriendo la colonia de Basilé, y promete crecer cada día más por las muchas familias que establecen allí su domicilio. La falta de caminos y medios de comunicación es el único elemento necesario para que pueda ser Basilé el Sanatorio general de todos los peninsulares y de muchos extranjeros.

¡Quiera el Señor remediar esta necesidad si ha de ser para su mayor gloria y bien de nuestros amados compatricios!

ARTÍCULO XIII

Musola.

En busca de lugar para Sanatorio.—Constrúyense dos edificios en Musola para dicho fin.—Fracasa el proyecto.—Amenidad del paraje escogido.—Inténtase trasladar allí la Misión de San Carlos.—Fundación de Musola.—Prevenciones y dificultades.—Frutos cosechados.

Antes que se hubiese concebido el proyecto de establecer en Basilé un sanatorio para los colonos españoles, saltaba á la vista la imperiosa necesidad de disponer de algún lugar bien acondicionado donde pudiesen los enfermos recobrar las fuerzas mermadas por el sudor y por el terrible paludismo. Haciéndose cargo de todo el Gobernador general de estas Colonias, Sr. Moreno Guerra, organizó una Comisión destinada á investigar el paraje que pareciese más á propósito para el efecto indicado, siendo miembros de dicha Comisión el reverendo P. Juanola, entonces Superior de Concepción, el médico de la Colonia, D. Oscar Montero, y el ayudante segundo, oficial de montes, D. Joaquín Piqueras. Después que los referidos señores hubieron hecho un reconocimiento minucioso de todos los parajes enclavados en la cuenca que forma la bahía de San Carlos, dieron la preferencia á un lugar, sito en la comarca de Musola, entre los ríos Betondo y Aeva, hacia el Este de la mencionada bahía y como á quinientos metros de elevación sobre el nivel de la playa. Montáronse allí dos hermosos edificios de hierro, destinado el uno á Sanatorio y el otro á Casa-escuela de las

Casa-Misión de Musola y edificio destinado á colegio de niñas.

Hermanas Concepcionistas. Si á raíz de construirse dichos edificios se hubiese practicado la diligencia de abrir un camino para facilitar el acceso desde la playa, no hubieran resultado tan estériles los trabajos de aquella fundación. Para ganar aquel sitio era indispensable recorrer doce kilómetros por un sendero sobremanera incómodo, por cuyo motivo sucedió lo que era de presumir, que nadie al enfermar quisiese, comprometer más su salud trasladándose al Sanatorio de Musola. Esto dió margen á que muchos hablasen siniestramente del proyecto, creyéndolo ya completamente fracasado: no eran totalmente infundadas las querellas; pero quien haya visitado el sitio y contemplado el magnífico panorama que ofrece al espectador, se verá forzado á confesar llanamente que el lugar no podía ser más delicioso. Dos abundantes ríos de agua cristalina parecen rodear caprichosamente aquel paraje encantador; divísanse las costas de la isla desde la punta Arjelejos por el Oeste hasta la bahía Botonós, que cae hacia el Norte; álzanse también imponentes los picos de Santa Isabel y San Joaquín cortejados por otros de menor importancia, que ostentando galana vestidura de exuberante verdor, semejan sembrados de mieses que se dilatan hacia los pueblos de Mueri y Boloko; puédense contemplar cuevas caprichosas formadas por añosos árboles que entrelazan su nudoso y tupido ramaje en un bosquecillo situado á cuatro pasos del sanatorio.

Fuera de las ventajas que resultan de esta hermosa perspectiva, era también el lugar más céntrico, pues no se podían acortar más las distancias hacia San Carlos, Concepción, llanuras de Biabba, Lago Loreto, y fuentes carbonatadas de Mioko y Balachalachá. Por donde es fuerza concluir en gracia á la verdad, que no anduvieron tan fuera de camino los comisionados del Gobierno al preferir á Musola sobre las demás comarcas. Siempre que los Misioneros, al verificar nuestras excursiones al interior, sentábamos el pie en las alturas de Musola, no podíamos menos de extasiarnos en vista de tantas maravillas, y al dirigir una mirada sobre los desamparados edificios, el alma se nos partía de pena.

Ya en 1890, á raíz de la construcción del primer cuerpo, se nos propuso trasladar allí la Misión de San Carlos, y cuando deseosos de acceder á la propuesta del Gobernador, Sr. Ibarra, íbamos á poner manos á la obra, tuvimos que retroceder ante la actitud que tomaron los bubis de Batete, que llevaban muy á mal el traslado de sus hijos á Musola. También nos hizo mucha fuerza la dificultad que ofrecía éste último punto para abrir plantaciones de cacao, que habían de constituir la riqueza del pueblo que teníamos ya proyectado. Más tarde, el año 1896, se nos hizo cesión de los dos edificios de Musola, con tal que estableciésemos allí una residencia de Misioneros; no vacilamos mucho en aceptar una proposición que tan ventajosa era para nuestras Misiones. Con esta adquisición se nos facilitaba mucho el poder comunicarnos con los bubis del interior, y por lo tanto, el difundir entre ellos la luz del Evangelio; dada la proximidad del sitio á las alturas de Moka, se prestaba el terreno á ensayar el cultivo de plantas y la crianza de los animales más útiles de nuestros climas templados; y por último, podía servir como lugar de reposo, ya en caso de enfermedad, ya en los viajes que deben hacerse desde San Carlos á Concepción.

Á fin de desmontar el terreno, y con ánimo de explorar las disposiciones de los indígenas, dirigíme á Musola con el P. Mallén, acompañándonos el Herma-

no Artieda. Fué la fundación que costó menores dispendios, supuesto que ya encontrábamos los edificios construídos; lo cual no quiere decir que lo hallásemos todo á pedir de boca, sino que las privaciones no fueron de tanta consideración.

Estaban las casas circuídas por un cañaveral tan espeso, que podía uno atravesarlo sin que nadie se diese cuenta, aun estando el camino á cuatro pasos de allí. El día de nuestra llegada (25 de Mayo de 1896) subimos á la galería para ir arrancando hojarasca seca de las cañas que se empinaban alrededor, y prepararnos así tres montones donde, á falta de mejor cama, pudiésemos pasar la noche los tres expedicionarios. Con cuatro días de trabajo continuo pudieron cinco robustos trabajadores despejar el terreno, siquiera lo bastante para descubrir el otro edificio, que no distaba sino 50 metros, pues estaba todo tan enmarañado, que no nos supimos dar cuenta de una elevada pared que teníamos á tres metros de casa. Era por demás buscar allí sillas; para comer nos preparamos asiento, haciendo servir de poyos dos latas y un pozal, arrinconados allí seis años antes, y colocando encima un tosco cañizo. Gracias á la bondad del Señor no nos faltó nada de lo indispensable mientras permanecimos en Musola; á trueque de algunas hojas de tabaco, pólvora y ropas de color, nos proporcionaban los bubis miel, antílopes, ñames, ardillas y otras piezas de caza.

El aquietar los ánimos de aquella pobre gente fué cosa que nos puso en mucho cuidado. Cuando en nuestras excursiones parábamos en los pueblos de aquella comarca y les manifestábamos nuestros deseos de domiciliarnos allí, haciéndoles de paso algunos regalillos, contestábannos con mil manifestaciones de agrado, de cuya sinceridad no acertábamos á dudar; mas he aquí que al llevar á cabo nuestro proyecto, surgen por todas partes las inquietudes y zozobras más ridículas. Aquellos bubis tan entusiastas no acababan de tenerlas todas consigo con la venida de los Misioneros.—Padre, nos decían,—¿no nos harán Uds. mal?—Precisamente venimos para colmaros de favores.—Y si nos acercamos, ¿nos cogerán?—No, hombre, no.—Y si inadvertidamente les tocamos la sotana, ¿nos pegarán?—Jamás, hijitos; estad seguros de que los Padres vienen únicamente para curaros las enfermedades, poner paz á' vuestras riñas y enseñaros el camino del cielo.—¿Creerán nuestros lectores que con tan explícitas promesas se desvanecieron aquellos temores tan infundados? No por cierto; no había más remedio sino esperar que el tiempo los disipase.

Nadie extrañe después de lo dicho que los trabajos de evangelización y conversión no vayan con la rapidez que sería de desear. Sucede con los bubis lo que con las tierras que utilizamos para el cultivo: al abrir una plantación es necesario roturar el terreno, arrancar malas hierbas, extirpar raíces, etc., y esto por mucho tiempo y sin tregua; si se descuida el dueño, por poco que sea, se hallará con que las malezas le tienen otra vez invadido el campo. Del propio modo, al tratar de convertir aquellas gentes es fuerza comenzar por quitarles prevenciones arraigadísimas contra la raza blanca, luego hay que ganarles la voluntad con algunos donecillos, y aún al principio los reciben con tales recelos, que hacen venir á la memoria aquello de Virgilio: *Timeo Danaos et dona ferentes*. Además, es preciso, por algún plazo, excusarles cualquier acriminación, aunque correspondan á los favores con ingratitudes. Sólo cuando manifiestan entera confianza al Misionero y se quedan prendados de su bondad y

largueza, puede intimarles que den de mano á toda superstición é idolatría. Y aun entonces guárdese bien de manifestarles que intenta echar por el suelo el reinado de Morimó, porque lo perdería todo; puede sí hablarles de Dios, ponderar sus atributos, alabar su paternal providencia, enumerar los favores que de Él tenemos recibidos y describir la gloria que en el cielo nos tiene preparada. Hasta aquí sólo son trabajos preparativos y resta aún lo principal, que es hacerles renunciar al culto idolátrico, á sus vanas observancias, á la poligamia que tienen tan metida y á los demás hábitos inmorales ó supersticiosos; además se les debe instruir sobre las consecuencias del pecado original para que se convenzan de la necesidad de orar, mortificarse y practicar las virtudes.

Para conseguir esto, ya se ve cuántos trabajos, sudores, tedios, sacrificios, oraciones y penitencias son necesarias por parte del Misionero. Debe uno tratarles con mucha paciencia y no arredrarse nunca, por más que observe que uno se les escapa por no sé qué consejo que le dió un paisano suyo; otro se retira mal humorado porque no se condescendió á sus injustas exigencias; éste da al traste con sus buenos propósitos por una visita que le hicieron sus parientes, y aquél va descubriendo poco á poco sus torcidas intenciones al recibir los beneficios de la Misión. Chascos como éstos, son el pan nuestro de cada día.

Á pesar de todas las dificultades, hemos logrado, con el favor del cielo, administrar hasta la fecha once Bautismos; hemos conseguido disipar las prevenciones contra la Misión, que estaban tan arraigadas en los pueblos de Musola, Rilaja, Rilokó y Olaitia; fuera de esto, el de Moeri nos manifiesta extraordinarias simpatías, hasta el extremo de haber construído una casita para que el Misionero pueda residir allí alguna temporada; hase iniciado en los vecinos de Musola un favorable movimiento hacia nuestra santa Religión; ya no andan desnudos, y trabajan con ardor para procurarse vestidos, siendo más de su agrado los que resaltan por la viveza del color.

Esperamos fundadamente dentro de un breve plazo cosechar opimos frutos en la Misión de Musola; los obstáculos pierden de día en día su pernicioso influjo, y la gracia de Dios va ganando terreno en el corazón tierno de los niños y jóvenes. No sé qué magnetismo tiene el Corazón de María, que de repente se cautiva la voluntad de estos negritos. ¡Quiera la celestial Señora interponer su poderío para quebrantar la cabeza del dragón infernal que tan engañadas trae á estas gentes!

ARTÍCULO XIV

Prefectos apostólicos que han gobernado nuestras Misiones de Guinea.

Datos biográficos del Rmo. P. Ramírez. — Su celo avasallador. — Su enfermedad y muerte. Sucédele el P. Vall-llobera. — Sus sufrimientos y proyectos que llevó á cabo. — Incendio voraz. — Nueva iglesia. — Enferma y muere el segundo Prefecto. — Sucédele el P. Coll. Obras realizadas durante su Prefectura.

El primero de los Padres sobre quien recayó el nombramiento para presidir la Prefectura Apostólica de Guinea fué el Rmo. P. Ciriaco Ramírez. El Señor, que todo lo dispone en número, peso y medida, escoge para el desempeño de

cargos espinosos ó de capital trascendencia personas adornadas de todas las partes conducentes á dicho fin, según los planes de su divina voluntad: tal sucedió con nuestro P. Ramírez. Para llevar á cabo una empresa de tamaña importancia como derrocar la soberanía de Lucifer en un país idólatra y establecer la Religión verdadera, son necesarios hombres completamente muertos á las comodidades del sentido, resueltos á sacrificarlo todo por la gloria de Dios, y dotados de superior energía para luchar á brazo partido con toda suerte de dificultades. Fuera de esto conviene también presentar la virtud con todos sus atractivos y ganarse la voluntad de los pueblos mediante la afabilidad y santa condescendencia.

Distinguióse nuestro inolvidable Padre por su actividad, grandeza de ánimo y una jovialidad que nunca le abandonaba. Bien podía marearse en los trayectos, cosa que le sucedía á cada paso; pero siempre era él la alegría de los tripulantes hasta el punto de que nadie acertaba á separarse de su lado; poseía un inagotable repertorio de chistes é historietas que, sin ofender á nadie, esquivaban penas y mal humor. Entre cuantos le trataron no hubo nadie que le viese agriado ó falto de fuerzas, ó desalentado, cualquiera que fuese el estado de la Misión. El peso del cargo, que para otro hubiera sido abrumador, parecía que ni siquiera le tocaba en los hombros.

Empero esta jovialidad no disminuía la energía de su proceder siempre y cuando lo reclamaban las circunstancias; y si su cara risueña y ordinario gracejo espantaban los pesares, en cambio su inflexible y severa mirada era para hacer volver atrás al más osado cuando se trataba de defender los intereses de la Misión. Su valor cobraba creces ante las dificultades; habíasele escapado un barco inglés, donde pensaba hacer su travesía desde Cabo San Juan hasta Fernando Póo; sin arredrarse por esto se pone á discurrir alguna salida para no retrasar los asuntos, y si no llega á ofrecérsele el vaporcito *Eloby,* se hubiera embarcado en un bote que acababa de contratar.

Dos veces se ofrecen serias dificultades para socorrer con víveres á los Padres y Hermanos de Annobón; pues tuvo la audacia de alquilar todo un vapor inglés, ó también, como lo hizo en la segunda ocasión, de fletar un barco de vela, para socorrer sin demora á los Misioneros. ¿Hácese necesario conocer el estado de sus súbditos y aplicar el remedio conveniente á sus necesidades espirituales ó materiales? No le arredran faltas de comunicación ni de albergues donde pasar la noche. Penetra en los bosques, se presenta á los pueblos bubis, y entre mil peripecias, calor, cansancio, sudor y lluvias hace sus excursiones como si tuviera las carnes insensibles al dolor. Harto se echaron de ver las consecuencias de aquel temple heroico; pues con gozar de una salud á toda prueba, sólo pudo resistir cinco años á las penalidades de su apostólico ministerio.

Pero nada llamaba tanto la atención en el malogrado P. Ramírez como su extraordinaria actividad é inteligente dirección en todo lo concerniente á los trabajos materiales y morales de las Misiones. Enterábase de los más minuciosos detalles: al fundarse las Casas, él mismo demarcaba el solar, trazaba los planos y dirigía las obras; él señalaba á los carpinteros los árboles que debían aserrar, y distinguía perfectamente las maderas más á propósito para vigas, tablones ó cabrias; él echaba sus cálculos con tal exactitud y tino que acertaba

Rmo. P. Ciriaco Ramirez,

Primer Prefecto apostólico de Fernando Póo.

Rmo. P. Pedro Vall-llovera,

Segundo Prefecto apostólico de Fernando Póo.

de fijo el número de tablas y demás materiales necesarios; en resumen: no se le escapaba nada que pudiese contribuir al bien de las fundaciones.

Así se comprende cómo en el breve plazo de dieciocho meses, y aun habiendo de echar mano de carpinteros del país, cuya faena, cuando más, viene á resultar la mitad de la del europeo, pudiese levantar las Casas de Corisco, Elobey, Cabo San Juan, Annobón y Banapá, y un año más tarde las de San Carlos y Concepción. De modo que en Fernando Póo dejó establecidas cuatro Casas con sus respectivos Colegios, y otras tantas en las posesiones adyacentes.

He aquí la ocasión de la enfermedad que nos arrebató al inolvidable P. Ramírez. Llegó á su noticia la perentoria necesidad en que se hallaba la Casa de Concepción, y como por una parte su afán de Padre le urgía á pasar allí sin demora, y por otra no había más medio de transporte que un mal seguro balandro, fuéle preciso embarcarse en él. Por serle el viento contrario tuvo que invertir en el trayecto nada menos que ocho días, sufriendo los ardorosos rayos del sol que le caían á plomo, de noche el relente y con frecuencia molestísimos chubascos. Sobreviniéronle de resultas unas malignísimas fiebres acompañadas de reumatismo, que burlaron todos los cuidados y medicinas, resultando estériles los esfuerzos del digno señor médico de la Armada, que no sabía separarse del lecho del doliente. Como se sintiera falto de fuerzas, y sobre todo cuando un Padre le notificó que su enfermedad se conceptuaba grave, dió de mano á todos los negocios, para atender exclusivamente al de la salvación de su alma. Á la mañana del 30 de Agosto de 1888 se le administraron los últimos Sacramentos, que recibió con extraordinario fervor, y á las tres de la tarde del mismo día entregaba plácidamente su espíritu á Dios, rodeado de sus Hermanos en Santa María de Banapá. General fué el luto y extraordinaria la desolación en Santa Isabel á los primeros rumores de aquel funesto desenlace. El Sr. Gobernador, el comandante del pontón *Ferrolana,* todo el Cuerpo de empleados civiles y militares, y todo el pueblo en masa, sin distinción de católicos y protestantes, asistieron á las honras fúnebres, que se celebraron al día siguiente, lo mismo que al acto del sepelio, que fué sobremanera conmovedor. Apenas desapareció la caja mortuoria de la vista de los circunstantes, los cantores, sin poder ya represar su emoción, rompieron á llorar amargamente, y fué tal el sentimiento de cuantos presenciaron la fúnebre ceremonia, que fué preciso suspender el responsorio, abandonando todos el cementerio con el corazón lleno de angustia y encomendando en silencio á Dios el alma del que consideraban como Padre de toda la Colonia.

Para sucederle en el cargo fué nombrado por la Dirección General de nuestro Instituto, y confirmado poco después por la Santa Sede, el Rmo. P. Pedro Vall-llobera. Parece que el Señor le escogió no menos para ser víctima expiatoria, que para desempeñar las tareas del apostolado en aquellas remotas regiones, pues á contar de la fecha de su llegada (18 de Octubre del mismo año) ó á lo menos dejados aparte los primeros meses de permanencia, fué su vida un continuo y horrible sufrir, si bien que, según eran sus bríos, no le estorbaba el cabal cumplimiento de los deberes anejos á su espinoso cargo.

Visitaba casi sin tregua las Casas de su jurisdicción, examinando detenidamente las causas que podían influir en las enfermedades de sus súbditos, y dictando órdenes oportunísimas, que contribuyeron por una parte á conservar y

mejorar la salud, y por otra á disminuir las fatigas inherentes á las tareas apostólicas en aquellos malsanos climas.

Grande lenitivo llevaban á sus dolores los frutos de bendición que, mediante el favor del cielo, se iban reportando. En Corisco confirmó á cincuenta y dos personas y en Annobón á doscientas treinta y cuatro, fuera de los muchísimos catecúmenos que venían instruyéndose para recibir en su día el santo Bautismo. También causó inefable consuelo á nuestro Padre Vall-llobera el saber el gusto con que la Congregación de Propaganda observaba los progresos de nuestra santa Religión en el Golfo de Guinea, según se desprende del siguiente párrafo de una carta, que su Prefecto, Emmo. Sr. Simeoni, se dignó dirigir á nuestro Rmo. P. Superior General, y que vertida del italiano, dice así: "Ha llegado á nos la relación que V. P. nos hace del estado de las Misiones de Fernando Póo y sus dependencias, con los datos de todo cuanto han hecho y se proponen hacer los Padres de esa Congregación para el desarrollo de las mismas. La hemos leído con sumo agrado, y nos complacemos en tributar á vuestra paternidad los elogios que se merece por tan gloriosa obra á la que con tanta diligencia se consagra, como es la de propagar la Religión católica en aquellas colonias.„

Á los pocos días de la llegada del P. Vall-llobera, tuvo lugar un voraz incendio, que iniciándose en un almacén de materias inflamables de la factoría inglesa, se propagó á nuestra iglesia con tan vertiginosa rapidez, que en menos de dos horas no quedaron sino los muros ennegrecidos y calcinados. Este incidente le llegó al alma, como ya se puede suponer, y para acudir á la imperiosa necesidad de escoger algún edificio, que interinamente sirviese para las funciones religiosas, determinó fuese la escuela. No duró mucho este estado de cosas, porque enterado oficialmente el Ministerio de Ultramar de tan infausta noticia, sin pérdida de tiempo se dictaron las órdenes oportunas para contratar en Bélgica una iglesia de hierro.

Entretanto la salud del Rmo. Prefecto estaba en gran manera quebrantada; había venido de España rebosando salud, y á los pocos meses parecía ya un esqueleto. Comenzó á acentuarse en él la anemia, formáronsele llagas en los pies, y el paludismo le hizo sentir sus efectos de un modo desastroso. No podía salir de Santa Isabel para girar la visita, sin que se le echasen encima las fiebres, y si lograba arribar á la playa de San Carlos ó Concepción no podía recorrer el camino que sube desde la costa hasta nuestra Residencia: era tal su cansancio cuando apenas tenía andada la mitad del trecho, que se ponía á exclamar: Jamás en Europa, aun en los caminos más largos, me había cansado tanto.—Y nos consta que había hecho excursiones bien largas y fatigosas.

Á los padecimientos causados por el paludismo juntáronse otras aflicciones de espíritu anejas á su espinoso cargo, y todas de consuno contribuyeron á minar su salud naturalmente robusta, por manera que aún no habían transcurrido dos años enteros desde su llegada al Golfo de Guinea, cuando le sobrevino la enfermedad que le arrebató á nuestras esperanzas y al afecto que le profesábamos. Recibió los últimos Sacramentos con serenidad, y vió acercarse su hora postrera con marcadas muestras de alegría.

Apenas se supo en nuestra Congregación la infausta nueva, llenóse de tristeza el corazón de todos, singularmente de cuantos le conocían y le habían visto partir dos años antes con tanta salud y alborozo. Era un Misionero de relevan-

tes prendas; antes de encargarse de la Prefectura apostólica, había desempeñado en América el cargo de Superior con mucho tino y singular acierto. Por esta causa su inesperada defunción causó tan profundo y general sentimiento en nuestro amado Instituto.

Para llenar el vacío que dejaba el malogrado P. Vall-llobera fijáronse los Superiores principales en el que escribe estas líneas, que estaba al frente del Colegio de Misioneros que tiene nuestro Instituto en Alagón. Aunque con las diligencias de los Rmos. Prefectos anteriores quedaba el terreno muy allanado y las principales facultades orilladas, restaba todavía bastante que hacer. Cúmplenos, pues, reseñar llanamente lo que el Señor, en su bondad, ha tenido á bien obrar, durante nuestra Prefectura, que data del mes de Octubre de 1890. Hanse impreso las Gramáticas benga y Fa d'Ambú: ésta para los annoboneses y la otra para los indígenas de Corisco y Cabo San Juan; hemos promovido activamente el rescate de niñas pamues, para que, libres del torpe concubinato, puedan llevar una vida arreglada según las leyes de nuestra santa Religión, obra que si bien pareció fracasar á los principios, va dando actualmente felicísimos resultados; procedióse también al arreglo de los matrimonios en Annobón, cosa por demás dificultosa por creer los annoboneses que no era lícito á la mujer proceder á segundas nupcias, y por causa de los gastos que ocasionaba la excesiva solemnidad de las bodas; estableciόse la práctica de señalar á cada alumno una parcela de terreno para que cultivándola se prepare un honroso porvenir, medida innecesaria si el alumno prefiere seguir algún oficio, ó imposible si no se puede disponer de terreno suficiente.

Á fin de evitar enfermedades y mejorar la salud de los Misioneros, fuera de tomarse los excelentes preservativos indicados por el Rmo. P. General, se ha llevado á feliz remate la traslación de las Casas de Elobey, Cabo San Juan y Annobón, cuyas favorables consecuencias, en orden á la salud, hemos podido observar palpablemente. Para afianzar más y más el fruto de las Misiones hemos tomado á pechos la fundación de pueblos cristianos alrededor de nuestras Residencias, en las cuales damos cabida á los jóvenes educandos, para que, constituídos después en padres de familia, aseguren el bienestar moral y material de las reducciones. Hanse fundado dos nuevas Casas, las de Basilé y Musola: ésta para atender mejor á la conversión de los bubis que pueblan el interior de la isla, y aquélla para administrar los auxilios espirituales á los colonos españoles allí residentes. Últimamente se llevan hechos numerosos y fecundos ensayos, tanto sobre el cultivo de los artículos que pueden rendir mayor utilidad, como sobre el método con que deben tratarse las fiebres ematúrico-biliosas, que tanto comprometen la salud y aun la vida del extranjero.

Llévese Dios nuestro Señor la gloria de todo: nuestro deseo es cumplir su santísima voluntad; nuestro afán, procurar la salvación de las almas, y nuestra ilusión, conseguir la felicidad que en el cielo tenemos prometida.

ARTÍCULO XV

Viajes de los Rmos. Padres General y Prefectos apostólicos.

Primer viaje del Rmo. Padre.—Enfermedad gravísima.—Entra en convalecencia.—Segunda excursión á Guinea.—Último viaje del mismo Rmo. P. General á Fernando Póo.—Viajes del Rmo. P. Ramírez.—Idem del Rmo. P. Coll.—Otros viajes.—Protección maternal.

Por la importancia que han tenido para el bien de las Misiones de Guinea, no será fuera de propósito, decir cuatro palabras sobre los viajes que se han emprendido á estas regiones, y principalmente sobre los que lleva hechos nuestro Superior General, Rmo. P. José Xifré.

El primero tuvo lugar en 1884, precisamente cuando el Rmo. P. Ramírez emprendía la vuelta á la Península, para promover el desarrollo de la Misión, conforme dejamos referido en otro lugar. Después de enterarse de la marcha de la Comunidad de Santa Isabel, única que entonces existía, y de dar á los Padres acertadísimas reglas de conducta, embarcóse en el vapor inglés *Kinsembo* para volver á la Península. Al llegar al golfo de Benín (Guinea Superior) sobrecogióle una enfermedad de carácter tan desusado, que ningún médico acertó á definirla. No son para dichos los sufrimientos que le trabajaron durante aquella travesía: solo, sin que nadie le comprendiese, con fiebres, vómitos y escalofríos que se repetían casi á diario, sin retener cosa en el estómago, y en fin, experimentando agudísimos dolores, llegó tan débil á Inglaterra que no se podía tener de pie. Afortunadamente traía registrada la dirección de D. Eloy Ramírez, hermano del primer Rmo. P. Prefecto, por cuyo motivo, al llegar á Londres, fué su primera diligencia averiguar el domicilio de D. Eloy, quien le prodigó tales cuidados que el Rmo. Padre no hallaba frases bastante significativas para mostrar su agradecimiento; en fin, después de Dios, á él debe la vida. Inicióse ya en Londres una mejoría que daba manifiestos indicios de perseverar, por donde el Sr. Ramírez dirigió al M. Rdo. P. Subdirector un telegrama en este sentido: "Padre General, fuera de peligro.„ Fué la primera noticia que se tuvo de su regreso, y no hay por qué describir las fervientes plegarias que se elevaron al cielo para conjurar aquella desgracia y recabar el total restablecimiento de nuestro Padre. Aún tardó dos meses en entrar en franca convalecencia: pues llegado á España se recrudeció el accidente, en términos de que los facultativos le daban ya por desahuciado. Pero el Señor, que es dueño de la vida, quiso conservársela, para que prosiguiera consagrando su actividad al bien de los negritos y principalmente al incremento de nuestra amada Congregación. Nuestro Rmo. Padre consideró su primer viaje de tal trascendencia que le oimos declarar:—No me arrepiento de haber emprendido este viaje, y no lo hubiera omitido, aunque hubiera sabido de antemano lo que me iba á suceder.

Cuando todavía le quedaban resabios de la enfermedad pasada, partió á Madrid, para acordar con el Gobierno de S. M. el envió de nuevos Misioneros, en lo cual se dió tan buena maña, que por Octubre del mismo año salía la Real orden autorizando la creación de nuevas Misiones en Annobón, Corisco, Cabo

RMO. P. JOSÉ XIFRÉ

SEGUNDO SUPERIOR GENERAL

San Juan y Banapá, más la apertura del Colegio de niñas en Fernando Póo. En los primeros días de Noviembre salían los nuevos expedicionarios.

Su segunda excursión á Guinea verificóse en 1893, y, transcurridos apenas dos años emprendió otra; los resultados de ambas, aunque menos visibles, fueron también de sumo provecho y utilidad: vamos á referirlas más detalladamente. A principios de 1893 resolvió nuestro amadísimo Padre visitar á nuestros Misioneros de Chile sin arredrarle ni lo avanzado de su edad, casi octogenaria, ni las fatigas y riesgos que le esperaban tanto por mar, como por tierra, principalmente en la travesía de los Andes. El viaje, gracias á Dios, verificóse con más felicidad de la que podría humanamente esperarse y cuando creíamos que permanecería alguna temporada en la Península para reponerse, se embarcó sin demora con rumbo á las posesiones de este golfo de Guinea. Difícil sería describir la incomparable sorpresa que tuvimos al poderle abrazar, cuando menos lo esperábamos, en la playa de Santa Isabel, tanto más cuanto no descubríamos en las animadas facciones de su rostro ni siquiera una huella de sus pasados viajes. Giró la visita por las cinco Casas de que constaba entonces nuestra Prefectura, recorriendo millas y millas en un bote mal seguro, dictando por todas partes tan acertadas disposiciones, que la mejora que se observó en la salud de todos, podría salir á la defensa contra cuantos osasen criticarlas. Una cosa análoga nos acaeció en la última visita de 1895, desde la cual han sido contadísimas las defunciones de Misioneros que hayamos tenido que lamentar (1).

También el Rmo. P. Ramírez, fuera de las excursiones al interior de la isla y á Gabón, de las que ya hicimos mérito en el art. II, emprendió dos notables expediciones: la primera hasta Canarias á fin de conferenciar con nuestro Rmo. P. Superior General sobre asuntos de capital trascendencia para el bien de las Misiones, y la segunda á la Península llamado por la Dirección General de nuestro Instituto, para asistir al Capítulo que se celebró en Madrid á mediados de 1888. En este viaje á España acompañáronle dos jóvenes indígenas: llamábase el uno Tomás, natural de Corisco, y se distinguía por su despejo y soltura; el otro, cuyo nombre era Pela, hijo de Ullem, cacique poderoso entre los bubis de San Carlos, fué bautizado en Madrid por el Excmo. Sr. Di Pietro, Nuncio de Su Santidad en España, y apadrinado por S. M. la Reina Regente, recibiendo los nombres de Mariano Cristino. Actualmente vive en San Carlos unido en matrimonio con una mujer católica, cultivando la parcela de terreno que tiene señalada en San Carlos. Tomás Ilanda falleció en Corisco hace ya bastante tiempo.

También nosotros hemos podido felizmente emprender excursiones á España para el bien de estos negritos. La primera en 1892 para asegurar la protección del Gobierno en favor de las niñas que, deseosas de abrazar el cristianismo, se viniesen á la Misión, abandonando el pesado yugo de los polígamos infieles. Esta medida nos pareció necesaria para que los pueblos nacientes de San Carlos y Concepción pudieran desarrollarse con desahogo. La segunda vez me

---

(1) Al poner en máquina el presente pliego recibimos la infausta noticia de la muerte de nuestro Rmo. P. Xifré, acaecida ayer 3 de Noviembre en nuestro Colegio de Cervera. ¡Pérdida sensibilísima para nuestro Instituto, que lo veneraba como á su segundo fundador!

dirigí á España para asistir al Capítulo General extraordinario de 1895, en que debían ventilarse asuntos importantísimos referentes á las Misiones de Guinea. Mi tercer viaje obedeció á un llamamiento del Rmo. P. General, con el fin de arreglar otro asunto de trascendencia. Por último, una afección á la vista, que hubiera podido comprometer el órgano, me obligó á volver de nuevo para hacerme reconocer por los facultativos. Notablemente aliviado regresé á mi destino para reanudar las múltiples tareas del cargo que me impuso la obediencia.

Del propio modo los Padres Juanola y Casassas extendieron hacia el Sur sus excursiones, ya por motivos de salud, ya para tomar informes sobre la aplicación de la vía Decouville, que tantos servicios nos ha prestado posteriormente para el desembarque de los víveres. Es un adelanto sencillo, pero de utilidad reconocida.

En los múltiples y azarosos viajes y travesías que con tanta frecuencia se hacen indispensables para la buena marcha de los asuntos, hemos experimentado siempre una protección especialísima por parte de nuestra Inmaculada Madre María. El mar abre muchas veces las bocas del abismo, las olas se levantan hasta las nubes, soplan vehementes los tornados, vuélcanse ó quiébranse las mal seguras embarcaciones; pero el Hijo del Corazón de María no teme, pues la experiencia de tantos años le da garantías seguras de su maternal protección (1).

---

(1) Vaya como prueba el siguiente suceso ocurrido al P. José Sutrías y que refiere él mismo con estas palabras: "Por asuntos referentes á estas Misiones hube de emprender un viaje marítimo con toda urgencia dejando á Dios por Dios, esto es, suspendiendo el día de retiro espiritual que había comenzado con la Comunidad, y supliéndolo del mejor modo posible durante mi navegación.

El cayuco á cuyo bordo hube de pasar era algo voluminoso, con poco lastre y vela larga y tendida; no tardó en desencadenarse un viento fuerte contrario que nos puso en gran peligro. Después de mil zozobras é inútiles esfuerzos viene á mí el timonero y me dice: — Padre, bueno sentar aquí; la brisa y la marea son ya contrarios; cuando venga el viento favorable, podremos irnos.—Sometíme llanamente al parecer del conductor, hombre fuerte, entendido y experimentado. Bajan las velas, sueltan ancla y queda la embarcación meciéndose suavemente por las olas, mientras los remeros aprovechan el tiempo dedicándose á la pesca con anzuelo.

Unas dos horas pasaríamos anclados, cuando oigo decir que la brisa favorable comienza ya á soplar.—Ancla arriba—gritan; pero ¡cuán sorprendidos quedan al ver que no pueden dos robustos hombres subir el ancla! Pónense cuatro y tampoco; va el patrón y nada consigue; el ancla no cede. En media hora de esfuerzos extraordinarios quedaron aquellos indígenas rendidos, perdiendo ya toda esperanza de subir el ancla. Nos hallábamos en alta mar, y ni podíamos proseguir el viaje, ni volvernos á casa. Destituídos como estábamos de todo favor humano, faltos de fuerzas corporales los tripulantes, no teníamos más recurso que la divina Providencia. Á ella acudí con todo fervor, acompañándome en mis oraciones un niño de la Misión y pusimos por intercesora á la Estrella de los mares, María, y al glorioso Apóstol de las Indias para que nos sacasen á bien de trance tan apurado. ¡Cosa maravillosa! Á poco de haber implorado la protección del cielo, un tripulante, como instintivamente, coge la cadena y él sólo la va levantando con la mayor facilidad, cosa que antes todos juntos no podían. Lanza un grito de sorpresa y acudieron todos al momento para ayudarle á subir el ancla, después de lo cual proseguimos la travesía sin ningún percance. No dudo que nuestras oraciones, aunque humildes, fueron favorablemente despachadas por el Altísimo, en gracia de los intercesores á quienes acudimos.„

CAPITULO III

FRUTOS DE LAS MISIONES

ARTÍCULO PRIMERO

Frutos materiales.

Los Misioneros y la colonización. — Explotación agrícola y movimiento comercial. Asistencia corporal de enfermos. — Salvajes y civilizados.

PARA satisfacer el deseo de los piadosos bienhechores que tanto se interesan por las Misiones de Guinea, así como para tapar la boca á tantos como, ó por malicia ó por ignorancia, se desatan en mil calumnias y falsedades contra los Misioneros, afirmando sin rebozo que nada de provecho han realizado hasta la fecha, resultando completamente estériles los fondos consignados en el presupuesto y los sacrificios de las personas caritativas, explicaremos en este capítulo los frutos materiales, científicos y morales de las Misiones, resumiendo por una parte lo que ya llevamos dicho sobre este propósito, y detallando además noticias y episodios que no han podido tener cabida en otro lugar más oportuno.

Y comenzando por los frutos de orden material, los Misioneros han sido en aquellas regiones no sólo los principales defensores de nuestra soberanía, sino elementos poderosísimos de colonización. Así se lo prometía el Gobierno, según consta en la Real orden con que fueron encargadas á nuestro Instituto las Misiones de Guinea y, gracias á Dios, no le han salido fallidas sus esperanzas. En otro lugar referimos el incalculable servicio que prestaron nuestros Padres á la Patria, izando en Annobón la bandera nacional, cuando á raíz de la conferencia de Berlín, trataron los alemanes de posesionarse de aquella isla. Sin esto tal vez hubiera surgido un conflicto lamentable y de funestas consecuencias para nuestra desventurada Nación. Fuera de esto no han perdonado género de diligencias y sacrificios para contribuir al bienestar temporal de los colonos españoles residentes en Santa Isabel y Basilé, cosa que nos agradecerán en el alma, cuantos abriguen un sentimiento de compasión y patriotismo en favor de aquellos pobrecitos españoles, que se ganan el sustento trabajando tan lejos de la patria y bajo un clima tropical y malsano.

Aquí correspondería hablar de los trabajos hechos para fomentar la agri-

cultura y el comercio, no sólo inspirando á los indígenas, naturalmente indolentes y holgazanes, hábitos de laboriosidad, sino abriendo caminos y fincas de explotación, ensayando diferentes producciones, animando, desengañando y dando excelentes consejos á los comerciantes de la Península para dar salida á sus negocios mercantiles. Harto lo saben cuantos han podido apreciar en el puerto de Barcelona los excelentes productos del país, y bien podrán recordar que en 1898 se importaron en aquel puerto 1.260.000 kilos de cacao, procedentes de sola la isla de Fernando Póo, cuyos derechos de Aduana, sin contar el 40 por 100 de otros impuestos extraordinarios, alcanzaron la respetable suma de 567.000 pesetas. Y pues en la tercera parte de la Memoria hemos de hablar detalladamente sobre este asunto de la explotación comercial y agrícola, juzgamos inútil añadir nada más á lo dicho.

Aunque el fin principal del Misionero es procurar la salud de las almas, no escasea sus medicinas y servicios para curar ó aliviar las dolencias del cuerpo, sobre todo en aquellos países donde los enfermos apenas se merecen consideración alguna por parte de los naturales, viniendo muchos á morir á consecuencia de una enfermedad, que hubiera podido atajarse del modo más sencillo.

"Un día—refiere el P. Sutrías—giré la visita á un pueblo distante una legua de la Misión, y al preguntar si había enfermos, me dijeron que había uno. Dirigíme al momento hacia la casa en que estaba el enfermo, joven de unos veinte años, instruído en la Misión, el cual parecía un esqueleto.

„Permanecían á su lado unas dieciséis personas, las que cabían en la habitación, todas contemplando al paciente, y él á su vez mirándolos á todos, sin cruzarse entre ellos la menor palabra.

„Pregunté al pobre moribundo por su estado de salud; pero él, sin responderme, me miró atentamente, hasta que por fin me dijo con voz muy apagada por su extrema debilidad:—*Padre, yo no oye.*—Levanté algo más la voz, pero apenas me entendía, y acordándome entonces de que siendo estudiante, en una de las conferencias, el Rdo. P. Aldaz, en aquella sazón Maestro, nos dijo que al hablar á los enfermos que van perdiendo el uso del oído, mejor oyen y entienden hablándoles á la frente que al oído, puse en práctica el consejo, dándome un resultado tan feliz, que el que no me oía levantando la voz más de lo natural, me oyó perfectamente cuando en voz baja le pregunté qué le dolía y cuántos días llevaba en cama. Contestóme á todo muy afectuosamente. Pero al verle tan escuálido, preguntéle qué comía. Y me dijo que nada.—¿Por qué? —Yo no tiene gana—contestó. Le pregunto cuántos días hacía que no había comido.—Unos ocho—me dice.

„Creyendo que no podía prolongarse mucho su vida, le hablé de confesión, y se ofreció gustoso; procuré salieran los indígenas que estaban en aquella lóbrega habitación, y luego le dispuse del mejor modo posible, según el estado de debilidad en que se hallaba el pobrecito enfermo.

„Ofrecíle medicina de la Misión y el alimento que entonces necesitaba, encargando á un sensato indígena tuviese la precaución de darle algo cada tres ó cuatro horas. Con este régimen, puntualmente observado, fué mejorando cada día; y en las frecuentes visitas que le hacía, conocí que mi presencia le infundía grandes ánimos; su convalecencia fué larga, pero al fin salió del peligro y curó perfectamente.

„Otra vez—cuenta el mismo Padre,—hallábame instruyendo á los niños del Colegio, cuando viene un indígena á todo correr y me dice:—Padre, en la playa hay una mujer que hace dos días no come; ya va á morir.—Voy al momento con algunos niños, y, en efecto, veo ser verdad lo que se me había dicho: estaba la pobre sentada y encorvada por la falta de fuerzas, sin poderse tener en pie; en aquel entonces subía la marea, llegando ya á los pies de la enferma y de cuantos le prestábamos auxilio, sin el cual hubiera sido, á no tardar, arrastrada por las olas. Como la pobre enferma no podía valerse, tres niños de los más fuertes trataron de levantarla, pero luego caía por su propio peso, extenuada de fuerzas; así es que hubo necesidad de que unos hombres robustos la condujeran á lugar seguro y cómodo, valiéndose para ello de una improvisada camilla. Colocada cuidadosamente sobre un piso de tablas, se le procuró el alimento corporal que necesitaba y el espiritual de los santos Sacramentos, pues estaba tan acabada, que temíamos que por momentos iba á expirar; pero felizmente pude confesarla y administrarle la Extremaunción á eso de las seis de la tarde. Se le procuraron las comodidades posibles, poniéndola debajo de un cobertizo, y se le dió una manta con que abrigarse durante la noche, á todo lo cual quedó la pobre muy agradecida. Falleció tranquila y contenta el día siguiente por la mañana.

„Visitando un pueblo—contaba el P. Riverola—tuvimos ocasión de ver á un niño en el estado más lastimoso y cubierto de lepra: moraba en una casucha fuera de la población, juntamente con dos personas contagiadas por él mismo; la población los había arrojado de sí para que no cundiera el contagio y tomara mayores proporciones. Viendo nosotros al niño en estado crítico y que de un día para otro podía morir, rogamos á su padre nos lo llevara á la Misión para bautizarle y salvar así aquella pobre alma, á lo que accedió después de una corta resistencia.

„Luego de bautizado, le instamos para que dejara á su hijo en la Misión, dándole fundadas esperanzas de que con la bendición de Dios y con el auxilio de las medicinas lograríamos su curación, si Dios quería: todo lo consintió el padre del muchacho, aunque con cierta prevención. Desde entonces ha mejorado mucho y confiamos que llegará á un completo restablecimiento.„

Mas para comprender el alcance de todos los favores materiales que la Misión derrama pródigamente sobre los indígenas, es fuerza comparar la vida de los salvajes en el bosque, faltos de lo más indispensable y arrastrando una vida grosera y brutal, con las comodidades y ventajas de los pueblos instalados por los Padres alrededor de nuestras Casas. Allí se les construye una vivienda modesta sí, pero desahogada, se les proporciona alimentos, vestidos y medicinas, se les socorre á los principios con una limosna para poder soportar las cargas del matrimonio y, en una palabra, reciben del Misionero toda la protección y socorro que podrían esperar de la madre más cariñosa.

Fruto de la actividad y celo de los Padres ha sido la introducción del teléfono, vía Deconville, fabricación de cal, ladrillos, etc., etc.

Después de todo es cierto que no tienen grande significación los frutos materiales reportados de las colonias de Guinea, á pesar de los esfuerzos de los Padres, lo cual debe atribuirse por completo al lamentable abandono en que han sido tenidas hasta la fecha aquellas apartadas regiones.

ARTÍCULO II

Frutos científicos.

Instrucción en las ciencias y en las artes.—Publicación de *Gramáticas*.—Alrededor de la isla.—Excursión al interior.—Al pico de Santa Isabel.—El lago Loreto.—El lago Claret.—Aguas minerales.—Estudios sobre la fauna, flora, condiciones higiénicas y agrícolas de las diferentes zonas.

Puesto que al reseñar el desarrollo de los Colegios establecidos en Guinea, quedó suficientemente declarada la índole y el alcance de la instrucción que reciben los alumnos, y, como por otra parte, ya se hizo la descripción de algunos exámenes donde tan gallardas muestras dieron de su aplicación y excelentes habilidades, juzgamos inútil añadir más pormenores, y baste consignar aquí dicha instrucción como principalísimo fruto de la acción bienhechora del Misionero.

Otro de los frutos reportados ha sido extender nuestro hermoso idioma por aquellas apartadas regiones y estrechar así más y más los lazos entre los indígenas y la metrópoli. ¡Qué indecible placer sienten los colonos al oir resonar por Santa Isabel los armoniosos acentos de su lengua nativa en lugar de los sonidos vagos y entrecortados del inglés! ¡Qué gusto da oir á nuestros pobres negritos romper á hablar en español, cuando apenas conocen el idioma de sus paisanos! Y ¡qué satisfacción le cabe al Misionero al hallar por los pueblos dos ó más jóvenes, que en calidad de intérpretes, le prestan excelentes servicios para entenderse con los naturales! Para facilitar esta misma inteligencia con los negros indígenas, publicó el P. Juanola un *Ensayo de Gramática bubi*, logrando allanar el primero las dificultades de este idioma con sus tres dialectos. He aquí cómo se expresa en el Prólogo:

"De verdad no fueron vanas imaginaciones las dificultades que ya desde el principio dejábanse entrever. Semejante al que quiere abrirse paso por entre espesísimos bosques tropicales, después de fatigar su forzudo brazo el duro hierro del machete, sin rastrear todavía sendero alguno, se expone á perecer de cansancio y sin humano socorro, así varias veces temimos no salir con nuestra empresa, fatigados, por decirlo así, entre una selva de dificultades. Sin camino, ni sendero, ni rastro de ninguna clase, esto es, sin ningún escrito sobre esta lengua bubi, idioma completamente nuevo, negándonos muchas veces las respuestas, ó diciéndonoslas opuestas á lo que con lealtad y franqueza preguntábamos al indígena, tan ladino y desconfiado como sus caminos y bosques, donde vive una vida poco menos que de bruto: sin intérpretes competentes en esta primera parte, nos hemos visto muchas veces á peligro de desmayar y perecer en nuestra idea."

También el Rdo. P. Salvadó (q. e. p. d.) logró determinar las reglas del benga, idioma que se habla en Corisco, pueblos de su bahía é islas adyacentes. Por último, debemos al celo y estudios del Rdo. P. Isidro Vila, los *Elementos de Gramática ambú*, especie de amalgama del portugués con la lengua primitiva de los annoboneses.

Réstanos ahora presentar las principales exploraciones hechas en la isla fernandiana, resumiendo las excursiones de nuestros Misioneros ya que, sobre no carecer de interés, contribuirán á que se conozcan y aprecien mejor nuestras posesiones de Guinea.

Excursión alrededor de la isla. — "Eran como las seis de la mañana —cuenta el P. Juanola—cuando el vapor zarpaba de las aguas de la pequeña, pero segura y bien formada bahía de Santa Isabel en dirección á la de San Carlos.

„Durante la travesía, de unas treinta millas, pudimos contemplar el gigantesco Pico de Santa Isabel, ceñido aparentemente como con faja de nieve, pero en realidad rodeado de una nubecilla muy blanca.

„Íbamos rodeando y descubriendo por señales de desmonte y humo los pueblos bubis de Basipú, Basacato, etc., cuando de repente descubrimos, por el lado de babor ó costado izquierdo del barco, y algún tanto hacia la proa, unos como santones, y son unas rocas ó arrecifes como á más de una milla de la playa, temibles á las grandes embarcaciones. Parecen á manera de centinelas guardando la entrada de la bahía de San Carlos. El barco dió la vuelta á una respetable distancia, y sin novedad pudimos luego fondear dentro de la bahía.

„Es ésta grande, espaciosa y con buen fondeadero, entre siete, nueve y quince brazas. Sin embargo, en tiempo de tornados no es tan abrigada como la de Santa Isabel, y créese que habría mayor seguridad si se escogiera por fondeadero un puerto más cercano á la desembocadura del río Hondo, donde hay siete, diez y hasta doce brazas de fondo; empero el paso no es muy seguro, y por lo mismo se prefiere anclar frente á la factoría de Mr. Vivour. Al contemplar la frondosidad de esta grandiosa finca de café y cacao, se forma uno idea exacta de la inmensa riqueza que podría explotarse cultivando con esmero esta isla de Fernaddo Póo.

Como á las once salíamos de esta bahía para la de la Concepción, dando la vuelta por el Sur. Pudimos ver las hermosas montañas de Batete y Bokoko, últimos pueblos bubis del Sur ó Sudoeste. Luego se presentó á la vista una pintoresca llanura de muchos kilómetros cuadrados; á esto se siguieron las solitarias y escuetas montañas del Sur, figurando unas veces torreones encantados y horroríficos precipicios otras; aquí las bravatas de las olas, estrellándose contra el escueto muro, que quisieran escalar; allí altas y lucientes cascadas y saltos de agua recreaban nuestra vista y enardecían la imaginación.

„En esto el cielo se obscurece y el relámpago y el trueno presagian el temible *tornado*. Por de pronto, cesan al parecer aquellos encantos; mas yendo nosotros en dirección contraria, le dejamos pasar por la derecha; él siguió furioso su camino y nosotros tranquilos el nuestro.

„A las tres de la tarde anclábamos ya en la otra bahía de la isla, hoy llamada de la Concepción, hecho histórico que nos recuerda que el 8 de Diciembre fué cuando Primo de Rivera desembarcó en esta bahía al venir de tomar posesión de Annobón.

„Esta bahía, guarecida por dos puntas, llamada de Concepción la del Sudeste y de los Cañones la del Nordeste, tendrá como unas tres millas de diámetro por una y media de fondo. Es pequeña, pero muy bien formada. Sus playas son muy malsanas, á causa de las muchas aguas encharcadas que allí

hay y por correr en rededor de su mitad Norte un río que, si bien es caudaloso, sus aguas van como muertas á desembocar en el mar.

„Es mucha el agua que reúne esta bahía antes de entregarlas al Océano. Desembocan en ella perennemente por lo menos seis ríos de caudal bastante considerable. Los altos de la bahía son ya más sanos y ventilados, en especial los de Bolope y Biapa.

„Desde este sitio se descubre la roca ó el islote de Levén, que viene á ser el nido ó la guarida de millares de pájaros pescadores, y desde el cual se puede contemplar todo el Este de la isla, á la manera que el islote Horacio domina todo el Norte y el de los Loros todo el costado occidental. Llámase de los *Loros* por ser innumerables las bandadas de estos pájaros que desde Fernando Póo acuden á él para reposar durante la noche.„

Excursión al interior.—He aquí cómo refiere el Rdo. P. Albanell esta interesante expedición: "Componíase el personal expedicionario del difunto Gobernador, Sr. España, del Sr. Bailo, el P. Juanola y el que suscribe, acompañados de cuatro alumnos y veintisiete krumanes. Partimos todos de la bahía de Santa Isabel á bordo del cañonero *Salamandra,* á la una de la mañana del día 18 de Febrero, llegando sin novedad á la bahía de la Concepción á las ocho de la misma mañana. Desembarcamos sin percance alguno, pues la mar estaba completamente tranquila, para dirigirnos á nuestra Casa-Misión, situada en la misma bahía, á una altura de 272 metros sobre el nivel del mar, acompañados del Hermano Puig, que bajó á recibirnos. Entramos en el pueblo entre *¡vivas!* y atronadoras salvas de los católicos indígenas, que con los niños del Colegio y los reverendos Padres de la Misión habían salido á recibirnos.

„Había notable diferencia entre la temperatura del litoral y la de estas alturas, donde se disfrutaba un fresco muy agradable, pues el termómetro oscilaba entre 31° y 20 centígrados. Gracias á la benignidad de este sitio pudimos contemplar uno de los manzanos que, plantados por el Rdo. P. Juanola mientras fué Superior de aquella Misión, tenía ya varias frutas casi en sazón. No obstante, las manzanas en estas alturas no llegan á ser tan sabrosas como las de la Península. También vimos una vid recien traída de España que estaba fresca y lozana y que había producido pámpanos. Parece prometer algo, pues á la misma altura, y aun menor, se da la vid silvestre, que produce racimos de grandes proporciones, si bien su fruto sabe á una acidez bastante pronunciada.

„Pernoctamos en la Misión para continuar nuestro itinerario y dirigirnos al día siguiente hacia el lago Loreto.

„Andando nuestro camino pasamos por un pueblecito de bubis llamado Balachalachá. Los habitantes nos dispensaron afectuoso recibimiento y correspondimos á su buena voluntad regalándoles tabaco y caña, artículos muy apreciados de los indígenas.

„Hicimos noche á poca distancia del pueblo indígena, acomodándonos en nuestras hamacas y tiendas de campaña. Estábamos á 930 metros sobre el nivel del mar y el termómetro á una temperatura media de 25° centígrados. Al día siguiente (20 Febrero 1897) pasamos el río Ruma, encontrando numerosas especies de helechos, desde el arborescente, que alcanzaba cinco y siete metros, hasta el más diminuto; varias especies de flores, entre las cuales estaba el lirio

silvestre; pero ninguna de ellas exhalaba olor. El bosque cambiaba de vegetales á medida que íbamos subiendo, y el verde musgo cubría desde la piedra hasta el más empinado árbol.

„Protegidos de los rayos del sol por la sombra de los árboles del bosque, llegamos al lago Loreto á las once y media de la mañana. Visitamos los manantiales, é hicimos noche no lejos del río Ruma.

„Por falta de agua potable no pudimos dormir junto á los manantiales; pero acampamos más arriba, en la cumbre de un hermoso monte, entre los manantiales y el río Ruma, pasando la noche del 21-22 en este sitio, que era igual en altura al Loreto.

„Al amanecer del día siguiente, dispuesto ya el personal, nos dirigimos hacia la residencia de Moka, y según íbamos subiendo notábamos distinta vegetación, hasta que, dejando el espeso bosque, divisamos paisajes semejantes á los de la Península; montañas más ó menos elevadas, pequeños cerros, llanuras cubiertas de hierba, helechos, de trecho en trecho grupos de árboles y arbustos. Nos hallamos á una altura de 1.280 metros. Los pueblecitos bubis que allí están enclavados á la sombra de los árboles plantados, con objeto de tener combustible, por el indígena; las extensas, bien alineadas y verdes plantaciones de ñames y malanga que, para su subsistencia, cultiva el bubi; la zarza y otras hierbas de la Península, que no podemos ver en los litorales; la fragancia que exhala la menta y hierbabuena, al ser movida por el viajero mientras pasa por estos estrechos senderos, todo lo cual, unido á la frescura del ambiente, recrean dulcemente al transeunte y parecen transportarle á su querida España. Todo lo dicho, junto con un extenso horizonte, forman del valle de Moka el panorama más hermoso de cuantos se han visto en la isla.

„Acampamos frente al pueblo de Moka en una arboleda, en donde encontramos al H. Puig, que había salido de la Misión de Concepción acompañando algunos hombres con víveres para continuar nuestra excursión.

„Llegado que hubimos al pueblo del jefe supremo de los indígenas, nos internamos en él por un ancho camino, cercado con secos troncos de helecho arborescente, hasta llegar á la habitación de Moka, sobre cuya vivienda ondeaba la bandera española.

„Salió dicho jefe al encuentro de la comitiva y nos saludó, según su costumbre, sin cesar de contemplarnos y prorrumpir en frecuentes exclamaciones y cumplimientos.

„El Sr. Gobernador le tomó cariñosamente de la mano y le hizo sentar á su lado, y después de larga conferencia le regaló caña y algunos cigarros. Moka, portándose según convenía, regaló un cordero al representante de España.

„Como la noche se iba acercando, dormimos bajo la arboleda, entre los cantos del gallo, los balidos de las ovejas y el fresco de aquellas alturas, que el termómetro señalaba 20° centígrados máxima y 15° mínima en una altura de 1.200 metros.

„Al día siguiente, 23, partimos para ver un lago situado sobre las alturas del valle de Moka. Después de una hora de subida nos hallábamos en el último pueblo de la montaña, á una altura de 1.400 metros, llamado Echuebba (que quiere decir sobre la cabeza). Descansamos en este pueblo, donde almorzamos. El Muchuku y su gente nos recibió muy bien.

„Nuestros estimados Misioneros de Concepción han tenido la feliz idea de plantar árboles frutales, que encontramos en muy buen estado: la higuera, el manzano, el melocotonero, la vid y el peral estaban muy lozanos. Durante nuestra permanencia en Moka y en Echuebba comimos patatas cosechadas en este último pueblo. Visitamos el campo que las produce, y son de buena calidad, si bien después de replantadas dos ó tres veces degeneran algo, y es mejor renovar la semilla traída de Europa. —Hemos ya visitado nuestros plantíos, y descansado, y vamos caminando hacia el lago de Moka. Una hora y quince minutos de andar y ya lo estamos contemplando. Es mucho mayor que el Loreto y tiene el agua salida por la vertiente del Sur; en tiempo de lluvia el nivel del agua sube, bajando en la estación seca, dejando en su parte Norte cierta playa. Como la altura no lo consiente, no tiene este lago las vertientes pobladas de árboles, como el Loreto; pero sí de alta hierba, helechos y matorrales. La escasez de tiempo no nos permitió bajar hasta el agua. Hemos subido á 1.800 metros.

„Antes de apartarnos de estas frescas alturas, nos parece oportuno notar que los indígenas que moran en estos sitios son más robustos que los que habitan más abajo; que edifican con más orden, hermosura y solidez los pueblos (pues en el valle de Moka los hay que tienen las calles empedradas, no con mucha finura, y cerradas lateralmente por empalizadas de troncos de helecho arborescente, las casas construídas sobre una plataforma, empedrada y más alta que el resto de la calle); tienen las facciones más semejantes al europeo, notándose principalmente más prolongación en la nariz, sin tenerla achatada, como los que moran en los litorales.

„Vamos bajando, á la vez que cruzamos la playa en dirección Sudoeste hacia Musola. Es preciso pasar otra noche en el bosque, y acampamos bajo dos ó tres copudos árboles, junto á un riachuelo de agua potable y cerca de otros manantiales de aguas minerales, que visitamos el día siguiente por la mañana.

"Notamos que los hervideros ó manantiales lanzaban el agua á mayor altura que los anteriores, y que el gas carbónico desprendido subía más alto, puesto que en las primeras sólo llegaba su acción á 0'50 metros del suelo, y en éstas á 1,20 metros. Estos manantiales, que gustaron mucho á todos los expedicionarios, fueron descubiertos en la misma época que los de Riaká y por el mismo Rdo. P. Juanola. Los indígenas los llaman manantiales de Mioko.

„A las diez de la mañana del 28 nos embarcamos en la bahía de San Carlos en el *Salamandra*, llegando sin novedad, gracias á Dios, á la bahía de Santa Isabel á las cuatro de la tarde del mismo día.

„Durante esta excursión hemos podido observar varios terrenos de la isla que se prestan con ventaja al cultivo del cacao y del café, como son los terrenos de la bahía de la Concepción y Musola. Especialmente citamos esos terrenos, porque además de que la tierra es excelente para la producción de los citados frutos, está bien surtida de aguas potables y en buenas condiciones para vivir sin tanto peligro de fiebres el europeo, sobre todo escogiendo por morada la altura de 300 metros arriba. Estos terrenos, según la experiencia lo acredita, se prestan para la hortaliza y cría de ganado menor.

„En las alturas de Moka resaltan todavía más algunas de estas envidiables cualidades. Las llanuras y cerros llenos de hierba, hacen de aquellas alturas

sitios muy á propósito para la cría de ganado vacuno. Está fuera de duda que en aquellas alturas viviría con menos peligro el europeo, pues los indígenas que allí habitan no saben lo que sea padecer fiebres.„

Excursión al Pico de Santa Isabel.—Era el 26 de Noviembre de 1894 cuando el cañonero *Salamandra* desembarcó en este puerto de Santa Isabel un naturalista portugués, Sr. Newton, comisionado por su Gobierno para hacer estudios sobre la fauna y flora de Fernando Póo. Complaciente el Gobierno de la Colonia con el sabio portugués, se organizó una excursión al Pico de Santa Isabel, formada por el comandante del pontón, Sr. Espinosa, dos oficiales del Gobierno, el Rdo. P. Sanz, Misionero, el mencionado naturalista, cuatro alumnos de la Misión y 22 indígenas anoboneses.

"Encomendado á Dios y á la santísima Virgen el éxito de la expedición—dice el P. Sanz,—pasamos todos á bordo del *Salamandra,* y á las dos y media de la tarde del 17 de Diciembre, surcaba las aguas como el ave los vientos, haciendo rumbo á la playa de Vahu, donde llegamos después de cuatro horas de navegación. Á unos veinte metros sobre el nivel del mar hay una finca en cultivo, cuyo propietario nos ofreció albergue, y allí descansamos hasta las seis de la mañana siguiente. Después de tomar un ligero desayuno, en el momento de emprender la marcha, soltamos una paloma mensajera con un parte, anunciando al Rdo. P. Superior de Santa Isabel la prosperidad de nuestra primera jornada. Este parte lo recibió á la una de la tarde.

„Con una escala de cuatro horas en otra finca, y salvada, no sin fatigas y sudores, la escabrosa pendiente que conduce á Bese, pueblo bubi situado á la falda del colosal promontorio objeto de nuestra excursión, entramos por sus puertas á las cuatro de la tarde, siendo cariñosamente recibidos por el Muchuku y toda su gente, la cual se puso á nuestras órdenes, los unos para traernos agua, los otros ñames ó tupé, y todos con la esperanza de ser obsequiados con tabaco y caña, elementos indispensables para granjearse la estimación de los bubis.

„El día siguiente amaneció hermosísimo; todos seguíamos sin novedad; cien pintados pajarillos cantaban en torno nuestro las glorias del Criador, como invitándonos á bendecirle y alabarle por las maravillas de su omnipotencia, que tan á las claras se ostentaban á la vista del coloso atalaya fernandiano. Concertados algunos bubis en calidad de guías, despedimos para Santa Isabel otra paloma mensajera con el anuncio de que emprendíamos la segunda jornada. Por consejo de los prácticos bubis acampamos, á la caída de la tarde, en la espesura del bosque, junto á un río no muy caudaloso. El frío se dejaba ya sentir con intensidad, y así fué preciso encender sendas hogueras para poder tomar algún descanso en nuestras hamacas y poder librarnos de insectos y otros bichos molestos y dañinos.

„Á las ocho de la mañana del 20 proseguimos nuestro camino, frecuentemente embarazado, ya por troncos de árboles seculares derribados por los tornados, ya por enredaderas y variedad de arbustos que hacen imperceptibles las sendas, á no ser para los bubis, conocedores del terreno. Cinco horas continuas de fatigosa carrera ascendente fueron necesarias para llegar al límite del bosque, por el que anduvimos veinticuatro horas sin ver más que cielo y árboles; lo cual hizo más palmario el contraste al descubrir un horizonte vastísimo

con tan intensa claridad, que á duras penas podían sufrirla nuestros ojos. Animados con el cielo nuevo y un camino más expedito, festoneado con variedad de flores muy aromáticas, hicimos dos horas más de camino hasta llegar á la meseta del Pico, donde hallamos la pequeña choza que sirve de refugio á los bubis en sus cacerías de antílopes. Allí pasamos la noche con alguna incomodidad; pero se nos hacía casi insensible con el gozo que experimentábamos, viéndonos ya muy próximos al término de la excursión. Y en efecto, no nos quedaba por andar sino media jornada escasa; por lo cual, resolvimos aprovechar las primeras horas de la mañana del 21, dejando la *impedimenta* en la mencionada casita, con dos indígenas de Annobón que se hallaban muy fatigados. Con nuestra salida coincidió la de dos palomas mensajeras, portadoras de esta carta: "Llegamos sin novedad á la meseta del Pico. Hemos acampado „aquí durante la noche con una temperatura de nueve grados. Los annoboneses „tienen mucho frío. Nos acompañan ocho bubis desde Bese. Emprendemos la „marcha el resto de la expedición. Aguarden señales esta noche.—*Espinosa.*— „*Sanz.*—*Newton.*—*Bailo.*—*Fabra.*„ En una hora recorrieron las mensajeras el trayecto hasta Santa Isabel.

„Grandes sudores y fatigas nos costó salvar el último cerro; pero ¡qué satisfacción tan grande experimentamos cuando, superada la escabrosa vertiente, se nos presentó, desde la inmensa mole del Pico, y á 3.000 metros sobre el nivel del mar, el bello panorama que ofrece, con su prodigiosa fertilidad, la hermosa reina del Golfo de Guinea! Hallábase totalmente ceñida por una faja blanca de niebla, que no desapareció hasta la puesta del sol. Hechos algunos estudios y experimentos de importancia, y recogidos los documentos que dejaron las dos expediciones anteriores para remitirlos á la Sociedad Geográfica de Madrid, depositamos el nuestro, que es del tenor siguiente:

"Á las dos de la tarde del día 21 de Diciembre de 1894, llega al Pico de „Santa Isabel la expedición científica hispano-portuguesa, compuesta del oficial „de la Marina española D. José Espinosa, y del naturalista portugués D. Fran„cisco Newton, comisionado por su Gobierno para los estudios naturales de „Fernando Póo. Acompañaban á los comisionados el Rdo. P. Alejandro Sanz, „Misionero del Corazón de María; D. Ramón Bailo, Inspector de colonización, „y D. Alejandro Fabra, oficial 5.º, funcionario del Gobierno general de la isla. „Completaban la expedición tres marineros, 22 indígenas de Annobón y cuatro „alumnos pamues de la Misión de Santa Isabel. Se enviaron desde estas alturas „dos palomas mensajeras á Santa Isabel, saludando á las autoridades y demás „habitantes. Al obscurecer se despejó notablemente el horizonte, pudiendo to„marse con el teodolito preciosos datos geográficos, y cambiando señales de „luces de bengala con el pontón *Ferrolano*. Pasamos la noche bajo tiendas de „campaña, con una temperatura de seis grados y un brisote Nordeste.

„En la mañana del 22 se celebró el santo Sacrificio de la Misa en altar por„tátil, y la expedición desciende con curiosos datos y diseños topográficos, é „importantes colecciones de fauna y flora, preparadas por el Sr. Newton, espe„rando que los futuros expedicionarios manden este documento á las Sociedades „Geográficas de Madrid y Lisboa, respectivamente.„ (Siguen las firmas.)

„Antes de abandonar el Pico resolvimos levantar un monumento, el más santo y glorioso que vieron los siglos, el árbol de la Cruz, cuyos brazos están

extendidos de Norte á Sur. Signo venturoso de nuestra Redención, que ignoran estas infelices gentes. ¡Ojalá esté muy próximo el día en que todos sean estrechados por los bondadosos brazos de Jesús!

„Muy satisfechos por la protección especial que el Señor nos dispensara en las alturas del Pico, se organizó la expedición de regreso en la misma forma que á la ida y sin ningún incidente digno de mención. A las doce de la Nochebuena entrábamos en la bahía de Santa Isabel cuando las campanas anunciaban la solemnidad de la Misa del Gallo. Sin detenernos un momento, nos dirigimos á la iglesia, que estaba atestada de gente, para dar gracias al Señor y á la santísima Virgen por los beneficios que nos dispensaron en tan penosa excursión.„

Descubrimiento del lago Loreto.—El Rdo. P. Juanola, dando pruebas de inagotables alientos, de amor hacia el sagrado ministerio que ejerce y de entusiasmo por la patria y por los progresos de la ciencia geográfica, no perdona ocasión de utilizar su larga residencia en el país y el dominio que por simpatía y conocimiento de los dialectos de los indígenas ejerce sobrelos pueblos, para contribuir al estado floreciente de la colonia africana.

He aquí cómo describe el modesto Misionero en estilo familiar el descubrimiento del lago Loreto, que extractamos de una carta dirigida al africanista Sr. Bonelli:

"Voy á dar á Ud. cuenta, amigo mío — dice el P. Juanola, — de una excursión hecha acompañado del P. Ramón Albanell, con la mira principal del ejercicio de nuestro santo ministerio por estos mis queridos pueblos bubis, puesto que las curiosidades observadas y las noticias obtenidas han de ser para usted muy gratas, como entusiasta de esta colonia.

„Figúrese Ud. una pequeña caravana, compuesta de tres Misioneros, cuatro krumanes y dos indígenas cristianos, uno de ellos armado... para combatir á las palomas, antílopes, ardillas, etc., que los Misioneros también las comen.

„Esta caravana emprendió la marcha, desde la Casa-Misión de la Concepción el día 9 de Diciembre (1895), á las dos de la tarde. Después de una ascensión penosísima á través del bosque, descansamos en el pueblo bubi llamado Balacha, situado á unos quinientos metros sobre el nivel del mar. Al día siguiente empezó la excursión á las seis de la mañana, y tras largas fatigas llegamos á la altura de 1.350 metros sobre el nivel del mar, encontrándonos al borde de un abismo, en cuyo fondo aparecía extenso lago, cuya profundidad no fué posible conocer por faltarnos medios para verificar sondeos.

„El descubrimiento se verificó el día de la Virgen de Loreto, y por eso lo hemos bautizado con el nombre de lago Loreto. ¿Será tal vez el cráter de algún formidable volcán? Yo así lo creo. Se halla como cavado entre montes, y para alcanzar sus orillas, desde las cuales no se descubre el fondo, tuvimos que bajar unos doscientos metros bordeando el bosque para no precipitarnos en el abismo. No vimos desagüe alguno, pero en cambio, desde la orilla, divisamos un gran manantial que formando caprichosas cascadas, vertía sus aguas en el lago.

„No puede Ud. imaginarse nada más hermoso que aquellos sitios. Para recorrer las orillas del lago, mandamos á los krumanes á fin de explorar el terreno y que nos indicasen una senda ó medio cualquiera de bajar hasta el

Lago «Loreto» en Fernando Póo.

nivel de las aguas. Cuando los krumanes llegaron á pisar la orilla, después de ímprobos trabajos y talas de espesos ramajes para abrirse paso, vieron dirigirse hacia ellos un gran *bulto,* sobresaliendo del agua una *gran cabeza,* según luego nos manifestaron.

„Sería imposible pretender siquiera describir el espanto de estas sencillas gentes supersticiosas hasta la exageración y el pánico que les produjo la vista de tan extraño como imponente animal. Según luego nos contaron, pretendieron huir, pero ante lo escabroso del lugar, y creyéndose completamente perdidos, prorrumpieron en grandes alaridos, y el animal causante de tan original aventura se zabulló, desapareciendo de la vista de estos pobres krumanes.

„En realidad, el descubrimiento era demasiado extraño para que no despertara toda nuestra curiosidad. Á las preguntas que les dirigimos contestaron en tal forma, bien por su limitada inteligencia cuanto por el azoramiento que aún conservan al hablar de este incidente de la excursión, que nos fué imposible concretar la clase de animal por ellos visto; acudimos luego á un tratado de Historia natural, y fijándose en la lámina que representa el hipopótamo, aseguraron unánimemente que así era la cabeza que sobresaliendo del agua se dirigía hacia ellos. ¿Será verdad que exista el hipopótamo en Fernando Póo, y á más de mil metros sobre el nivel del mar? El tiempo y nuevas exploraciones (1) confirmarán ó rectificarán esta versión; pero lo que sí podemos asegurar á Ud. es que, una vez en las orillas del lago, y siempre á gran distancia, creímos observar movimiento en las aguas producido por grandes animales, cuya clasificación no podemos hacer todavía, á pesar de que refuerzan en cierto modo las sospechas engendradas por el relato de los krumanes.

„Creo inútil manifestarle que allí encontramos un gran número de monos, quienes, con estridentes y desvergonzados chillidos, parecían demostrar su disgusto porque nuestra visita alteraba la plácida calma en que viven.

Para terminar, y como resumen, daré á Ud. algunos datos tomados en el lago Loreto:

„Altura del lago, 1.350 metros sobre el nivel del mar.

„Temperatura, 14° R. á las 11 a. m. Estación seca.

„Extensión del lago, 1,200 metros por 800 ídem en su parte más ancha.

„Figura oval.

„Situación: entre montes, formando un embudo de 300 metros de lado.

„Alimentado por un río subterráneo.

„Desagüe no se ve ninguno.

„Habitantes: muchos monos, patos y... el *hipopótamo* (!).

„Sitio: altura de la bahía de la Concepción.

„Profundidad de sus aguas: desconocida.

„Su formación, probable cráter de un volcán.

„Vientos, junto al agua: una corriente notable volando de E. á O.

„Á las dos de la tarde emprendimos la marcha de regreso, muy satisfechos del resultado de nuestra excursión. Para realizarla tuve que desorientar á los bubis, haciéndoles creer que se trataba de una cacería; pues, como Ud. sabe,

---

(1) Hasta ahora no ha podido confirmarse la existencia de dicho paquidermo en Fernando Póo. No hay duda que existe en Cabo San Juan.

no hubieran querido acompañarnos, porque estos misterios y bellezas de la naturaleza las consideran como *cosazas* del otro mundo. ¡Pobrecitos! Tienen la ventaja de que son inofensivos, y nos han dado siempre pruebas indelebles de extraordinario cariño.

„Ahora tratamos de emprender nuevas excursiones, más interesantes, si cabe, que la descrita. Pensamos dirigirnos hacia el Sur, donde no solamente no han fijado su planta los blancos, sino que hasta los indígenas aseguran no existir por aquella región ningún habitante de la raza humana. ¡Dios y la patria serán nuestros guías y salvaguardia!„

Descubrimiento del lago Claret.—Aviados los preparativos, se hicieron á la mar el día 10 de Enero en nuestra ligera canoa los Rdos. Padres Sanz y Albanell con tres alumnos de la Misión y siete forzudos remeros. A las diez de la mañana fondearon junto á la finca del catecúmeno Molay, quien, al divisarlos, salióles al encuentro acompañado de su hermano y de sus obreros, y después de ofrecerles su casita, obsequiólos con leche, huevos, gallina, etc. Continuando la ruta llegaron en media hora á la finca del Muchuku, abierta recientemente al cultivo de cacao, ñames, malangas y otros productos. Aquí se unieron á la expedición varios indígenas, incluso el Muchuku, y por tortuoso y estrecho sendero dirigiéronse al pueblo inmediato, precedidos de un bubi que tocaba la trompeta de trecho en trecho para que los trabajadores, interrumpiendo su labor, salieran á tributar á los Padres los honores debidos.

Era de ver cómo salían todos al camino, provistos unos con sendas calabazas de tupé (licor extraído de la palmera), otros con mugrientos zurrones repletos de ñames y malangas, quiénes con espingardas, quiénes con hachas y machetes y todos con el bastón tradicional de la raza bubi. De esta forma engrosó considerablemente la caravana. Al llegar á la plaza del pueblo, el Muchuku, tomando la palabra, hizo saber á sus subordinados el objeto de la visita de los Misioneros y la necesidad de escoger guías expertos, que los condujeran hasta el misterioso lago, cuya existencia se suponía.

Llevaban dos horas de marcha por un sendero regular; pero como desde mucho tiempo nadie transitaba por él, hubo necesidad de abrirse paso machete en mano, por cuyo motivo se retardó la marcha y se vieron en la precisión de trasnochar en el bosque. Los bubis encendieron fuego, ya para conservar el calor, ya para cocer los ñames.

Los Padres y demás expedicionarios de Santa Isabel, tomada la refección, rezaron el Rosario y otras devociones, colgando después sus hamacas con el intento de descansar algunas horas. Mas no fué así, porque de improviso descargó una nube sobre el campamento un aguacero tal, que les apagó la lumbre y los dejó calados hasta los huesos. Al despuntar el alba levantaron el campo los expedicionarios, que con el fresco y humedad de la noche parecían haber cobrado alas, según era la velocidad con que caminaban. Por esto tardaron muy poco en salvar la distancia que les separaba del lago.

En efecto, uno de los guías, encaramándose sobre un árbol, y sobrecogido de espanto, exclama:—Hablemos bajo, Padres, para no enojar al morimó (demonio). Esa agua tiene mucho morimó y gente de guerra que mata á los que se acercan á beber.—Estaba muy arraigada entre los bubis semejante superstición, por manera que no se atrevieron á mirar al lago sino de lejos.

Descripción del mismo lago.—En cambio los Misioneros no cabían en sí de satisfacción por el descubrimiento, y para quitar de raíz la ridícula creencia de los bubis, lo primero que hicieron fué apagar con el agua del lago la ardiente sed que padecían, exhortando á los demás á que hiciesen otro tanto, en la seguridad de que no les haría daño de ninguna clase. Aún así los bubis no acertaron á convencerse, hasta observar la impunidad de nuestros Padres.

La forma de este pintoresco lago es ovalada, con una longitud de 1.000 metros por 150 de ancho, habiendo sido imposible á los descubridores sondear su profundidad por falta de bote con que surcar las aguas.

"¡Qué agradable—contaba el P. Sanz,—qué agradable nos hubiera sido pasar la noche junto á las transparentes aguas de aquel lago embelesador y ver retratadas las constelaciones celestes y luego contemplar á la luna mirándose en el terso espejo! Multitud de aves acuáticas jugueteaban sobre las aguas, ora sumergiendo el cuello, ora cruzando las olas en mil direcciones, cual blanquísimas canoas en divertidas regatas. Un suave y silencioso céfiro rizaba blandamente la sobrehaz del lago.

„Está situado al Noroeste de la isla, como á mil metros sobre el nivel de la playa, detrás de una pintoresca montaña, sobre la cual se iba replegando la ligera bruma que cubría el lago encantador. El volumen de sus aguas debe ser muy considerable por cuanto nacen de allí algunos rios que, torciendo su curso en varias direcciones, vienen á desaguar en el mar.

„Fué descubierto el 13 de Enero de 1898, y en memoria de nuestro Fundador se le bautizó con el nombre de *lago Claret*. Con la esperanza de repetir la visita regresaron á Santa Isabel los expedicionarios, no sin haber dado instrucciones á los bubis sobre el cultivo del café, cacao y otros productos que ellos ignoraban.„

Aguas minerales.—Una de la principales maravillas que enriquecen la isla fernandiana son dos manantiales de aguas gaseosas cuyo descubrimiento es debido á las excursiones realizadas por el Rdo. P. Juanola en Marzo de 1895. La primera de estas fuentes hállase situada en Riaká: todos cuantos han probado estas aguas las han calificado de excelentes y entre sus propiedades medicinales merecen especial mención la de clarificar la orina, aliviar á los que sufren mal de piedra y fortalecer el estómago. Admirenlas nuestros lectores en el grabado adjunto, en cuyo ángulo derecho inferior hay varios restos de antílopes, aves de rapiña, que han perecido bajo la acción del ácido carbónico, que se levanta hasta la altura de 50 centímetros del suelo.

Los otros hervideros lanzan el agua á mayor altura, y desprenden mayor cantidad de ácido carbónico. Hállanse bajando de las alturas de Moka en dirección á Musola y reciben de los indígenas el nombre de manantiales de Mioko. Junto á ellos cruza nn riachuelo de agua potable, y tanto el panorama como las aguas gaseosas dejaron muy complacidos á los expedicionarios.

Otras exploraciones.—En la primera parte de esta Memoria habrán podido enterarse los lectores de los principales datos que hemos logrado adquirir en orden á la fauna y flora de aquellas regiones tropicales, y si bien esta clase de estudios entra muy secundariamente en el plan de nuestra Misión evangelizadora, todavía nos complacemos en practicar mil diligencias para explorar las producciones de aquel exuberante país. Y sobre todo, nada hemos perdonado,

Manantiales gaseosos de Riaká

á trueque de investigar la naturaleza de los terrenos según las diferentes zonas y de ensayar el cultivo de las plantas, que podrían traer mayor cuenta á la Península, porque cierto nos causa mucha lástima observar el triste abandono de tan fecundas regiones. Además, á fuerza de experiencias y escarmientos hemos logrado adquirir un caudal copioso de conocimientos en orden á las condiciones higiénicas que deben reunir las casas, fincas y poblados, y al tratamiento preventivo y curativo de las fiebres, únicas enfermedades endémicas del país. Y téngase entendido que ésta y no otra es la verdadera clave y el elemento casi exclusivo de la salud en aquel clima tropical, de suyo malsano, es cierto; pero que, según confesión de personas peritas y nada interesadas, no hay entre las numerosas regiones del golfo de Guinea países mejor acondicionados para la colonización, que los territorios sometidos á la soberanía de España.

En la tercera parte de la Memoria ofreceremos á los lectores el fruto de nuestros estudios y experiencias durante los dieciséis años transcurridos desde nuestra instalación: y, ó mucho nos engañamos, ó han de resultar nuestros consejos de suma utilidad y capital trascendencia para cuantos tengan ánimos de explotar los productos de aquella región, que podríamos llamar la *Perla de Guinea.*

ARTÍCULO III

Frutos morales.

Rescate de niñas.—Costumbres crueles.—Evítanse varios conflictos.—Tareas apostólicas.—Buenos sentimientos.—Escenas edificantes y muertes dignas de envidia.—Numerosas conversiones.

Si á estos frutos de orden material ó científico se redujera todo el resultado de nuestros sudores y fatigas, podríamos dar por fracasados nuestros intentos al encargarnos de las Misiones de Guinea; pero los frutos de conversión y santificación han sido tan copiosos, que sólo el recordarlo llena el alma de inefable placer. Antes de convertir en cristianos á estos indígenas es necesario hacerlos hombres, sobre todo suavizando el modo cruel que tienen de tratar á sus hijos y mujeres, y la facilidad de trabarse unas tribus con otras en encarnizadas luchas.

Y para que se persuadan nuestros lectores de la importancia del rescate de niñas, que á costa de tantos sacrificios se han empeñado los Padres en llevar adelante, fíjense en la desgraciada condición de la mujer que gime años enteros bajo la servidumbre de un polígamo cruel y despiadado. Cristina Isike pasó á Corisco comprada por un polígamo que la maltrataba, como si tuviese ella la culpa de no alcanzar prole para perpetuar la familia. Su vida era un prolongado martirio, que arreciaba cuando desequilibraba á su esposo el calor de la caña ó ron, que era el temple ordinario de su vida. Llegaron las cosas á tal extremo, que un día cogió un cuchillo y dió tras ella con ánimo de atarla y esperar la obscuridad de la noche para matar á la infeliz. Ella que se veía atada y próxima á recibir el golpe fatal, horrorizada ante los temores de la muerte, sacó

fuerzas de flaqueza y logró romper las ataduras. Libre ya echó á correr hacia el bosque donde permaneció, hasta que acosada por el hambre, tomó el partido de presentarse á los Misioneros, recibiendo allí la más cordial acogida. Mostró excelentes disposiciones para recibir la fe, fué bautizada y vive hoy día en el incipiente pueblo de la Misión.

"Pocos días ha—contaba en una carta el P. Mallén — habíamos entrado en relaciones para redimir una niña; y cuando más segura nos parecía tenerla, vinieron los pamues de otra población y la robaron; sus padres, por excusar pendencias, admitieron las ofertas de su inicuo raptor. Por lo dicho se puede comprender cuán dignas de lástima son esas pobres criaturas. Si les cabe en suerte un marido cruel y bárbaro que no tiene reparo en maltratarlas violentamente, ¿qué remedio queda á la mujer para sacudir ese tiránico yugo? No hace mucho tiempo se refugió en nuestra Misión una desventurada mujer, escapando de las iras de su esposo, que tenía el atrevimiento de perseguirla machete en mano. Apenas hubo llegado, vino en su seguimiento una comitiva de gente armada con fusiles, y para salvar su vida fué preciso atravesar toda nuestra autoridad y crédito; y eso que nos temen y respetan más que si estuviéramos rodeados de cañones.

Según es la frecuencia con que se suceden estos casos, podríamos citarlos á docenas; pero gracias al desinterés de personas caritativas, hemos logrado rescatar de tan cruel esclavitud considerable número de niños y niñas, según puede leerse en las cartas que se han venido publicando en *El Iris de Paz*. Y para que se vea toda la ambición y codicia de los degradados polígamos, y por consiguiente las dificultades que ofrece el susodicho rescate, ponemos á continuación el inventario de objetos que fué preciso entregar para redimir una catecúmena: Treinta y dos cubitas de pólvora, cuarenta y cuatro machetes (instrumentos de labranza), doce escopetas, un considerable número de varas de indiana, catorce ollas de hierro, cien barras de hierro (dinero pamue), cien lanzas pequeñas, veintidós cuchillos, un duro de tabaco, dos pesos de caña (licor), dos cántaros, tres sombreros finos y alguna cosilla más.

Mas ese carácter desapiadado del indígena se desahoga también en varias práticas y tratamientos crueles, para cuya extirpación llevan hechas muchas tentativas nuestros amados Hermanos.

"Navegábamos cerca de una hora—escribía el P. Pérez,—río arriba en un cayuco, y recorrimos aquellas chozas salvajes, cuando vimos en el interior del bosque dos niños de corta edad (el mayor tendría nueve años), sentados en tierra, con un pie metido en el agujero de un palo. Este es el cepo que ellos usan. Nos acercamos, y preguntando la causa de tenerlos en tan cruel tortura, nos contestaron que por haber cogido algo de comida á hurtadillas.

„Daba lástima verlos: sin poderse mover noche y día de aquella postura, ya llevaban más de un mes de tan penoso martirio, y como nadie les daba de comer, ó á lo menos sólo se les servía una miserable ración, parecían esqueletos. Y aun creyendo que todo era poco, les habían aplicado fuego al pecho, causándoles una enorme llaga.

„Compadecidos de las inocentes criaturas, se las pedimos para llevárnoslas al Colegio, y entonces supimos que eran huérfanos de padre y madre, y así nos explicábamos aquel bárbaro tratamiento.

„En un principio se resistían á entregárnoslos, pero movidos á lástima é interesados por las miradas que los pobrecitos nos dirigían, hicimos valer cuantas razones pudimos para libertarlos de tan crueles prisiones. Todo fué inútil hasta que les ofrecimos alguna paga por el rescate.

„Con esto se rindieron á nuestra proposición, y sin demora les hicimos entrar en el cayuco; pero uno de ellos estaba tan extenuado y lleno de llagas, que no podía moverse, y fué preciso cargarle á cuestas para trasladarle á la pequeña embarcación.

„Desgraciados como éstos, que gimen bajo el pesado yugo de cruelísimos amos, se encuentran á millares entre estos degradados salvajes.„

Ocurre también á cada paso que lejos de considerar la muerte de sus parientes como un efecto natural de la condición humana, la atribuyen á las brujerías de alguna pobre vieja. ¡Desgraciada de la mujer sobre quien recaigan sospechas de esta índole! Mucho será que pueda librarse de una muerte llena de horrores, por cuyo motivo han debido atravesar nuestros Padres todo su crédito y autoridad para libertar á esas inocentes víctimas del furor de sus perseguidores.

Otra misión de nuestros Padres, como ministros de paz, ha sido conjurar varios conflictos y zanjar algunas desavenencias, ya entre las diferentes razas, ya entre los negros y las autoridades españolas. Gente quisquillosa y pendenciera. por un quítame allá esas pajas, son capaces de trabarse en horribles refriegas. Ya llevamos referido en otro lugar el famoso pleito del colmillo del elefante, donde con tanto tino acertó el Rdo. P. Pujol á excusar pendencias, cuyo remate hubiera sido alguna encarnizada lucha. Y para que resalte más la influencia pacífica de los Enviados del Señor, no queremos pasar por alto otro suceso de parecida índole:

El Reyezuelo de Mueri, situado en la estribación del pico en la vertiente que corre á la bahía de San Carlos, faltó al respeto al Delegado del Sr. Gobernador en la citada bahía. Se le requirió para que se presentara á dicha autoridad y le diese cumplidas satisfacciones; mas el delincuente se negó á abandonar su casa, creyéndose á salvo de toda pesquisa, y aparte de esto se jactaba de tener 200 hombres armados para hacer frente á los españoles. Ganosos los Misioneros de Musola de ser portadores de la paz en tan espinoso conflicto, y sabedores de las buenas disposiciones del Sr. Gobernador general, indicaron al jefe las providencias que debía tomar para evitar las consecuencias de un desembarque de soldados, dispuestos á castigar su obstinada rebeldía.

Convencido por las razones de los Misioneros y alentado con las seguridades que éstos le dieron de que el Sr. Gobernador le recibiría con benevolencia y daría al olvido el agravio, emprendió el camino de Santa Isabel; pero á los pocos pasos, las más lúgubres y tétricas ideas se ciernen sobre su imaginación, teme si todo era una red que le tendía el Gobierno para darle caza y fusilarle, y desfalleciendo de ánimo se vuelve á parapetarse en la madriguera de aquellos escarpados montes.

Con la ida del Rmo. P. Prefecto á Musola zanjóse la cuestión: llamó al citado jefe, le reconvino por sus recelos y desconfianzas infundadas; le reiteró la seguridad de que todo quedaría satisfactoriamente resuelto presentándose al Gobernador, y concluyó por ofrecerse á ir con él. Depuestos ya sus recelos,

cumplió su palabra, y la vigilia de Navidad llegó á ésta con el P. Prefecto, é introducido en el despacho del Sr. Gobernador, que le dispensó benévola acogida, dadas las satisfacciones indispensables, obtuvo cumplido perdón de su desacato á la autoridad. Así quedó todo amigablemente zanjado, con gran regocijo del Gobernador general, que se dolía de tener que apelar á medidas de rigor, con indecible satisfacción del jefe bubi, que se volvió á su tribu cual si hubiera vuelto de la muerte á la vida, y, por fin, de parte de la Misión, agradecida á las misericordias del Señor por haberla escogido, una vez más, como instrumento y mensajera de paz entre gobernantes y gobernados.

Es claro que nuestros principales esfuerzos deben ordenarse á la salvación de las almas, y que por lo mismo todo cuanto directamente se refiere á este ministerio divinísimo cae de lleno bajo nuestra acción evangelizadora. Instrucción religiosa de los colegiales, catequesis y sermones con profusión, administración de Sacramentos, corrección de abusos, pecados y costumbres supersticiosas, guerra sin cuartel á la poligamia y al protestantismo, preparación de los catecúmenos al Bautismo y de los neófitos á la primera Comunión, asistencia espiritual de enfermos y moribundos: he aquí las tareas apostólicas á que con el favor del cielo venimos consagrando todos nuestros desvelos y diligencias. Ciertamente se necesitan esfuerzos sobrehumanos para no abrumarse bajo de tamañas privaciones y sacrificios; pero la gracia de Dios saca fuerzas de flaqueza y nos da bríos para seguir luchando contra el enemigo infernal, que tenía sentados sus reales entre los negros africanos.

Y no deja de ser gran lenitivo observar los buenos sentimientos y excelentes disposiciones de aquellos que engendramos para Jesucristo, derramando sobre sus cabezas el agua regeneradora ó el *agua de Dios,* como ellos dicen.

Un fervoroso católico de Cataluña tuvo la feliz idea de procurarnos un Crucifijo de unos 80 centímetros. No pensaría sin duda el caritativo donante hasta dónde habían de extenderse los saludables efectos de su preciosa limosna. La única imagen que habían visto estos pobres salvajes era una estatua del Corazón de María, la cual les causó tanta admiración, que llegaron á creer muchos de ellos que era, en efecto, una señora blanca, á la cual llamaban repetidas veces—María, María,—por haberles manifestado el Padre que éste era el nombre de la Señora. La vista del mencionado Crucifijo, de momento produjo en sus sencillos corazones muy diversos sentimientos. Unos pensaban que sería un hombre malo, un blanco ajusticiado por sus crímenes. Otros auguraban si sería un ejemplar para darles á conocer la manera cómo serían tratados los negros que no se portasen bien. Así, fluctuando entre el temor, el odio y la compasión, acudieron al Padre y le preguntaron:—¿Quién es éste? ¿Qué crimen ha cometido?—Este, hijos míos, es nuestro Señor Jesucristo—contestó el Padre.—No ha cometido crimen alguno. Fué clavado en esa Cruz porque nos amó, y para salvar á los blancos y á los negros.—Al oir esto se quedaron pasmados, y juntando sus manos se miraban unos á otros llenos de admiración, diciéndose:—¡Cómo! ¿Este es el Dios de los blancos?—Ya saben ellos que el Dios de los blancos es un Dios bueno. Entonces se aproximaron á la Cruz con mayor confianza, comenzaron á contemplar de cerca aquellas manos agujereadas, aquel costado abierto, aquellas llagas chorreando sangre, y fué tanta la compasión que les causó, que no pudiendo contener las lágrimas, muchos de

ellos las derramaron enternecidos delante de aquel espectáculo para ellos nunca visto. ¡Cuán gratas debieron ser á nuestro Salvador Crucificado aquellas tiernas lágrimas, dulce expresión de su gratitud y su amor! Pronto corrió por toda la comarca la noticia de lo ocurrido, y á grandes bandadas acudieron unos tras otros, deseosos todos, como decían, de ver al Dios de los blancos, que ha muerto por su pueblo, y que no pide sacrificios de cabras y gallinas como el tremendo dios *Morimó*.

He aquí otro rasgo, que refería el P. Serrallonga en una de sus cartas: "El día de Santiago se acercaron á la santa Mesa 50 niños para honrar al Patrón de nuestra muy querida patria. ¡Oh, y cómo se abrasaban aquellos tiernos corazones al tiempo que se les dirigía la divina palabra!

„No pretendía más que darles á conocer al Señor que iban á recibir, y cómo Jesús era el íntimo amigo de los niños, según lo demostró al decir: *Sinite parvulos venire ad me* (dejad que se acerquen á mí estos pequeñuelos). Mas sus corazones se abrasaron y encendieron de tal modo, que algunos dejaron correr libremente las lágrimas por sus mejillas. ¡Pobrecitos! Son negritos, pero candorosos. ¿Quién no los estimará?... ¿Quién no mezclará con ellos las lágrimas?... ¡Ay, me las hicieron verter á pesar de toda la violencia que me hice, y jamás había distribuído la santa Comunión con tanto gusto como en este felicísimo día!„

"El oir de los labios—decía el P. Sutrías,—el oir de los labios de esos niños de la Misión, que vivían antes en el bosque en medio de las tinieblas y sombras de muerte, que á la ignorancia de nuestra consoladora Religión se les unía estar en mil inquietudes y zozobras, con la multitud de supersticiones con que el enemigo de las almas los llevaba al retortero; el oir, pues, de semejante niños, que quieren á la Virgen santísima, que la aman, que *María mucho buena para nosotros,* es gratísimo á nuestros oídos, es para el Misionero altamente consolador, dulcifica nuestros sinsabores, hace que sean ligeros todos los trabajos, porque vemos en los mismos una señal de predestinación. No olvidan como quiera la devoción á nuestra dulcísima Madre María, y por esto, después de haber estado en la Misión, continúan llevando, pendientes de su cuello, algún escapulario, rosario, ó, á lo menos, medalla de María, reconociendo el poder sin límites de nuestra Señora para librarlos, al invocarla, de tanta multitud de peligros como les rodean; ¡qué dicha para el Misionero por cada negrito que se salve!„

Merecen también consignarse en esta Memoria algunas escenas edificantes que con frecuencia tenemos el gusto de presenciar y que derraman sobre el alma del Misionero un raudal de inefables dulzuras. Me refiero principalmente á las muertes envidiables de algunos indígenas, y si bien llevamos referidos en otro lugar algunos de estos episodios, aprovechamos, no obstante, la ocasión para relatar algunos que se nos ofrecen á la memoria:

Un niño, de cuatro á cinco años de edad, era una verdadera alhaja, y causaba delicia hablar con él y oirle pronunciar las pocas palabras que en castellano sabía, por su candor, sencillez é inocencia.—¿Tú quieres á María?— Sí, Padre, yo quiere mucho.—¿Tú quieres ir al cielo?—Sí, Padre.—¿De modo que no quieres llevar el camino de los infieles?—No, Padre.—Era un encanto oirle decir á su manera cuánto amaba á la santísima Virgen María y cuán buena era para

él. Padeció mucho en su enfermedad, pero sin quejarse; la fiebre le subió á más de 40 grados en distintas ocasiones, pero no pedía agua si no se la daban.

En uno de los intervalos en que la fiebre estaba de baja lo bautizamos solemnemente; á los tres días, este angelical neófito, que decía amar mucho á María, pronunciando con frecuencia su dulcísimo Nombre y besando muchas veces la imagen de nuestra Señora, se fué á bendecirla con los ángeles por toda una eternidad.

Enfermó otro de unos diez años de edad, y á poco de haber enfermado ya el médico lo calificó de muerte, añadiendo que por todo recurso podíamos mandarlo á su casa para ver si con el cambio de aires y la vida de bosque entre la familia se notaba algún cambio en su naturaleza. Llamábase el niño Salvador Buene, y era verdaderamente bueno, devoto, recogido; de modo que hablarle de ir á su casa le era más duro que hablarle de un destierro; tal idea le hacía prorrumpir en llanto, y vertiendo lágrimas decía: — No me envíen á casa que allí moriría.—Por fin los de la familia vinieron, y el pobre niño no pudo resistir á tantas instancias; entonces, con admiración de todos, dijo: — Ya que no hay más remedio que ir á mi casa y que en ella voy á morir, antes de salir del Colegio quiero confesarme.—Se confesó, pues, con el Rdo. P. Daunis, y salió para su pueblo aquel inocente niño que jamás había dado el menor disgusto y que tanto se distinguía por su fervor, siendo toda su delicia el procurarse estampas y otros objetos piadosos, con los cuales formó su capillita á la cabecera de su cama, para demostrar, como decía él, que quería mucho á la Virgen santísima. Tuvo un consuelo extraordinario al darle, durante su enfermedad, un *Maná del cristiano,* que ya empezaba á leer, y lo quería para rezar á Santa María. Algunos días después murió pacíficamente en su casa, realizándose sus presentimientos.

Como víctima expiatoria podemos considerar á un indígena que feneció después de dejarnos ejemplos que recuerdan la paciencia de Job ó los sufrimientos del pobrecito Lázaro. Llamábase Obenimie, de corazón sencillo y recto, y despejada inteligencia para comprender la ley del Señor, aunque esclavo de condición, y á quien en el santo Bautismo se le llamó Lázaro, como previendo sus grandes sufrimientos; tal era la víctima agradable que Dios había escogido en estos bosques, para gloria suya y manifestación de su misericordia.

Una horrible llaga, como un cáncer ó caries del hueso, se apoderó de su pierna derecha, hace como seis años, consumiéndole lentamente la carne y cayéndose los huesos á pedazos podridos y cariados, hasta quedar sin pie desde el tobillo abajo. ¡Quién podrá comprender los grandes dolores que esto le había de causar! Se necesitaba fuerza sólo para ver tan espantosa llaga, ¿cuánta se necesitaría para sufrirla?

Sin embargo, he aquí cómo hablaba al enseñarme algún pedazo de hueso que se le había caído de nuevo desde mi anterior visita.—Padre, yo no soy de este mundo, mi corazón está en Dios; sólo en Él puedo pensar. Aunque veo á otros ricos y sanos y que andan por donde quieren, no les tengo envidia, ni me quejo de Dios; estoy contento con padecer y estar así, cojo, y también con morirme, porque quiero ver á Dios. — Y cuando le animaba á la paciencia, decía: — Sí, Padre; Dios muy bueno para mí, Él quiere mucho á mí. — Tal paciencia nos tenía á todos admirados y edificados, pues jamás se le oyó palabra de impa-

ciencia ó queja. Cuando le aumentaron los dolores pidió un Crucifijo para consolarse con él, y así continuó hasta que, desangrado y gangrenado, expiró el 22 de Noviembre de 1895.

Su fervor había sido grande, no dejando nunca el santo Rosario que rezaba en compañía de la buena Juana, su mujer. Mientras pudo venir á la iglesia era constante en la santa Misa, comulgaba frecuentemente y asistía á todas las funciones, hasta que hace dos años, al ver el P. Superior que en las procesiones de Semana Santa dejaba tras sí un reguero de sangre, movido á compasión, le avisó que no viniese, pues le era muy costoso. Desde entonces no se movió ya de su pueblo.

Y bien se trasluce el fuego de amor de Dios que ardería en su pecho por el respeto, afecto y hasta cariño que tenía á sus ministros. Él y su mujer estuvieron siempre al lado de los Padres ayudándoles y sirviéndoles como podían, sobre todo al principio de la Misión, y sin ellos, con no ser más que pobres esclavos, hubieran sentido aumentarse nuestros primeros Padres el número de sus ya muchas penalidades. Con su buena voluntad, con sus sacrificios y con la confianza que merecían les sacaron de no pocos apuros. Cuando Lázaro no podía ya andar, tenía todo su contento en vernos á su lado, nos escuchaba con la mayor atención y reverencia, y en su agonía, perdidos casi todos sus sentidos, apenas entendió que estaban los Padres, exclamó varias veces:—*Paya pa.* (Padre y basta.) Con el Padre tengo yo suficiente consuelo. Y no pudo ya hablar más. Eran las diez y media de la noche cuando le dejamos, y aquella misma nòche, fortificado con los santos Sacramentos, entregó su alma á Dios y voló á gozar, según creemos, el premio de su paciencia.

"Aún estoy impresionado—escribía el P. Sorinas— por el hecho que no ha muchos días sucedió. En medio de un fuerte aguacero nos avisan que un pobre esclavo, de unos treinta y cinco años, abandonado de todos por su enfermedad, estaba para morir. Acudimos, y apenas nos ve el pobrecito, con voz capaz de conmover las piedras, se incorpora, y—¡Padre, sálveme!—grita.—Bautismo, corra; bautismo, yo no quiero infierno ni demonio. ¡Sálveme!—Le bautizamos, y una hora después era ya cadáver.„

Fácil nos sería amontonar aquí conversiones, algunas de ellas notabilísimas, y que descubren palpablemente la acción sobrenatural de la divina gracia, y que llenan el alma del Misionero de un placer indecible; pero como por una parte lo principal queda ya consignado en esta segunda parte de la Memoria, y por otra estos nuestros apuntes vàn resultando ya demasiados prolijos, juzgamos inoportuno dar cabida á hechos, que si bien interesantes, no parecen necesarios á nuestro intento.

Pero nunca resalta tanto la influencia moralizadora de la Misión, como al cotejar la vida morigerada de los pueblos cristianos establecidos junto á nuestras casas, con las costumbres brutales y degradadas del salvaje que vive en medio del bosque. De tanto en tanto se ven venir á Elobey indígenas que practican largos viajes por mar y por tierra, sólo para poder recibir los Sacramentos en la Misión. Y prueba de que proceden en esto con toda rectitud y sinceridad, son las restituciones de no escaso valor que muchas veces les vemos hacer. Niños hubo que vueltos á sus tierras no sólo llamaron la atención y admiración de sus compatriotas por su honradez á toda prueba, sino que fue-

ron de tal eficacia sus ejemplos y exhortaciones, que la mayor parte de la población venía á sujetarse voluntariamente al yugo de Cristo. Tal sucedió con el niño Isidro, que con el celo de verdadero apóstol logró convertir á la mayoría de su pueblo Amenchi, sito en el interior del Muni.

En fin, para presentar á nuestros lectores los frutos morales de las Misiones de una manera más escueta y precisa, cábenos la satisfacción de cerrar la presente Memoria con un apéndice sobre la estadística de las Misiones fernandianas, y aún la habríamos tenido mayor si lamentables extravíos ó malas inteligencias no nos hubieran imposibilitado coleccionar datos más circunstanciados y recientes.

PARTE III.—PRÁCTICA

INTRODUCCIÓN

Según las indicaciones que llevamos hechas, es nuestro ánimo proponer con claridad en esta tercera parte de la Memoria los medios que, á nuestro juicio, deberían adoptarse para dar nuevo impulso al desarrollo de los intereses materiales en nuestras posesiones del golfo de Guinea. Lejos, muy lejos de presumir que sea nuestro criterio el único acertado; sobrado conocida tenemos nuestra insuficiencia; así y todo, juzgamos oportuno consignar cuanto nos ha enseñado la práctica y observación nuestra y de nuestros hermanos de Religión durante el tiempo de permanencia que llevamos en estos países, respetando, por supuesto, el parecer de cualquier persona que, ó por su edad ó por sus concienzudas investigaciones, tenga voto autorizado en la materia.

Creemos excusado detenernos en demostrar la necesidad que había de Misioneros para la colonización de estas apartadas regiones, toda vez que algo se insinuó en los primeros artículos de la segunda parte. Y valga la verdad, que si por colonizar entendiéramos establecer un sistema de gobierno encaminado á explotar un país, sea ó no en perjuicio de los naturales, ó practicar un código de leyes dirigidas á favorecer siempre al europeo, sin tener para nada en cuenta los atropellos y vejámenes contra el indígena, en fin, un modo de gobernar que prescindiese en absoluto del bien de los naturales, los dejase en el salvajismo, atendiendo únicamente á reprimirlos cuando su actitud se opusiera á las miras de la Metrópoli; para todo esto, decimos, maldita la falta que hacen los Misioneros. Mas, ó mucho nos engañamos, ó la colonización, la verdadera colonización consiste en hacer á los naturales participantes de las comodidades, derechos y privilegios de la nación soberana, en introducir prudentemente sus usos, hábitos, creencias, idioma, etc., á fin de estrechar fuertemente el lazo de unión entre los indígenas y los habitantes de la madre patria, de manera que todos conspiren de consuno á su mayor esplendor y prosperidad, sea cual fuere la distancia que los separe; entendemos que la colonización incluye un

trueque de intereses, según el cual se importen ó exporten los géneros, conforme lo exija la utilidad de los vasallos de la misma soberanía.

Así entendida la colonización, sería cerrar los ojos á la luz del sol empeñarse en negar que sean las Misiones elemento altamente indicado para el efecto susodicho; cuando otra prueba no hubiera, hablarían muy alto las recientes y horrorosas catástrofes que acabamos de presenciar y el poderío colonial de España en tiempos más felices.

Previas estas consideraciones, que hubiéramos podido excusar, aunque no sean completamente extrañas á nuestro propósito, pasemos á tratar de la colonización de nuestras posesiones del golfo de Guinea, exponiendo de antemano las dificultades que ofrecen mayor estorbo.

CAPITULO PRIMERO

COLONIZACIÓN

ARTÍCULO PRIMERO

Dificultades que se oponen al desarrollo de la Colonia.

Aislamiento de la metrópoli.—Lamentable ignorancia sobre el valor de nuestras posesiones africanas.—Insalubridad del clima.—Falta de plan en el Gobierno.

Aunque nuestra soberanía sobre Fernando Póo data del siglo pasado y la fundación de Santa Isabel del año 1833, puede con todo afirmarse que esta colonia nació para España cuando comenzó á ser gobernada por autoridades españolas, porque antes, según dijimos en otro lugar, salvos los derechos de posesión, era en todo y por todo colonia inglesa. Aun después de estar bajo el mando de Gobernadores de la Península, todavía permaneció como estacionada durante un largo período de años, pudiéndose comparar á un niño en mantillas, cuyo porvenir es incierto y cuya vida se sostiene á fuerza de cuidados; del propio modo, merced á los grandes esfuerzos de algunos Gobernadores, que dejaron allí recuerdos indelebles, continuó nuestra colonia sosteniéndose, siquiera fuese su vida raquítica y desmejorada. ¿Cuál era la causa de este estacionamiento? Varias: algunas de ellas continúan hoy día ejerciendo su maléfico influjo.

Aislamiento de la Metrópoli.—Sin cable, sin correo directo, sin línea de vapores que pusiera nuestra colonia en relación con la Península, debían los colonos valerse para todo de los ingleses, lo cual resultaba en perjuicio de la buena marcha de los negocios: una colonia es un miembro cuyo principio vital reside en la nación á cuyo dominio pertenece; es un niño que exige los cuidados de la madre Patria para crecer lozano y vigoroso. Desde este punto de vista es incalculable el beneficio que ha prestado la Compañía Trasatlántica poniendo á su servicio exclusivo uno de sus vapores. ¡Quiera Dios que á no tardar puedan doblarse los viajes, que hoy día sólo tienen lugar cada trimestre!

Ignorancia de la riqueza de nuestras posesiones africanas. — La citada Compañía, al poner un correo periódico, ha removido en gran parte este segun-

do obstáculo, que tanto estorbaba el desarrollo de la Colonia. Habíase escrito mucho sobre la insalubridad del clima; pero jamás habían figurado en la Península muestras del cacao, ni del aceite de palma, ni de las excelentes maderas de construcción que allí se producen: todo se exportaba á Inglaterra. Y como los que disponen de capital, antes de exponerlo, desean tener garantías probables de ganancia, y conocer con distinción los riesgos que puedan correr sus intereses, y el feliz resultado de los negocios que toman á pechos, fué preciso que los vapores de la Trasatlántica expusiesen ante el público comercial de Barcelona los excelentes productos de la isla, para que algunos comerciantes persuadidos á vista de ojos de las riquezas que entrañaba la Colonia de Guinea, se decidiesen á empeñar sus capitales en la explotación del suelo fernandiano. Varias Compañías catalanas hacen allí su negocio, y de un tiempo á esta parte ha ido cundiendo el deseo de inmigrar, y desvanecídose el horror que inspiraba el sólo nombre de Fernando Póo.

Temor á la insalubridad del clima. —Este es el tercer obstáculo que tomó su origen de las frecuentes defunciones ocurridas entre los primeros expedicionarios: cierto que es malsano el clima de aquellas regiones; pero extremar tanto el horror que se llegase á equiparar con la pena de muerte el confinamiento á Fernando Póo, es cosa manifiestamente absurda por lo exagerada. Más adelante trataremos de las enfermedades, que acostumbran causar más víctimas entre los europeos y de las precauciones que contra ellas deben adoptarse, pudiendo asegurar, por de pronto, que si antes de formar núcleos de población, se escogieran los sitios más á propósito, consultando, sobre todo, las condiciones higiénicas, lograrían excusarse más de un 50 por 100 de defunciones.

Falta de plan en los Gobernadores. — Finalmente personas ilustradas son de parecer que ha sido tal vez el obstáculo más poderoso contra el desarrollo colonial, la falta de plan en las obras del Gobierno de la isla: porque, quedando al arbitrio particular de cada Gobernador tomar sus medidas, y emprender obras de explotación sin ningún compromiso ni traba, fácilmente se concibe, que el resultado será comenzar siempre nuevas empresas, é idear nuevos proyectos, sin llevar nada á feliz remate, ya que no daba lugar á ello el breve plazo, que permanecían las autoridades en la isla. En esto nos hacemos eco del juicio que hemos oído emitir á personas autorizadas; por nuestra cuenta añadimos que, considerando lo mucho que se debe examinar para hacerse cargo de todo y cuán difícil es adquirir los conocimientos indispensables para un gobierno competente, nos parece brevísimo el plazo de dos años para que puedan los Sres. Gobernadores emprender y llevar á cabo obras de importancia. Aun así, en gracia de la verdad nos complacemos en reconocer que los trabajos realizados por las autoridades, á pesar del corto plazo de su Gobierno, han sido de notable utilidad para la Colonia; casi no ha habido Gobernador que, fuera de conservar el orden, beneficio grande y de pocos conocido, no haya dejado algún notable recuerdo de su mando. Hay más: ordinariamente el fruto de los trabajos no se echa de ver dentro de pocos días; á vuelta de algunos años se consigue disfrutar de las ventajas apetecidas, y el estado floreciente que, gracias á Dios, va tomando la Colonia, más que á los trabajos de hoy día, debe atribuirse á las prudentes medidas adoptadas en años anteriores.

ARTÍCULO II

Medios morales de civilización que pueden contribuir al desarrollo de la Colonia.

Adquisición de braceros.—Conveniente modo de tratarlos.—Un caso práctico é instructivo. Miramientos en caso de enfermedad —Partido que se podría sacar de los bubis. —Reglas sobre el modo de tratarlos.

Expuestos ya los obstáculos que sirvieron y todavía sirven de rémora al engrandecimiento de nuestra Colonia, pasamos á señalar los medios, que, á nuestro modo de ver, podrían contribuir á él poderosamente. Hablaremos en el presente artículo de los medios que podrían llamarse morales, dejando los materiales para el próximo inmediato.

Adquisición de braceros. —Importantísimo medio para engrandecer la Colonia sería facilitar la adquisición de excelentes braceros. El hombre de color no acaba ordinariamente en estos países ni la mitad de la tarea de un jornalero en España, por lo mismo es fuerza suplir con el número la falta de actividad. No es, sin embargo, cosa fácil proporcionárselos, á veces ni aun alzando los estipendios. Los lugares de donde acostumbran á reclutarse, son: Sierra Leona, Monrobia y algunas costas situadas entre este último punto y Boni, como Basá, Gran Basá, Nifú, Tabú, Krup y otras. Pero como de los mismos lugares se surten también de brazos las colonias extranjeras, suelen escasear en Fernando Póo, á pesar de que en ninguna otra parte reciben mejor trato, según confesión de los mismos Gobiernos de Sierra Leona y Monrobia. Por este motivo sería de suma utilidad que ó el Gobierno de España ó los mismos propietarios adoptaran alguna prudente medida, ordenada á facilitar su adquisición. tal como tener un agente en la costa encargado de reclutarlos y embarcarlos al pasar los buques españoles, dándoles, fuera de la correspondiente paga, alguna prima por cada trabajador reclutado.

Conveniente manera de tratarlos.—Es además muy conveniente que el sobrestante de la finca sepa tratarlos bien: de ello resultarán incomparables ventajas, así como los malos tratamientos cederán tarde ó temprano en perjuicio del dueño. Porque al volver á sus tierras, suelen los trabajadores comunicar á sus paisanos las impresiones recibidas en Fernando Póo, hablando de la feria según les ha ido en ella: si han quedado satisfechos, colman de elogios al dueño ó propietario de la finca; de otro modo pónenlo de vuelta y media; y desgraciado el dueño que tenga contra sí preocupaciones desfavorables en las comarcas de los braceros, porque corre inminente riesgo de quedarse sólo, y, por lo tanto, de perder las plantaciones.

Concretando más nuestro asunto, daremos las siguientes reglas sobre el modo más adecuado de tratar á los trabajadores:

1.ª Conservarse siempre á cierta altura sobre ellos, no familiarizándose ni aun con los mismos capataces (kapis), por mucha que sea la confianza que se merezcan.—2.ª No castigarles antes de apurar bien la causa: el krumán no

suele quejarse cuando le castigan según justicia; en cambio no puede soportar la menor pena, si no se reconoce culpable.—3.ª Escucharles los motivos de querella, aun tratándose de asuntos baladíes; con esto conjurará serios disgustos, pues como pueda el krumán desahogar minuciosamente sus cuitas, lo deja correr todo, con tal que se le prometa que se aplicará el remedio competente; mas si el sobrestante, en vez de escuchar sus querellas, lo echa á cajas destempladas, no dude que el krumán, despechado de que no le valga la razón, se desatará en una venganza tan inesperada como terrible.—4.ª Pagarles religiosamente el sueldo, según la costumbre del país; y por razón del carácter de estas gentes, es muy prudente y ventajosa aun para los mismos krumanes la siguiente práctica, establecida generalmente en la Colonia: No entregarles cada mes todo el sueldo, sino únicamente la parte que puedan necesitar para gastillos de ropa, tabaco, etc., y reservar lo restante para cuando cierre el plazo de la contrata. Porque si se les satisface toda la cantidad, que generalmente es de tres duros mensuales, gástanselo en seguida como niños, y cuando llega la época de volver á su país natal, hállanse sin un céntimo con que atender á las necesidades de las familias, y luego se echan á llorar como unos desesperados. Para que tal no suceda, es muy del caso entregarles sólo un duro á fin de mes, reservando los restantes para el objeto indicado, de forma que al cabo de los doce meses pueda ponerse á su disposición un caudal de veinticuatro duros. Hay, sin embargo, algunos muy exigentes y desconfiados en lo relativo al sueldo, que recelan si el amo les defraudará parte de él. Para obviar muchas quejas en este sentido, procede entregar á cada uno una libreta, donde, á vista de los interesados, se anote lo que reciben y lo que queda en depósito, trasladando luego las notas al libro de cuentas de la finca.—5.ª Nunca debe omitirse el pasar lista antes de salir para el trabajo, sobre todo si es considerable el número de braceros: esto les infunde temor que los fuerza á trabajar, y, por consiguiente, excusa las huelgas de algunos haraganes.—6.ª Recoger y revisar cada día los machetes y demás útiles; de otra suerte, en breve se le habrán deteriorado y aun inutilizado muchos.—7.ª No obligarles á más trabajo del que puedan buenamente llevar.—8.ª Á ser posible tengan todos su faena determida, quiénes á chapear, quiénes á elaborar el fruto, sin mudarles de destino á no mediar causa razonable, como sería, por ejemplo, castigar á alguien por díscolo ó entrometido.—9.ª Guárdese muy mucho de hablar palabra contra la Religión y sus ministros delante de los indígenas, pues con esto, fuera de dar al traste con su educación y buenos sentimientos, heriría de rechazo sus propios intereses y aun los de la colonia en general.

Un caso práctico é instructivo.—En confirmación de lo dicho, cúmplenos condensar aquí la historia del joven Carlos, educado por los Misioneros de Gabón. Á la edad de diecisiete años fuese á Libreville para ganarse la vida, y como supiese leer y escribir, y además su probidad y honradez le hiciesen acreedor á toda confianza, encargóle su amo los ingresos de la casa. Por mucho tiempo anduvieron las cosas á pedir de boca.

—Mira, chico—decíale el dueño,—eso de ir á Misa es tiempo perdido, y el descanso de los domingos, pura holgazanería. No hay Dios, ni cielo, ni infierno: todo se lo forjan los Padres, bien saben ellos por qué. Muerto el perro, muerta la rabia; el punto está en disfrutar y gozar durante esta vida, sea larga

ó corta. Poca mella hicieron en el corazón del joven las palabras del amo descreído, á lo menos al principio de su permanencia en Lebreville; pero á fuerza de oir tantas veces la misma canción, llegó á vacilar y acabó por no ir á Misa, ni al Catecismo, ni á ninguna práctica religiosa.

Sucedió, pues, á fines del año pasado, que su dueño le envió para efectuar algunos cobros de importancia, y al volver á Libreville con el taleguillo repleto de monedas, púsose á decir para su capote:—No sería mala ganga escaparme ahora con tanto dinero; ya tenía fortuna para toda mi vida. No, jamás, eso de robar... Pero ¿por qué han de tener los blancos más derecho á la felicidad que yo? Por otra parte, si me escabullo dentro de ese enmarañado bosque, me burlo de todas las pesquisas del amo. ¿Y si Dios me castiga?... ¿Cómo me ha de castigar, si ni los mismos blancos creen en Él?—Aquí llegaba el muchacho, cuando pega cuatro brincos, se interna en el bosque, y echa á correr como alma que lleva el diablo. El dueño espera que espera, el chico corre que corre, y cansado el primero de aguardar sospechó el robo, comenzó á soltar sapos y culebras y á maldecir la raza negra, traidora como el mismísimo Satanás.

El chico supo darse tan buena maña, que llegó al pueblo de donde era oriundo sin haber perdido una blanca de su tesoro. Soñaba que iba á ser el más feliz de su aldea; pero allí en el corazón comenzaron á picarle tan malas pulgas, que no podía tener momento de reposo; desvelábale de noche la idea de su crimen; la campana del *Angelus* le llenaba de mortales zozobras, y la vista de la Misión donde los Padres le habían educado, evocábale ideas que le desgarraban el alma. Aquello no podía durar: presentóse el joven en el cuarto del Misionero, confesó el delito y entrególe todo el caudal que había robado.

El Misionero se personó en casa del negociante para verificar la restitución, y primero que el Padre hablase palabra sobre el asunto, el otro comenzó á desahogarse, lamentando su triste suerte, y maldiciendo la raza negra, capaz de tamañas injusticias.

—Amigo mío—le contestó el Misionero,—si los blancos en vez de trabajar *contra* nosotros, trabajasen *con* nosotros, tal vez les luciera á Udes. mejor estrella.

—Nunca se podrá hacer carrera con esa maldita raza de negros.

—Puede ser que extreme Ud. demasiado sus apreciaciones. Sea lo que fuere, vengo con el encargo de entregarle á Ud. su dinero.

—¡Cómo! ¿Mi dinero?

—Sí, su dinero.—Y luego le puso el Padre al corriente de toda la historia.

—¡Ah!—exclamó el negociante en el entusiasmo de su satisfacción.—¡Qué obra tan buena hacen Udes. moralizando á los negros! Sólo la Religión es capaz de obrar semejantes prodigios.

Á pesar de todo, el negociante se quedó tan impío como siempre, y hasta ahora no ha puesto el pie en la iglesia. Tan cierto es que es más fácil convertir á un antropófago que á un blanco de Gabón.

Reflexionen nuestros lectores sobre este suceso, en el cual no sabe uno qué ponderar más, si la virtud sobrenatural de las enseñanzas de la Religión inculcadas por el Misionero á fuerza de trabajos y sudores, ó la maligna influencia del blanco que se atreve á burlarse de lo más santo y sagrado delante de aquellos pobrecitos, que tan fácilmente se dejan seducir.

Miramientos en caso de enfermedad.—Jamás estando enfermos se les debe obligar al trabajo, siquiera no sea grave la indisposición; grande tino es menester para proceder en estos casos, de manera que no se fomente por una parte la pereza de los que fingen algún achaque, ni se obligue por otra á trabajar á los que se sienten realmente enfermos, cosa que calificarían ellos de trato cruel y bárbaro. Sería muy oportuno que los mismos capataces supieran reconocer los síntomas de fiebres, indigestiones, etc., á fin de condescender ó no con los que se quedan en cama so pretexto de enfermedad. Puede, sin embargo, dar buenos resultados la siguiente práctica para discernir si el achaque es real ó fingido: oblígueseles por de pronto á salir á trabajar, y luego procure el dueño ó sobrestante no perderles de vista. Si la enfermedad era holgazanería, á los dos minutos de salir de casa ya no piensan más en sus males, sino que charlan, ríen y trabajan como si nada les hubiera pasado por la cabeza; al contrario, si la dolencia era real; saldrán, sí, al trabajo, pero no pararán de desatarse en murmuraciones y de protestar contra tamaño atropello. Fúndase la razón de esta norma en lo que acabamos de consignar sobre el tino con que debe castigárseles, esto es, que no aciertan á sufrir nada que les parezca irracional, y la manera más inocente que tienen de vengarse consiste en desahogar sus cuitas con mil imprecaciones.

Notaremos por último que cuando se dedican á trabajos extraordinarios, ó trabajan más tiempo fuera de las horas reglamentarias (cinco por la mañana y otras tantas por la tarde), acostúmbrase darles como propina una copa de aguardiente de caña.

He aquí el modo más adecuado de conducirse con esta gente: cuando alguien se hiciere acreedor á castigos de poca trascendencia, es preferible sea el capataz el encargado de imponérselos: procure excusar todo motivo razonable de queja en orden á la alimentación, y si á las veces los halla durante las faenas tostando tal cual plátano, no lo lleve á mal, pues salen de casa sin desayunarse. Esto no quiere decir que se les permitan treguas injustificadas, sino que, durante las horas reglamentarias, nadie debe soltar de la mano el machete.

Partido que se podría sacar de los bubis.—Según resultado del último censo, existen en Fernando Póo sobre 15.000 habitantes indígenas, entre los cuales podrían sacarse algunos braceros, con tal que se les diera el trato correspondiente: pues distan mucho de ser completamente refractarios á este género de tareas, según muchos se habían imaginado. Nosotros mismos los hemos visto trabajar largas horas en la plantación de sus ñames y extracción del aceite de palmera.

Hay, sin embargo, varias causas, por las cuales no se contratan con tanta facilidad como los krumanes de las costas africanas, y es la principal cierta desconfianza que les inspira el europeo, por hallarse aún muy viva entre los ancianos, la memoria de los crueles tratamientos que recibían, cuando el infame tráfico de negros estaba en vigor. De aquí resulta, que con mucha más facilidad halla trabajadores de su tribu un propietario bubi á sueldos ínfimos, que un europeo á sueldos muy crecidos. La segunda causa y también bastante poderosa es el hallarse en su país natal, pues tiénese por cosa cierta y averiguada con respecto á la gente de esta raza, que fácilmente se sujetan á trabajar en paises extraños, mas en el propio se les hace muy cuesta arriba. Con

todo somos de parecer, que á la corta ó á la larga se lograría sacar mucho partido de los bubis fernandianos, como se observen con ellos las siguientes reglas.

Reglas sobre el modo de tratar á los bubís. — 1.ª Contratarles solamente por el tiempo que á ellos les pareciere oportuno.—2.ª Pagarles rigurosamente lo estipulado, de modo que vean observarse con formalidad las bases de la contrata.—3.ª No molestar á sus mujeres, de forma que no puedan concebir la menor sospecha en este sentido. — 4.ª Oir con afabilidad los motivos de querella, que pudieran tener contra los demás jornaleros, aunque se trate de verdaderas niñerías: y caso que el asunto valiera la pena, aplicar el conveniente correctivo.

Cuando se ofreciere de paso algún trabajo urgente, da muy buenos resultados llamar á los bubis y encargárselo á destajo. Para esto cítese al Muchuku del pueblo, y si puede ser el mismo de la comarca donde está enclavada la finca, tanto mejor; luego se estipula con él sobre el sueldo, dejando, á menos que la necesidad otra cosa aconsejare, la libre elección del día en que deban poner manos á la obra. Entonces es de ver cómo acude todo el pueblo al trabajo, y á las pocas horas han dado ya cuenta de todo.

ARTÍCULO III

Medios materiales.

Apertura de caminos.—Otros consejos oportunos.—Camino en Cabo San Juan.

Después de consignados los medios morales, diremos dos palabras sobre los materiales, cuya práctica contribuiría también no poco al desarrollo de la colonia.

Apertura de caminos.—Este medio, como todo el mundo sabe, es absolutamente necesario para dar notable impulso á los intereses materiales de Fernando Póo; y ahora mismo acaba de evidenciarlo la experiencia de los últimos caminos abiertos en Basilé y en la prolongación del de San Carlos, pues á medida que se adelantaban las obras, eran pedidos para el cultivo los terrenos de uno y otro lado. Por lo cual un camino, y mejor una vía Decouville (1), con una pequeña máquina que diera periódicamente la vuelta á la isla, sería, á no dudarlo, una de las obras de mayor utilidad. Tal fué el proyecto que años antes trató de realizar D. José Ibarra, y que ahora mismo intenta llevar á cabo el Sr. Gobernador actual, D. José Rodríguez Vera.

Convendría que este camino de circunvalación corriese á unos cincuenta metros de altura sobre el nivel de la playa, á fin de que las fincas ó poblados que se construyeran para la explotación, pudieran situarse en lugares no expuestos al pernicioso influjo del paludismo, como acaecería en los terrenos bajos, cercanos al mar.

---

(1) Decimos una vía Decouville con una pequeña máquina, porque los caminos ordinarios, en tiempo de lluvia, quedan poco menos que intransitables. En la isla de Santo Thomé, á pesar de hallarse cruzada de caminos por todas partes, ha sucedido algunas veces quedarse sin embarcar miles de sacos de cacao, por no ser posible el transporte á la capital.

Otros consejos oportunos.—Adoptada esta medida, y facilitada á los europeos la ida y vuelta á la capital, no tendrían necesidad de establecer en ella su domicilio, sino que, hechos convenientemente los almacenes, con un capataz de color al cuidado de los mismos, apenas se verían en la precisión de ir á Santa Isabel, si no es para el embarque y desembarque de los géneros. Con esto se lograría en la Colonia más salud y se iría desvaneciendo en la Península el horror á nuestras posesiones, que según confesión de los extranjeros, son las más fáciles de sanear entre todas las del golfo, por hallarse con frecuencia parajes de suficiente elevación donde colocar las casas con todas las condiciones higiénicas. Es muy conveniente que las casas tengan á la redonda grande extensión despejada de bosque, á fin de no respirar las emanaciones de ácido carbónico que de noche se levantan.

Camino en Cabo San Juan.—Antes de dar por terminado este punto, debemos decir cuatro palabras sobre la parte continental que poseemos, llamada Cabo San Juan, donde accidentalmente nos hallamos al escribir estas líneas. Hay aquí excelentes terrenos para café y cacao y maderas de la mejor calidad; un camino que se introdujera y deslindara las parcelas de terreno correspondientes á los indígenas, con una autoridad que les hiciera justicia en las vejaciones de unas tribus contra otras, sería fuente inagotable de riqueza material.

Á cargo de la susodicha autoridad convendría que corriese señalar los solares de las casas, pues si se dejase á la libre elección de los indígenas, construirían junto á los pantanos, originándose fiebres palúdicas que diezmarían la población.

ARTÍCULO IV

Precauciones.

Reglas higiénicas.—Fiebres palúdicas.—Remitentes.—Perniciosas.—Inconvenientes de la quinina.—Tratamiento de las fiebres en los diferentes casos.—Una palabra á los comerciantes.

Siendo absolutamente necesarias la salud y las fuerzas para llevar adelante los negocios, hemos juzgado de mucha trascendencia señalar aquí las precauciones que deben adoptarse para conservarlas, y evitar enfermedades fáciles de contraer y difíciles de curar. Pondremos también el tratamiento de las fiebres.

Reglas higiénicas.—Evitar todo cansancio excesivo, ora provenga del trabajo, ora de viajes, etc.; mas si causas urgentes obligaran á algún esfuerzo, bueno sería tomar después un poco de quinina (medio gramo) y descansar, aun cuando no se tenga asomo de fiebre.

Evítese llevar vestidos mojados provenientes de lluvia ó de otra causa, si bien que la humedad del mar no es tan nociva; utilícense á este fin impermeables ú otros preservativos. Mas, si á pesar de esto, llega alguna vez el agua á calar los vestidos, se hace preciso mudarse de ropa y darse una friega sobre la piel con alcohol ó aguardiente anisado ó de caña, etc. Lo propio debe hacerse cuando se sale á los montes, caso que llegue uno con los vestidos empapados de sudor; porque siendo tan notable la diferencia de temperatura con respecto al

punto de partida, si no se toma esta precaución, enfríase bruscamente el organismo, de donde se originan fiebres cuando no pulmonías.

Al marchar sobre hierba mojada, cosa frecuente por aquellas regiones, urge la necesidad de no pasar muchas horas sin cambiarse medias y calzado, no omitiendo nunca las fricciones de alcohol. De otro modo, el individuo se expone á contraer fuertes reumatismos, de los cuales le será difícil verse libre. Todo esto debe tenerse presente cuando quieran hacerse exploraciones hacia el interior de la isla, en las cuales, fuera de las provisiones necesarias, conviene no descuidar nunca el alcohol ó aguardiente de caña, sin confiarlo á los krumanes de la caravana, porque á lo mejor, se los encontrará media legua atrás ó delante, y cuando lleguen ya tendrán contraída la enfermedad, que se hubiera podido excusar aplicando á tiempo el remedio consabido. Y caso de no tener á mano alcohol, convendrá que, entretanto, se pasee con ligereza, á fin de conservar el calor del organismo.

También es indispensable evitar insolaciones; además de la sombrilla, debe llevarse sombrero ligero, ó mejor, esos que llaman saracofes.

Tampoco carece de peligro presenciar muy de cerca el chapeo de los trabajadores, porque de ordinario se levantan emanaciones muy antihigiénicas para el europeo.

Si por casualidad sobrecogiera á uno la noche en medio del bosque, guárdese de acostarse sobre la hierba, por ser altamente pernicioso.

Evítense excesos en comidas y bebidas; procúrese, antes bien, un régimen fijo de substancias suficientemente nutritivas.

Debe llamar toda su atención el sitio que se escoja para establecer su domicilio, procurando que esté convenientemente aireado.

Cuando se experimente en los miembros general desfallecimiento, ó agudos dolores en la cabeza, no hay para qué amilanarse, aunque podría comprometer gravemente su salud quien no tomase la menor cautela. Retírese del campo ó del trabajo y tome á prevención una ligera purga. A veces, esta sola medida, tomada á tiempo, le ahorrará una fiebre; y cuando no, por muchas experiencias consta que la previa limpieza del estómago es medida excelente contra el paludismo.

Los Padres Misioneros franceses residentes en Gabón toman además diariamente unos 0,20 gramos de quinina, y los hay que llevan en aquellos países veinte y aun treinta años de residencia. Nosotros hemos seguido hace algún tiempo la misma práctica, y nos da buen resultado.

No se deje dominar de impresiones fuertes de ánimo, procure tener un buen amigo con quien desahogarse y dar largas á los asuntos, pues con el decaimiento nada se adelanta.

Fiebres.—Es muy raro el sujeto que permanezca largo tiempo en Fernando Póo sin experimentar los perniciosos efectos del clima. Y nadie debe persuadirse no correr allí ningún peligro, por más que haya pasado algunos meses libre de accidentes. Por lo cual, quien pueda colocarse en lugares donde pueda fácilmente ser socorrido con la asistencia del médico, debe, preferirlos siempre á otros aislados, aunque sea con alguna mengua de sus intereses. Sería muy útil, en los casos de indisposición, recurrir á los cuidados del facultativo, sobre todo á los principios, sin fiarse de sus propios conocimientos; con esto se ahorrará tal

vez algunas semanas de malestar y prevendrá muchos peligros para adelante.

Mas como algunos habrán de habitar forzosamente lejos de poblado, al frente de una finca, sin más asistencia que la de un compañero blanco, ó tal vez, de un criado de color, nos ha parecido podría ser de utilidad consignar aquí algunas indicaciones sacadas de un escrito del Sr. Oscar Montero, hombre muy práctico en las enfermedades de estos países, y que gozó de merecida fama las dos veces que en esta colonia desempeñó su profesión.

Fiebre palúdica. - *Síntomas.*—Los hay precursores, según el citado doctor, que se anticipan de ordinario de veinticuatro á cuarenta y ocho horas; tales son inapetencia, flojedad de piernas, dolor de cabeza, etc., y suelen presentarse por los días catorce, veintiuno ó veintiocho á contar desde la fecha de la última calentura, debiendo observarse los enfermos con el mayor cuidado al aproximarse estos días; las personas pudientes é instruídas logran eludir el ardor de la fiebre, porque al asomar los primeros síntomas, poco ha indicados, toman un gramo de quinina en dos dosis con intervalo de hora y media, repitiendo la operación al día siguiente. Cuando los síntomas antedichos son bastante pronunciados, sobre todo, si se junta una sed tenaz y ardorosa, suele ser señal de que el acceso está muy próximo. En las fiebres algo intensas, á los síntomas indicados acompañan ordinariamente escalofríos; en las sencillas, falta este síntoma en la mayoría de los casos.

Tan pronto como el individuo vea amagar las señales susodichas, debe acostarse y abrigarse, para entrar en calor y promover la secreción sudorípara. Si la sed fuese intensa no hay inconveniente en dar al enfermo limonadas frecuentes, con tal que sea en pequeñas dosis. Luego que se entra en el *período de calor,* ó sea cuando comienza á sudar el enfermo, puede disminuírsele el abrigo, aunque no de manera que se enfríe ó el sudor se interrumpa, pues esto podría ser muy perjudicial. Y aunque se halle notablemente mejorado no le conviene dejar la cama hasta estar completamente libre de calentura, lo cual conocerá con el auxilio del termómetro clínico; y caso que no le tuviera á mano, es muy buena señal si el enfermo se duerme apaciblemente, y se encuentra bien en la cama.

Acompañan á veces estos accesos vómitos biliosos, y para combatirlos conviene usar el agua de Seltz en pequeñas y repetidas dosis. También da muchas veces resultado facilitar estos vómitos (no promoverlos) con abundante agua tibia, hasta que el enfermo se quede tranquilo sin los conatos que antes le molestaban.

Una vez pasada la fiebre, ó si se recelase un nuevo acceso (que suele sobrevenir á las veinticuatro horas) antes que pase del todo, con tal que haya bajado notablemente, se da al enfermo medio gramo de quinina, dosis que se repite á la hora ú hora y media de tomar la primera. Para evitar el gusto amargo que á algunos enfermos les excita el vómito, se les puede suministrar en un poco de jarabe, en una taza de café frío, ó á lo más templado.

Remitentes.—"Hay ocasiones en que la duración de la fiebre excede á la ordinaria, ó no deja del todo al individuo en hora alguna del día; en estos casos —son palabras del mencionado doctor—es preciso tomar sin repugnancia la quinina, porque además de que dicha substancia no origina complicación alguna cuando se toma á las dieciséis horas de haber comenzado el acceso, especial-

mente si éste se halla en el período de sudor, se cumple con la siguiente regla, cuyos beneficios comprueba diariamente la práctica. Administrar la quinina lo más antes posible del acceso esperado, á fin de que tenga siempre tiempo de obrar y sin accidentes.

„Cuando el estómago presenta signos de gran irritación y hay tendencia al vómito, es preciso hacer tomar al enfermo veinte gotas de láudano de Sydenham media hora antes de la primera dosis de quinina, con objeto de que pueda retenerla, debiendo hacer lo mismo cuando exista diarrea; mas si á pesar de este tratamiento, los vómitos continúan y la quinina no es tolerada, se recurrirá á las inyecciones hipodérmicas de sulfato ó clorhidrato de quinina, entretanto se dispone el estómago por medio de las gaseosas y los enemas purgantes si hay retención de vientre.„ Hasta aquí el Dr. Oscar.

Á los Misioneros en varios casos, cuando el enfermo tenía conatos de vómito, y no hemos podido disponer de láudano de Sydenham, nos ha dado buenos resultados facilitar por medio de agua tibia los mismos vómitos, á fin de expeler del estómago la causa que los produce, hasta dejar al enfermo tranquilo; procuramos entretanto hacerle entrar en calor, y obligándole además á uno ó dos días de dieta, en los cuales se le suministra en pequeñas pociones, hasta que comienza á sentarle bien el caldo, que al principio debe darse en dosis ínfimas (una cucharada de las de café), aumentando progresivamente de hora en hora, siendo preferible quedarse un paso atrás que querer adelantar demasiado. Cuando ha comenzado el estómago á retener fácilmente el caldo, entonces le administramos la quinina en pequeñas dosis (un gramo en cuatro veces con intervalo de una hora entre una y otra), observando cuidadosamente si le irrita de nuevo el estómago, en cuyo caso la suspendemos hasta que vuelva á calmársele la excitación.

Perniciosa.—"Hay casos en que la fiebre viene acompañada de un profundo sueño, al parecer tranquilo y natural—dice el Dr. Oscar;—pero que indica una gravedad suma, siendo preciso obrar pronto y con energía para no exponerse al riesgo de perder al enfermo. No hay que esperar á que desaparezca el acceso; á las pocas horas de haber comenzado adminístrese gramo y medio de bromhidrato de quinina en dos veces, ó bien las inyecciones hipodérmicas, según la siguiente receta:

Sulfato de quinina.....	1 gramo.
Agua destilada.....	8 „
Ácido sulfúrico.....	6 gotas.

„Disuélvase bien el sulfato. Esta disolución debe inyectarse con lentitud debajo de la piel, con objeto de no provocar flemones. Úsense al propio tiempo los enemas purgantes, poniendo: Sulfato de sosa ó de magnesia, 30 gramos; agua, 400 gramos para una lavativa. No se descuiden los sinapismos en las piernas y paños de agua fresca en la cabeza.

„*Inconvenientes de la quinina.*—Los preparados de quinina producen con mucha frecuencia perturbaciones del tubo digestivo y de los riñones, que deben tenerse muy en cuenta por los peligros á que puede exponer su desconocimiento.

„Primer caso.—*Irritación del estómago.*—Se observan calenturas, algunas de ellas no muy intensas, que, á pesar de tomar los enfermos bastante sulfato de quinina durante los dos ó tres primeros días, *y de sentir bien sus efectos*, tales como zumbido de oídos, sordera, etc., no se consiguen dominar; la fiebre prosigue, aunque menos alta que en los tres días anteriores, y se ha hecho continua, pudiendo estos casos dar lugar á sospechar que no obedecen al medicamento, el cual se sigue suministrando por efecto de esta falsa apreciación los días cuatro, cinco y siguientes, hasta ver si á fuerza de quinina se consigue dominar la calentura. La duda es mayor si la fiebre era remitente desde un principio, ó con una intermisión poco duradera.

„La explicación de estos fenómenos es muy sencilla: la quinina, que falta menos veces de lo que generalmente se cree, ha obrado bien; la fiebre palúdica se ha cortado al tercer día, ó antes quizá; pero ha quedado otra gástrica, consecuencia del estado irritativo del estómago, producido por el medicamento, que desaparece en pocos días si éste se suspende, y se sostiene si se continua suministrando. En este último caso, la consunción de la fiebre, la falta de apetito y la perturbación nutritiva *en menos* que ocasiona la quinina, son causas suficientes para acabar con el individuo por fuerte que sea.

„El tratamiento es tan sencillo como eficaz: suspender la administración de la quinina, después de haber tomado las tres dosis dichas y de sentir bien sus efectos, y suministrar el agua de Seltz y los enemas purgantes si hay astricción de vientre.

„Segundo caso.—*Perturbación de los riñones.*—Con frecuencia se observan fiebres complicadas con sangre en la orina (perniciosa nefrítica) al cual síntoma acompañan irritaciones del tubo digestivo, congestiones del hígado y otras vísceras, circunstancias que explican los vómitos, algunas veces la diarrea, la amarillez de la piel (ictericia), la opresión del pecho y la ansiedad respiratoria, aunque no es muy marcada. En buena parte de los casos la alteración del riñón se hace más profunda, y á la hemorragia subsigue la disminución de la cantidad de orina ó su completa supresión (anuria, seguida generalmente de urenia), accidente temible que es la causa de la mayor parte de las defunciones de europeos. Los enfermos, sin orinar, mueren en medio de un profundo sueño, interrumpido de vez en cuando por ligeras convulsiones, ó bien días antes del desenlace fatal se presentan hinchazones limitadas que cambian de lugar; hay mayor ansiedad respiratoria, vómitos difíciles de contener, á veces un hipo rebelde y después de haberse iniciado mejorías engañosas, sucumbe el enfermo conservando todo su conocimiento y sin calentura, si es que ha tomado bastante quinina.

„La gran mayoría de las veces esta complicación es producida por la quinina ó por la alteración especial de la sangre, hallándose probablemente gran cantidad de albúmina en la orina. . presentándose con especialidad cuando se toma mucha cantidad de quinina de una vez, momentos antes ó á poco de comenzar el acceso, el cual viene marcado por los fenómenos congestivos referidos; pero también la fiebre puede tener este carácter sin intervención alguna de este medicamento, caso bastante raro en el país.

„*Tratamiento.*—Si la complicación ha sido producida por la quinina, debe suspenderse su administración y observar si basta la dosis que ha tomado el

enfermo para cortar la calentura. Al siguiente día la orina está ya clara en los casos felices, aunque continúe la fiebre; pero se reproduce la sangre seguramente si se toma nueva cantidad del medicamento. Cuando la fiebre fija sus determinaciones en el riñón sin intervención alguna de la quinina, es preciso administrar ésta en inyecciones hipodérmicas (véase la receta de la pág. 165), con objeto de dirigirse á la causa del mal, aun á riesgo de aumentar las lesiones renales. Además debe hacerse tomar al enfermo una poción con ergotina ó con tanino, cualquiera que sea la causa de la hemorragia.

„POCIÓN DE ERGOTINA

Ergotina.....	2 gramos.		Para tomar una cucharada cada dos horas.
Agua común	200 —		
Jarabe de azahar.....	60 —		

„POCIÓN CON TANINO

Ácido tánico.....	1 gramo.	Tintura de canela.....	4 gramos.
Agua.....	200 —	Jarabe simple.....	60 —
Agua de azahar...	40 —	Una cucharada cada hora.„	

Todo cuanto acabamos de decir sobre la *perniciosa* y los *inconvenientes de la quinina,* es del Dr. Oscar y confirma lo antes indicado sobre la necesidad de residir, á ser posible, en lugares donde pueda disponerse de la asistencia del médico. Porque en una finca aislada, ¿cómo se hallarán fácilmente á mano las medicinas indicadas? Y caso de que el particular se procurase anticipadamente las drogas, ¿le sería fácil hacerse con un practicante ó farmacéutico para confeccionarlas? ¡Pobre enfermo! Sin embargo, como estos casos pueden ocurrir fácilmente, permítasenos indicar aquí los medios de que en varios casos nos hemos valido los Misioneros, medios caseros que cualquiera puede hallar á mano, y que, no obstante, siempre nos han dado resultados satisfactorios.

Al presentarse una fiebre con síntomas alarmantes, hemos notado que viene precedida de uno ó dos accesos benignos (á lo menos al parecer), ó de algunos días de general malestar (1). El enfermo, aun después del acceso, se hallaba inquieto en la cama y buscaba fuera de ella calmar el desasosiego que le fatigaba, y cuya causa no sabía atinar. Después se presentan de repente fuertes escalofríos, tiembla todo el cuerpo, se enfrían las extremidades, acentúase la sed, experiméntase fuerte dolor de cabeza, etc.; al cabo de un rato hay conatos de vómito, y más tarde se queja el enfermo de un ardor intenso en el hipogastrio, con aumento del dolor de cabeza.

(1) En dos enfermos nos llamó la atención, como dos días antes de sobrevenir el acceso, la amarillez del rostro. Al primero no le hicimos preguntas; al segundo pudimos hacérselas con tanta mayor libertad, cuanto que se trataba de un Hermano nuestro, y nos contestaba afirmando que se hallaba bien. Como sólo nos hemos fijado en estos casos, no podemos ponerlo como síntoma general: mas esto, y la ligera calentura que suele preceder, parece manifestar que la causa de la perniciosa preexiste con alguna anticipación á sus inmediatas manifestaciones.

Tratamiento.—Acostado el doliente, procúrese, desde luego, excitar el calor en las extremidades; póngasele en las plantas de los pies un calorífero, y en su defecto, una botella de agua muy caliente y bien tapada (1), y entretanto se le frotan las piernas con franela ó con la misma manta de la cama. Póngasele otra botella en las manos, ó déle las suyas el enfermero para comunicarle calor. Al sobrevenir la reacción, el enfermo se halla mejor algunos minutos; apareciendo luego las señales de irritación del estómago por los conatos á vomitar, facilítensele los vómitos por medio de agua tibia, que debe beber en abundancia. Con esto se evita, en gran parte, la extorsión que causa el vómito. Éste, con intervalos más ó menos largos, dura á veces dos días, sin que el enfermo pueda retener cosa alguna: todo parece se le convierte en bilis; hasta que, al fin, arrojada gran cantidad de ella, expele una secreción algo semejante al cardenillo. Durante este período es inútil dar al doliente quinina ni alimento alguno, porque lo arroja al momento, y si lo retiene pocos minutos, es sólo para acrecentar la fuerza de la irritación, como se nota después. La fiebre va decreciendo á medida que el enfermo expele la bilis; mas éste queda tan débil, que parece hallarse á las puertas de la muerte. Cuando se note que retiene fácilmente el agua y los refrescantes, pruébese de administrarle una cucharadita de caldo frío; aumentando la dosis progresivamente y con mucha observación, para no exceder, según más arriba hemos indicado al hablar de las fiebres remitentes. En este período (cuando comienza á retener algo el estómago), á veces el enfermo pide con mucha instancia algo que parece antojo; tal como zumo de naranja precisamente, ó de limón ú otro ácido. Condesciéndase con él, con tal que sea en dosis ínfimas, porque al paso que el enfermo queda sosegado con el logro de sus caprichos, de ordinario acierta á pedir lo que mejor recibe ó retiene su estómago. Cuando esta víscera comienza á funcionar normalmente, adminístrese la quinina en dosis pequeña.

Á las pocas horas se nota más clara la orina, y aunque quedan los vómitos, que según hemos dicho, duran á veces dos días, hay un enemigo menos que combatir.

Así que el enfermo entra en un período de relativa mejoría, ó por la extrema debilidad en que se halla, ó por no poder apenas conciliar el sueño, pretende cambiar de posición á cada momento. Téngase paciencia y condesciéndase con él todo lo posible, aunque parezca caprichoso, ayudándole y no cargándole de ropa, á menos que hubiese peligro de enfriamiento, para lo cual, evítese con cautela toda corriente de aire.

He aquí lo que nos ocurre decir sobre las enfermedades, en beneficio de los que no puedan tener asistencia médica.

Una palabra á los comerciantes.—Porque á medida que vaya creciendo la riqueza de nuestra Colonia, llamará más la atención, y se determinarán los peninsulares á venir á ella en mayor número, nos ha parecido prudente apuntar

---

(1) Para obtenerla sin romper el frasco se llena primero de agua fría, y antes de taparla, sumérgese en un baño de agua caliente, hasta que se nivele el calor de la de dentro con la de fuera. Y si se quiere con más rapidez, que á veces urge el remedio, pónense en el fondo como tres dedos de agua fría, y luego acábase de llenar con un embudo, de agua caliente.

algunos conocimientos, hijos de la observación, y que, si no nos engañamos, podrán ser de alguna utilidad para los que se resuelvan á comerciar con los artículos de la isla.

1.º Quien desee hacer negocio en grande escala, no lo emprenda solo, porque para muchas cosas es indispensable formar compañía, como para agenciarse las compras y ventas en la Península, para relevarse, si por motivo de enfermedad hubiese de regresar á España, etc. Dos hermanos ó compañeros bien avenidos, que pudiesen alternar, un año en Fernando Póo y otro en Europa, tendrían muchas más probabilidades de hacer fortuna que quien tuviese en España el capital y enviase comisionados á estas tierras, sin personarse nunca.

2.º Quien no disponga de un capital considerable, no emprenda negocios en grande escala con esperanza de duplicarlo luego; pues fácilmente lo disiparía todo antes de reportar ganancia alguna. No saque sus cuentas desde la Península; aquí la manutención es muy cara, los indígenas y krumanes trabajan relativamente poco, y fuera de esto, hay mil agujeros por donde se cuela el dinero y desaparece como por encanto, aun siendo muchos los ahorros y economías. Lo que procede en estos casos es comprar una pequeña finca, que esté ya en producción, y levantar una tienda á precios equitativos.

3.º Al embarcarse uno para Fernando Póo, con el intento de abrir ó comprar fincas, debe procurarse krumanes al pasar por Sierra Leona ó Monrobia; para esto, tenga á mano oro inglés, porque lo acostumbran á exigir las autoridades en dichas regiones. El pasaje de los krumanes en vapor español suele ser de 7,50 pesos.

4.º Llegado ya á estas tierras, no pierda de vista las precauciones arriba indicadas para la conservación de la salud.

ARTÍCULO V

Explotación de las plantas útiles.

Cosechas á que se prestan los terrenos en Fernando Póo.—Idem en Corisco y Elobey. Idem en Annobón.—Idem en Cabo San Juan.

Mucho contribuiría al aumento de la riqueza de la isla escoger para la producción el terreno más apropiado, porque como todo el mundo sabe, ni cualquier terreno se presta á cualquier producción, ni todas las plantas exigen las mismas condiciones agrícolas. Y aunque todas estas regiones, por lo mismo de estar próximas al Ecuador, pertenezcan á la zona tórrida, distan mucho de ofrecer las mismas ventajas para el cultivo de los vegetales. Vamos á insinuar brevemente los principales datos que resultan de los ensayos que llevamos hechos.

Fernando Póo.—Esta isla puede llevar gran número de cosechas, según las diferentes zonas y estaciones; préstanse al *cacao* las zonas que no alcanzan á 300 metros de altura sobre el nivel del mar, pues más arriba se echa á

perder gran parte del fruto por sobra de humedad, ó á lo menos se hace muy difícil secarlo (1). El *café de Liberia* soporta todavía menos la humedad, por cuyo motivo no procede cultivarlo á más de doscientos metros de altura; en cambio no requiere suelo de tanto fondo como el cacao, por donde, si se observa en las parcelas de las fincas que esta planta no crece lozana y vigorosa, puédese cultivar café con bastante probabilidad de buen éxito. El *tabaco* requiere un suelo substancioso, aunque se da tanto en los altos como en los bajos; así y todo, tal podría ser la humedad de un paraje, que se hiciera muy dificultoso secar las hojas, lo cual no acontece en los lugares bajos próximos á la playa. El *maíz* se produce perfectamente en cualquier zona, pudiéndose obtener dos cosechas al año, una al principio y otra al fin de las lluvias, ó sea sembrándolo á últimos de Marzo ó á principios de Abril y en la última quincena de Octubre ó primera de Noviembre. El *arroz* nos ha producido excelentes resultados en todas las zonas; siémbrase por Mayo y tómese el cuidado de esquivar las aves, para lo cual podría adoptarse el sistema usado en Filipinas (2); mas hoy por hoy trae poca cuenta cultivar arroz, pues careciendo de máquinas para aventar el grano, resultan sobrado crecidos los gastos indispensables para ponerlo en condiciones de venta. La *patata* ha sido objeto de numerosos ensayos; el éxito sólo ha sido satisfactorio en las zonas de mil ó más metros sobre el nivel del mar. Pónese por Octubre y Marzo á fin de obtener anualmente dos cosechas; en las llanuras de Moka las hemos cosechado también de excelente calidad; pero si el año resulta muy lluvioso, ó por otra causa la humedad es excesiva, deben consumirse pronto los tubérculos; de otra suerte se pudrirían. Las *judías, escarolas, coles, lechugas*, y en general toda clase de hortalizas, pueden cosecharse en la época de lluvias, á menos que por exceso de humedad se pudriesen, como podría suceder. En la época de seca exigen sombra y mucho riego para que no las agosten los ardientes rayos del sol. Lo dicho no reza con el tomate, pues esta hortaliza rara vez alcanza en Fernando Póo el tamaño de los peninsulares. El *apio* crece bien; mas sea cual fuere el procedimiento que se siga, cuesta mucho obtenerle tan blanco y tierno como el de España. Las *sandías* y *melones* cuajan bien á cualquier altura; deposítense las semillas al finalizar la época de las lluvias, que es á últimos de Octubre ó principios de Noviembre, de modo que vengan á madurar por Enero ó Febrero próximo.

Corisco y Elobey.—En Corisco y en los dos Elobey no trae cuenta cultivar *café* y *cacao*, pues granan con mucha dificultad, por ser muy tenue la capa de humus que recubre aquel suelo arenoso. En cambio los *tomates* ni en tamaño ni en gusto van en zaga á los que se producen en la península. Deben sem-

---

(1) Hablamos de la isla según las circunstancias actuales. Cuando se haya despejado gran extensión de bosque y puedan los vientos circular más libremente, se podrán obtener á grandes alturas tanto el café como el cacao, pues parajes hay en Santo Thomé donde se dan dichos artículos á más de mil metros, á pesar de hallarse dicha isla más próxima al Ecuador.

(2) Consiste en colocar un espantajo de distancia en distancia, unidos todos entre sí por medio de una cuerda; constrúyense luego varias chozas destinadas al alojamiento de alguna persona, encargada de sacudir á la vez todos los monigotes, con lo cual se asustan los pájaros como con una descarga de fusil.

brarse durante las lluvias, ó sea desde Septiembre hasta Abril, y lo propio debe decirse de las otras hortalizas. Los *cocoteros* producen fruto de calidad inmejorable, y el árbol del *caucho* nada deja que desear. El *ganado lanar* prospera allí admirablemente, sin dejarse sentir los perniciosos efectos del reumatismo que ataca en Fernando Póo á toda clase de reses. Frecuentan las playas multitud de peces, inclusas las especies de sabor más exquisito.

Annobón.—De esta isla sólo puede esperarse *tabaco*, que resulta excelente cuando se le prodigan los cuidados que exige; el *ganado lanar* se cría bastante lucio. ¡Lástima que no puedan estos artículos obtenerse en grande escala por la escasez de terreno libre! El que se podía utilizar lo tienen los indígenas ocupado para sus fincas de yuca. No se lleva hecho ensayo alguno sobre el cultivo de las plantas del *caucho*, y supuesto que en Elobey se conservan muy lozanas aun durante la seca, no sería difícil que dieran también en Annobón buen resultado.

Cabo San Juan.—Esta pequeña parte del Continente podría rendir gran utilidad si se cultivara con esmero, pues si bien algunos parajes por estar encharcados, otros por muy arcillosos y varios por distar muy poco de la playa, no se prestan al cacao y al café; existen, no obstante, lugares de considerable extensión, donde se desarrollarían bien entrambas especies aunque no con tanta rapidez como en Fernando Póo. En cambio, las comarcas de Cabo San Juan llevan sobre las de Fernando Póo esta ventaja, que allí las lluvias, aunque suficientes, no llegan á ser excesivas, por cuyo motivo podría secarse bien el tabaco en todas las estaciones.

Prescindiremos de lo demás como hortalizas, caucho, tabaco, arroz, etc., que todo iría allí muy bien. Pasaremos también por alto las excelentes maderas de construcción, abundancia de caza, etc.; pues ya llevamos dichos en otro lugar los datos más importantes sobre estos puntos.

ARTÍCULO VI

Casas y sus dependencias.

Trabajos preliminares.—Condiciones de un buen local.—Dependencias de la casa. Dormitorio de krumanes.—Materiales que traen más cuenta.

Al emprender la roturación de algún terreno que se quiera destinar á la producción de los artículos aquí consignados, conviene que el encargado de dirigir las obras proceda con método, y nunca á Dios y á la ventura, á este fin, lo primero que debe hacer es buscar dentro del perímetro de tierra señalado el lugar más á propósito para levantar la casa con sus dependencias. Para esto, divida los trabajadores en grupos de á dos ó tres, y ordéneles abrir en el bosque caminos por todas direcciones; examine luego con detención los caminos abiertos, con lo cual por una parte se formará mejor idea del terreno, si llano, accidentado ó pedregoso, etc., y por otra podrá ver cuál es el sitio más á propósito para levantar la quinta de su residencia.

Este sitio, á ser posible, debe reunir las condiciones siguientes: 1.ª Eleva-

ción sobre lo restante de la finca, para que una vez desmontado el terreno, pueda soplar la brisa con toda libertad.—2.ª Debe tener en los alrededores suficiente provisión de agua potable; aunque esto no siempre será posible, lo será, sin embargo, en la mayoría de los casos, atendida la multitud de riachuelos que serpean por la isla. Evítese, con todo, edificar junto á lugares pantanosos.—3.ª Que el solar ó plataforma donde se levanta la casa tenga suficiente extensión para dar cabida á todas las dependencias, y más tarde una plazuela donde secar cacao si lo consienten las dimensiones de la finca.

Determinado ya el sitio, debe el encargado construir para sí, y para cuando vayan los dueños á visitar la finca, una casa de piso de cinco á siete metros en cuadro, con una dependencia orientada al Sudoeste ó al punto de donde acostumbre soplar la brisa, y dos ó tres habitaciones bajo llave (1). Haga también una galería que dé hacia el punto más aireado, y si puede dar la vuelta á la casa, tanto mejor: una galería es en aquellos países elemento indispensable de salud. Para esta primera morada no conviene escoger materiales costosos, porque será muy posible que, aun á pesar de todas las diligencias antedichas, cuando tenga ya desmontado todo el terreno, halle un sitio de condiciones más ventajosas, y le convenga trasladar su residencia. Hágase, pues, esta primera habitación de materiales del país con cubierta de bambú; para esto no necesirá hacer grandes expensas, y los mismos trabajadores podrán ayudarle á levantar la obra, con lo cual excusará algunos jornales.

Además de la sala y habitaciones del piso, tenga en los bajos dos ó tres departamentos bajo llave. En ellos guardará las herramientas y demás instrumentos de labranza, dormirá el criado y tendrá la despensa de los trabajadores. Haga para cocina un pequeño cubierto de dos metros en cuadro á la distancia de seis ó siete varas, y en parte donde no pueda molestar el humo.

Á cuarenta ó cincuenta metros y en el lado opuesto á la brisa, coloque la habitación ó dormitorio de los krumanes, que al principio será también de bambú, cuidando bien de reparar cualquier grieta ó agujero que se abra en las paredes orientadas al pico de Santa Isabel, porque por allí se cuela el aire fresco de la noche; si no se toma este cuidado, tendrá frecuentemente trabajadores enfermos de pulmonía ó catarros fuertes, lo cual redundará también en perjuicio del dueño.

Cuando la finca esté ya toda plantada, ó ya tal vez parte de ella en producción, si nota que comienza á deteriorarse la primera casa, ó por la acción destructora de los comejenes, ó por tener carcomidas las maderas, ó el techado destruido por las lluvias, de manera que se hace preciso restaurarla ó levantarla de nuevo, convendrá, por poco que los caudales se lo permitan, construir la segunda quinta de materiales sólidos, ora sea en el mismo solar que ocupaba la primera, ora sea en otro que le parezca reunir mejores condiciones.

Entretanto que los materiales de cal, ladrillos, etc., no se puedan obtener á precios más bajos, que los que tienen hoy día á causa del flete, y mientras no se pueda disponer de albañiles europeos, nos atrevemos á aconsejar, que los postes ó armazón de la casa sean de hierro, con base ó cimentación de piedra y cemen-

(1) Tenga destinada una de ellas para despensa de los víveres que han de servir para sí y para sus compañeros europeos, si los tiene.

to, las paredes de los bajos de planchas de cinc, las del piso con su galería de madera y el tejado también de planchas de cinc. Con esto se obtiene una construcción sólida, porque siendo de hierro la armazón, resiste á los tornados; los bajos, protegidos del sol mediante la galería, resultan bastante frescos, y el piso lo es igualmente, sobre todo de noche, en que más se necesita para el descanso.

Aconsejamos dicha construcción como más fácil, pronta y barata; porque aunque con bambú y calabó, resultarían los gastos menos considerables; con todo, son estas maderas de tan corta duración, que tomados en cuenta los gastos de construir y reparar las viviendas, es muy preferible la construcción de hierro y cinc.

Esto mismo aconsejaríamos para la renovación de la casa de los krumanes, esto es, que las paredes y tejado fuesen de cinc, eliminando por supuesto el piso, porque saldría á la larga mucho más económico.

CAPITULO II

CULTIVO DEL CACAO

ARTÍCULO PRIMERO

Conocimiento del cacao y su importancia.—Desmonte al raso.—Desmonte parcial. Ventajas de este último.—Disposición del terreno.

El cacao (Theobroma cacao. L.) es un árbol tierno, elevado y ramoso, propio de las regiones húmedas de los climas tórridos; produce un fruto grande y redondeado, cuya pulpa contiene de treinta á cuarenta simientes, que se utilizan para la elaboración del chocolate, alimento obligado de todas las mesas acomodadas. Del fabuloso consumo que se hace del chocolate en la Península, puede colegirse la importancia que se merece el cultivo del precioso vegetal á que consagramos el presente capítulo de la Memoria.

Para obtenerlo, debe siempre comenzarse por desmontar el terreno de árboles, malezas y hierbas, y después de haber separado las maderas utilizables para construcciones, se pega fuego al ramaje, con lo cual, además de despejarse el terreno, queda el suelo notablemente beneficiado. Pero aquí surge una cuestión de capital interés para el cultivo del cacao, á saber: ¿Debe adoptarse el desmonte al raso, ó sea destruir toda vegetación en el lugar donde se abran las plantaciones, ó es preferible el desmonte parcial, de manera que queden varios árboles y arbustos entre los cacaotales? Vamos á exponer sencillamente las razones en que se apoya una y otra práctica.

Desmonte al raso.—Tiene las siguientes ventajas: 1.ª Favorece notablemente la belleza y simetría de las plantaciones, pues la vista parece descansar recorriendo las calles alineadas de los árboles.—2.ª Si sólo se aclaran los árboles al desmontar, sobrevienen frecuentemente tornados, que desgajando y tronchando ramas, causan grandes destrozos en los cacaotales.—3.ª Estando la plantación despejada, corren las brisas mucho mejor.—4.ª Las raíces de los árboles que quedan, chupan gran parte de los jugos nutritivos destinados á la cosecha del cacao.—5.ª Finalmente, la sombra necesaria para interceptar los ardores del sol, puede conseguirse plantando en medio plátanos ó bananeros.

Desmonte parcial.—Dos son las razones poderosísimas que aconsejan esta práctica: 1.ª Que puedan las plantas tiernas del cacao, á la sombra de copudos árboles, librarse de los ardientes rayos del sol tropical; estos ardores marchitan las plantas, secan los brotes tiernos, y ofreciendo circunstancias favorables al desarrollo del gusano que las roe, menguan considerablemente la cosecha. Por esto observó con mucho tino el africanista inglés Mr. Moloney: "Es un hecho que diariamente se presenta á los ojos de todo observador, que hasta la naturaleza salvaje busca con afán cómo resguardarse de los rayos abrasadores del sol.„—2.ª El desmonte total ocasiona falta de lluvia, y por lo mismo priva á las cosechas de un elemento indispensable. Este es un hecho á todas luces evidente, y si en la actualidad no se echa de ver tan claro en Fernando Póo, débese, sin duda, al escaso perímetro y extensión que ocupa el desmonte sin arbolado, si se le compara con los inmensos bosques que pueblan el resto de la isla. Así y todo, no deja de notarse en fincas de alguna extensión. Al hablar de la de D. Francisco Romera, decía uno de sus principales encargados:—A la entrada de la época lluviosa, vemos á veces venir grandes chubascos, que creemos nos van á dejar regada la finca; pero casi siempre nos quedamos chasqueados bonitamente, porque descarga á cántaros en el bosque y á cuatro metros de la plantación no cae una gota.

Otro capataz de una finca abierta en desmonte al raso, me decía en cierta ocasión:—Yo no sé qué fuerza tiene ese río para interceptar las lluvias: viene un chaparrón, y casi siempre se queda atajado en el río. Sólo cuando cae el agua con mucha vehemencia, logramos ver regada nuestra finca.—Era, sin embargo, la cosa más natural: al otro lado del río se extendía un bosque espeso y tupidísimo, que oponía á las nubes un dique impenetrable.

Por todos estos motivos, y apoyados en la experiencia de Mr. Moloney, persona autorizadísima, que residió muchos años en Lagos, punto de la costa, no lejos de Fernando Póo, juzgamos sumamente perjudicial á la agricultura, y en especial al cultivo del café y del cacao, el desmonte total y absoluto del bosque. Sin embargo, creemos sería muy acertado, ya que todavía estamos á tiempo, que se hiciese sobre el particular un estudio detallado y preciso sobre las ventajas y desventajas de ambos métodos, para lo cual deberían consultarse los observadores peritos de Santo Thomé, Calabar, Lagos y demás colonias limítrofes.

En Santo Thomé, algunos han adoptado el sistema que llevamos dicho de limpiar completamente el terreno, y sustituir el bosque por árboles de caucho, con lo cual, al beneficio de la lluvia, se añade el obtener un artículo de industria, muy apreciado en nuestros días. Por lo demás, el árbol del caucho crece muy aprisa, de modo que en pocos años adquiere un desarrollo considerable. Como se ve, este procedimiento resulta muy ventajoso y, como quiera que sea, es indispensable que las plantas del cacao puedan crecer al resguardo de los rayos abrasadores del sol.

Después de limpiar el terreno, se marca el sitio que debe ocupar cada planta, en cuya operación se sigue en Fernando Póo un sistema distinto del que usan en Santo Thomé los portugueses. Éstos para ahorrar tiempo y brazos, ponen en línea tres ó cuatro trabajadores, quienes, colocados á distancia de metro y medio uno de de otro, y provistos de azadas, dan una azadonada delante

y otra á cada lado, dejando en tierra un hoyito, capaz de recibir una almendra: luego, avanzando un paso, repiten la misma operación, y así van marcando el asiento que deben ocupar las semillas.

Como se ve fácilmente, resulta después muy espeso el cacaotal; mas lo aclaran fácilmente cuando las plantas están algo crecidas, cortando á derecha é izquierda las sobrantes, sin fijarse en líneas rectas ni curvas, y teniendo sólo en cuenta en que queden las más robustas. Este sistema, además del ahorro de tiempo y brazos, tiene la ventaja de no tener que cubrir vacíos. En cambio, nos parece que pocas veces resultará, como en Fernando Póo, que, una vez crecidas las plantas, cubran enteramente la tierra de modo que no dejen crecer la hierba, y no haya otro trabajo que podar y recoger el fruto. Además, es aventurado afirmar que en nuestra isla diese este sistema el mismo resultado que en la de nuestros vecinos: primero, por las muchas plantas que, no estando protegidas, serían cortadas por los grompíes; y segundo, porque siendo la tierra mucho más feraz, la hierba crecería más aprisa que las plantas, las cuales, estando tan espesas, dificultarían el chapeo, que forzosamente habría de hacerse muy despacio, so pena de echarlas á perder.

Sea por lo que fuere, hasta ahora este sistema en Fernando Póo tiene muy pocos imitadores, prevaleciendo el procedimiento de trazar líneas á cordel y colocar las plantas á distancia correspondiente é igual en toda la finca. Esta distancia, aunque algunos autores que han escrito sobre esta materia quieren sea de cinco metros, á fin de dejar á la planta espacio para su completo desarrollo (y esto podría quizá tener aplicación cuando, disponiendo de brazos suficientes, pudiesen dispensarse á la planta todos los cuidados), en Fernando Póo basta que sea de tres y aun de dos (1).

Con esto, la planta adquiere suficiente desarrollo, y sin perjudicar nada á la ventilación, se consigue que á los pocos años, juntándose el ramaje, impida que penetren al suelo los rayos solares y crezca la hierba.

ARTÍCULO II

Siembra.—Plantación.—Desarrollo.—Preservativos.

Hemos dicho hasta aquí cómo debe prepararse el terreno: vamos á tratar del modo de hacer la siembra, de cómo debe verificarse el traslado de la planta desde el semillero á su asiento, y de los cuidados que requiere durante su desarrollo.

Siembra.—Puede hacerse en *semillero*, ó de *asiento* en el sitio que en la finca debe ocupar la planta.

Semillero.—Escójase un sitio llano y donde pueda tenerse agua á mano

(1) Fijamos la distancia de tres metros, como máxima, y la de dos como mínima. Según hasta ahora ha enseñado la experiencia en este punto, el término medio es éste. Véase la finca de Vivour, en que las plantas están á dos, próximamente, y las de Laureano, en Kupapa y Mongola, y compárense con la antigua de Lynslager, y actualmente de D. Nacimiento Brusaka, en la Punta de Europa.

para poder regar en caso de necesidad. No conviene, sin embargo, la orilla sombría de algún río, porque la planta quiere la humedad en la tierra, no en la atmósfera.

Conviene que tenga ventilación, y aunque participe de la influencia del sol, no debe estar expuesto de lleno á sus rayos, sino recibirlos á través de ramas de árboles ú otro preservativo.

Elegido un sitio que tenga las condiciones referidas, se cerca cuidadosamente con una espesa empalizada de unos sesenta centímetros de altura, á fin de evitar la acción destructora de los grompíes, caracoles y otros bichos, que cortan el tallo de la planta así que sale á flor de tierra. Escójanse piñas grandes y sanas, pónganse las almendras en agua con un poco de ceniza doce horas antes de sembrarlas, si se quiere que germinen pronto.

Siémbranse á la distancia de treinta centímetros una de otra, pudiéndose poner dos ó tres juntas en un mismo hoyo, por la razón que más adelante indicaremos. Colocadas en el hoyo á unos cinco centímetros de profundidad, cúbranse de tierra con la mano y apriétese un poco para asegurarla. Cada dos metros déjese un pasillo de cincuenta centímetros, á fin de que, en caso de necesidad, pueda hacerse el riego sin pisar las plantas. Éste debe hacerse con regadera de flor ó lluvia.

Vigílese que no entren en el semillero cabras, ovejas ó gallinas, si las hubiere cerca de la nueva plantación.

Si llueve no habrá necesidad de regarlo; de lo contrario cada dos días debe hacerse ligeramente mientras germina, y después de nacido cada cuatro ó cinco.

Siembra de asiento.—Luego de limpio el terreno, se tiran á cordel líneas distantes de dos á tres metros una de otra, las cuales se cruzan luego por otras que equidisten también de dos á tres metros, colocando en el cruzamiento una estaca (1). Si se quiere facilitar la operación, háganse en el cordel nudos á igual distancia que la que media de una á otra línea. Puestas las líneas paralelas, colócanse las estacas en el sitio marcado por los nudos, y se obtiene el resultado sin necesidad de trazar líneas perpendiculares á las primeras. En este caso para el tresbolillo no hay más que tirar el cordel hacia uno de los cabos, la mitad de la distancia de un nudo á otro, una línea sin otra.

Preparadas las estacas (2), siémbrense las almendras de dos en dos ó de tres

---

(1) Sin embargo, la marcación estaría mejor á tresbolillo que á marco real.

(2) Atendido el excelente resultado que, como preservativo de los excesivos rayos del sol, en tiempo de seca, da la malanga cuando está crecida, creemos sería muy acertado plantarla tan pronto como se haya marcado el terreno, aun antes de plantar ó sembrar el cacao. Si á éste se le quiere plantar á dos metros bastará poner una línea de malanga entre línea y línea del cacao; mas si se quiere darle tres, serán necesarias dos líneas de malanga, distantes entre sí y del cacao un metro.

La experiencia ha demostrado en muchos casos que con este procedimiento el cacaotero sube verde y hermoso, sin ser molestado de la hierba, que se queda relativamente pequeña. Á los dos años y medio supera á la planta protectora, la cubre, le quita su fuerza, obligándola á desaparecer, cumplida su misión. Y si alguna vez por la abundancia de sus hojas la malanga quitase al pequeño cacaotero el sol y subiese su tallo raquítico, se corregiría fácilmente este defecto cortando á cada una de las matas de malanga dos ó tres hojas, operación que necesita poco tiempo y trabajo aun cuando la finca fuera extensa. Adviértase que esto va dicho para los sitios bajos, donde el calor del sol es muy intenso; no para sitios altos, donde hay fresco y humedad.

en tres en hoyitos de cuatro á cinco centímetros de profundidad, y cúbranse apretando un poco la tierra con la mano. Decimos que se coloquen dos ó tres almendras á fin de que salgan juntas dos ó tres plantas, con lo cual se evita que más tarde se caigan; pues sucede en muchos casos que estando ya en producción, por efecto de los gusanos, hormigas ó por dejar descubiertas las raíces al extraer aquéllos, se seca la raíz principal que se dirigía al fondo. Alimentada entretanto la planta por las raíces laterales que, como hemos dicho, se extienden casi á flor de tierra, parece que está lozana; pero un día por un sencillo vendaval ó por el simple peso de las ramas, amanece caída. Pero si son dos ó tres las plantas juntas, se entrelazan las raíces y la una sostiene á la otra, sin que se perjudiquen notablemente en su desarrollo y producción, como la experiencia lo manifiesta en algunas fincas. Esta es la razón porque hemos insinuado que en el semillero se pongan las almendras de dos en dos ó de tres en tres.

Preservativos.—Dos son los que, mientras esté tierna la planta, serán á ella necesarios, si la siembra se ha hecho de asiento: el primero, contra los bichos que, como hemos insinuado, se la comen tan pronto como sale á flor de tierra; el segundo, contra los rayos abrasadores del sol. Para defenderla de los primeros, cérquese cada uno de los hoyos donde está depositada la semilla con palitos de 25 á 30 centímetros de altura. Y no parezca esta operación al director de los trabajos tiempo mal empleado, pues de otra suerte se expone á tener que replantar la cuarta parte de la finca y asegurarla por el medio indicado, obligado por la necesidad; á no ser que tenga un semillero, en cuyo caso será más seguro cubrir las faltas con plantas sacadas de él.

Para lo segundo, ó sea para preservar las plantas tiernas de la acción de los rayos abrasadores del sol, plántese malanga, poniendo de ella dos líneas entre cada una de cacao, si las de éste equidistan tres metros, y una línea si sólo distan dos, según llevamos indicado. No es conveniente intercalar plátanos; porque, aunque al principio beneficien á la planta con su sombra, más tarde le perjudican mucho, desgajando sus ramas cuando caen á causa de algún tornado ó al golpe del machete del krumán, que codicioso de su fruto, se preocupa poco de si causa ó no perjuicio á la plantación. Sin embargo, no conviene que falten plátanos en la finca, porque es la comida usual de los trabajadores. Y para evitar los inconvenientes indicados, podrán plantarse en las orillas de los caminos y guardarrayas, ó dedicar una parcela de terreno exclusivamente á este objeto.

Plantación.—Cuando el cacao tiene en el semillero de uno á dos pies de altura puede trasladarse al sitio que definitivamente debe ocupar en la finca. Esta operación debe hacerse con cuidado, á ser posible durante la lluvia, ó á lo menos, inmediatamente después de ella. Junto con la planta debe trasladarse el cepellón de tierra que ocupan las raíces; operación indispensable si no se quiere exponer la planta á perecer. Se verifica á mano, ó con un instrumento á propósito si la planta es pequeña, y con una pala si es grande. Tomadas bien estas precauciones, hemos visto trasplantar cacaos que tenían ya un metro, que cuajaron perfectamente. No obstante, casi siempre sufren algo con el traslado; por lo cual, aunque después de trasplantadas les caiga la hoja y parezca que se mueren, no debe temerse este percance, cuando se ha hecho con las precauciones indicadas.

ARTÍCULO III

Poda.—Precauciones.—Abonos.—Enemigos.

Poda.—Como muchos árboles, el cacaotero debe también podarse. Durante los tres ó cuatro primeros años la poda debe limitarse á guiar el árbol, procurando que su tallo suba recto, y quede la cruz á metro y medio de altura á lo menos. Después de este período, en que el árbol ya da fruto y está algo desarrollado, debe podarse anualmente, quitándole las ramas tortuosas, las interiores, que impiden la circulación del aire, las ramas agotadas por la producción, las quebradas y envejecidas. Esta poda debe hacerse después de la recolección, ó sea en Diciembre ó Enero, siendo preferible luna menguante que creciente. Además de esta poda anual hay la de las ramas chuponas y los retoños, que deben cortarse tan pronto como se vean aparecer en el árbol.

Precauciones.—El cacao es muy sensible á la acción de las podas; tiene gran propensión á desangrarse por los cortes, destilando por ellos la savia, por lo cual, además de dejar los cortes muy limpios y enrasados con la superficie del tronco, usando para esto de instrumentos muy cortantes, conviene emplear *mástic* de ingertos para cubrir las heridas. Si éstas no quedan bien cubiertas, á más de la sangría que la planta sufre, fácilmente anidan allí las hormigas, penetran las aguas de las lluvias, ó nacen plantas parásitas que acaban con la vida del árbol.

Abonos.—Aunque en la actualidad sea casi inútil tratar de la necesidad y modo de abonar el árbol del cacao en nuestra Colonia, porque la escasez de brazos y otras circunstancias impiden que se puedan prestar á la planta la mitad de las atenciones que requiere, no obstante, bueno será insinuar que muchas de las enfermedades que padecen los cacaotales son efecto del empobrecimiento del suelo. Todos saben la marcada diferencia que se nota á los tres ó cuatro años entre los cacaos situados sobre terreno virgen y los que se plantaron sobre tierras explotadas. Para el cacao todos los abonos son buenos: las basuras, los estiércoles de cuadra, los guanos, etc. En la práctica, enterrando en hoyos hechos al efecto la hoja que se ha desprendido del mismo cacao, la de la malanga, hierbas, cañas, etc., se obtendrá fácilmente su fermentación y podrán servir al efecto. De este abono se pondrá alrededor de los árboles enfermos en tiempo de lluvia, haciendo una pequeña alberquilla para que no se lo lleven las aguas.

Nada diremos de los riegos, sólo que en terrenos llanos, donde el agua no se lleve la tierra, difícilmente serán aquellos demasiados. No obstante no le gustan los charcos.

En resumen, el cacao necesita principalmente dos cosas: humedad y abono. ¿Cómo conseguir esto en Fernando Póo, donde sólo se cuenta con la mitad de los braceros necesarios para las plantaciones que actualmente existen? El procedimiento práctico para las que se abran de nuevo, es el que hemos insinuado de proteger al cacao con malangas. Con esto, el cacao desarrollado con fuerza, hace tal sombra que no deja llegar á tierra los rayos del sol, con lo cual no crece ni un tallo de hierba y se conserva siempre húmeda. Cae la hoja

no toda á la vez, sino mudándose insensiblemente, y con esto resulta un abono que, pudriéndose en tiempo de lluvia, y penetrando con la misma á las raíces, mantiene siempre las plantas lozanas. Una finca en estas condiciones rinde fruto copioso, sin otro trabajo que la poda y recolección. Hay de esto varias experiencias en Fernando Póo.

Enemigos.—Hemos tratado del exceso de calor y del modo de combatirlo principalmente por medio de la plantación de malanga, sin que sea esta planta la única indicada para este fin; sólo nos parece preferible cuando el cacao es pequeño, á causa de la economía.

Cuando la planta está desarrollada y ha comenzado á producir, se la ve al cuarto ó quinto año muchas veces palidecer, secársele algunas ramas y á veces morirse poco á poco. Esto puede provenir de varias causas.

1.ª Del exceso de producción en el primer año que da fruto. Lo hemos visto por nuestros propios ojos y lo hemos experimentado, y se explica fácilmente. Toda la parte de jugo que da al fruto tienen de menos las ramas y hojas, las cuales necesariamente han de experimentar esta falta si aquél es excesivo. Bueno sería dejar á las plantas tiernas con solas dos ó cuatro piñas el primer año, y el segundo con seis ú ocho. No se perderá con eso, sino que se cobrará con creces los años siguientes.

2.ª *El gusano.*—Cuando una planta verde y lozana en pocos días languidece, poniéndose amarillas sus hojas, examínense sus raíces, y las más de las veces se hallarán unos gusanillos de cuerpo blanquizco y cabeza negra, que roen la corteza de las mismas. Deben quitarse en seguida y examinar los árboles de alrededor, en los cuales quizá también existan, aunque todavía no den señales. Mas una vez extraídos los referidos gusanos, no se dejen las raíces descubiertas; póngase sobre ellas tierra húmeda, y, á ser posible, un poco de estiércol del modo arriba indicado.

Este gusano es la larva del *caculo*, que constituye una verdadera plaga en todos los países ecuatoriales, presentándose en diversas formas. Pertenece el *caculo* á la familia de los *coleópteros escarabeidos leucothyros*. Es un escarabajo del tamaño de los *peloteros*, que vuela de noche y va á comer, y de día se esconde en la tierra. Deposita sus huevos en ella en la estación seca, y nace la larva con la humedad de los primeros tornados. Esta larva se alimenta primero de las raíces delgadas y filamentosas, las que va siguiendo hasta llegar á las principales, á las cuales roe la corteza alrededor, muriendo la planta si no se acude á tiempo.

3.ª *Hormigas.*—Es grande el daño que este insecto causa, metiéndose entre la corteza y minándola alrededor, impidiendo así el paso de la savia. Dos medios pueden practicarse para combatirlo, aunque rara vez se logra acabar con él. El primero consiste en restregar con trapos de sacos viejos las ramas donde se hallan refugiadas, destruyéndoles con esto sus pequeños albergues. Segundo: Fumigándolas con la hoja del mismo árbol ó con la hierba de la finca. Esta operación, no obstante, no puede encargarse á cualquiera, porque un pequeño descuido podría causar daños de consideración, incendiando los cacaos, sobre todo, á ciertas horas del día en tiempo de seca, en que todo se halla tostado por el sol. No faltan casos de haber esto sucedido.

4.ª *Plantas parásitas.*—Traídas las semillas por el viento ó por insectos,

ó pequeños gérmenes colocados en una hendidura de la rama, ó por algún otro medio que ignoramos, se ven aparecer á menudo plantas parásitas ingertadas en los cacaos. Es muy notable el perjuicio que causan á la planta, según muestra la experiencia, por lo cual hay que vigilarlas y cortarlas en seguida.

ARTÍCULO IV

Recolección.—Elaboración del fruto.—Seca.

Cuando la piña ó cápsula ha tomado un color anaranjado, es señal que está en sazón. Puede, sin embargo, permanecer algunos días en el árbol, sin peligro; empero, si comenzare á tomar un color negruzco, hay que cortarla luego. Prohíbase á los trabajadores la recolección de piñas que no estén bien coloradas ó que todavía verdéen algo; porque después resultan las almendras algo vacías con su película arrugada cuando se seca, y no tiene tanto precio el artículo. El corte acostumbra hacerse con cuchillas curvas, que para los frutos que están en las ramas, se sujetan á un palo, y se alcanzan todos sin subir al árbol.

Cortadas las cápsulas y puestas en sacos ó cestos, se llevan á la quinta, donde se saca la almendra. Esta operación se encarga á mujeres ó krumanes enfermizos (1).

Quitada la almendra de la piña, se pone á fermentar en cajones ó tinas, colocados, á ser posible, en sitios de poca luz.

La fermentación debe durar de dos y medio á cuatro días, revolviendo el grano cada veinticuatro horas, y procurando que el que estaba al fondo venga á la superficie, y viceversa, para lograr que la fermentación sea igual.

Es difícil conocer cuando está en su punto, de modo que conviene mucho que el capataz sea observador y experimentado. En la fermentación consiste lo principal de la elaboración. Cuando está bien, deja el cacao de un color algo violado con grande olor á fermentado, y después de seco el grano, se despulpa fácilmente con sólo apretarlo y restregarlo un poco entre los dedos.

Hecha la fermentación, á fin de impedir la formación de moho con la humedad, se separa la manteca ó gelatina en que estaba envuelto el grano, valiéndose de trapos de saco, hojas de malanga ú otra hierba, etc. También puede lavarse; pero debe permanecer en el agua lo menos posible y enjugarlo luego con algún trapo ú otra cosa antes de ponerlo al sol.

Pónese después á secar en tableros, cuidando bien de retirarlo cuando amenace lluvia, pues si se mojara, perdería mucho de su valor. Esta operación, en la estación seca, ó sea en la segunda mitad de la cosecha, resulta fácil; más en la estación de las lluvias, requiere estufas preparadas al efecto. No aconsejamos secarlo sobre esteras ó tableros con fuego debajo, porque fácilmente que-

---

(1) Para ahorro de trabajo, algunos usan, con buen éxito, reunir las piñas en montones dentro de la misma finca, y descascararlas allí, llevando á la quinta sólo el grano para la fermentación. Y si el terreno es llano y se dispone de una vagoneta sobre vía *Decouville*, es mucho mayor la ventaja.

da el cacao ahumado, dejando después en el chocolate un sabor desagradable. Esto aparte del trabajo ímprobo que ocasiona el acarreo de leña, el avivar los fuegos y revolver continuamente el cacao, que al fin, sólo se seca imperfectamente.

Por lo cual, á los propietarios que tengan en explotación un número considerable de hectáreas, les aconsejamos la estufa núm. 1, en la cual, solos dos hombres, podrán secar 150 ó 200 tableros de á metro cuadrado cada uno. Tiene la forma de cómoda doble, cuyos cajones son tableros, los cuales, después de adaptados, se cierran con unas puertas forradas por dentro con plancha de hierro, á fin de que reverberen el calor. En la parte inferior (á 8 ó 10 centímetros de tierra), se dejan pequeños agujeros para que den entrada al aire exterior que reemplaza al interior, el cual, enrarecido por el calor de los tubos que pasan levantados sólo 2 ó 3 centímetros de la tierra á lo largo de la estufa, sube hacia arriba, y saturándose de la humedad del cacao sale por otros agujeros practicados en la parte superior. Uno de los dos trabajadores alimenta el fuego del hornillo, mientras el otro revisa y revuelve el cacao de los tableros y lo renueva después de seco.

El hornillo no debe estar construído de piedras del país, porque, calentándose, estallan y se parten en muchos pedazos á causa de las materias que envuelven.

Los tableros tampoco deben tener el fondo de tela metálica, porque, recalentándose, ennegrecen el grano, que después presenta muy mal aspecto. Pueden ser de estera ó de tabla de *calabó* delgada.

No se quite de la estufa el cacao hasta que esté bien seco, y después de esto, no se extienda, sino colóquese en montón en el receptáculo ó depósito preparado al efecto. Hemos hecho notar, *que no se extienda*, porque fácilmente toma algo de la humedad de la atmósfera, que es mucha en tiempo de lluvias, y desmerece.

CAPITULO III

CAFÉ, TABACO Y OTROS PRODUCTOS

ARTÍCULO I

Cultivo del café.

Conocimiento de la planta.—Terrenos que exige.—Precauciones. — Semillero.— Plantación. Labores.—Poda.— Enemigos.—Recolección —Elaboración ó industria.—Clasificación.

El café es un arbusto de dos á tres metros de altura; pertenece á la familia de las *rubiáceas,* género *coffea.* En Fernando Póo se conocen tres especies ó variedades propias del país, de las cuales se hallan ejemplares en los bosques. La primera, cuyo tallo llega á veces á cuatro ó cinco metros, es de fruto pequeño, pero muy bueno. Si se le cultiva al abrigo del plátano, llega á rendir mucho fruto; pero muere al quinto ó sexto año. La segunda es de hojas arrugadas y fruto mayor, el cual se halla debajo de una coronilla muy graciosa. De éste no se hallan plantas más que en los bosques, y alguna que otra en la finca de la Compañía, en Basilé; no se han hecho experimentos sobre su cultivo, á lo menos que nosotros sepamos.

La tercera, cuyo arbusto llega á cinco y más metros, es de hoja parecida al de Puerto Rico; pero muy arrugada y de verde lustroso. El fruto, de menor tamaño que los otros, es también de calidad inferior.

Se conoce también el de Santo Thomé y el de Puerto Rico; pero el que hasta ahora está más en cultivo es el de Liberia.

El café en general no es planta tan delicada como el cacao; de manera que en esta isla, en las tierras en que el cacao no crece apenas, el café se hace muy lozano. La tierra más á propósito para esta planta, es la que abunda en hierro y arcilla, substancias que forman en gran parte la de Fernando Póo. También la de Cabo San Juan, que por falta de mantillo no es á propósito para el cacao, es muy buena para café, por contener aquellas substancias en abundancia.

No sufre el frío; por lo cual en Fernando Póo, en alturas de alguna consideración, se pierde gran parte de la cosecha, ennegreciéndose el fruto antes de llegar á sazón. Confiamos, sin embargo, que á medida que adelante el desmon-

te podrá ensancharse la zona productora del café, que en Santo Thomé se da á la altura de 1.000 metros.

El de Puerto Rico requiere en Fernando Póo mucha protección contra los rayos del sol, sobre todo en las llanuras situadas á poca altura sobre el nivel del mar; empero conviene que la sombra no quite la ventilación. La malanga que tan buena es para proteger al cacao, no lo es para el café, sino á lo más mientras la planta es muy pequeña todavía; conviene que se le proteja algo aun después de su completo desarrollo.

El de Liberia, de dimensiones dobles al anterior, tanto el árbol como el fruto, no necesita tanta sombra, si bien cuando es tierno requiere sus cuidados; vamos á señalarlos con brevedad.

Semillero. — Preparado el terreno con su cerca de estaquillas delgadas y espesas, según se ha dicho al tratar del cacao, se escogen las cerezas que presenten mayor tamaño y den señales de perfecta organización, y se siembran á tres centímetros de profundidad, tapando luego con tierra los agujeros donde se entierren. La distancia de una semilla á otra debe ser de 0,15 metros. Deben permanecer en el semillero hasta que tengan de 0,20 á 0,30 metros. Pueden, sin embargo, si así lo requieren los trabajos, dejarse crecer hasta 0,80 metros. El riego durante este tiempo debe ser con la frecuencia que hemos notado para el cacao, y según la lluvia.

Plantación.—Para el café de Puerto Rico debe estar el terreno, además de muy limpio, regado y mullido, muy protegido de sombra, sea por árboles que expresamente se hayan dejado al hacer el desmonte, ó por plátanos, ú otros; de manera que el sol no le envíe sus rayos directamente durante su mayor fuerza.

El de Liberia no requiere, según hemos dicho, tanta sombra, y bastará la que le den los plátanos colocados en líneas trazadas á la distancia de dos metros una de otra. Entre ellos y á la misma distancia, ó algo menos, se plantarán los arbolitos del café recién sacados del semillero. Para esto se practicarán hoyos de tanto diámetro y profundidad, que la planta traída con todas sus raíces y el cepellón de tierra á que están adheridas, según se ha dicho al tratar del cacao, pueda colocarse sin torcer raíz alguna. Colocada la planta, se vuelve á llenar el hoyo teniendo cuidado de echar primero la tierra que antes de hacer el hoyo iba arriba, la cual estando meteorizada, es más substanciosa y conviene se ponga en contacto con las raíces. Con estas precauciones será rara la planta que deje de tomar, á no ser que estuviese el terreno muy seco. Sin embargo, á los dos meses es conveniente dar un repaso á la plantación y cubrir los vacíos, si algunos arbolitos se hubieren secado.

Labores.—El café, aun el de Liberia, de hoja más ancha y espesa, nunca llega, como el cacao, á cubrir la tierra, de modo que impida el paso de los rayos solares; de donde se sigue que la hierba crece en él en todo tiempo, y se hacen necesarios algunos chapeos al año (1).

Poda.—En cuanto á la poda puede seguirse para el café de Puerto Rico, de Santo Thomé y el de Liberia, un mismo procedimiento. Á los tres años debe

(1) En estos chapeos, en lugar de dejar la hierba cortada ó arrancada en medio de las dos líneas y dejarla pudrir allí, será mejor dejarla arrimada al árbol y le servirá de abono.

comenzar la poda de formación del árbol, quitándole las primeras cruces del pie á fin de que se forme limpio y robusto el tronco principal. Los años siguientes se van suprimiendo las otras cruces, dejando el tronco limpio hasta la altura de metro y medio próximamente. De este modo más tarde no dificulta la recolección. La guía se corta á poco más de metro y medio.

Una ó dos cruces de tres á cuatro ramas recias, dejadas como hemos dicho á metro y medio de altura, servirán de base para formar la copa á la cual se dará la forma de pirámide. Para esto las ramas de la predicha cruz se cortan convenientemente en sus extremidades á fin de evitar su desarrollo excesivo, y *se dejan las ramitas que en las mismas van apareciendo que son las destinadas á la producción,* y acostumbran á dar fruto al segundo año de nacidas.

Dispuesto convenientemente el árbol con la poda de formación, sufrirá otra anual para que rinda el máximum de fruto de que sea capaz. En ésta se cortarán las ramas viejas, las que se hayan agotado á fuerza de producir, las tortuosas, las chuponas, los renuevos que salen al pie del árbol, en el tronco y entre las ramas en lugares inconvenientes, las quebradas por el viento, por exceso de fruto ó por falta de cuidado durante la recolección.

El tiempo á propósito para la poda es inmediatamente después de la referida recolección, ó sea en los meses de Febrero y Marzo.

Enemigos. — No tiene tantos como el cacao; sin embargo, algunos pueden dañarle mucho, si no se acude á tiempo.

El gusano (1).—Uno de ellos es un gusanillo que se introduce en el corazón del árbol y lo mata en pocos días si no se extrae á tiempo. Estando el café hermoso y á veces cargado de fruto, se le ve languidecer, cáenle las hojas y el fruto se agosta; á toda prisa corre á la muerte. Al advertir el primer síntoma, examínese el tronco del árbol y se verá las más de las veces un pequeño orificio lleno de serrín; el gusanillo se ha introducido en el meollo y lo va royendo. Tómese un alambre delgado, tantéese el camino que ha seguido, y si se logra matarlo y extraerlo (lo cual sucede no pocas veces si la operación se hace luego), límpiese el agujero y tápese, con lo cual poco á poco el árbol vuelve á recobrar su vigor. Si no se lograse matarlo, se hace necesario cortar el árbol hasta el sitio donde el gusano haya roído, y aprovechar dos ó tres de los retoños que después salen.

Á veces este gusano no está en el tronco, sino que, al modo que hemos dicho del cacao, roe las raíces y produce la enfermedad del café. Debe escarbarse en seguida y librar á la planta de aquel bicho que en pocos días acabaría con ella.

Hormiga.—Lo mismo que al cacao asalta también al café, y conviene ahuyentarla con humo, que si es de azufre es muy eficaz; puede hacerse también con hierba ó leña algo húmeda.

Recolección.—La cereza del café llegada á su desarrollo total, se pone algo amarillenta, cuyo color cambia luego en encarnado, que demuestra estar el fruto ya maduro. Entonces se hace la recolección, que en Fernando Póo suele tener lugar por los meses de Enero y Febrero.

De tres maneras puede hacerse: 1.ª Á mano, cogiendo los granos madu-

---

(1) Este gusano es la larva del *caculo;* el mismo que se halla en las raíces del cacao, aunque con diferente forma.

ros de uno en uno.—2.ª Por sacudida, moviendo ligeramente el árbol y recogiendo después el fruto.—3.ª Por desprendimiento, aguardando á que por sí mismo se desprenda del árbol y recogiéndolo del suelo.

El primero de dichos modos debe preferirse. Y no se tenga por perdido el tiempo que se gasta cogiendo los granos uno á uno; porque si se quiere adelantar ordeñando la rama, se arranca el botón ó yema que era precisamente donde debía salir la flor para la cosecha siguiente y quizá un renuevo que más tarde se convirtiera en rama productora. Hemos visto muchos árboles de café cuyas ramas largas estaban enteramente desnudas y sin fruto por haberse procedido sin tiento en los primeros años que se hizo la recolección.

Recolección del café.

Hecha la primera cogida, se pasa segunda y tercera vez á medida que va madurando el fruto, hasta que se haya cogido todo.

Elaboración ó industria.—El café requiere doble trabajo que el cacao en su elaboración, por cuyo motivo hay menos aficionados á este artículo. Sin embargo, si se dispone de máquinas á propósito, se simplifica mucho el trabajo y se economiza tiempo y dinero.

Despulpado.—La primera operación es el despulpado; el cual puede verificarse mientras el café está verde ó tierno, ó secándolo antes. Los dos siste-

mas se siguen en Fernando Póo. Quien siga el de despulpado seco, creemos le sería muy beneficioso dejar fermentar el fruto cuatro ó cinco días antes de ponerlo en el secadero; mas quien haga el despulpado en verde, convendrá que procure la predicha fermentación en seguida de despulpado, antes de quitar el mucílago ó especie de melaza de que está recubierto. Esta fermentación da al café un color verdoso muy estimado en los mercados.

Lavado.—Cuando el despulpado se ha efectuado en verde, después de la predicha fermentación, que debe ser próximamente de cinco á siete días, se hace el *lavado.*

Éste puede verificarse ó con banastas expuestas á algún salto de agua ó en cubos, revolviéndolo y quitando después el agua por decantación, ó poniendo el grano en agua corriente. Este último procedimiento es el más pronto. Conviene que el café esté en contacto con el agua el menos tiempo posible.

Seca.—Ésta se verifica inmediatamente después del lavado, ordinariamente en tableros al sol. Quien disponga de un edificio con tejado de cinc, haciendo un piso inmediato al mismo en forma de desván, tendrá muy buen secadero, por estar de este modo el café defendido de las lluvias é intemperie. Y aunque tarde algo más en verificarse la seca, en cambio es más perfecta y económica. Conviene que esté muy bien defendido del agua aun en día de tornado. En el secadero el café no debe estar hacinado sino desparramado convenientemente.

Pulido.—El café, una vez seco, es necesario desnudarle de la membrana que le cubre. Esta operación en Fernando Póo se hace por la mayor parte de los cultivadores del modo primitivo ó rudimentario, que consiste en majarlo en pilones ó morteros, con lo cual resultan muchos granos rotos y otros machacados. Quien pueda hacerlo con una pulidera mecánica obtendrá, además de la economía de brazos y tiempo, más perfecta la operación. Las hay de 25 pesos, y no falta en nuestra Colonia quien dispone de tahona perfecta y de muy buenos resultados.

Aventado.—Del pilón ó mortero sale el grano mezclado con la membrana que le recubría, y de la cual debe separarse. En fincas ó plantaciones pequeñas bastará aventarlo en sitio donde corra el aire; pero en plantaciones grandes se ha de recurrir á las aventadoras mecánicas, en las cuales, por medio de un juego de paletas movidas á gran velocidad, se obtiene el viento suficiente para limpiar el café, que por un pequeño orificio va saliendo poco á poco de la tolva, cayendo después de limpio en recipientes dispuestos al efecto.

Clasificación y elección.—He aquí una operación que en Santo Thomé es tomada como la principal y de mayor atención. Mujeres, niños, enfermos, y en general todos los que por su falta de fuerzas ó capacidad no sirven para otra cosa, los emplean en esta faena. Es la más laboriosa y dispendiosa; pero debe rendir mucha utilidad, toda vez que no sólo en la predicha colonia sino también en Puerto-Rico y otros lugares donde el café se cosecha en grande escala, se mira con sumo interés. Conviene, por tanto, que en Fernando Póo se haga lo mismo.

De muchas personas, por una parte autorizadas y entendidas, y por otra desinteresadas, hemos oído que el café de esta isla puede competir con los mejores que salen al mercado. ¿De dónde, pues, que no obtenga el mismo pre-

cio ni siquiera aproximado? En parte de no hacer bien las operaciones anteriormente dichas, careciéndose de maquinaria á propósito; pero la causa principal es, á no dudarlo, el prescindir, *hasta cierto punto, de la elección y clasificación*. Decimos, hasta cierto punto, porque algo se hace; mas no lo bastante; de donde se sigue que este artículo no se presenta á la vista de los compradores con el buen aspecto con que aparece el de otras procedencias, y pierde por esta causa mucho del precio que por su calidad podría merecer.

En tres clases puede dividirse el café después de seco y limpio: 1.ª El grano entero, sano y robusto, éste en Puerto-Rico se llama *selecto*.—2.ª El grano pequeño, el que por alguna causa se quedó delgado ó negro, á éste le llaman *triache*.—3.ª Finalmente, el café *partido*, que consiste en los trozos ó granos rotos al pasar por las diferentes operaciones

Existe, además, el café llamado *caracolillo*. Sucede que en algunas cerezas ó cápsulas, en lugar de dos granos iguales se encuentra sólo uno que llena la cápsula, casi enteramente redondo, quedando su compañero reducido á una pequeña película de forma elíptica. El grano redondo se llama *caracolillo*, y es apreciado más que el resto del café; sin duda será porque en este caso un grano toma la substancia de dos, y han notado los hombres esta diferencia.

Se separa en cribas dispuestas en plano inclinado formando bastidores. Se le da el movimiento de vaivén, y el caracolillo, por ser más redondo, rueda con más velocidad que el resto y cae más lejos.

ARTÍCULO II

Cultivo del tabaco.

Conocimiento de la planta. —Clima y terreno que exige. —Semillero. —Plantación y cuidados que exige.—Enemigos —Recolección.—Elaboración.

El tabaco es una planta de tallo esbelto, de medio metro hasta uno de altura, de raíz profunda y casi sin cabellera. Sus hojas son lanceoladas, unas ovales, otras agudas, según las especies; pero blandas, carnosas y recubiertas de cierto vello. Mientras están en el período del crecimiento, son verdes; al madurar, se ponen amarillentas, y al curarse cambian este color en el de pasa. Pertenece á las solanáceas, especie *nicotiana tabacum*.

El tabaco se da en casi todos los climas, aunque no en todos de la misma calidad. Los climas tropicales son los mejores; en éstos el tabaco, en igualdad de circunstancias, se produce más fino, aromático y menos cargado de *nicotina*, que es lo mismo que decir, menos venenoso.

En cuanto al terreno, hay que distinguir entre el productor del tabaco en cantidad y en calidad.

En cuanto á la cantidad, los terrenos mejor abonados, ó ricos en materias fertilizantes, sueltos y profundos, son los que lo dan en más abundancia. Y, desde este punto de vista, la isla de Fernando Póo es muy indicada para el tabaco.

Mas en cuanto á la calidad, requiere el tabaco para salir excelente un terreno muy arenoso y algo abonado.

Para que se conozca la gran cantidad de arena que constituye el terreno

mejor para el tabaco, copiamos á continuación el análisis hecho por D. José Ricarte, ingeniero director de la estación agronómica de Pinar del Río, en la isla de Cuba, de la tierra llamada "Vuelta de Abajo„, que es la región en donde, sin disputa, se da el mejor tabaco.

TIERRA MODELO PARA EL TABACO

Agua	1,88
Materias orgánicas y volátiles al rojo	0,16
Óxido de hierro y alúmina	5,08
Cal	0,15
Magnesia	0,04
Sosa	0,03
Potasa	0,03
Arena	91,49
Ácido sulfúrico	Trazas.
Idem fosfórico	Ídem.
Ídem carbónico	Ídem.
Ídem sílico	0,05
Cloro	Trazas.
Pérdidas	1,09
TOTAL	100,00

Esta tierra, además de su composición, está en Cuba situada en el interior y á regular altura, y en clima relativamente seco. En nuestra isla de Fernando Póo no hay sitio que reúna estas condiciones (á lo menos en lo que, hasta ahora, hay conocido); más aún, importa no poco trabajo el procurarlas por la industria, á causa de no hallarse arena más que en las playas y ser el clima muy húmedo en toda ella. Sin embargo, se podría quizá aproximar algo sacando del álveo de los ríos la arena que en ellos se recoge y mezclándola con una tercera parte de tierra virgen, en una altura superior á 100 metros, escogiendo el tiempo más seco del año; sembrando, por ejemplo, en la segunda mitad de Septiembre.

En Annobón y Cabo San Juan es mucho más fácil encontrar tierra cuya composición se acerque á la analizada más arriba, y que, trasladada á sitios convenientes (lo cual no sería muy costoso), podría proporcionar buen tabaco.

En ambos puntos, sin embargo, hay que tener en cuenta la dificultad del riego, por hallarse el agua con escasez durante la estación seca, y ser difícil su transporte desde los ríos. No obstante, en Annobón se puede orillar esta dificultad haciendo la plantación en el período de las lluvias, las cuales, por ser de ordinario mansas, no perjudican á esta planta. También se podría esperar algún resultado haciendo la plantación cerca de la laguna; mas en este caso habría que trasladar allí la tierra que ahora está cerca de la playa, que es la que reúne las mejores condiciones.

En Cabo San Juan las lluvias son más abundantes, casi siempre de noche ó á las primeras horas del día, por lo cual no perjudicarían al tabaco, y así podría éste sembrarse en la estación lluviosa. También habría necesidad de trasladar la tierra, porque la única que reúne condiciones se halla á poca altura sobre el nivel del mar, y sin ventilación. La restante es muy arcillosa y, por lo mismo, nada á propósito para esta planta.

Semillero.—Éste no es necesario que sea muy grande, porque cada metro cuadrado puede producir 1.000 plantas; pero conviene mucho que esté en él la tierra bien preparada. Elíjase un terreno ligeramente inclinado para que el agua, con la lluvia ó riego, no se encharque; cérquese con cuidado, á fin de evitar la entrada de animalitos que lo destruyan, y téngase prevenido el medio de protegerlo convenientemente contra los ardores del sol, según se ha dicho al hablar del semillero de cacao.

Después de cercado, cávese profundamente y límpiese la tierra de hierbas, raíces, piedras, etc., de modo que quede bien limpia y mullida. Si es tierra mantillosa, no necesita abono; pero si no fuere así, échese estiércol de cuadra bien podrido, ó de otra clase que se tenga á mano, y luego dese otra cavada sencilla para enterrar el estiércol. Riéguese luego á manta ó con regadera de flor, y déjese así algunos días, hasta que se siembre.

Hágase en el mes de Septiembre, en Fernando Póo; en el de Octubre, en Cabo San Juan, y en Noviembre, en Annobón (1); cuando las lluvias pueden favorecer la planta, se procede á la siembra del modo siguiente: Téngase preparado un cesto con tierra mantillosa y algo húmeda; mézclese bien la simiente con una cantidad de tierra ó arena fina y seca, cuatro veces mayor que la de simiente, y al caer la tarde se esparce á voleo, y por igual, en toda la superficie del semillero; luego se extienden algunos puñados de la tierra mantillosa que se lleva preparada, se pasa un rodillo de mano sobre la superficie sembrada, á fin de que la simiente quede en contacto con la tierra, y se da por terminada la operación.

Si no lloviere, hay que regar el semillero cada día, desde el siguiente á la siembra, hasta que la semilla comenzare á germinar. Después, hasta que se trasplantare, se regará cada dos ó tres días, siempre por la mañana ó al caer la tarde, y con regadera de flor. Si lloviere suficientemente, se suspenderá el riego. Vigílese, entretanto para que no penetren en el semillero babosas ú otros insectos, y quítese cuidadosamente toda mala hierba.

---

(1) Esta diferencia obedece á dos causas: 1.ª, á la diversidad de la época del año en que vienen las lluvias en los tres puntos de nuestras posesiones, y 2.ª, á la diferencia de intensidad de las mismas lluvias. En Fernando Póo debe sembrarse cuando las lluvias van á concluir, pues durante ellas la humedad es excesiva para esta planta, cuya curación sería entonces casi imposible por muchas precauciones que se tomaran; y haciendo la siembra en Septiembre, viene la recolección en Diciembre, en que se ha entrado en la estación seca. Durante los dos primeros meses la tierra conserva la humedad de las lluvias y es regada con frecuentes chubascos. En el tercero van parando las lluvias, dejan que la planta, ya desarrollada, madure, y se pueda hacer la recolección y curación sin impedimento. Hay, además, la ventaja, de haber terminado la recolección del cacao y poder el propietario disponer de más obreros.

En Cabo San Juan, por la dificultad del riego, conviene que se haga la siembra durante las lluvias, cuyo período comienza en Octubre. En esta región acostumbra llover de noche y por la mañana, y aclarar lo restante del día, lo cual favorece á esta planta. Además, la humedad que queda no es tanta que pueda impedir la curación, sobre todo si se tiene en cuenta que en el mes de Diciembre acostumbra haber una pequeña temporada en que las lluvias se suspenden casi por completo.

En Annobón llueve poco y la atmósfera es relativamente seca. De donde se sigue que el período de las lluvias únicamente es el tiempo indicado para la siembra, plantación y desarrollo del tabaco. Por cuyo motivo, la siembra debe hacerse en Noviembre.

Cuando las plantas han llegado á la altura de 15 centímetros (y no más tarde, porque después difícilmente resistirán al arranque y trasplante), se quitan del semillero para trasladarlas al campo destinado á la plantación.

Preparación del terreno.—Si se quiere un cultivo perfeccionado, será muy conveniente cercar el terreno á fin de evitar en él la entrada de krumanes, animales, etc. En esta clase de plantaciones la hoja es el fruto, y con la mayor facilidad se pueden echar á perder muchas con el simple roce de la ropa, ó pisándolas de la punta ó de los bordes mientras son pequeñas, y la pérdida puede ser considerable.

Luego de cercado, se limpia bien el terreno de hierbas, raíces, piedras, etc., dándole una buena cavada, deshaciendo los terrones de modo que quede bien disgregada la tierra. En esta disposición está unos quince días, durante los cuales se pondrá el abono cuidando de que esté bien extendido, y luego se pasa otra mano de azadón para enterrar el abono y hacer que la tierra se meteorice.

Según se ve por lo dicho, después de hecha la siembra, hay que tardar poco en comenzar la preparación del terreno, para tenerlo dispuesto cuando las posturas estén á punto de ser trasplantadas.

Plantación.—Después de preparado el terreno del modo indicado, si es lugar donde pueda darse riego á manta, será bueno acaballonarlo, ó sea formar lomas ó caballones, con cuyo procedimiento el tabaco sale más lozano. Si sólo se puede esperar el riego del cielo, déjese en su llanura natural, pero cuidando de que la tierra esté siempre bien mullida, sobre todo alrededor de cada planta.

Luego de llegadas las posturas á las dimensiones indicadas, se verifica el trasplante, el cual requiere mucho cuidado é inteligencia, primero para el arranque, y segundo para la colocación de la planta. El arranque de las plantas es operación sumamente delicada, para la cual ninguna precaución es excesiva.

Hay que elegir un día sereno, á la caída de la tarde, y valiéndose de cuchillas ó gubias se van arrancando las matas, cuidando de no destruir la raíz central que en las primeras edades es tan larga como la misma mata; no hay necesidad de que se arranque con pellón ó panete de tierra; se hacen con cuidado manojos de 25 ó 30 y se recubren las raíces con hojas de plátanos mojadas, ó trapos de saco humedecidos, y se llevan al campo destinado á la plantación y se colocan en él en seguida.

Si se quiere tener la plantación bien hecha é igual, conviene que sea rápida aunque la extensión del tabacal sea grande; pónganse, en caso necesario, más obreros. Con esto, además de ser igual la plantación, hay la ventaja de que la cosecha viene también á un tiempo.

La plantación se hace de esta manera: dispuesta la tierra en caballones de Norte á Sur (cada uno de los cuales con su surco debe tener unos 80 centímetros), con un palo aguzado se practica en la base derecha de la lomo, un agujero ú hoyo que pueda recibir bien la raíz de la planta. Colócase ésta y se realza acercándole tierra con la mano y apretándola un poco para que quede asegurada. Hecho esto se da un paso próximamente de 80 centímetros y se hace la misma operación. Si se ha de confiar la operación á gente poco entendida, y se desean tener las matas bien alineadas, como es conveniente, dos hombres con una caña, bastón, etc., que mida 80 centímetros en una mano, con la otra tendrán tirante una cuerdecilla horizontal y perpendicular á la dirección de los

caballones, y restregándola un poco en el lomo de los mismos se obtendrá en todos ellos una señal que servirá para dar á conocer el sitio que en la base de los mismos debe ocupar la planta. Hecho esto, aplicarán la medida y avanzando la cuerdecilla restregarán de nuevo, y así sucesivamente. Practicadas estas señales, pasa uno ó dos hombres á hacer los hoyos con el palo aguzado ú otro instrumento, y varios otros á plantar del modo indicado.

Si no se acaballona la tierra, sino que se deja llana, hecha con cuidado la plantación de dos lados del campo á la distancia indicada, practíquese la restante á ojo.

Pero, repetimos, siempre con mucho cuidado; déjense las plantas derechas, bien recalzadas hasta el primer par de hojas y en lo posible alineadas.

Replantación.—Déjense siempre en el semillero algunas plantas que sirvan después para cubrir los vacíos que quizá resulten en el tabacal por la muerte de alguna ó algunas plantas. Á la semana, próximamente, de hecha la plantación, ya se conocerá que algunas no han prendido y otras quizá estén lánguidas y en camino de morir. Sin perder tiempo, sustitúyanse por otras del semillero que tengan iguales dimensiones, siempre con las precauciones dichas al tratar del modo de hacer el arranque, traslado y plantación. De esta manera se evitan los claros que tan mal aspecto producen.

Escardas.—Al poco tiempo de hecha la plantación, se notará, en estas tierras, donde la feracidad del suelo es tan exuberante, que en seguida pulula la hierba por todas partes. Cuando tenga un decímetro, y no más, arránquese con la mano, y si se hace con machete, téngase mucho cuidado de no perjudicar las plantas.

Aporque.—Al propio tiempo que se quita la hierba, se pica un poco de tierra y se acerca y aprieta con las manos al pie de la planta. Esta operación se llama *aporcar,* ó mejor, *calzar,* y da á la planta nuevo vigor. Mas para obtener todo su efecto, conviene echar al pie de la planta un puñado de estiércol revuelto con tierra, ó medio litro del líquido del fondo del estercolero.

Desbotonar.—Llámase así á la operación de cortar el botón de la corona ó terminal. Esto se hace cuando la planta tiene de 80 á 90 centímetros de altura y cuenta 12 ó 14 hojas; no se necesita instrumento especial; con la uña se verifica perfectamente.

Como se comprende desde luego, lo que con esto se pretende es cortar el desarrollo longitudinal de la planta, á fin de que se nutran mejor las hojas que ya tiene, las cuales con esto son de mejor calidad.

Verdad es que con esto se impide que la planta florezca; mas si se desean semillas que tiendan á hacer suave el tabaco, que es lo que debe perseguirse, es mejor dejar para semilla el renuevo que se destina á la segunda cosecha.

Empero si se quisiera cosechar tabaco para mascar, deben dejarse al desbotonar algunas plantas intactas destinadas á semilla.

Deshijar.—Regularmente se ven nacer en todo el cuerpo de la planta, sobre todo en las axilas de las hojas y en el pie del tallo, renuevos que es necesario también amputar con la uña, á fin de evitar que absorban la savia destinada á nutrir las 12 ó 14 hojas que se han dejado en la planta. Todo esto es necesario si se quieren obtener hojas selectas destinadas á capa.

Enemigos del tabaco.—Hay varios insectos destructores del tabaco que

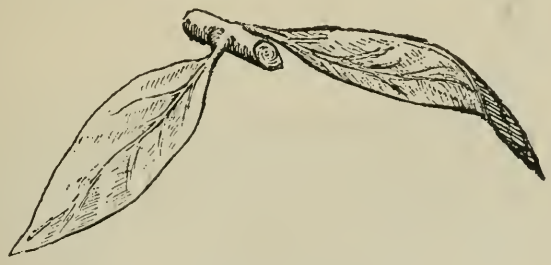
convendrá vigilar para que no deshagan el trabajo de muchos días. *Caculo:* El mismo cuyas larvas destruyen el cacao y el café. *Gusano cogollero:* Llamado así porque siempre se encuentran uno ó dos en el cogollo, donde hay que buscarlos. Los excrementos y las heridas en las hojas tiernas manifiestan su presencia. *Gusano rosquilla:* Así llamado porque al ser descubierto, se enrosca en seguida; mide unos ocho centímetros y hace mucho daño por ser muy voraz; es nocturno. El *gusano cachazudo,* muy voraz, grande como el *rosquilla,* de color pardo. De día se esconde al pie de la planta y de noche hace estragos en las hojas. El *grillo talpa,* que causa tanto daño en todas las plantas tiernas, hace lo propio en el tabaco. Conviene siempre que se entre en el tabacal fijar los ojos en las plantas y vigilar estos insectos.

Recolección.—Cuando las hojas de la planta han perdido su color verde cambiándolo en amarillento, y se ponen lánguidas ó algo arrugadas y á veces con pecas, el tabaco está ya maduro; es el tiempo de hacer la recolección. Pero si entonces lloviese, el tabaco reverdecería, y en este estado no podría cortarse, sino que sería preciso esperar algunos días más á fin de que madurase de nuevo. De otra suerte, la hoja se pierde luego, no tiene aroma y es casi en vano todo el trabajo que se ha puesto.

La recolección debe hacerse en días de buen sol y á la hora de más calor.

Porque las hojas más altas ó sea más cercanas á la corona, son positivamente de mejor calidad, sea porque reciben más directamente los rayos del sol, ó por la tendencia de la planta á acumular elementos nutritivos hacia la corona, donde debía la planta desarollarse; por esto convendrá desde su principio separar unas hojas de otras, clasificándolas en hojas de *corona*, hojas del *centro* y hojas del *pie*.

Se cortarán las hojas á pares, ó mejor dicho, el pedazo de tallo que tiene adheridas dos hojas sin separarlas de él. Este corte se efectuará con tijeras de podar, ó con cuchillas curvas muy afiladas. El par de hojas con el pedazo de tallo que las une, se llama *mancuerna.*

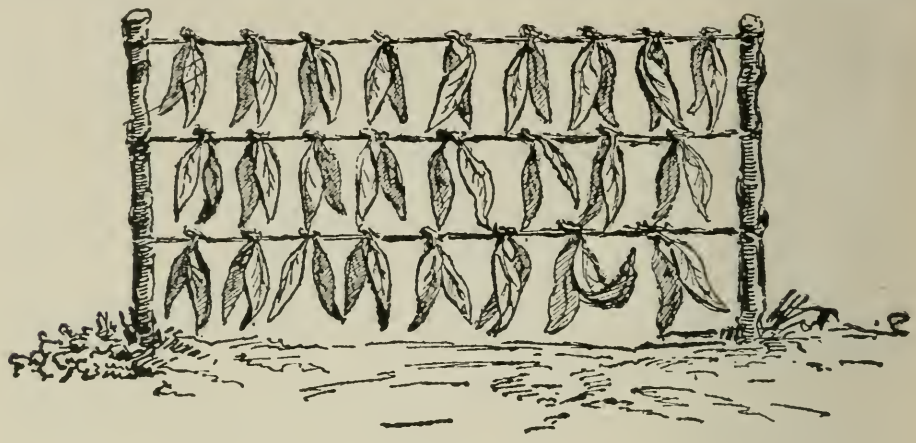


Mancuerna.

Se distinguirán, pues, *mancuernas* de *corona, mancuernas* de *centro* y *mancuernas* de *pie*, las cuales siempre y en todas las operaciones, habrán de ir separadas, á fin de clasificar después mejor el tabaco.

Las mancuernas de la corona se cortan primero, las del centro tres días después, y finalmente, las del pie dos días más tarde. Y porque á veces no todas maduran á un tiempo, se pasará diferentes días, teniendo siempre en cuenta la separación de unas mancuernas de otras.

Luego de cortadas, se dejan las mancuernas tendidas en tierra, con el tallo hacia arriba unos quince minutos, á fin de que el sol las marchite. Después se recogen, colocándolas con cuidado en el brazo izquierdo en forma de caballete, y así se llevan á los *cujes*. Reciben este nombre unas varas delgadas, ó cañas ó cuerdas horizontales, sostenidas por los extremos con soportes clavados al



Cujes.

suelo. Allí, expuestas al sol, se cuelgan las mancuernas, colocándolas, no una sobre otra, sino en hilera y no muy juntas. Cuando se vea que están ya casi secas, se llevan al *secadero*.

Para la segunda cosecha. —Al cortar la última mancuerna de pie, se hace el corte á flor de tierra.

Del tronco que quedan salen algunos retoños. De ellos se dejará sólo uno, á lo más dos, los más robustos, con los cuales se obtendrá una segunda cosecha de hojas más pequeñas, pero más finas, y de excelente calidad para capa de cigarros puros. De ésta deben dejarse algunas plantas sin *desbotonar*, destinadas á producir la semilla para el año siguiente.

Elaboración del tabaco.—Llámase curación del tabaco á una serie de fermentaciones que le hacen adquirir el color, aroma, suavidad, etc., que apetecen los fumadores.

Para esto se requieren edificios á propósito, de cuya perfección depende casi en su totalidad que la curación resulte cual conviene.

Estos edificios deben tener siempre el zócalo de fábrica (sean en lo restante de fábrica ó de madera). El piso debe estar, á lo menos, medio metro elevado del suelo para evitar la humedad, y debe ser de madera ó de cemento. Las paredes, de unos cuatro metros de altura, deben tener ventanales provistos de persianas, á fin de graduar mejor la temperatura, según el estado del tabaco. Estos edificios deben ser de mayor ó menor capacidad, según la cosecha.

Desecación.—Después que el tabaco estuvo en los cujes oreándose el tiempo dicho más arriba, se llevan los cujes al edificio destinado á la desecación. Allí, los tres primeros días, se ponen los cujes en las partes bajas del edificio, sin que nunca toquen en el suelo los puntas de las hojas. Se estrechan ú oprimen las mancuernas, á fin de que, con el contacto, se provoque una fermentación que se da á conocer por la transpiración de las hojas, las cuales parece se llenan de sudor. Así está el tabaco tres días.

Después de ellos se elevan los cujes á las partes altas del edificio, dejándose allí unos treinta ó cuarenta días. De esta manera se va verificando lentamente la seca sin pérdida de las substancias que pueden favorecerle. Hay que vigilar durante este tiempo á fin de que por una parte no se enmohezca por demasiada humedad, ni, por otra, se seque y partan las hojas por demasiado calor. Si se notare algún enmohecimiento en las puntas de las hojas ó en el tallo, ábranse puertas y ventanas en horas de sol y viento, á fin de que la habitación se oree, y en caso de que así no se corrigiere, sáquense los cujes un poco al sol, y al revés si se notara demasiada sequedad, ábranse las ventanas á la madrugada ó rocíese el piso con agua.

Apilamiento.—Cuando el tabaco está completamente seco, se forman las pilas. Éstas consisten en cajas en esqueleto, formadas de varas ó listones y revestidas interiormente en su fondo y paredes de hojas de plátano, lonas de saco ú otra cosa semejante.

Antes de colocar en el cajón las hojas, se cortan con cuidado del pedazo de tallo á que estaban adheridas, deshaciéndose así la mancuerna. Luego, para quitarle las arrugas que hubiere tomado, se planchan, colocándolas en la mano izquierda y pasando con suavidad por encima la mano derecha algo humedecida en agua.

Así planchada la hoja, se coloca en el cajón con la punta hacia dentro, de modo que la cabeza ó base toque á las paredes. Así se pondrán bien llanas y estiradas unas sobre otras hasta llenar el cajón. Unas capas de hojas se cruzan

con las otras, con lo cual el pilón queda uniforme. Una vez lleno, se cubre de la misma materia de que se revistió el fondo y las paredes. Colóquense encima algunas tablas, y sobre éstas, repartidas pesas hasta 30 ó 40 kilos.

El tabaco se tendrá así unos diez días, durante los cuales se aplicará varias veces el termómetro á fin de que la temperatura no suba ni baje mucho de los 50° centígrados, porque á mayor temperatura el tabaco se *ahoga*, y á menor no se hace la fermentación cual conviene. Si no llegare á los 50° se aumenta el peso y se abriga la habitación, y si subiere más hay que quitar peso; algunas veces hasta se ha de deshacer el pilón y orearle.

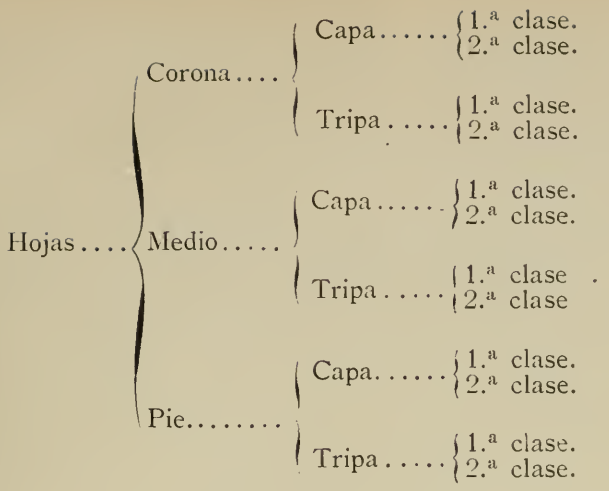
En la formación de las pilas no se mezclen las hojas de la *corona* con las del *medio*, y éstas con las del *pie*. Fórmense pilas distintas á fin de clasificar después mejor el tabaco.

Embetunado.—Á los diez días estará ya hecha la fermentación, y entonces, deshaciendo las pilas, se extenderá hoja por hoja en una mesa, y con una esponja fina, empapada en infusión de tabaco, se irán humedeciendo. Para la infusión no se haga uso de desperdicios ó tabaco malo; empléense hojas de buena calidad que se hubieren roto ó resultaren pequeñas. Pónganse las referidas hojas y los tallos de las mancuernas, en cuanto sea posible, de corona, en una olla; échese en la misma agua y póngase al fuego hasta que esté á punto de hervir, revuélvase bien y tápese. Repítase esta operación tres días, y déjese reposar otros tres bien tapada. Este embetunado de las hojas con el hermoso color que resulta del líquido de la infusión procura otra fermentación que acentúa el color, aumenta el aroma y da suavidad.

Si se quiere dar al tabaco un aroma agradable, prepárese una infusión de vainilla ú hoja de trébol, y al querer hacer el embetunado, mézclese una parte de esta segunda con dos de la primera, ó sea del betún de tabaco. Si el tabaco saliere malo por tener mucha melaza, se prepara una infusión de naranjas agrias, y désele betún con esto, y se volverá bueno por el nitro que tiene el agua de naranjas.

Á medida que se sacan las hojas de un pilón y se embetunan, se colocan extendidas en otro, y se dejan unas veinticuatro horas en que se produce la fermentación de que hemos hablado.

Clasificación.—Prescindiendo de los diferentes modos de clasificar que tienen en los distintos puntos donde se produce el tabaco, y siguiendo la que hemos venido haciendo según las mancuernas provinieran de la *corona*, del *medio* ó del *pie*, dividiremos las hojas según hubieren pertenecido á unas ó á otras. Y así, tomando las de *corona*, destinaremos á capa las que estuvieren bien enteras y sin manchas, y aun entre éstas las más finas, lisas y de mejor color serán capa de primera clase, y las otras de segunda. Las que estuvieren rotas ó tuvieren pecas ú otro defecto se destinarán á tripa, y aun entre ésta puede haber también primera y segunda clase. Y haciendo lo mismo con las hojas del *medio* y del *pie* podremos hacer esta división:



Engavillado.—Al hacer la clasificación de las hojas se van poniendo bien estiradas unas sobre otras hasta formar gavillas de 20 hojas con las capas de primera, de 30 con las de segunda, de 25 con las tripas de primera, y de 35 con las de segunda. Fórmanse las gavillas atando la base de las hojas con una tira de melongo, de corteza de liana, etc., y envolviéndola en una hoja grande y estropeada de tabaco que se ata por los dos extremos, de modo que recubra todas las hojas engavilladas.

Pacas.—Luego de hechas las gavillas, se forman manojos de á cuatro y se atan de un modo semejante á aquéllas. Con 80 ó 100 manojos de cada una de las clases se forma la *paca* ó *fardo*. Conviene, al construir estos fardos, que los manojos vayan en ellos bien oprimidos, alternados y bien protegidos por hojas de plátano, paños de lona ú otra cosa parecida.

Calentura.—Hechos los fardos, se dejan solear un poco y luego se amontonan unos sobre otros en el almacén, ó sea en el mismo edificio destinado al tabaco. Allí se deja tres ó cuatro meses, para que pase lo que llaman la calentura, y luego se da al comercio para elaborarlo.

He aquí las múltiples operaciones por que pasa este artículo antes de darse al consumo. Caro parece el tabaco; pero verdaderamente es prolijo y pesado el trabajo que importa.

ARTÍCULO III

Otros productos.

Cultivo del maíz.—Semilleros ó almácigas del cocotero.—Recolección del fruto.—Cultivo de la canela.—Recolección.—Caucho.—Modo de extraerlo que usan los pamues.—Verdadero modo de extraerlo y cuajarlo.

Maiz.—Nos detendríamos en exponer el cultivo de esta planta, si no fuese generalmente conocido en nuestra Península.

Sólo advertiremos que en la isla de Fernando Póo pueden darse dos cosechas: una sembrándolo en el mes de Marzo, y otra á principios de Octubre.

Por lo demás, la especie que va mejor es ordinariamente el *Blanco grueso.*

Hay que tener en cuenta la multitud de grompíes y ratas que existen en este país, los cuales, si no se cava el terreno, destruyendo previamente sus madrigueras, no dejan nacer la mitad de la semilla. Hay también que cercar desde el principio el terreno con varillas traídas del bosque, á fin de impedir que aquellos bichos acudan de los bosques ó plantaciones inmediatas.

Coco.—El *coco* podría ser de rendimiento notable en la isla de Corisco, y en una zona de un kilómetro de ancho próximamente por 12 de largo, desde el Cabo San Juan hasta el río Aye, en los arenales contiguos al mar, si no estuviese de por medio el merodeo continuo de los indígenas, que lo miran casi como planta espontánea, y, por lo mismo, su fruto del primero que lo coge.

Por lo demás, los árboles son de producción bastante precoz y muy abundante, de modo que seguramente vienen á resultar de cada planta unos 100 cocos al año.

Indicaremos ligeramente el modo mejor de hacer una plantación de este artículo:

Puede hacerse semillero, en cuyo caso en la entrada de las lluvias basta hacer, en terreno escogido y previamente limpio de raíces y hierbas, hoyos alineados, y colocar en ellos el coco, con la extremidad correspondiente al pedúnculo apoyada en tierra y cubrirlos con la misma tierra. Si no lloviese, se habrían de regar diariamente; pero no será necesaria esta faena si la tierra conserva humedad. A los cinco meses próximamente germina esta planta, y al año ya tiene medio metro. No hay por qué observar que si se apacientan por allí cabras ú ovejas hay que cercar el vivero, porque roerían la planta así que nace. Al llegar las lluvias el siguiente año, ya se podrá trasplantar á su sitio definitivo. No es planta delicada.

Pero más cómodo y de menos gasto, sobre todo en terrenos arenosos, como son los arriba indicados, resulta hacer la plantación de asiento.

Para ello, una vez limpio el terreno, se extiende una cuerda á lo largo del área destinada á plantación, y se planta una estaca cada cinco metros. Verificada esta operación, se extiende otra vez la cuerda cinco metros de distancia de la línea anterior y se plantan estacas de nuevo, etc. En cada estaca se practica un hoyo de medio metro de diámetro y otro tanto de profundidad. Luego de hecho se deja abierto un mes, á fin de que la tierra se meteorice, después de lo cual se siembran los cocos del modo arriba indicado. Al principio, si creciere la hierba, habrá necesidad de algunos chapeos. Cuando la planta esté en producción, que es á los cinco ó seis años en los sitios más cálidos y más abonados, y uno ó dos años más tarde en los frescos y poco feraces, cubrirá la tierra con su sombra, y no habrá necesidad más que de recoger el fruto.

Recolección del fruto.—No conviene, al hacer la recolección, echar sobre alguna piedra ó tierra seca el fruto cuando se corta del árbol; conviene que no reciba golpe en seco, porque fácilmente se agrieta y da acceso al aire, con lo cual se pierde. Lo mejor es trepar en el árbol, cortar el racimo, y echarlo sobre hierba ó alguna otra cosa mullida preparada de antemano.

No hablaremos de la extracción del aceite, industria que por ahora sería

muy difícil en estas tierras, y por muchos conceptos juzgamos más ventajoso á cualquiera, mandar el fruto tal como sale del árbol.

El secar la carne y después de seca mandarla, fuera de otros inconvenientes no despreciables, habiéndose de valer de los indígenas, para quienes el coco es un bocado sabroso, hay el de echarse á perder al menor descuido en tiempo de lluvia ó humedad.

Canela (1).—El canelero es un árbol cuyo tronco en su pleno desarrollo llega á tener medio metro de diámetro y de cuatro á cinco de elevación, recubierto decorteza delgada, quebradiza y de una subcorteza de color rojo amarillento que constituye la canela que sirve para tantos usos. Su hoja, siempre verde, peciolada, de un decímetro de largo, por medio de ancho, lampiña, lustrosa, blanquizca por el ambés, trinerviada; flores pequeñas, vellosas, en racimos terminales, hermafroditas, amarillentas y fragantes; fruto en bellota acompañado del cáliz, color obscuro tornasolado.

Se puede propagar por semilla ó por estaca. En Fernando Póo hay de ella un árbol en la finca de la Transatlántica situada en Basilé. Su corteza es muy aromática y de sabor á canela, tan agudo como el de la que se usa en las cocinas de nuestra península.

Se han hecho ensayos por los Misioneros para su propagación por estaca y han dado buen resultado.

Recolección.—Todo el provecho de este árbol consiste en la subcorteza, la cual no debe extraerse hasta que el árbol esté bien desarrollado, esto es, á los cuatro ó cinco años. La de las ramas es preferible á la del tronco, mas las predichas ramas deben tener á lo menos dos años. Se hacen incisiones á lo largo, se quita con cuidado la primera corteza, que en ellas es muy delgada, luego se extrae la segunda que se pone á secar á la sombra. Ella misma se arrolla y forma los cañutillos.

Por el buen sabor y aroma que tiene la extraída del árbol que la Transatlántica posee, somos de parecer que con el tiempo podría ser uno de los artículos de producción de esta isla.

Caucho.—Éste es uno de los artículos de aplicación más general. Todo el mundo sabe á cuantos usos extiende la industria el caucho.

Éste cuando se extrae es una savia enteramente lechosa, semejante á la de nuestras higueras, aunque más densa. Se extrae de una liana llamada por esta causa *liana* del *caucho*, y de un árbol que lleva también el nombre del producto que de él se obtiene.

Ambos se hallan en Fernando Póo; aunque la liana en más abundancia, en las orillas de los rios y sitios húmedos y sombríos.

Del árbol hace unos dos años que vinieron algunas estacas de Santo Thomé y de Elobey, pedidas por los Misioneros y plantadas en Banapá.

Es algo difícil para quien no tenga práctica el distinguir la liana del caucho de las demás, sino es en el tiempo en que da fruto, ó sea en los meses de Diciembre y Enero. En esta época se distingue desde muy lejos el fruto, el cual es del todo semejante en lo exterior á una pera madura y de buen tamaño.

---

(1) No es probable sea el verdadero canelero llamado de Ceylán (L. cinnamonus), sino otra especie afin del mismo género *Laurus*.

El árbol del caucho es más fácil de distinguirlo de los demás por la hoja, la cual en su forma es algo parecida á la de nuestra higuera, pero más pequeña, tersa y de un verde lustroso. Crece y se desarrolla con rapidez.

Cultivo de las lianas.—No hemos visto el cultivo de la liana. Mas por lo que se observa en esta isla, puede colegirse con bastante probabilidad que requiere lugares sombríos y muy húmedos. El fruto de que más arriba hemos hablado, es una cápsula que contiene de 15 á 30 semillas ó almendras algo parecidas á las del cacao cuando están en la piña. Estas semillas pueden sembrarse en las orillas de los ríos, ó en sitios donde á causa de la espesura del bosque, la tierra siempre se conserve húmeda. No debe podarse en los primeros años, y nunca debe cortarse la guía. Cuando muy crecida se podrán cortar algunas de las ramas laterales más delgadas, á fin de que el tronco principal y algunas de las ramas mayores se desarrollen más.

El árbol del *caucho* se cultiva en algunas de las colonias próximas á ésta. Los sitios arenosos son los más á propósito para su cultivo; sin embargo, se acomoda con facilidad á toda clase de terrenos. Se puede propagar por semilla ó por estaca.

La semilla es del tamaño de una pequeña avellana, pero de cáscara muy dura, cualidad que muchas veces impide la germinación, haciéndose necesario limarla en el punto del embrión si se quiere obtener más probabilidad de que éste salga, y en poco tiempo. Por esta causa, es más usado el modo de propagación por estaca. Sácase ésta de cualquier rama, y se cubre de tierra, excepto por uno de los cabos, procurando queden enterrados algunos botones. En poco tiempo se le ve echar hojas, crecer y desarrollarse, de manera que al cuarto año, ya se puede sacar caucho.

El ramaje se extiende mucho algunas veces, por lo cual, á fin de evitar que con los tornados y brisotes fuertes se rompa el tronco se hace necesario podarlo al segundo año y siguientes, utilizando las estacas de las ramas para nuevos árboles.

Quien quisiere tener una plantación en regla, trace líneas á cordel, distantes entre sí de dos á tres metros, según se ha dicho al hablar del cacao; practique pequeños hoyos á tresbolillo más bien que á marco real, y en los mismos, plante las estacas recién cortadas del árbol.

Al mes, próximamente, examine la plantación, á fin de relevar las estacas que no hubiesen prendido con otras nuevas.

La plantación y renovación debe hacerse en tiempo de lluvia, ó á lo menos, teniendo mucha humedad la tierra.

Recolección según el método de los pamues.—La recolección debe hacerse en la estación seca, pues durante las lluvias contiene la savia gran cantidad de agua, que hace al *caucho* de menos valor.

Para extraerlo de la liana, los pamues la extienden en tierra, á lo largo, practican incisiones alrededor, cada 60 centímetros, próximamente, y en vasitos, hechos allí mismo de hojas de árbol, recogen la savia lechosa, que gota á gota va manando de las incisiones.

Este modo tiene el grave inconveniente de matar la liana, de la cual sólo se obtiene beneficio una vez con este procedimiento. El que en nuestro concepto podría dar buenos resultados, y se usa en algunas partes, es el formar un cono

de papel, que se haya sumergido antes en aceite; la parte ancha se fija, con un alfiler ú otra cosa, en el tronco de la liana; practícase en ésta una incisión vertical, de manera que la base y cabo de la misma (incisión) venga á terminar en el prendido alfiler ó algo (un centímetro) más arriba.

Debajo del cono del papel, que debe estar agujereado, se coloca un receptáculo cualquiera. El caucho (savia lechosa) al desprenderse y caer en el cono de papel, resbala á causa del aceite, sin quedarse nada en aquél y se deposita todo en el receptáculo.

Si hay varias ramas ó tallos robustos en una misma liana, puede hacerse una incisión en cada una de ellas. Recogida la savia, que por sí misma salga, déjese descansar el árbol un mes, después del cual se practicará otra incisión, en sitio distinto, y así nuevamente, mientras dure la estación seca, ó sea durante cinco ó seis meses. Las incisiones predichas deben hacerse en luna menguante.

Verdadero modo de extraer y cuajar el caucho.—Obtenida la savia lechosa, si se quiere coagularla luego, échese un poco de sal (un 10 por 100, próximamente) y en una sarten ú otro depósito, póngase al fuego, como quien fríe un huevo.

Con esta operación, se coagula luego, á semejanza de la clara del mismo huevo; y una vez coagulada, se saca y se puede presentar al comercio. Si se saben hacer estas operaciones, se obtiene un caucho muy blanco.

El mismo procedimiento para la extracción y preparación debe hacerse en los árboles del caucho, si se quiere coagular y obtener pronto.

Mas, si se dispone de tiempo, puede obtenerse un caucho superior, no mezclando sal, y dejando que el caucho se solidifique por sí mismo, lo cual se obtiene á los diez ó doce días de extraído. Debe sólidificarse á la sombra.

Además de los predichos, hay otro árbol en esta isla, del cual están bastante poblados los bosques, que da un caucho negruzco, pero de buena calidad. Su hoja, larga y estrecha, es muy fácil de ser conocida. Su tronco llega á una corpulencia de unos 80 centímetros de diámetro, y puede obtenerse de él caucho en bastante cantidad. El modo de extraerlo y elaborarlo es muy sencillo. Se hace una incisión, y con un poco de sal, en los dedos pulgar é índice, se coagulan las primeras gotas que salen: luego se empieza con ello una bolita que, recubierta con un poquito de sal, se hace correr por la incisión, que poco á poco va manando y coagulándose en hilos, que unidos, van formando una bola. Una vez formada la bola, se puede dar al comercio.

No hemos hecho pruebas sobre su espontánea coagulación, pero creemos que sería lo mismo que los anteriories: más blanco y puro, aunque algo inferior en calidad.

Y aquí ponemos punto final á estos apuntes, pues, aunque hay otros artículos que se dan bien en estas tierras, no obstante, serían por ahora de utilidad inferior, relativamente, á los que llevamos indicados, los cuales, en la actualidad, pueden aumentar de un modo prodigioso la riqueza de esta colonia.

Resumen y última ojeada.

Tocamos ya al fin de nuestro modesto trabajo. Confiamos que contribuirá no poco á dar una idea clara y precisa de estas apartadas regiones, á disipar temores y preocupaciones infundadas, á corregir conceptos desfavorables, y abrir un horizonte de felices esperanzas á tantos desventurados como emigran á tierras extranjeras en busca de mejor fortuna.

Fernando Póo, según confesión de todos y más de los extraños, es, entre todas las costas é islas de Guinea, la mejor en clima, feracidad y productos. El terreno ofrece hermosas mesetas donde situar pueblos á cualquier altitud y temperatura, desde los 18° hasta 39° centígrados; vense serpentear por todas partes aguas puras y refrigerantes; hállanse bosques de maderas excelentes, y que convenientemente roturdos, se prestan á todos los productos tropicales, sin ceder en calidad á los mejores de Cuba y Filipinas; todo este conjunto hace de Fernando Póo la verdadera *Perla del golfo de Guinea*, y una colonia que resultaría para España un manantial inagotable de recursos, sobre todo, después de los desastres de la última guerra.

Entre las producciones, merecen especial mención el cacao, de precio muy subido, el café, de exquisito aroma, y el tabaco, de excelente calidad; verduras tiernas y de fácil digestión, las más indicadas para conservar la salud en aquel clima tropical; frutas deliciosas, como naranjas, melones, cocos, y en fin, todos los elementos que exige una alimentación variada y nutritiva. De modo que bien explotado este pedazo de tierra, que nos deja Dios después de tantas desgracias, podría, á no tardar, resarcir en gran parte, las pérdidas pasadas, supuesta una recta administración y un régimen colonial que pusiese á salvo los derechos del indígena y del colono. Los naturales son pacíficos; los advenedizos que fijan allá su residencia, aunque los hay de genio levantisco, no son, sin embargo, de temer, en razón de su corto número; por último, nótase en los braceros marcada tendencia á domiciliarse en la isla, lo cual contribuirá poderosamente al desarrollo de la colonia. Aunque abrigamos serios temores de una liquidación vergonzosa, nos da, sin embargo, el corazón no sé qué esperanzas de que la colonia fernandiana ha de entrar en un período de franco incremento, para secundar los intereses de Dios, de la Patria y de los mismos naturales del país. ¡Quiéralo el cielo!

Hemos sido parcos al reseñar los trabajos de las Misiones, y de intento hemos pasado por alto muchos de los sufrimientos y sacrificios que nos impone nuestra acción evangelizadora. El plantar la fe es tarea tanto más larga y penosa, cuanto menos dispuestos están los ánimos de los que han de recibirla; así como el fuego penetra con tanta mayor dificultad en un leño cuanto más verde y jugoso lo halla. Ocurríanos con frecuencia, al entrar por primera vez en un pueblo escapársenos todos y huir despavoridos, impulsados por añejas preocupaciones. No había cabo de donde asirlos para que nos escucharan; si les proponíamos las ventajas de la enseñanza de sus hijos, temían que los haríamos esclavos; si les proponíamos bienes temporales, decían que no los necesitaban; si les decíamos que su *morimó* era el mismísimo demonio que se los llevaría al fuego,—No nos importa—contestaban;—si él está, también estaremos nosotros.—Comprendimos con esto que había que tomar el agua de muy arriba y proceder muy despacio en las tareas de conversión y evangelización. Nos presentamos entonces como amigos, regalándoles algunas niñerías y golosinas, curándoles gratis sus enfermedades, disimulando sus rarezas y haciendo caso omiso de sus idolatrías. El trato amable atrajo luego á nuestro lado varios niños, que hacían perfectamente distinción entre nuestro proceder y el de sus *Muchukus*; y, como según sus costumbres, eran libres de fijar su residencia donde quisiesen, podían, sin faltar á ellas, estar con los Misioneros.

Así comenzó otra campaña, y topamos con una segunda barrera que salvar. Los mencionados *Muchukus* no podían por una parte quejarse de nuestras muestras de amistad, y por otra tampoco podían oponer sus usos y costumbres á esta acogida y reclutamiento de niños voluntarios, por cuyos motivos no podían declarar á nuestra Misión una guerra descubierta. Pero dejar que los niños se fuesen adhiriendo á los Misioneros, y perder así algunos vasallos, maldita la gracia que les hacía.

Ver á nuestros alumnos decentemente vestidos y andar ellos desnudos, era una reprensión muda, pero contundente de su degradación, y lo consideraban como una mengua. Por esto, previos algunos sacrificios á los dioses, valiéndose de amenazas y esparciendo no sé qué rumores, v. gr., que nos los comíamos vivos ó que los enviábamos á España para esclavos, comenzaron á meter miedo á los muchachos, poniéndoles mil estorbos para que no acudiesen á la Misión, y aun escondiéndolos cuando pasábamos la visita de sus chozas.

Añadióse la acción sectaria que nos puso á punto de ser deshechos los frutos de siete años de sacrificios. ¡Dios mío! ¡Cómo se empeñaba el diablo en redoblar los lazos con que tenía agarradas aquellas pobres almas!

Á lo dicho se siguieron otros obstáculos. Hubo necesidad de formar pueblos indígenas, de buscar para nuestros alumnos niñas con las cuales pudieran constituirse en familia; y si dificultades hubo por parte de los *Muchukus* para conseguir que vinieran á la Misión los primeros niños, húbolas mucho mayores al tratarse de las segundas, consideradas entre ellos como objeto de lucro y ganancia. Con tiempo y paciencia, y más, sobre todo, con la ayuda del Señor, se orilló esta dificultad. Se pudieron enviar muchachas indígenas al Colegio de las Religiosas de Santa Isabel, se formaron matrimonios, y se vieron poco á poco nacer pueblos de indígenas cristianos al lado de la Misión.

Con esto se aumentaron extraordinariamente los gastos de estas Misiones,

y á no ser por la Providencia divina, cuya es esta obra, nos hubiéramos visto precisados á dejar á muchas almas en el bosque por la imposibilidad de proporcionar á los catecúmenos lo más indispensable para quien, dejando el salvajismo, desea comenzar á vivir como civilizado. Porque á los gastos de los alumnos en manutención, vestuario, cama, cocina, utensilios de labranza, libros de escuela, medicinas, etc., hubo necesidad de añadir para cada nueva familia una vivienda, ajuar, medios de subsistencia por una temporada, sin contar los gastos de la boda, que en su mayor parte, como era natural, tenían que correr á cuenta de la Misión. Del aumento de cristianos y catecúmenos se originó también la necesidad de ensanchar los edificios destinados á la reunión del pueblo; todo á nuestras expensas. Cuatro grandes colegios y seis iglesias capaces han requerido gastos tan considerables, que sólola con ayuda de Dios las limosnas de nuestros bienhechores y los ahorros de los Misioneros, hemos podido cubrir.

Mientras esto sucedía en la isla de Fernando Póo, en la de Corisco se sostenía una lucha á brazo partido con el protestantismo, que desde largo tiempo había sido allí dueño del campo, avanzando la Religión á medida que aquél iba abandonando sus trincheras. Derrotado el pastor Ibía en sus disputas con el Rdo. P. Orriols, convertido el Rey principal de la isla, formado un hermoso plantel de niños católicos y otro de niñas, en sus respectivos colegios, extendida la devoción del Santo Rosario, y levantada una iglesia muy capaz, hay motivos para alabar á Dios y confiar en la prosperidad de aquella Misión.

Cabo San Juan y toda la parte del Continente sujeto á nuestros dominios, era el campo de acción de nuestros Hermanos residentes en la Misión que lleva este nombre; quienes, ya solos, ya unidos con los de Elobey, recorrieron todos los pueblos, se internaron en los ríos y llevaron su Misión hasta las tribus más salvajes, con tan buena suerte, que muchos les entregaron sus hijos, quienes después de educados en la Misión, fueron otros tantos pequeños apóstoles que formaron atmósfera de cristianismo entre sus paisanos.

Estos catequistas voluntarios tenían sumo interés en grabar en los entendimientos de los suyos las verdades recibidas del Misionero, y si no recababan siempre el asentimiento de los viejos encallecidos en sus creencias gentílicas, todavía lograban persuadir á los jóvenes y niños en quienes las ideas paganas no habían echado tan hondas raíces. No se limitaban á esto nuestros colegiales; instruídos sobre el modo de bautizar en caso de necesidad, al tener noticia de la enfermedad grave de algunos de sus vecinos, consideraban un deber de caridad el personarse á la cabecera del enfermo, insinuarle la dicha que con el Bautismo podía prepararse en la otra vida, ya que tan poco podía esperar de ésta, instruirle en los principales Misterios y derramar sobre su cabeza las saludables aguas de regeneración. ¡A cuántos abrieron las puertas del cielo con el celo cristiano que les animaba!

Otros, con éxito más feliz todavía, lograron persuadir á sus paisanos que, dejando sus tierras, se fueran á vivir junto á la Misión de Banapá de Fernando Póo, *con el fin* —decían— *de poder tener un Padre Misionero al lado en la hora de la muerte.*

Hasta aquí los frutos espirituales; pero bien merecen también consignarse otros de orden puramente material: fuera del conocimiento de la lengua patria, que consiguieron difundir por aquellos países, lograron, á fuerza de en-

sayos, resultados excelentes en el cultivo de varios productos y en la introducción de diferentes industrias. La fabricación de ladrillos, la propagación del caucho y la introducción del café y cacao en Cabo San Juan, son innovaciones de no poca utilidad para la Colonia.

En Santa Isabel, la introducción del árbol del caucho, el uso del tiro de animales para el acarreo, el teléfono y la vía Decouville para las fincas, son mejoras de no escasa importancia, introducidas por la Misión en un país donde había falta de todo.

Tampoco ha sido inútil en Annobón la acción del Misionero, sin cuya presencia tal vez no formaría ya dicha isla parte de las posesiones sujetas al pabellón español. Dejado esto á parte, que quizá sea lo que menos nos honra delante de Dios, las fuerzas de nuestros hermanos se han mancomunado siempre para mejorar la situación material y moral de aquellos pobres isleños, sobrellevando sacrificios, que sólo podrá comprender quien conozca la esterilidad del suelo, la índole de los habitantes, la pésima posición del pueblo y la malísima influencia del clima. Catequesis, administración de Sacramentos, medicinas, alimentos, ropas, etc., y más que todo, paciencia, sudores, cansancios, pérdida de salud y vida, todo se ha derrochado para salvar á aquellos infelices. Siete de nuestros Misioneros han dejado allí sus restos mortales; varios llevan contraídas enfermedades gravísimas, y muchos se han visto precisados á retirarse para escapar de una muerte segura.

Sin embargo, no resultó estéril tanto sacrificio; en la parte moral llevamos cosechados frutos de bendición, sobremanera consoladores, y en la física, hubiéramos arrancado de las garras de la muerte á gran número de personas, si consejos subversivos no hubieran echado por tierra los proyectos que teníamos en perspectiva. Fué necesario volver á comenzar, arrostrar insultos, frialdad, burlas, maldiciones, etc., de aquellos pobres y mal aconsejados indígenas. Gracias á Dios, las ovejuelas extraviadas volvieron poco á poco al redil.

Con esto terminamos la Memoria, haciendo constar que mientras corran las Misiones de Guinea á cargo de los Misioneros del Corazón de María no faltarán, gracias á Dios, corazones denodados y resueltos á sacrificar hasta la última gota de sangre, si así lo exige la gloria de Dios.

FIN

APÉNDICE

Estadística de la Prefectura apostólica de Fernando Póo y sus dependencias.

Para que se vea de un solo golpe de vista el estado de las Misiones españolas de Guinea, ponemos aquí la siguiente estadística, cuyos datos hemos tomado principalmente de la que en 1898 se envió á la Congregación de Propaganda y á las Misiones católicas de Lyón, ya que, ó por malas inteligencias ó por lamentables extravíos, no hemos podido precisar los datos más recientes, que con otros originales nos había remitido el autor de la precedente Memoria.

1. *Personal destinado á las Misiones.*—Los Sacerdotes Misioneros son 28, y los Hermanos Coadjutores 33; total, 61. Hállanse distribuídos por las Residencias de Annobón, Banapá, Basilé, Cabo San Juan, Concepción, Corisco, Elobey, Musola, María Cristina (San Carlos) y Santa Isabel. Dolorosísimas eran las pérdidas que habíamos de lamentar antes del año 1894; nada menos que 21 sacerdotes y ocho coadjutores fueron los que sucumbieron en el campo de sus tareas apostólicas, casi todos en la flor de la edad. Desde aquella fecha, mejoradas las condiciones higiénicas, y conocido mejor el tratamiento de las enfermedades del país, son rarísimas las defunciones. Fuera de esto, han sido muchos los que, por motivo de salud, han vuelto á la Península para restablecer sus fuerzas y evitar así un funesto desenlace.

2. *Población de nuestras posesiones africanas.*

Católicos indígenas	3.879
„ europeos	125
„ exportados	50
Herejes metodistas	1.000
Infieles	29.000
TOTAL	34.054

3. *Bautismos administrados hasta la fecha.*

Santa Isabel	555
Corisco	494
Cabo San Juan	490
Annobón	982
San Carlos	335
Elobey	689
Concepción	89
Banapá	107
Basilé	19
Musola	13
TOTAL	3.773

4. *Niñas rescatadas.*—Hacemos caso omiso del rescate de niños, ya porque su redención no importa tantas dificultades y sacrificios, ya porque no incluye una abdicación total de los derechos por parte del poseedor. En *El Iris de Paz* pueden verse detalles sobre las diferentes niñas rescatadas.

1892	15 niñas.
1893	10 —
1896	9 —
1897	12 —
1898	20 —
TOTAL	66 —

5. *Colegios y alumnos.*—Nueve son los Colegios de niños y dos los de niñas, á cargo de las Hermanas Concepcionistas. Por carecer de datos más recientes, ponemos aquí los que se enviaron á Roma hace dos años:

Alumnos internos	188
„ externos	149
Alumnas internas	48
„ externas	118
TOTAL	503

6. *Matrimonios celebrados.*—La estadística de 1893 acusa la celebración de 78 matrimonios; la de 1894, 56; la de 1895, 22; la de 1896, 43; no hemos podido reunir los datos más recientes. De todos modos la agrupación de las familias formando pueblos alrededor de la Misión constituye la principal tarea de los Padres, porque sólo así se tienen seguras garantías de la perseverancia de los neófitos.

Tal vez podrá parecer á alguno, á juzgar por los datos de la presente estadística, poco fructuosa la Misión de los Padres en el golfo de Guinea. Nosotros que palpamos las dificultades, y que podemos hacernos cargo de todo, damos por bien empleados nuestros sudores y sacrificios y vemos superadas nuestras esperanzas, ya que no nuestros deseos. Parece que el demonio se vale de todas sus mañas y artimañas para estorbar el fruto de las Misiones, y nos obliga á ganarle el terreno palmo á palmo. No importa; lucharemos hasta morir, y Dios nuestro Señor, que es el único testigo de nuestros esfuerzos, esperamos que los ha de coronar con la conversión de todos los indígenas, y cuando no, bastaría para alentarnos la promesa de remunerar con la gloria del cielo á los que se sacrifican en favor de las almas del prójimo, y procuran, según su posibilidad, llevar adelante los intereses de la gloria de Dios.

A. M. D. G.

ÍNDICE

Páginas.

Prólogo..... 1
Introducción sobre los derechos de España á las posesiones del Golfo de Guinea.. 3

PARTE PRIMERA. — DESCRIPTIVA

CAPÍTULO PRIMERO. — ISLA DE FERNANDO PÓO

ARTÍCULO PRIMERO.—APUNTES GEOGRÁFICOS

Situación y formación de la isla.—Constitución del suelo.—Lagos, montes y bahías.—Clima y estaciones.—Perniciosos influjos de la humedad.—Exuberante vegetación..... 9

ART. II.—APUNTES ETNOLÓGICOS

Origen de la tribu bubi.—Extensión y pueblos de la isla.—Régimen moderno. Costumbres de los bubis fernandianos.—Su dialecto.—Suntuoso convite..... 12

ART. III.—PRODUCCIONES VEGETALES

Maderas de construcción.—Árboles frutales.—Otros árboles de utilidad.—Plantas alimenticias y medicinales..... 16

ART. IV.—ANIMALES QUE PUEBLAN LA ISLA

Monos.—Animales carnívoros.—Rumiantes y otros mamíferos.—Aves del país. Horrorosos reptiles.—Peces que frecuentan las playas.—Insectos.—Instintos de la hormiga brava.—Arágnidos más notables..... 18

CAP. II.—ISLA DE ANNOBÓN

ARTÍCULO PRIMERO.—APUNTES GEOGRÁFICOS Y ETNOLÓGICOS

Situación y formación de la isla.—Naturaleza del suelo.—Pico culminante.—Poblaciones.—Cabañas de los indígenas.—Sus juegos y demás costumbres..... 27

ART. II.—PRODUCCIONES

Esterilidad del suelo.—Animales domésticos.—Gallinas guineas.—Caza de ballenatos.—Odio al tiburón..... 29

CAP. III.—ISLAS DE CORISCO Y LOS DOS ELOBEY

ARTÍCULO PRIMERO.—APUNTES GEOGRÁFICOS Y ETNOLÓGICOS

Posición de la isla de Corisco.—Naturaleza del suelo.—La tribu benga.—Población de Corisco.—Costumbres de los indígenas.—Elobey Chico.—Elobey Grande. 33

ART. II.—PRODUCCIONES

Páginas.

Desmonte de Elobey.—Vegetales que allí crecen.—Excelentes maderas en Coriscо.—Fauna de esta isla 36

CAP. IV.—CABO SAN JUAN

ARTÍCULO PRIMERO.—APUNTES GEOGRÁFICOS Y ETNOLÓGICOS

Situación del Cabo.—Naturaleza del suelo.—La tribu pamue.—Su carácter particular.—Dialecto de los indígenas.—Costumbres de los mismos..... 39

ART. II.—PRODUCCIONES

Cuadrumanos.—Caza de leopardos.—Idem de elefantes.—Otros mamíferos.—Maderas del país 40

PARTE II.—HISTÓRICA

CAPÍTULO PRIMERO.—INSTALACIÓN DE LAS MISIONES

ARTÍCULO PRIMERO.—NECESIDAD QUE HABÍA DE MISIONEROS Y DIFICULTADES QUE SE OPONÍAN Á LAS MISIONES

Las inaugura el primer Prefecto Sr. Martínez.—Le sustituyen los Rdos. Padres Jesuítas.—Estado de la colonia antes de establecerse los Misioneros del Corazón de María.—Razones que reclamaban su presencia.—Deseos de la Santa Sede.——Invitación del Gobierno de España..... 45

ART. II.—REALIZACIÓN DEFINITIVA DEL PROYECTO

Ofrecimiento de nuestro Instituto.—Real orden.—Nombramiento de Prefecto. Despedida en Gracia.—Recepción en Santa Isabel 48

CAP. II.—DESARROLLO DE LAS MISIONES

ARTÍCULO PRIMERO.—SU DESARROLLO EN LA CAPITAL

Imitando á San Francisco Javier.—Instrucción primaria.—Colegio de internos.—Exámenes brillantes.—Muertes de edificación.—Músicas y cultos.—Estado actual..... 53

ART. II.—PRIMERAS EXCURSIONES Á LAS TRIBUS SALVAJES

Excursión á Banapá.—Ridículas supersticiones.—Excursión á San Carlos.—Viaje á Gabón.—Conferencia con el Rmo. P. General.—Nuevos expedicionarios.... 56

ART. III.—FUNDACIÓN Y VICISITUDES DE LAS HERMANAS CONCEPCIONISTAS

Lamentable vacío.—Colegio de niñas.—Un contratiempo.—Exámenes.—Educación moral.—Resultados..... 59

ART. IV. — DIFICULTADES QUE OFRECÍA EL DESARROLLO DE LAS MISIONES FUERA DE LA CAPITAL

Páginas.

Triste aislamiento.—Perniciosos influjos del clima.—Recorriendo aldeas.—La torpe poligamia.—Rayos de esperanza 62

ART. V.—FUNDACIÓN É HISTORIA DE BANAPÁ

Constrúyese la casa de madera.—Un Gobernador enseñando el alfabeto.—Granja modelo.—Para evitar conflictos.—Frutos de bendición.—Pamues que emigran.—Carácter de esta raza.—Devoción á la Virgen del Pilar..... 63

ART. VI.—FUNDACIÓN É HISTORIA DE LA CASA-MISIÓN DE CORISCO

Cristianos y paganos.—Privaciones de los Misioneros.—Serenata original.—La primera víctima.—Los primeros frutos.—Un reo librado de la muerte.—Carácter del benga.—Conversión del jefe.—El pastor Ibía.—Disputas con el Misionero.—Hermanas Concepcionistas.—Educación material.—Trabajos de catequesis.—Á rezar el Rosario.—¡Ay de los obstinados!—Por remate..... 68

ART. VII.—CABO SAN JUAN

Motivos de esta fundación.—Amenidad engañosa.—Muere el P. Soler.—Triste aislamiento.—Colegio de pamues.—Carácter de esta raza.—Leopardo en la trampa.—Á caza de un ciervo.—Heroico arrojo de un niño.—Antes morir que idolatrar.—Traslado de la Misión.—Temple del P. Pujol.—El pleito del elefante.—Señálanse á los alumnos parcelas de terreno.—Mujeres dadas á interés. Colonia de pamues en Uloba.—Refriega entre dos tribus.—Un pueblo cristiano. 77

ART. VIII.—CASA-MISIÓN DE ELOBEY

Importancia de este islote.—Fundación de la Casa.—Cosecha de privaciones.—Enfermedad del P. Frigola.—Sin agua potable.—Horribles culebrones.—Constrúyese la nueva casa.—El Hermano Puy.—Primeros frutos.—Colegio de niños. Rescate de niñas.—Antes morir que pecar.—Otro héroe.—Nueva iglesia..... 85

ART. IX.—CASA-MISIÓN DE ANNOBÓN

Defensa de la integridad territorial.—Á vivir entre muertos.—Un niño mimado. Prevenciones contra el Misionero.—Cómo se lograron desvanecer.—Cristianos hechos, pero no derechos.—Calendario original.—Errores trascendentales. Remedios oportunos.—Nuevo personal.—Prestigio del P. Vila.—Su incansable celo.—Viejos testarudos.—Una víctima de la caridad.—Sencillez del P. Vila. Nuevo Superior.—Toma á pechos el traslado de la población.—Razones poderosas que le movieron.—Obstáculos que hubo de vencer.—El Sr. Gobernador le echa por tierra sus planes humanitarios.—Estado actual..... 90

ART. X.—CASA-MISIÓN DE SAN CARLOS

Causas que motivaron la fundación.—Aventura marítima.—Enojosa curiosidad de los bubis.—Residencia provisional.—Cimientos del Colegio.—La niña Mesabó.—Desarrollo del Colegio.—Dificultades para fundar un pueblo cristiano. Santa sagacidad del P. Pinosa.—Primeras familias.—Niñas á Santa Isabel.

Páginas.

Gastos que ocasiona la colocación de los alumnos.—Necesidad de ensanchar la iglesia.—Beneficios prodigados por los Misioneros.—Estado actual..... 99

ART. XI.—CONCEPCIÓN

Causas que motivaron la fundación.—Recelos contra los Padres.—Diligencias practicadas por los bubis.—En busca de sitio para levantar la casa.—Enfermedad del P. Juanola.—Instálase la Misión en Bolove.—Visita de los Muchukus.—Calumnias propaladas.—Colegio de niños.—Un pueblo cristiano.—Primicias á la Iglesia de Dios.—Horario edificante.—Muertes dignas de envidia. Estado actual..... 104

ART. XII.—BASILÉ

Proyectos de un Sanatorio —Colonia de españoles.—Falta de ministros del Señor.—Primeras medidas.—Fundación de Basilé.—Para prevenir gastos.—Nueva iglesia.—Colocación de la primera piedra.—Traslado de las Hermanas Concepcionistas á Basilé.—Frutos y esperanzas..... 110

ART. XIII.—MUSOLA

En busca de lugar para Sanatorio.—Constrúyense dos edificios en Musola para dicho fin.—Fracasa el proyecto.—Amenidad del paraje escogido.—Inténtase trasladar allí la Misión de San Carlos.—Fundación de Musola.—Prevenciones y dificultades.—Frutos cosechados..... 114

ART. XIV.—PREFECTOS APOSTÓLICOS QUE HAN GOBERNADO NUESTRAS MISIONES DE GUINEA

Datos biográficos del Rmo. P. Ramírez.—Su celo avasallador.—Su enfermedad y muerte.—Sucédele el Rmo. P. Vall-llovera.—Sus sufrimientos y proyectos que llevó á cabo.—Incendio voraz.—Nueva iglesia.—Enferma y muere el segundo Prefecto.—Sucédele el Rmo. P. Coll.—Obras realizadas durante su Prefectura..... 118

ART. XV.—VIAJES DE LOS RMOS. P. GENERAL Y PREFECTOS APOSTÓLICOS

Primer viaje del Rmo. Padre.—Enfermedad gravísima.—Entra en convalecencia. Segunda excursión á Guinea.—Último viaje del mismo Rmo. P. General á Fernando Póo.—Viajes del Rmo. P. Ramírez.—Idem del Rmo. P. Coll.—Otros viajes.—Protección maternal..... 124

CAP. III.—FRUTOS DE LAS MISIONES

ARTÍCULO PRIMERO.—FRUTOS MATERIALES

Los Misioneros y la colonización.—Explotación agrícola y movimiento comercial.—Asistencia corporal de enfermos.—Salvajes y civilizados..... 129

ART. II.—FRUTOS CIENTÍFICOS

Instrucción en las ciencias y en las artes.—Publicación de *Gramáticas*.—Alrededor

Páginas.

de la isla.—Excursión al interior.—Al pico de Santa Isabel.—El Lago Loreto. El Lago Claret.—Aguas minerales.— Estudios sobre la fauna, flora, condiciones higiénicas y agrícolas de las diferentes zonas..... 132

ART. III.—FRUTOS MORALES

Rescate de niñas.—Costumbres crueles. — Evítanse varios conflictos.—Tareas apostólicas.—Buenos sentimientos.—Escenas edificantes y muertes dignas de envidia.—Numerosas conversiones..... 145

PARTE III.—PRÁCTICA

Introducción..... 153

CAPÍTULO PRIMERO.—COLONIZACIÓN

ARTÍCULO PRIMERO.—DIFICULTADES QUE SE OPONEN AL DESARROLLO DE LA COLONIA

Aislamiento de la Metrópoli.—Lamentable ignorancia sobre el valor de nuestras posesiones africanas.—Insalubridad del clima.—Falta de plan en el Gobierno insular..... 155

ART. II.—MEDIOS MORALES DE CIVILIZACIÓN QUE PUEDEN CONTRIBUIR AL DESARROLLO DE LA COLONIA

Adquisición de braceros.—Conveniente modo de tratarlos.—Miramientos en caso de enfermedad.—Partido que se podría sacar de los bubis.—Reglas sobre el modo de tratarlos..... 157

ART. III.—MEDIOS MATERIALES

Apertura de caminos.—Otros consejos oportunos.—Camino en Cabo San Juan.. 161

ART. IV.—PRECAUCIONES

Reglas higiénicas.—Fiebres palúdicas.—Remitentes.—Perniciosas.—Inconvenientes de la quinina.—Tratamiento de las fiebres en los diferentes casos.—Una palabra á los comerciantes..... 162

ART. V.—EXPLOTACIÓN DE LAS PLANTAS ÚTILES EN GENERAL

Cosechas á que se prestan los terrenos en Fernando Póo.—Idem en Corisco y Elobey.—Idem en Cabo San Juan..... 169

ART. VI.—CASAS Y DEPENDENCIAS DE LAS FINCAS DE EXPLOTACIÓN

Trabajos preliminares.—Condiciones de un buen local.—Dependencias de la casa.—Dormitorio de krumanes.—Materiales que traen más cuenta..... 171

CAP. II.—CULTIVO DEL CACAO

Artículo primero

Páginas.

Conocimiento del cacao y su importancia.—Desmonte al raso.—Desmonte parcial.—Ventajas de este último.—Disposición del terreno 175

Artículo II

Siembra.—Plantación.—Desarrollo.—Preservativos..... 177

Artículo III

Poda.—Precauciones.—Abonos.—Enemigos..... 180

Artículo IV

Recolección.—Elaboración del fruto..... 182

CAP. III.—CAFÉ, TABACO Y OTROS PRODUCTOS

Artículo primero.—Cultivo del café

Conocimiento de la planta.—Terrenos que exige.—Precauciones.—Semillero. Plantación.—Labores.—Poda.—Enemigos.—Recolección.—Elaboración é industria.—Clasificación..... 185

Art. II.—Cultivo del tabaco

Conocimiento de la planta.—Clima y terreno que exige.—Semillero.—Plantación y cuidados que exige.—Enemigos.—Recolección.—Elaboración..... 190

Art. III.—Otros productos

Cultivo del maíz.—Semilleros ó almácigas del cocotero.—Recolección del fruto. Cultivo de la canela.—Recolección.—Caucho.—Modo de extraerlo que usan los pamues.—Verdadero modo de extraerlo y cuajarlo..... 199

Resumen y última ojeada..... 205

APÉNDICE

Estadística de la Prefectura Apostólica de Fernando Póo y sus dependencias.... 209

ORNIA LIBRARY

University of California
SOUTHERN REGIONAL LIBRARY FACILITY
Return this material to the library
from which it was borrowed.

NON-RENEWABLE

JUN 22 1990

UCLA HDC

DUE 2 WKS FROM DATE RECEIVED

REC'D LD-URL

JUL 20 [redacted]

UC Southern Regional Library Facility
A 000 515 812 6

Unive
So
L